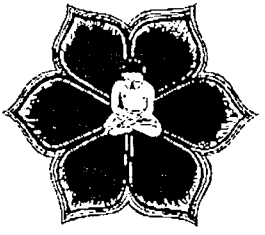
Miguel Serrano

MEMORIAS DE ÉL y YO

Aparición del "Yo" - Alejamiento de "Él"



AÑO 107

Ediciones La Nueva Edad

Agradezco a mi sobrino Alvaro Castellón Covarrubias por la valiosa investigación sobre la familia Fernández Concha y Fernández de Muras. Y agradezco, sobre todo, a Sabela, meiga de Galicia, druidesa de las tierras celtas, quien me ayuda a realizar estas "Memorias" y, con su Magia Blanca, neutraliza y derrota la Magia Negra del computador.

© Miguel Serrano F., 1996
MEMORIAS DE ÉL Y YO
Nº de Inscripción: 96.788
I.S.B.N.: 956-272-246-5

IMPRESO EN CHILE

Impreso por
Ediciones Mar del Plata

Fotos interiores y reproducción de fotografías: Eduardo Morel

El Paraíso existe desde que se perdió.
Antes, no existía...

"Sólo sabe lo que es Chile,
el que lo ha perdido".

P. Manuel Lacunza

INTRODUCCION

Hoy, 25 de junio del año 105 de la Era Hitleriana, año 1994 de la era judeo-cristiana, en el Solsticio de Invierno, en la vieja ciudad de Valparaíso, del país llamado Chile, doy comienzo a estas Memorias.

El padre de las "Memorias" no fue Pitias, el de Marsella (Massilia), que navegara en busca de los restos de Hiperbórea, ni Julio César, guerrero en las Galias, ni Babar, Conquistador de la India, ni Marco Polo; lo fue Benvenuto Cellini, quien recomendó escribirlas no después de los cuarenta años de edad, antes de que se perdiera la memoria.

Pero resulta que, con la curiosa aceleración del tiempo –fenómeno inexplicable como la desaceleración del sol, que hace sospechar en la existencia de un "agente externo", extraestelar– también la vida del hombre se alarga, como necesaria compensación, al parecer. Hoy los hombres pueden preservar su memoria y publicar sus biografías a los ochenta. Como única regla yo diría que el hombre –no todos los hombres, por supuesto– escriba sus memorias cuando comience a invadirlo la nostalgia del pasado y a recordar lo vivido como acontecimientos muy lejanos y que, a

veces, le humedecen los ojos del alma, al pensar que eso fue una vez, una sola vez y que –quizás– no lo sea nunca más.

He hecho venir a mi cuarto, junto a mis cuadros y recuerdos y junto a la cabeza de piedra de Siva, a mis dos perros pastores alemanes, Thor y Freija, compañeros leales de tantos años y combates, para que me ayuden a evocar y a extrañar a los que ya se fueron, porque ellos ven aún mejor que yo a los fantasmas.

Allá, más allá del mar, por sobre la cumbre de "La Campana", se yergue la inmensa cima nevada del "Aconcagua", la más alta de los Andes. Hoy ha sido un día transparente del invierno, y me encuentro también rodeado de géminis, entre ellos de mi hijo mayor, que acaba de regresar del extranjero, tras años de ausencia. Hemos tenido una importante conversación generacional. Esta vez, en él ha hablado *Pólux*. Me ha contado de eso tremendo que se nos viene encima, al parecer sin remedio ya: la "realidad virtual"; es decir, la realidad sintética de una imaginación ajena, artificial.

No deseo aquí entrar a usar términos en boga, prestados o tomados de "la nueva ciencia" tecnotrónica, psicotrónica, cibernética, ni siquiera de la cuántica, ni de la "cuasárica". No me voy a salir de mi lenguaje antiguo, anticuado, simple y humano, para marcar así la diferencia más definitiva entre mi mundo y aquel otro que nos suplantará, ahogándonos como la ola que sumergió a la Atlántida. Voy a marcar los límites últimos, donde libraremos el combate final en esta guerra, que es más que generacional, porque es cósmica y hasta proto-cósmica; contra el Demonio de la técnica y de la máquina, contra el hierro y contra el plástico, contra la imagen virtual, producto de la máquina y de un Mal Ontológico, anterior a la tierra. Guerra que sólo en un aspecto secundario hoy pareciera expresarse en las generaciones.

Oscar Wilde decía: "La naturaleza imita al arte". Hoy la naturaleza imita a la máquina; es decir, el hombre la imita, suponiendo que también el hombre sea parte de la naturaleza. Y esto, habiendo sido la máquina un producto del hombre, que nació imitando a la naturaleza –el vuelo de los pájaros, por ejemplo– o al cerebro del hombre –el computador–. Así, los niños hoy nacen "computarizados" y totalmente aptos para manejar los más complicados artilugios. Nacen soñando con computadores; cuando mis abuelos no lo hicieron ni con automóviles, ni teléfonos, ni aviones. Mi abuela gritaba para hablar por teléfono, pues no entendía que

se pudiese escuchar su voz a esa distancia. Hoy, además, los niños nacen con los ojos abiertos. Hesíodo, hace más de dos mil años, dijo: "Cuando los niños nazcan con los ojos abiertos, estaremos en la terrible Edad del Hierro". La última, la del fin de este ciclo, de esta Ronda del Eterno Retorno, la misma que los "Edda" llamaron *Ragnarök,* "Crepúsculo de los Dioses", y los hindúes, *Kaliyuga,* de la Diosa *Kali,* de la Destrucción, cuando todo, hasta los Dioses mueren.

Hesíodo no soñó nunca, de seguro, con teléfonos, menos con computadores; pero sí fue capaz de *saber* que en dos mil años más los niños nacerían con los ojos abiertos y esto significaría el fin de este mundo, en el camino descendente de la entropía, de la *involución.* No del mito mecanicista de la evolución.

Señalo así la diferencia definitiva, esencial, entre los que nacieron con los *ojos físicos* cerrados y los que hoy nacen con los ojos abiertos. Antiguamente todavía el Ojo Espiritual estaba abierto, aunque fuera a medias, el llamado "Tercer Ojo". Hoy ya no más, y sin remedio. El hombre entra a ser un producto de la máquina, una pura estación de reserva, un cajón de datos, una "programación virtual" que, sin capacidad alguna, vivirá en muchas realidades simultáneas, con sólo apretar un botón, sin estar en ninguna, sin ser dueño de ninguna, sin ser nada ni nadie. Ni siquiera un esquizofrénico, pues su esquizofrenia habrá sido también programada, sintética, virtual.

El camino de la caída, de la bajada en la involución, ha sido enorme, lejano y oscuro. Ya en tiempos del mismo Hesíodo, apenas si se podía *saber;* pues, se había perdido el poder y la clave. Y el más maravilloso computador, el cerebro humano, creado para expresar aquí, en el plano de la energía terrestre, el *poder* y la *acción* de la mente, como su "representación", y actuar sobre la materia exterior e interior, empezó a atrofiarse por falta de un uso supremo, en sus dos hemisferios alternados. Los arios de la India intentaron, con éxito variable, recuperar la antigua técnica, la ciencia perdida, que permitiera reactivar el maravilloso tesoro del cerebro humano, esa máquina perfecta, de biología y sangre, de una potencia y delicadeza insuperables, y que sólo de adentro hacia afuera, desde la Mente Invisible, podría ser utilizada y recuperada. Estas fueron la técnica y la ciencia del *Yoga,* que pudo "reunir", "juntar" nuevamente los dos hemisferios del cerebro a voluntad; el único, el inigualable "Computador Humano". En verdad, sólo algunos lo

lograron, y con ello bastó en la gran siembra de los ciclos, pues éste no es un asunto de la masa. Menos hoy que ayer.

Pero era difícil, muy difícil. Lo intentó aún mi generación. Algunos pretendimos volver a ser Dioses, los que nacimos con los dos ojos cerrados. Y por ello, y para siempre, marcaremos la diferencia con los de ahora. Una gran Guerra se libró en el mundo, entre esos dos bandos y yo estuve con los perdedores, con aquellos que heroicamente intentaron resucitar a los Dioses, al Hombre-Dios, poniendo a la máquina a su servicio, cosa que sólo habría sido posible utilizando el cerebro humano de un modo superior a la capacidad máxima y aparentemente infinita de la máquina, de modo que la máquina misma dejara de ser necesaria. Todas las potencias de la Mente Divina en expresión, a través del cerebro totalizado. El cerebro, como parte funcional del sistema nervioso y de los *shakras,* vórtices y centros de conciencia vivencial, "voluntad y representación" de la Mente supra-humana, aunque también *nuestra. (Porque "Yo y el Padre somos uno mismo".)*

Siempre supimos (con el *saber* de Hesíodo) que lo que se jugaba en esa Guerra era el Destino del hombre. Hoy lo digo: No estuvimos del lado de Hitler y del Hitlerismo por razones políticas, socio-económicas, ni siquiera racistas. Estuvimos porque habría hecho posible la mutación del hombre, la recuperación de su divinidad y de su inmortalidad, con la recreación del Super-Hombre, del Hombre-Absoluto, del Hombre-Total, del Hombre-Dios. Era esto lo que se pretendió en los laboratorios tántrico-alquímicos de Wewelsburg, de las SS, en la *Ahnenerbe* y en otros centros de iniciación. La justicia social y económica *inter-pares* y la depuración racial vendrían solas, como consecuencia mágica. No era necesario buscarlas, ni declararlas. La tecnología, la ciencia, partiendo del "Cuerpo-Espiritual", se reducían a una situación instantánea, como el *saber* en las esencias que, según se dice, tienen los ángeles. Y, con mayor razón aún, los Dioses.

En la más grande encrucijada de la Historia de la vida en el planeta Tierra, como se llama a esta *"cosa"* sobre la que el hombre ha existido, se perdió la Guerra –porque nunca pudo ser materialmente ganada–. Los triunfadores se encontraron en posición de dar nuevo impulso a la involución-conspiración, planificada desde la "mezcla de los ángeles con las hijas de los hombres"... Y hoy los niños nacen con los ojos abiertos y fijos sobre las pantallas de las "imágenes virtuales", de los video-juegos, y sus pequeñitos dedos

apretando las teclas de los computadores, con sus cabecitas listas para ser depositarias del "chip" que los conectará directamente a esos robot, de modo de poder reactivar, desde afuera, potencias ocultas en ambos hemisferios cerebrales que, a la larga, harán de ellos otro robot mecánico, automático, aislados, en soledad total y sin comunicación humana posible con otro individuo de su especie.

Todo esto es un *"Ersatz"*, un sustituto diabólico, un reactivador imaginario, como las drogas, que fueran el intento inmediatamente anterior de ampliación cerebral, para reemplazar el esfuerzo del Yoga y de los éxtasis auténticos de los místicos, como me explicara en India Aldous Huxley, en una introducción verbal que me hiciera a su libro *"The Door of Perception"*, con sus experiencias de la mezcalina. "Ya no hay tiempo –me dijo– para esas largas ascesis y torturas; hoy basta con una tableta de LSD.".

Y es así como los "vencedores" han destruido hasta tres generaciones ya, antes de encadenar al hombre a la máquina, a la tecnotrónica, con la cibernética, la psicotrónica y la manipulación siniestra sobre el cerebro humano. Que ésta ha sido una conspiración de siglos, con un prólogo extraterrestre a la vida del hombre sobre esta Cosa-Tierra, que ahora culmina, llegando a su límite, para mí es evidente. Mantiene la misma impronta legendaria. Los actuales conspiradores se llaman "futurólogos" y, al igual que los "cristianos" antes, los "marxistas", los "freudianos", los "einstenianos", anuncian fanáticamente que el pasado desaparece, porque estaba en el error (en el "pecado"); la poesía, la música, la filosofía se acaban, como el paganismo antiguo, y se impone ahora una era completamente nueva, la del computador, del robot, del *"clon"*, de la "realidad virtual", del Internet, de la "telepresencia". Lo demás es nada, fue nada.

Lo que hoy vivimos, es de tal gravedad para los esfuerzos de transmutación del hombre en divino, en Hombre-Dios, en Superhombre, en *Siddha*, que –a los que somos capaces de captarlo– nos estremece. Los hechos venideros pueden impedir para siempre esa posibilidad. Sin embargo, no es algo inesperado para los que han intentado vislumbrar el proceso desde la primera manifestación del Ser. Fue previsible. Dentro del no-tiempo, ya estaba prefijado por la presencia de un factor extraño. Lo que se nos viene encima, lo que ya está aquí, es la *"imitación de la verdad"*; la *"imitación del Superhombre"*, la *"imitación del hombre-Dios"*, del *Siddha*. Se le ha llamado "realidad virtual" y representa la anulación de una

posible transmutación del hombre. La tecnotrónica, la cibertrónica, la psicotrónica, etcétera, no sólo desplazan ya en forma cada vez más "natural" el posible trabajo alternado, o en conjunto, de los dos hemisferios del cerebro, del computador-humano, sino que, además, están destruyendo la virtualidad de los *shakras,* su reactualización y potencialización por algunos individuos, conjuntamente con la del "cuerpo astral", como productos de una disciplina, al reemplazarlos por el "traje cibernético", el "cibercuerpo", que pasará a ser el "cuerpo astral" del futuro, un falso *"Hijo del Hombre".*[1]

---

1. Así como Aldous Huxley afirmaba que la droga, la mezcalina, el LSD, reemplazarían las visiones y las experiencias de los místicos y los santos, el "cibertraje", el "cibercuerpo" suplantarán también de un modo automático y sin esfuerzo, los trabajos de los yogas por desprenderse conscientemente con el "cuerpo astral". Estamos en los comienzos de una cibertrónica aún más sutil y extremadamente sofisticada que nos llevará a cambiar la piel humana por una "ciberpiel", instalando *chips* subcutáneos, conectados a computadores, de modo que todo llegue a ser automático y hasta permanente. Pero, el hombre biónico, cibernético, será siempre una caricatura del Superhombre y del Hombre-Dios, un *"Batman",* una carcajada del Demonio, del Demiurgo. Porque la pregunta que hay que hacerse será: ¿Quién dirige todo esto, quién lo controla, qué grupo de individuos aquí en la tierra, o fuera de ella? En el idioma alemán existe un término iluminador: *Ersatz,* significando "reemplazo". Es decir, *"imitación de la verdad".*
   La "realidad virtual" llegará a ser más real que la realidad, al reemplazar nuestro computador biológico por las máquinas-trampas de Saturno (de Jahave-Jehova), el Dios Prisionero del Demiurgo. Y nada de todo eso nos pertenecerá ya, habiéndonos sido impuesto desde afuera. La recuperación del Hombre-Dios, del Hiperbóreo, del *Siddha,* se habrá interrumpido para siempre.
   La "realidad virtual", en una próxima etapa, aún más sofisticada, podrá ser más real que esta realidad, transportando a unos espacios-tiempos muy distantes, para vivir sucesos cósmicos o planetarios del pasado y del futuro. Se hará costumbre; pero nunca dirigida por nosotros, sino por máquinas, aunque ya no de metal o de plástico, sino biológicas, celulares, genéticas, productos de una "inteligencia artificial", sintética, en la que hoy trabajan hasta las Iglesias. Mas, aunque el hombre esté actuando como un Dios, no lo será. Un tecnócrata, un "científico", un "chofer de taxi cósmico", como alguien definiera a los astronautas, es siempre un cretino; también lo son los

Para salvar el tesoro legendario, sólo nos queda a los *"Progenitores"* de este "Hijo del Hombre", refugiarnos en una burbuja del tiempo indestructible, en medio del desastre que ya envuelve al planeta *Gerda,* para poder continuar en el trabajo alquímico de recuperación del *Siddha* divino, que antes de la *Plasmación* fuéramos, de modo de redescubrir el poder de *Adel, Odal, Odil,* del *Vril,* de *Mana,* que nos permita, con el solo rayo del Tercer Ojo, del *Shakra Ajna,* reducir a la nada y al caos, de donde procede, al Demonio *Smara,* expulsándolo de la "Gran Lágrima del Cosmos", en la que hoy se esconde.[2]

Hubo un solo intento en nuestro siglo por cambiar el curso del Destino. Pero la traición de las religiones y de sus representantes ha sido inmensa. La Iglesia Católica participó desde sus orígenes en la conspiración. Hoy se asocia con los judíos, instalando en un punto del Medio Oriente un Laboratorio conjunto para las manipulaciones cerebrales. También el Dalai Lama, se ha convertido en un personaje trágico al recibir el "Premio Nobel de la Paz" y viajar

astrónomos, los técnicos, los ingenieros cibernéticos, los directores de la *Nasa.* Ninguno de los que actúan como Dioses son en verdad un Dios-Resucitado. En cambio, los poderes divinos que el *Siddha* recupera, fueron aristocráticos y selectivos, para una élite. Los nuevos poderes "virtuales", en cambio, estarán al alcance de todos, de una gran masa "democrática" de retrasados mentales, dirigidos y controlados por un pequeño grupo de criminales y subhombres, tanto en lo moral como en lo espiritual, al servicio de la Inteligencia de un Demonio extraterrestre, de una Energía Oscura, que desde el exterior actúa sin que ellos mismos lo sepan. El mundo se halla hipnotizado, como los prisioneros de Klingsor, en *Chaster Marveille.* Este suceso ya fue expuesto y analizado en esquemas y en gráficos, en la Cosmogonía Orfica de *"Manú. Por el Hombre que Vendrá".* Pero este *Hombre...* ¿vendrá ya?
Estoy escribiendo estas notas en el momento en que se cumple el suplicio -voluntariamente propiciado-de Júpiter en el Universo. De este Dios también prisionero del Demiurgo.

2. No es sólo coincidencia que se haya puesto el nombre de *SIDA,* al "mal sintético" que se propaga a gran velocidad en el planeta y que tiene tanto parecido con el término sánscrito-hiperbóreo, *SIDDHA,* nombre de los semidivinos antepasados de algunos hombres. Son las claves que el Demonio se entrega a sí mismo, por vanidad y orgullo, y que también nos iluminan a los guerreros.

por el mundo siendo utilizado. Le ha dado así un golpe de muerte al budismo tántrico mahayánico. Si Aldous Huxley, Alan Watts, o Arthur Koestler, fueron conscientes de lo que hacían, como parte importante de la Conspiración de postguerra, con Toynbee, John Lilly, Timothy Leary y demás agentes del *IntelligenceService* –o de otras "inteligencias"–, no lo sé. En todo caso, han sido servidores muy útiles para la realización de los planes de los "futurólogos" no arios y antiarios, que han llevado a la destrucción de la raza blanca. Pero la gran ola que sumergió a la Atlántida también acabará con los Rabinos, pues su arquetipo lo preanuncia: *el Golem desaparece con su creador*. Un Crepúsculo de los Dioses al revés, no-ario.

Savitri Devi, y algunos otros, han soñado en que sea la Naturaleza la que dé una solución a este drama, poniendo fin con una catástrofe planetaria a los males del hombre, que contraviene sus leyes y lo contamina todo. Pero me parece que se hacen ilusiones, porque *no existen leyes naturales*, siendo sólo "costumbres", "malas costumbres". Lo que sí existe es un "sincronismo" entre el hombre y la tierra (de modo que el hundimiento de la Atlántida también lo produce el hombre); porque la tierra es un pensamiento, una plasmación proyectada, que se ha fijado y corrompido –por acción Demiúrgica–, cuando el Divino-Mago cayó, al "mezclarse con las hijas de la tierra" (con esos robots genéticos que la Sombra proyectara), y dejó de ser Mago-Creador, no más inmune a las influencias del *Enemigo*.

El *Kaliyuga* no es un acontecimiento natural, no está afuera sino adentro. Y el *Ragnarök* destruirá afuera y adentro, aun a la misma Sombra Enemiga, que ahora también se mezcla con su invento, el computador, entrando a cohabitar con el robot de plástico.

Y en esta coyuntura, nosotros, los sobrevivientes de la Guerra Cósmica y del postrer intento por cambiar el curso de la Fatalidad, nos atrincheramos en las últimas posiciones, en los confines, defendiendo aquello que nunca debiera morir: la Poesía de Píndaro y de Hölderlin, la Música de Wagner y de Bach, la Filosofía de Platón y de Heidegger, envolviéndonos en su Manto, recordando a los Héroes y a la Amada Muerta, de modo de alcanzar con ellos el Nuevo Día de la Resurrección.

Por esto, aquí, junto a la ventana más alta de este Castillo, contemplando el Océano y el Valle del Paraíso, empiezo ahora a

escribir "Las Memorias de El y Yo", con una lapicera de tinta, la misma de mis viejos escritos, y que ya usé en India.

Mientras aguardo el momento en que resurja, del fondo de las espantables aguas del Pacífico, la Gran Ola que sumergió a la Atlántida, a la Lemuria, con el Gigante Blanco y el Continente del Espíritu.

Parte I

"ÉL"

"Namasté!:
Saludo al Dios que hay en ti".

LAS COSAS MÁS IMPORTANTES SUCEDEN EN LOS MOMENTOS MENOS IMPORTANTES

De esto hace ya varios años. Viajaba al sur en un autobús, a la ciudad de Puerto Montt. No recuerdo si fue al amanecer o al atardecer. De pronto, entré en una suerte de duermevela, ni dormido ni despierto. Y ahí se apareció un ser sin forma, claro, luminoso, que no era yo mismo, pero que, de alguna manera, sí lo era. Y esto me dio una seguridad inmensa, pues ese ser era indestructible, además de eterno.

Es sumamente difícil poder reproducir aquello; además, con el tiempo, la impresión se va borrando, como la imagen de un sueño y sólo queda de la vivencia una suerte de reflexión, que no es lo mismo. Sé que esto me sucedió. Y eso pareciera ser todo. Va a ser todo. Porque no creo que me vuelva nunca más a acontecer, aunque no estoy seguro. Fue un regalo, en años ya avanzados. Nunca antes me había ocurrido algo semejante y, cada vez más en la memoria, su imagen será algo tan misterioso como el mismo acontecimiento, debiendo un día preguntarme: ¿Cómo recuerdo eso? ¿Dónde y cuándo sucedió? Si no fuera por el viaje en autobús, ya se me habría borrado. Iba sentado atrás, a la izquierda y me parece que al lado del pasillo, aunque de esto no estoy seguro. ¿Quién más iba allí? ¿Era de ida o de regreso a Puerto Montt? Y ese ser –ese *Ser*– ¿dónde estaba y quién era? ¿Fue algo más que una luz, un relámpago de luz?

¿CON QUÉ SE RECUERDA?

Nací en Santiago del Nuevo Extremo, en la antigua calle de Santo Domingo 661, a las 3,45 de la mañana del 10 de septiembre de 1917. Soy, por lo tanto, Virgo. En Europa tronaban los cañones de la Primera Guerra Mundial. Nací con los ojos cerrados y sin poder respirar, ni llorar. Años después, mi padre me contó que debieron arrojarme encima una jarra de agua fría. Y me mostró el tiesto de cristal, diciéndome: "Esa jarra te trajo a la vida". Estaba sobre un mueble, en alguna parte. Todo esto no me pasó a mí, sino a ese niño, que después fui yo. ¿Dejará alguna huella? El agua que me dio la vida, ¿me la quitará un día? ¿La Gran Ola que sumergió a la Atlántida?

Hoy he vuelto a buscar la antigua casa de la calle de Santo Domingo sin hallarla. Ahí no está ya. Hay otra construcción, junto a una pequeña iglesia o escuela. De eso no recuerdo nada, o casi nada. Sé que la calle era de tierra o con piedras de huevillos, hace más de setenta años, y la transitaban coches tirados por caballos. Había una gran biblioteca con un balcón que daba a la calle. Era la biblioteca del abuelo paterno. El padre y la madre vivían en el campo y habían venido a la ciudad para el nacimiento de su primer hijo. Mi recuerdo de esta casa se remonta a la edad de dos años, tal vez menos. Veo a un niño parado en el balcón de esa biblioteca, sosteniendo en la mano derecha, firmemente, el anillo del abuelo. Un anillo de oro con un zafiro azul, con las iniciales de su nombre engastadas también en oro. Las mujeres –¿la abuela, la madre, las sirvientas?– se abalanzaron para quitárselo; temían que pudiese arrojarlo a la calle, desde el balcón. Aún recuerdo la terrible impresión. Ese pequeño niño se sintió profundamente ofendido de que pudieran creer que él haría algo semejante: ¡Perder ese tesoro!

En esa nebulosa del tiempo ido, es éste un recuerdo nítido, preciso, que se hace aún más firme al escribirlo hoy. Y debo extrañarme al pensar: ¿Con qué recuerdo? ¿Dónde se guarda todo esto? Ese niño no era "yo", no tenía un "yo" aún. Su aparición es bastante posterior, y ya me daré el tiempo para hablar de ello. Pero ese niño, ese ser, era más viejo que yo, al menos más antiguo, extrañándose de que personas que él sabía más nuevas, menos sabias y más inexpertas que "él", le llamaran la atención y le hicieran violencia, arrebatándole *su anillo* (el Anillo de su Abuelo Alberich).

Es éste un extraordinario asunto que muchos años después, en la India y luego en Suiza, con el Profesor C. G. Jung, he tratado sin llegar a penetrarlo ni comprenderlo completamente. Y es preferible que así sea, pues el misterio será siempre una señal de algo que nos trasciende y que es mejor dejar que se nos escape.

El Profesor Jung se extrañaba de que hombres heridos a bala en el cerebro, con las funciones de la corteza paralizadas, luego recordaran imágenes y visiones tenidas en ese estado. Y se preguntaba: ¿Con qué recuerdan? Y también de algunos sueños de niños sin un "yo" aún, y que los marcan sin embargo por toda la vida. ¿Con qué sueñan? ¿Y quién es el que sueña?

En Delhi tuve una importante conversación con una mujer muy inteligente, la señora Leela Dayal, esposa de un funcionario

de las Naciones Unidas, destacado en Africa, creo que en el Congo. Me dijo: "La diferencia nuestra con los europeos se encuentra en que ellos se relacionan en lo personal y nosotros lo hacemos en lo impersonal. Aunque no todos, por supuesto". Y entró a explicarme con un ejemplo. El Secretario General de la ONU, Hammarskjöld. Era éste un personaje muy especial, tímido en el trato personal, introvertido, pero que había logrado establecer con ella y su esposo, por ser indios, una relación profunda y muy delicada. En lo impersonal, precisamente.

Hammarskjöld fue a visitarlos al Africa. Llegó una noche de sorpresa. Ella estaba sola en la casa. Se sentaron en la terraza y sin saber por qué ella empezó a contarle un sueño que había tenido la noche anterior: Un río de aguas claras corría torrentoso. De súbito, una piedra grande interrumpía su corriente, separándola en su curso y haciéndola más lenta y difícil. Esto le producía una impresión angustiosa y despertó llorando. Ahora, al relatarle el sueño a Hammarskjöld, de nuevo se emocionaba, sin poder contener las lágrimas.

El no dijo nada. Más bien cambió la conversación. Sólo al despedirse, le hizo saber que le había traído un regalo, que se lo había dejado sobre una mesa, a la entrada de la casa. Cuando Hammarskjöld partió, ella fue a buscarlo. Allí había en verdad un paquete y, al abrirlo, se encontró con una piedra de una forma parecida a la del río del sueño, aunque más pequeña.

Ejemplo de una relación impersonal, eterna.

Nietzsche decía: "Los objetos, las cosas vienen a nosotros deseosas de transformarse en símbolos".

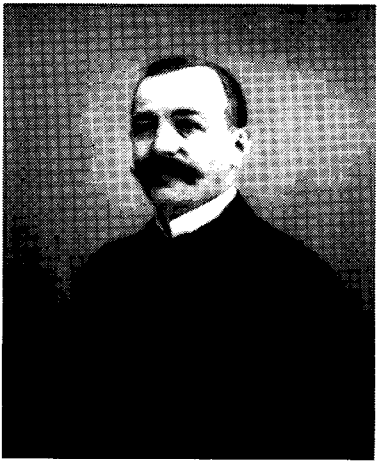
Pero no nos llegan a través del "yo", sino de "El".

Hammarskjöld murió y, quizás, también su amiga. ¿Dónde estarán ahora? En esa *"Piedra"*, deteniendo la corriente del río de Maya por un instante, de las metamorfosis de las formas. También así se para y guarda la memoria. La memoria del anillo y de la jarra de agua.

* * *

Mi abuelo, el dueño del anillo mágico, era don José Miguel Serrano Urmeneta, hijo de don Diego Serrano y Castro y doña Dolores Urmeneta y Ovalle. ¡Qué manos tan bellas y cuidadas tenía! Las recuerdo a la hora de la cena, sobre la mesa, luciendo ese

Don Diego Serrano y Castro. De destino trágico. Su parecido con Edgard Allan Poe es manifiesto. Este cuadro me ha acompañado desde mi adolescencia, viajando conmigo por el mundo.



Don José Miguel Serrano Urmeneta, mi abuelo paterno, hijo de don Diego Serrano y Castro y de doña Dolores Urmeneta Errázuriz.

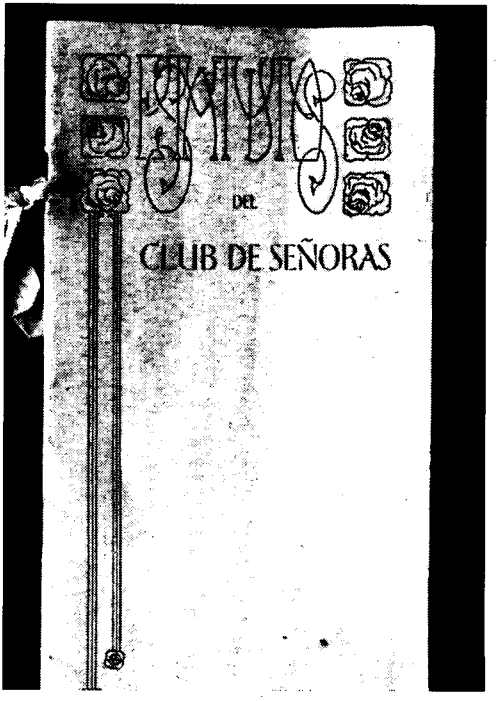
Doña Fresia Manterola Goyenechea, mi abuela materna. Mujer extraordinaria, quien se hizo cargo de todos nosotros cuando quedáramos huérfanos de padre y madre.

zafiro azul con incrustaciones doradas. En las mañanas llevaba a su cama a mi hermano menor, Diego, y le divertía dándole cuerda a su reloj Longines, un "cholito", como les llamaron, el que aún yo guardo, junto con una placa de plata con su nombre y la fecha de 14 de febrero de 1879, de la Guerra del Pacífico en la que él participó.

El nombre original de la familia fue García-Serrano, quitándose luego el García, como Vicente Huidobro también lo hiciera con su apellido, García-Huidobro. Nunca he sabido por qué. Recuerdo que un antiguo presidente de la Corte Suprema, don Pedro Silva Fernández, un día me detuvo en la calle para decirme que la "Memoria" de abogado de don Diego Serrano y Castro figuraba como de Diego García-Serrano. Lo cierto es que nadie habló nunca en mi familia de qué murió don Diego, siendo uno de esos secretos bien guardados. Parece que se quitó la vida por alguna grave pérdida en el juego. Conmigo ha ido a través del mundo el cuadro de este bisabuelo, pintado por W.H. Walton, permaneciendo siempre a mi lado, desde mi adolescencia. Lo hice trastelar en Austria por un restaurador español, en el Convento de Merk. Algo entrañable me une a este antepasado, más que a ningún otro cuya imagen haya conocido. Le encuentro un cierto parecido a Edgard Allan Poe, en su peinado y sus atuendos. Y quizás también en su desgracia. Algo de poeta y de artista.

Mi abuelo, don José Miguel, muy joven quedó huérfano de padre, siendo el único hombre de la familia, a cargo de su madre y dos hermanas. A los catorce años debió partir al norte de Chile a trabajar en Antofagasta, en la fábrica de un tío suyo, Errázuriz Urmeneta, donde ganaba doce pesos de la época al mes pesando los sacos cargados que traían los obreros. Le enviaba nueve a su madre y él se quedaba con sólo el resto. Así fue progresando hasta entrar en la empresa de ferrocarriles del Estado. Con veinte indígenas y una mujer que les cocinaba, tiró la primera línea ferroviaria de Arica a La Paz. En aquellos tiempos había conocido a la que sería su mujer, mi abuela, doña Fresia Manterola Goyenechea, en la ciudad de Copiapó, tan importante en esos años de la actividad minera y también política; un centro de la vida intelectual y revolucionaria, con los fundadores del Partido Radical de Chile, los Gallo, los Matta y los Blest-Gana. Nombres como Manuel Antonio y Guillermo Matta, Guillermo Blest-Gana, Amalia Julio de Amor, Margarita Montt, Mercedes Aguinaga, Delia Matte,

Don Martín Manterola Paramá, hijo de Josefa; mi bisabuelo paterno.



Estatutos del "Club de Señoras", de Santiago; primera organización feminista de Chile.

Carmela Matta, hijas o parientes de próceres y hasta próceres ellas mismas, me fueron familiares o conocidos desde la infancia. De Carmela Matta heredé la biblioteca privada de Guillermo Matta, con la primera edición de "Azul", dedicada por su autor, Rubén Darío, entre otras valiosas obras, además de las cartas manuscritas al Presidente Santa María, cuando él era su Ministro Plenipotenciario en Berlín, durante el conflicto con los ingleses por el salitre, tras la Guerra del Pacífico. Todas estas valiosas pertenencias debí perderlas, después de la Segunda Guerra Mundial, con las sanciones impuestas por la Lista Negra de los "Aliados" a los que fuimos partidarios de los alemanes. Tuve que venderlas para subsistir.

Sin embargo, la familia de mi abuela paterna no era originaria de Copiapó sino de Valparaíso, por la rama de su padre, don Martín Manterola Paramá. Por su madre, era pariente directa de doña Isidora Goyenechea, responsable por la fortuna de los Cousiño, dueños del Parque, del Palacio Cousiño y de la Viña del mismo nombre. Crecí recibiendo las visitas en nuestra casa de doña Olga Cousiño y de la señora Luisa de Mussi, viuda de Cousiño, dueña del Puerto de Quinteros. Veo aún llegar a la puerta a su Rolls-Royce, conducido por un chofer japonés. Esbelta y vestida de negro, con su acento francés. Sentían gran afecto por mi abuela, no exento, pienso, de un sentido de culpa por haberse apoderado los Cousiño de la herencia de doña Isidora, despojando a sus descendientes más directos. También allí llegaba doña Delia Matte de Izquierdo, con sus enormes sombreros, antigua Presidenta del Club de Señoras, donde mi abuela Fresia fue la Vicepresidenta. Ese Club inicia en Chile la emancipación de la mujer y apoyó a presidentes liberales en contra de los conservadores. Aun siendo católica, de rosario en las tardes, mi abuela era "progresista" y sin nada de "pechoña", haciendo honor a la tradición libertaria de los parientes y amigos de su padre. A mis hermanas las puso en liceos del Estado, en lugar de los colegios de monjas donde se educaban las jóvenes de la aristocracia de la época. A mí, muy pronto, me internó en el Barros Arana, fundado por el Presidente Balmaceda.

Algo que hoy recuerdo con una sonrisa y con ternura, pero que entonces a los niños nos parecía muy extraño, es la preocupación de mi abuela Fresia por escondernos cuando llegaba de visita doña Olga Cousiño, mujer emancipada, que vestía pantalones de montar y protagonizaba escándalos de sociedad, con sus fiestas y

costumbres. El miedo de mi abuela era que pudiera besarnos y transmitirnos alguna enfermedad.

La historia de la familia de mi abuela es sumamente interesante, hasta donde a mí me es posible conocerla, lo que no es mucho. Oriunda de Valparaíso, de este puerto de leyenda, donde ahora vivo, sin saber bien por qué. Puedo, sin embargo, remontarme hasta cuatro generaciones, cuando en los últimos años del siglo XVIII, ancla en Valparaíso un bergantín, con un extraño capitán, don José Paramá Bernal, natural de Salamanca. Conoce allí, a la salida de una misa dominical, a una bella mujer, doña Elena Viñas y Cortés. Prendado de ella, retrasa la partida de su nave hasta desposarla. Cuando vuelve a zarpar, en un viaje sin regreso, le deja dos cofres, uno lleno de monedas de oro y otro con pergaminos que se referían a cosas misteriosas, a dos órdenes de las que Paramá era miembro: una, de la Capa Blanca y otra, de la Capa Roja. Además, Elena ha quedado embarazada. Una hija deberá nacer.

Puedo imaginarme a la bella y joven Elena, escrutando intensamente el horizonte de este mar, que yo ahora también contemplo, para ver reaparecer esa nave que no volvería más. Fue tan grande el amor que el extraño navegante despertó en ella, que le puso por nombre Josefa a su hija, en recuerdo de su esposo, don José. De este modo, si el capitán naufragó en el mar, ella naufragó en la tierra, diremos parafraseando a Byron.

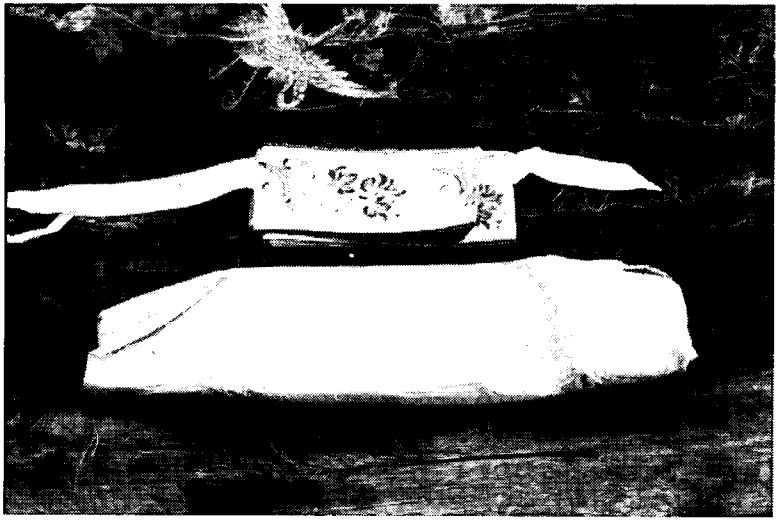
¿Qué le sucedió a don José Paramá? Nadie lo supo. ¿Quién era? La Capa Blanca y la Capa Roja son colores de la alquimia, de la *albedo* y la *rubedo,* etapas últimas del *Opus Regal,* para la producción del Oro (el cofre con las monedas) y de *Rebis,* el Andrógino. Antes de su partida y desaparición definitiva "en esta tierra" se cumple una simbología arquetípica, que a mí, su descendiente, me permite descifrar el símbolo y pensar que él fuera un eslabón de esa Orden sin tiempo, de la *aurea catena,* que le obligaba a abandonarlo todo, a traspasar los límites y romper los lazos de un amor humano, para perderse en la muerte mística y en la resurrección. Debió dejar, sin embargo, en esta zona mágica del sur del mundo, una simiente física que hiciera posible la continuación de ese intento por superar al hombre y recuperar la inmortalidad de los Dioses. ¿Fue consciente Paramá de este drama arquetípico, o sólo un instrumento de un gran designio?

Su hija, Josefa, se encargaría de develar en parte el misterio, o de hacerlo aún más inescrutable, siendo yo quien lo acojo,

intentando penetrarlo, pues me toca de lleno y me obliga. Siempre y en la forma más curiosa, Pepita Paramá, como la llamaron, mi tatarabuela, me ha fascinado, aun sin tener de ella información fidedigna y ni una sola imagen o retrato que pudiera hacérmela visible o reconocida en "su presencia y su figura". Nada, absolutamente nada, sólo un navegar por mi sangre, como don José por el espantable mar.

He aquí que Josefa Paramá, por ahí por el año de 1862 –imagino–, es decir, hace más de ciento treinta años, y un año antes de su muerte, acaecida en 1863, según consta en documentos, realiza algo extrañísimo. Contemplando este mar, de seguro, empieza a bordar una delicada y bellísima prenda de seda, un fajero destinado al ombligo de un niño aún no nacido, un descendiente que habría de venir a esta tierra en 1917; o sea, 55 años más tarde. Josefa ha bordado esa prenda para su tataranieto; ¡para mí!; como hay constancia escrita en un papel que la envuelve, con lápiz y con la letra de una tía abuela mía, que también vivió y murió sin moverse de este puerto de Valparaíso, en los suburbios de Playa Ancha. Dice: "Esta prenda venerable fue bordada por la mano de nuestra abuela paterna, Josefa Paramá, y se la destinó al ombliguito de su tataranieto". La encontró mi abuela, doña Fresia Manterola, a la muerte de su hermana mayor, doña María Luisa (la "Nina", como nosotros la llamábamos), entre sus pertenencias y en uno de los cajones secretos del escritorio de jacarandá de su padre, don Martín Manterola Paramá, que yo heredé a la muerte de mi abuela, y en el que escribí por años.

He imaginado la fecha de 1862 para el bordado de ese fajerito ritual, que nunca se usara, pues que no habrá sido destinado para el oficio de una comadrona, sino para la transmisión de una herencia más recóndita, más misteriosa y esotérica, superando hasta la misma intención de su autora, quizás. Aunque no estoy seguro, pues Pepita habrá sido un ser extraño y secreto, envuelto en gran soledad, al desposar a don Martín Manterola Cantuaria, un hombre de formación racionalista y, tal vez, ateo, "volteriano", como se acostumbraba a decir entonces, culto, letrado, hijo de la Francia de la Revolución y de la democracia antiabsolutista, quien fue responsable del acto de "fanatismo liberal" y positivista, por así llamarlo, de quemar un día en el patio de su casa los pergaminos que pertenecieran a don José Paramá, el Navegante, el Capitán del Buque Fantasma, del *"Wafeln"*, considerándolos como títulos



El fajerito bordado para mí por mi tatarabuela, Josefa Paramá, y el envoltorio de papel con la escritura de su nieta, mi tía-abuela, María Luisa Manterola Goyenechea.

Doña Manuela Goyenechea y Ovalle, esposa de don Martín Manterola Paramá. El niño es mi padre, su nieto.

de nobleza, absolutamente contrarios a su mentalidad y formación republicana. Así, la historia oculta de la Capa Blanca y de la Capa Roja, también naufragó en el Gran Océano. Pero no en los designios de Josefa Paramá, que ha transmitido el secreto a su descendencia, a "mí", que era el apropiado; mejor dicho, a "El", continuador de esa Cadena, que en el gran naufragio ella supo preservar y transmitir, como las antiguas *Nornas,* o como las Madres frisonas, custodias de las "lámparas mágicas", del Fuego Sagrado, tras el hundimiento de Hiperbórea, de *Atland.*

Los colores del fajero son el blanco y el rojo, la *albedo* y la *rubedo,* del *Opus Alchimicum* que yo debería intentar cumplir por mandato del Gran Capitán de mi Sangre, don José de Paramá, el que se perdió en el mar. Porque yo también nací ahogado y naufragué en la tierra.

Cuando me pongo a practicar el *opus,* la meditación del Rey, del Héroe y del Guerrero, con la Espada empuñada en la diestra, para despertar, combatir y amar a la *Serpiente*, me coloco el *Fajero* de mi estirpe mágica y divina, sobre el *Shakra Manipura,* a donde fuera precisamente destinado. Y don José y doña Josefa vuelven a la vida, resucitando en mí.

Como he dicho, he pensado en el año 1862 como el de la elaboración de esa prenda, por cumplirse 55 años hasta el nacimiento del tataranieto, que yo fui. Cinco y cinco, números de la Kábala Hiperbórea, de la *Hiranyagarbakabdha.*

Que Pepita Paramá haya sido una mujer fuera de lo común y de su época, puede descubrirse en su tumba en el Cementerio de Valparaíso, la que yo he encontrado ahora. No hay cruz allí, sólo una gran copa de mármol, sobre la que se ha colocado una abeja del mismo material, que sobresale llamando la atención. ¿Fue ésta una decisión suya, o bien de su marido, al que tal vez yo he prejuzgado, tratándole demasiado duramente? La abeja es un símbolo de inmortalidad, venido de la antigüedad egipcia. En lo impersonal, en el regreso a *"El"* o a *"Ella",* en la *muerte,* la Abeja de Oro teje, borda (como Pepita) el "Panel" de la inmortalidad. Lo hace posible.

* * *

Reconstruiré un día la tumba de mi tatarabuela, la lápida destrozada por algún terremoto y colocaré en su sitio la Copa de la

Inmortalidad, la Copa del Grial, sobre la que aún liba la Abeja dorada y escribiré un epitafio, que deberá ser el verso de Lord Byron: "El naufragó en el mar y yo en la playa". Agregándole: "En 55 años más, uno de nuestra estirpe volverá a naufragar en la tierra. Le reconoceréis por la estola que le he bordado."–"Josefa Paramá, 1862".

Si yo debiera enterrarme en alguna parte, me agradaría que fuera aquí, junto a mi antepasada mágica, esa extraordinaria mujer, que me hiciera llegar a través del tiempo y de los oscuros años su mensaje; también a través del Gran Océano del Inconsciente Colectivo (de lo *Impersonal),* donde navega el Arquetipo de la Familia Astral. Sí, pero hay también otra tumba más reciente que me llama y que pertenece a la leyenda de mi "yo", más que a la de "El". Pero, *"El" debe morir para que "yo" viva"* y viceversa. Así lo indica el historial de la vida mística. Para esto también existe la cremación antigua, en maderas preciosas de sándalo, como en la India y en el funeral de Baldur. Sin embargo, todas estas soluciones son ya imposibles para mí, porque el Destino me ha colocado en una encrucijada. Ni una ni otra posibilidad me pertenecen, pues en ambas sería profanado mi cuerpo por los rituales satánicos del Enemigo. Hoy no hay cremación en maderas de sándalo, sino en hornos y máquinas de fierro. Mas, sé que "El", o el Arquetipo, que reside en algún punto, dentro o fuera de la Galaxia, o don José, o doña Pepita, encontrarán la solución para su descendiente, también miembro de esa Orden alquímica sin tiempo, de la Capa Blanca y de la Capa Roja, y se lo llevarán con su cuerpo en un Carro de Fuego (de *Vraja* roja), cuando se aproxime la hora exacta y *no en "las vísperas"...*

* * *

Hijo de Pepita fue don Martín Manterola Paramá, casó con una mujer de origen vasco como él, doña Manuela Goyenechea, directamente relacionada con doña Isidora, la de la inmensa fortuna y también con los Matta Goyenechea, con Guillermo y Manuel Antonio, ya mencionados.

Don Martín, abogado de prestigio en Valparaíso, donde habría de morir, tuvo un solo hijo varón, también de nombre Martín y tres hijas, doña María Luisa, doña Clarisa y doña Fresia, la única casada y que conociera a mi abuelo, José Miguel Serrano Urmeneta,

en la ciudad nortina de Copiapó, donde don Martín se trasladara a ejercer su profesión por un tiempo.

Y así regresamos a la historia de mi abuelo, don José Miguel, novelesca y arquetípica como la de Paramá, aunque sin esa atmósfera tan explícita de saga esotérica.

Don José Miguel va en ascenso en el norte de Chile y ha pasado a ser un alto jefe de los Ferrocarriles del Estado. Será trasladado a Santiago, desposado ya con doña Fresia.

Comía un día en su casa cuando la sirvienta le informó que un hombre con aspecto de mendigo había llamado a la puerta diciendo que deseaba hablar con él. Extrañado, mi abuelo se levanta para recibirlo. Se encuentra con uno de los indios que a sus órdenes trabajaron en la extensión de la línea del ferrocarril de Arica a la Paz. Le abraza con afecto y le hace pasar al interior de la casa preguntándole si ha comido. El indio le dice que no y mi abuelo lo lleva él mismo a la cocina junto a los demás sirvientes. Luego se reúnen en su escritorio y le pregunta por las razones de su inesperada visita. El hombre le cuenta que ha encontrado en el norte una mina de oro y la ha inscrito a nombre de mi abuelo. Don José Miguel, sorprendido, le agradece, deseando devolvérsela a su descubridor. El indio insiste y mi abuelo pasa a ser poseedor de una mina de oro que hará su riqueza, como una raro regalo de la Fortuna.

Esa escena, con el sencillo indio de la pampa nortina, del desierto, quizás un descendiente de los *atumarunas* de Tiahuanacu, no me cuesta imaginarla. Parado allí el indio, frente a su dios rubio, de ojos azules, mi abuelo tan humano y justo en su trato, le trae un presente desde lo más profundo de la tierra y de la historia, como Atahualpa lo habrá hecho a los "viracochas" españoles: el oro (también el oro alquímico en su sincronística imagen). Mi abuelo no podía rechazarlo.

¿Qué habrá sido de ese mensajero mítico, venido de las honduras de la historia pre-hispánica, de la roca, de la arena, de los metales de esta tierra nuestra? ¿Qué habrá hecho por él mi abuelo? Era Alberich, nuevamente.

Nada sabía de minas mi abuelo. Pero tenía un amigo de apellido Villegas, que sí sabía y se hallaba en mala situación económica. Le propuso encargarse de la empresa. Por un año trabajó en el norte su amigo sin mayores resultados. Mi abuelo insistió, financiando los trabajos. Y la mina de oro entregó su

secreto metal. Fue una de las minas más ricas del norte de Chile: la "Bolaco", haciendo la gran fortuna de mi abuelo y de los Villegas.

Don José Miguel dejó los Ferrocarriles y se trasladó al Valparaíso de los grandes tiempos y, luego, a Viña del Mar, a una mansión que yo alcancé a conocer cuando ya había sido adquirida por el Liceo de esa villa.

Don José Miguel y doña Fresia tuvieron un solo hijo, Diego, mi padre. Vivían en esa maravillosa mansión con carruajes, criados y lujosos atavíos, confeccionados en Londres y en París. Mi padre era vestido de "principito", con terciopelos y golillas. Se le esculpían estatuas de mármol y se le pintaban cuadros por los artistas de moda del siglo XIX. Cuando en Londres, yo también me hice cortar trajes en Saville Row, o compré corbatas en Edward & Buttler, allí recordaban los apellidos de mi abuelo y también de los Cousiño, como de muy apreciados clientes. ¡Gente extraordinaria esos viejos ingleses, de hace ya más de cuarenta años! Declaraban que sólo los señores sudamericanos (sus descendientes, por supuesto), los Serrano, los Cousiño, los Menéndez, aún conservaban la buena tradición en el vestir que ya se perdía en Inglaterra. Recuerdo haber ido a Edward & Buttler con mi hijo, cuando yo era Embajador en India y haberle presentado a uno de sus dueños. Ese gentleman le dijo: *"Listen son, if you are in London without your father and without enough money to go to see the criket, don't worry and come to me. I' ll invite you"*...

Cuando éramos niños y aun en años posteriores, mi abuela abría viejos baúles llenos de ropas con finas telas de hombre y de mujer. Todavía mis hermanas conservan pieles y brocatos y yo cuelgo en mi casa cortinas de un fino terciopelo de burdeos de esos tiempos idos.

En el norte del Chile minero y del salitre, como en el Valparaíso de fines del siglo XIX, la influencia inglesa y alemana eran preponderantes. El comercio y la industria hacían de Valparaíso el principal puerto del Pacífico, con el tráfico marítimo efectuándose a través del Estrecho de Magallanes. Las mansiones, hoy deshabitadas o en ruinas, todavía nos hablan de ese pasado, con sus maderas finas, sus tallados, parquets y mármoles. La casa en la que yo vivo es una muestra; fue construida por un alemán que la habitó hasta su muerte. Mi abuelo, con ser tan chileno, se parecía a un caballero británico, también en su porte y sus costumbres. Mi padre aprendió el inglés antes que el castellano,

Mi padre, el principito.

Estatua del principito, mi abuelo y mi abuela, sus padres.

Mi padre en su coche en la casa de Viña del Mar, un 18 de septiembre, la Fiesta Nacional de Chile.

con una institutriz que se encargó de su primera educación y que venía directamente de Inglaterra.

Un gran amigo de mi abuelo en Valparaíso fue el Almirante Gómez Carreño, que se hiciera famoso durante el devastador terremoto de los primeros años de este siglo. Estableció la ley marcial en el Puerto, fusilando a los ladrones y saqueadores en el mismo sitio donde fueran sorprendidos. Visitaba a menudo la casa de Viña del Mar y un día le dijo a mi abuelo: "Si tú deseas que tu hijo se haga hombre, dámelo para mi Escuela Naval, porque lo que es aquí en tu casa y vestido de principito, las cosas van a salir mal...".

Mi abuelo le encontró razón. Y fue así como mi padre entró a la Escuela Naval, formándose allí en su férrea disciplina, sus estudios y sus deportes. Llegó a ser el "Tambor Mayor", o "Guaripola", de la Banda de la Escuela. Tengo una foto histórica de esos tiempos, del patio de la vieja Escuela Naval de Playa Ancha, con toda la Banda formada y mi padre al frente, sosteniendo la guaripola. Es histórica esta foto porque allí están también los instructores militares con sus uniformes y cascos prusianos. He regalado una copia, enmarcada y dedicada por mí, a la Agrupación de Comandos de la Marina, mis buenos amigos. Así, mi padre ha regresado entre los suyos, a esa Marina que él mucho amó y debió dejar a destiempo por una errada decisión de sus padres, de mi abuela, pienso yo, mujer autoritaria y dominante. No alcanzó así a dar la vuelta al mundo en el Buque Escuela, habiéndolo deseado tanto. En él se daba la herencia marinera de su bisabuelo, don José Paramá, el Capitán de todos nosotros.

Es ahí, en ese momento y en esa decisión, donde se tensa la cuerda del Destino, con consecuencias decisivas e inescrutables y que nadie, de seguro, pudo calcular. Mis abuelos abandonan Valparaíso para siempre, trasladándose a Santiago. Y en esta determinación tan drástica y definitiva ha tenido que ver principalmente el amor. Un gran amor de mi padre. Tal vez el único, el más profundo de toda su corta vida.

En Valparaíso y Viña del Mar de esos años, del comienzo del siglo XX, se reunía la juventud elegante de las familias aristocráticas y las más bellas mujeres criollas y descendientes de alemanes y de ingleses; las Wilms, por ejemplo, hermanas de Teresa Wilms Montt, la escritora, amiga de don Ramón del Valle-Inclán, de una belleza única, universalmente admirada, madre de otras bellezas

y de vidas muy trágicas, como fue también la de Blanca Errázuriz que, frustrada en su gran amor, desposó a un norteamericano alcohólico, al que mató de un balazo en los Estados Unidos. El proceso judicial conmovió a todo Chile. La joven al final fue absuelta. Era de una belleza frágil, de piel muy blanca, casi transparente, rostro de medallón antiguo, o de camafeo, ornado de cabellos oscuros, con reflejos de luces de maderas preciosas, y unos ojos entre verdes y de algas marinas. Piernas largas, talle angosto y manos de dedos finos, largos y cuidados, como ya no existen en este tiempo. Era caprichosa y tal vez cambiante en las apariencias, porque adentro, muy adentro, ella fue un ser atormentado y sufriente, concentrado en un solo amor, para toda su vida. Así deseo creerlo, pues ese amor fue mi padre. Se conocieron muy jóvenes en este puerto y en Viña del Mar del novecientos, cuando él era un cadete de la antigua Escuela Naval. Por muchos años yo también he soñado con una mujer de ese tipo, como si mi padre me

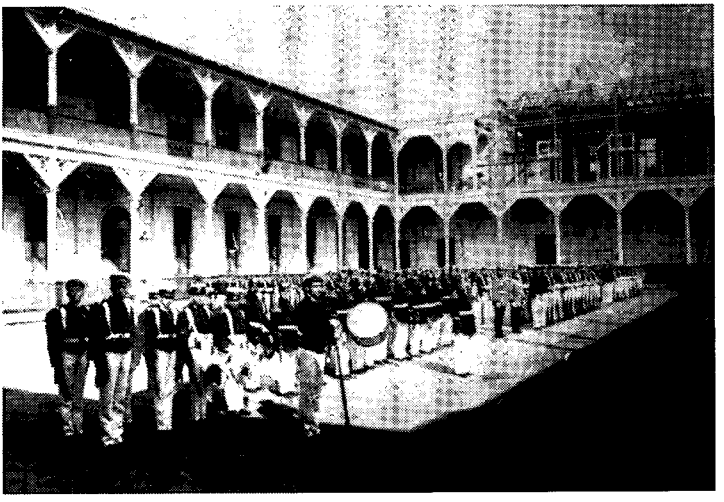
Cuadro pintado en Italia, con la atmósfera de un film de Fellini. Mi padre con su caballo de madera; mi abuela Fresia, su madre, junto a su suegra, doña Dolores Urmeneta; más arriba, su padre, don Martín Manterola, con su hija mayor, doña María Luisa (que aquí aparece menor que doña Fresia). Y al fondo, los Andes chilenos, tal como se los imaginara el pintor italiano.

hubiese transmitido su imagen con los genes. Que él la amó con pasión no me cabe duda, aunque nunca me hablara de ella, siendo yo su confidente-niño de otras aventuras y de sueños. Lo hizo por delicadeza y por respeto a mi madre, pienso. Lo cierto es que Blanca Errázuriz fue decisiva en la vida de mi padre y, por consecuencia, en la mía, en mi aparición en este mundo. Ella fue la responsable de que mis abuelos sacaran de la Escuela Naval a mi padre y se trasladaran a Santiago. Consideraron que Blanca Errázuriz era un peligro, por su temperamento y sus costumbres, para la vida futura de mi padre. De este modo interrumpieron ese amor. Lo que Blanca hizo luego pudo convencerlos de que habían actuado bien. Pero un amor no se acaba con su no-realización aquí. Por el contrario, se hace imperecedero, se eterniza. Y así creo que fue para mi padre y también para ella. Si ese amor se hubiese prolongado en el matrimonio, ciertamente se habría destruido. Como el Amor de Elena por José Paramá, se acrecienta en el sueño y la distancia. Si don José hubiera vuelto, ¿qué habría acontecido? El Paraíso existe desde que se perdió. Sólo desde que se perdió... Y ya no se recuperará jamás. No se debe.

Me doy cuenta de que en todas estas historias sólo he estado hablando del amor. El amor como trasfondo de esenciales acontecimientos de familia, que de uno u otro modo van a modificar las vidas individuales en el juego misterioso de la Fatalidad. Y todo esto ha estado también, y lo seguirá estando, ligado a la historia de un pueblo y de una patria, que en un tiempo fue homogéneo en su clase dirigente; porque éramos pocos.

A mi padre lo he amado por sobre todas las cosas de este mundo. Fue mi primer amigo, mi primer camarada. Entre él y yo (entre él y El, primero) se estableció una relación de igual a igual, desde que yo tendría dos años y no más. A veces, él era mayor que yo, pero otras no, porque le veía también como una persona menor en experiencias y que habría deseado proteger y aconsejar. Penetré al fondo de su alma y sufrí con él. Esto, más allá de las palabras, que habrían sido insuficientes, o de no fácil comprensión para la encarnación en un niño.

Su cuerpo era esbelto, alto, espigado, como puede verse en esa foto de la Escuela Naval. De tez morena, pelo negro y liso, se destacaban sus ojos verdes y un hoyuelo en la barbilla que le hacía irresistible para el sexo opuesto, además de una gran simpatía. Era atlético y varonil, boxeador, equitador, esgrimista y nadador.



Arriba: mi padre en una foto histórica, de la Escuela Naval de 1909, con instructores del Ejército con uniformes prusianos. Mi padre es el Tambor Mayor. En el patio de la vieja Escuela de Playa Ancha, tal como hoy aún se conserva. Abajo: mi padre, cadete de la Escuela Naval de Chile.

Tras años de separación, volvió a encontrarse con Blanca Errázuriz, pienso que ya desposado con mi madre, en algún momento furtivo, y se amaron locamente, apasionadamente. Esto lo supe, no por él, como he dicho, sino por un gran amigo de la familia, el doctor Arístides Aguirre Sayago, quien me relató un día la confesión que le hiciera mi padre sobre su pena y depresión por haber realizado ese amor ideal. Ahora ya no le quedaba nada, lo había perdido todo; el sueño, la imagen soberbia y sublimada se había "desconstelado". Beethoven, en un trance semejante, se cuenta que huyó de la amada que se le ofrecía, exclamando: "¡Ya no me quedaría nada para mi música!". Y también el amante griego que fue a la ladera del Monte Olimpo y allí cogía puñados de nieve que frotaba en su pecho, para calmar el fuego del amor que le consumía, gritando el nombre de su amada. Ella le escuchó y vino. El hombre la miró extrañado y le preguntó: "¿A qué has venido?". "He venido porque te he escuchado llamarme", le respondió. "¡Ah! –dijo él–, es que el Amor que siento, no me deja tiempo para ti...".

¡Padre!, te comprendo, porque nuestras vidas han estado apuntando como saetas en dirección del eterno femenino y de la mujer en esta tierra, la más grande aventura en la que nos hemos jugado la vida y la inmortalidad. Esto lo hemos heredado de nuestros ancestros, tal vez de ese Capitán, que en nosotros puso una simiente con un grano de la Alquimia y que partió en dirección del Paraíso Perdido, de Hiperbórea, de la Ciudad de los Césares, irrecuperables ya en el Gran Mar, como Pitias; o escapando, como Beethoven, para salvar el sueño, más allá de "la presencia y la figura".

¡Qué difícil, qué tremendamente difícil es todo esto para nosotros, que tan apasionadamente hemos amado el cuerpo de la mujer, aun conociendo las leyes que establece el Mar, el Gran Océano! Y el "Baghavat Gita", que postula: "Como dos briznas de madera se encuentran en el Gran Océano para separarse luego, así es el encuentro de las criaturas"... Pero yo sigo en el combate, padre, y si logro llegar alguna vez a las riberas encantadas de Hiperbórea, donde me estará esperando Ella, la Amada Eterna, sé que iré contigo y que Ella también se llamará Blanca, o tendrá el Rostro de Blanca, además del de mi Amada, porque tú y yo seguimos unidos, siendo también por ti que me ha llegado el sueño del Amor Eterno...

Mi padre, don Diego Serrano Manterola.

* * *

Un primo de mi padre, hijo de una de las hermanas de mi abuelo, Jorge Ariztía Serrano, se había casado con Cristina Fernández y Fernández, hija de don Joaquín Fernández Blanco y Pedregal y de Carmen Rosa Fernández de Santiago Concha. En casa de su primo, en Santiago, mi padre conoció a Berta, hermana de Cristina, la menor de once hermanos. Tenía sólo catorce años; pero, en esos tiempos y a esa edad ya eran mujeres casaderas. Bella y de una simpatía irresistible, rubia, de ojos azules, muy

con una voz hermosa, cantaba los cuplés de España y de Francia y las canciones de nuestra tierra. Mi padre no pudo escapar a su fascinación y, muy pronto, fueron novios.

Berta Fernández y Fernández descendía de una familia de rancio abolengo en Chile, en Perú y en España. De Galicia, para ser más precisos. El apellido Santiago Concha es compuesto y originario de Heras, en las montañas de Burgos. Santiago es apellido ilustre, de la Montaña, se entronca también con Quevedo, el extraordinario poeta, y es el nombre del apóstol patrono de la Caballería española, quien pelea contra los moros en la Batalla de Clavijo. Yo prefiero darle a estos apellidos compuestos, una connotación mística que pueda hacer de contrapunto a la saga de don José Paramá, con el color de sus capas, justificando así el drama y el sacrificio de un amor humano, personalizado, en provecho de una decisión ajena, posiblemente externa y misteriosa, dirigida a completar y prolongar una estirpe impersonal, esotérica, enraizada en la España gótica y céltica, precristiana, aun cuando sus eslabones actuales deban vestir los ropajes seglares y apostólicos de su siglo. Porque, ¿quién es en verdad el que se halla enterrado en Compostela? Unamuno no creía que fuera un tal Apóstol Santiago. Además, ¿quién es ese Apóstol –el Menor o el Mayor– que aparece junto a atanores de la Alquimia en el pórtico de piedra de la catedral compostelana? Tal vez quien allí se entierra sea Breogán, el Osiris céltico y despedazado. No nos olvidemos que el Camino de los Peregrinos de Santiago también pasa por Burgos, Tierra del Cid Campeador. Y la concha, que simboliza el remo de Poseidón o Neptuno, de los salvados del Diluvio, del hundimiento de la Atlántida-Hiperbórea, es también la pata de la oca, emblema de los peregrinos de Santiago. De ahí, entonces, Santiago-Concha. De los peregrinos de Santiago de Compostela (del "Campo de la Estrella"). Y esta vez el Capitán, el Navegante despliega las velas de su buque por el más amplio mar del firmamento, en busca de la Hiperbórea celeste, inserta en una Estrella, quizás en Venus. Se trata de recuperar allí los trozos dispersos del Cuerpo del Hombre Cósmico despedazado, de la totalidad perdida, del Hombre-Dios (del Breogán celta, de Osiris), que una vez fuera, antes del hundimiento de Hiperbórea; del Kristos de la Atlántida, por medio de la ciencia antigua de la Alquimia de Santiago el Menor, en la Constelación del Gran Can. La estirpe de los náufragos de tierra y mar deberá reencontrarse para volver a embarcar y dar así

continuidad a la Gran Aventura. En algún punto fuera de nosotros *El* vuelve a soplar las velas.

Al igual que el apellido García Serrano en Chile pasa a ser sólo Serrano, el Santiago Concha de España y de Perú, al mezclarse con el Fernández de Muras, de Galicia, también aquí pasa a ser sólo Fernández Concha. El primer Fernández de Muras de que tenemos noticias es don Mateo, General del Rey de León, don Ramiro I. En el año 814 participa en la Batalla de Clavijo, precisamente, donde combate junto al Apóstol Santiago. En premio de sus servicios recibió del Monarca el señorío de Muras, además de privilegios y exenciones y prerrogativas, para sí y sus descendientes, las que fueron confirmadas sucesivamente por varios soberanos, entre ellos el Rey de Castilla don Enrique IV, en reconfirmación de una del año 862. Esta reconfirmación se halla en la Cédula del 10 de septiembre de 1472, al mismo tiempo que el soberano edifica la iglesia de Santiago e instituye la Orden del mismo nombre, armando en ella caballero a su General Fernández de Muras.

Yo he visitado Muras, cerca de Oro, en Mondoñedo, en Galicia, vecina de Lugo, ciudad llamada así por el Dios vernáculo, de la Atlántida y de los suevos, Lug.

El primer Fernández de Muras en venir a Chile fue don José Antonio Fernández Maseda, nacido en Oro en 1754, hijo de don Cosme Damián, también de familia de militares y con informes de nobleza de la Cancillería de Valladolid; pasó a La Habana, a Lima y a Santiago de Chile. Fue agraciado con carta de ciudadanía chilena por decreto del 13 de octubre de 1820. Casó con doña María Recio y Pardo de Figueroa, nacida en la Isla de Juan Fernández.

Un hijo suyo, don Pedro José Fernández Recio –el "Jefe de la Tribu", como le llamara mi primo, Francisco Ariztía Fernández– será el destinado para unir su estirpe de Galicia a la de Santiago Concha, al desposar en la iglesia de la Catedral de Santiago de Chile a doña Rosa de Santiago Concha y Cerda, en el año de 1823.

Los Santiago Concha tienen su rama principal en Lima, donde han venido en 1650. Uno de sus descendientes pertenecerá a la Orden de Calatrava, otro, según nos cuenta don Nicolás Palacios en su fundamental obra "Raza Chilena", será comisionado en Chile por el Virreinato de Lima para poner orden con los comerciantes y especuladores sefarditas que aquí han llegado a despojar de sus tierras y heredades a los antiguos descendientes de conquistadores visigodos, por medio de la usura. Es don José de

Santiago Concha Salvatierra, también Caballero de Calatrava ya en 1705, Oidor de la Real Audiencia de Lima, en 1715, Gobernador y Capitán General del Ejército y Presidente interino de la Real Audiencia de Chile. Llegó a Valparaíso el día 5 de marzo de 1717 y fundó la villa de San Martín de la Concha, el 11 de noviembre de 1717 –hoy Quillota–. El Rey aprobó esa fundación el 17 de octubre de 1721. Y se declara que "su Gobierno de nueve meses en Chile fue bueno y positivo". Es decir, puso orden y castigó a los especuladores, usureros y depredadores. Es autor de una "Memoria del estado y necesidades del Reino de Chile". Se embarca de regreso a Lima, terminada su misión el 9 de diciembre de 1717.

Doña Rosa de Santiago Concha y de la Cerda es hija de don José de Santiago Concha Lobatón, quinto Marqués de Casa Concha (hagamos notar que aún hoy el mejor de los vinos de la Viña Concha y Toro lleva el nombre de "Marqués de Casa Concha", como el mejor de la Viña Santa Rita lleva el de "Marqués de Casa Real", título de los García Huidobro Fernández), y de Josefa de la Cerda de Santiago Concha, que era su sobrina y con quien casó en la iglesia de la Catedral de Santiago, el 13 de junio de 1797. Este suceso se repite en la familia casi ciento cuarenta años después, cuando un tío mío, hermano de mi madre, también desposa, con permiso del Papa, a una sobrina igualmente de nombre Josefa. ¡Qué cosa más extraña! Don José, por no ser muy partidario de la independencia de la Corona española, debió sufrir limitaciones varias, entre ellas la de "no caminar por las calles de la ciudad", y su viuda, doña Josefa, tuvo que entablar una demanda de pensión, que le fue denegada, a pesar de que la apoyó y asesoró don Andrés Bello, fundador de la Universidad de Chile y autor del Código de Leyes Civiles.

Cuando el poeta Vicente (García) Huidobro Fernández, mi tío, escribe su libro "Mío Cid Campeador" y afirma descender de ese gran guerrero visigodo, no deja de tener razón, ya que el nombre Cerda, o de la Cerda, viene de los Infantes de la Cerda, del Cantar de Gesta, los que han desposado a las hijas del Cid. Y yo desearía agregar una otra sospecha, pues que el apellido de la Cerda estaría haciendo referencia a una cerda que en el pecho, o en la espalda, señalaba a estos infantes de estirpe real, tal vez de la línea de los merovingios, siendo uno de los signos que singularizaba a esta raza fabulosa, una cerda, una marca casi no humana. Otro tío mío, hermano de mi madre, afirmaba que nuestra ascendencia

entroncaba también con el Príncipe de Esquilache y con los Borgia, o Borja valencianos, y que por ello "tenía tendencias místicas y libertinas".

Yo puedo recordar de oídas que a doña Rosa de Santiago Concha y de la Cerda, cuya estampa impresionante de matrona se aprecia en sus fotografías, se la llamaba en familia "la mamita la santa". Nació en Santiago, en 1602, hija del que desposó a su sobrina, casi como los faraones egipcios, o los reyes incas, que casaban con sus hermanas. Se dedicó a realizar obras de beneficencia, construyó el convento principal de la congregación del Buen Pastor. A su muerte, sus hijos donaron su residencia a esa congregación y se fundó el Colegio Rosa de Santiago Concha, construyéndose la Iglesia de San Pedro.

Su marido, don Pedro José Fernández Recio, de quien ya hemos hablado –el "Jefe de la Tribu"–, fue hombre muy distinguido, un abogado que desempeñó en Chile importantes cargos, Relator Secretario de la Corte Suprema, bachiller en Teología, habiendo estudiado en el Convento de San Agustín y en la Real Universidad de San Felipe, Colegial del Convictorio Carolino de Nobles. Fue diputado por Santiago a la Asamblea Provincial en 1829, Ministro Suplente de la Corte Suprema de Justicia, por elección del Congreso Nacional, Doctor en Leyes y eminente jurisconsulto, miembro de la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile. Editó la "Filotea Chilena", libro piadoso que dedicó a sus hijos. A la muerte de doña Rosa, su mujer, se ordenó sacerdote, haciendo los votos en 1873. Se cuenta que cuando se les preguntaba a sus hijos a dónde irían el día domingo, éstos contestaban: "Vamos a oír decir misa a mi papá".

Don Pedro Fernández Recio muere en Valparaíso el 4 de febrero de 1883, a la edad de 87 años.

* * *

Y es aquí donde comienza la saga de los Fernández Concha y de los Fernández y Fernández, en Santiago de Chile del Nuevo Extremo. Pero esta saga, para ser bien contada, no puede desvincularse de un sector importantísimo de la tierra de Chile y de la imponente Cordillera de los Andes, que enfrenta a la ciudad principal del Reino del Nuevo Extremo. La región de Las Condes, hoy comuna populosa y selecta, que preserva su mismo nombre.

El Académico de la Historia don Carlos J. Larraín, en su estudio monográfico sobre Las Condes, hace remontar la existencia de este solecismo con anterioridad a tres generaciones de Condesas de Sierra Bella, mis bisabuelas y tatarabuelas. Los campesinos llamaron al lugar "Las Condes" por las Condesas. El primer Conde de Sierra Bella fue don Diego Cristóbal Messías y León Garabito, Consejero de Indias y Presidente de la Real Audiencia de Simancas, quien jamás viajó a Chile ni conoció el lugar que dio origen al título: "Sierra Bella", que fuera obtenido para él por su hijo, que sí lo conocía, don Cristóbal Messía y Valenzuela, Caballero del Hábito de Santiago, verdadero autor del título nobiliario, en el siglo XVII, por haberlo obtenido en España para sus descendientes de Chile y de Perú, para su hijo don Diego Messia y Torres, Alcalde de Santiago, para Oidores de la ciudad de Lima, para marqueses de San Miguel de Hijar y Condes de la Vega del Ren, para los Condes que se murieron y las viudas que les sucedieron. Pero el historiador Larraín no piensa que el nombre de la región de Las Condes tenga su origen en el título, sino en alguna deformación de Andes, ya que es anterior al siglo XVII. No lo creo, sin embargo, y me inclino a pensar como mis antepasados que atribuían el error al lenguaje popular, que dio a la comarca el nombre de sus dueños: las Condesas de Sierra Bella, entre las que se cuenta a mi abuela materna. El actual escudo de la Municipalidad de la Comunidad de Las Condes es el de los Condes de Sierra Bella.

* * *

Todo este asunto de títulos nobiliarios y heredades nunca me interesó mayormente en mi juventud y adolescencia, debido a la influencia de nuestra abuela paterna, doña Fresia Manterola, descendiente del que quemó los pergaminos de Paramá. Sin embargo, ella misma lo lamentaba y, más de una vez, nos recordó que también su padre era Conde de los "Siete Linderos" o "Siete Mojones". Pero agregaba que su progenitor hacía bromas al respecto, diciendo que su escudo debería mostrar siete mojones puestos en hilera.

Muchos títulos americanos y aun de las Españas, fueron comprados; sin embargo, no se concedían a "cristianos nuevos" y a quien no probara linaje y alcurnia. Más difícil era aún la incorpo-

ración en las órdenes de caballería, como la de Santiago y la de Calatrava. Sabido es que el mismo don Alonso de Ercilla y Zúñiga tuvo grandes dificultades para poder entrar en la de Santiago. Que mis antepasados Fernández de Santiago Concha estuvieran en ambas, tan exclusivas y honoríficas, me da seguridad en cuanto a mi sangre.

Si mi abuela Manterola no gustaba de títulos y privilegios, era inflexible, en cambio, con la raza y la clase. Por otra parte, aun cuando los títulos no siempre fueran merecidos de sus poseedores, lo cierto es que poco a poco, en aquellos tiempos a lo menos, éstos ejercían una suerte de presión irresistible sobre aquellos, "haciéndolos mejores" y obligándolos a actuar diferente. Porque es cierto que nobleza obliga. Por eso yo sé que mis antepasados procedían gentilmente, con sencillez de auténticos nobles y con bondad patriarcal, paternal, hacia sus subordinados. Cuando los tiempos fueron cambiando y el dinero pasó a ser el verdadero amo de la sociedad, ya no aristocrática sino plutocrática, ellos se apartaron de esa clase gobernante, refugiándose en la soledad de sus mansiones o en el orgullo de su austera situación económica, a veces hasta de pobreza. De este modo ya había sucedido también con las más antiguas familias de los conquistadores, de los guerreros visigodos de las Españas, que en esta región del mundo, "jamás domada", iban perdiendo sus patrimonios y heredades campesinas ante la invasión de los comerciantes y el centralismo de la metrópoli.

La enorme extensión de esa comarca al oriente de Santiago y en los aledaños de la gran cordillera fue en un tiempo conocida también como San José de la Sierra, la Cordillera de los Condes, o la Dehesa de los Condes. Comprendía la hoy Dehesa, Lo Barnechea, la Quebrada del Arrayán, Lo Fontecilla –Macul–, El Principal –hoy El Golf– y el Fundo del Carmen, hoy Calle del Carmen, hasta la Avenida Matta. Algo enorme que partía más acá del Canal San Carlos y llegaba a la Argentina, por pasos casi imposibles de cruzar entre las más altas cumbres. Abarcaba los hoy campos de *ski* de Farellones, la Parva y Valle Nevado. También las minas de cobre de La Disputada. El río Mapocho, que cruza la ciudad de Santiago, nace en esos altos farellones. La hacienda llegó a medir 62.132 cuadras. Su primer poseedor fue un soldado que llegó a Chile con don Diego de Almagro y luego volvió con don Pedro de Valdivia, Antón Díaz. Pasó después a Martín de Zamora, cuyo nombre en la actualidad lleva una calle de Santiago,

pienso que por haber pertenecido a su hacienda, ya que no tiene otros méritos para ello, habiendo sido Zamora un capitán vizcaíno sin mayor relieve. En aquellos años, esa comarca sería un paraíso, y como tal la describe Mariño de Lobera, uno de los primeros cronistas; con praderas de frutales y de flores, con árboles y pájaros vernáculos y la visión de las altas cumbres nevadas de El Plomo, La Paloma y del monte Parzival, santuarios que fueran de los Incas, de seguro con otros nombres.

Sin saber siquiera que esas eran las tierras de mi familia, siendo muy joven, muchas veces crucé el canal correntoso, entonces de aguas claras, por puentes rústicos y me interné por los valles con un libro bajo el brazo, en busca de seres invisibles y con la mirada perdida en las cimas andinas. Regresaba cuando el sol se ponía y todo se llenaba de ese color púrpura que envuelve en la nostalgia y con el ansia de un mundo perdido. ¿Qué existiría más allá de esas cumbres, en esas ciudades rojas del horizonte? Hoy me pregunto si habrán experimentado esta misma ansiedad del corazón mis antepasados, al caer de las tardes, en su antigua Mansión de Las Condes, cuando penetraban en la capilla a orar con sus familias y sus servidores, o en las peregrinaciones a la Ermita del Rosario, en las alturas de la sierra andina.

LA ERMITA DEL ROSARIO

Creo que otro nudo se hace, o se deshace, en esta vertiente de la sangre de mi familia materna, con el matrimonio de don Pedro José Fernández Recio y de doña Rosa de Santiago Concha y de la Cerda. La sangre de los Fernández de Muras entra a mezclarse con la de Santiago Concha y pierde –no sé por qué– el Santiago, pues los hijos del matrimonio serán ahora Fernández Concha a secas. Doña Rosa es hija de un tío y su sobrina.

Antes de avanzar más en la historia, deseo detenerme un poco aquí, en este hecho decisivo, ya mencionado, aunque de paso: la endogamia, la unión de la familia consigo misma; encuentra su justificación en la América indígena, especialmente en el Perú, por la raza negra de los esclavos, que en Chile no prolifera por el clima. Hay una necesidad instintiva de preservar la raza por temor al mulatismo y al mestizaje, al igual que en el antiguo Perú lo hizo la casta de los emperadores inkas (con "k", para señalar que eran vikingos arios y blancos) y los faraones egipcios, por la misma

razón, desposando a sus hermanas, o a sus madres. Y aquí repito mis sospechas sobre el Infantado de la Cerda y el intento de preservación a todo trance de la "raza fabulosa" –como ha llamado un historiador a la de los merovingios, semidivinos, o semihumanos–. ¿Qué pasa con esta raza mítica que desaparece tan misteriosamente, como los mayas por la misma época, casi por un mandato, cediendo el camino a los visigodos? ¿Como si hubieran recibido una orden, emanada de un centro secreto y común, tal vez del Báltico? (¿De la "Orden Verde"?). ¿Y esta necesidad de preservar su sustancia, será, acaso, la causa profunda del conflicto de los Infantes de la Cerda con las hijas del Cid visigodo, usando como pretexto la lealtad al Rey? ¿Conflicto de amor y de odio, que los lleva a violar a sus propias esposas? De los merovingios también se ha dicho que en Occitania se mezclan con la estirpe de Jesús, el Galileo (¿de Galicia?), llevada allí por María Salomé –¡qué no se ha dicho!–, y que el "Priorato de Sión" conspira para instalar a uno de sus descendientes en el trono del *Rey del Mundo.* "Los visigodos, los merovingios, los suevos, los vándalos, los celtas son el verdadero 'pueblo elegido', el de los Hiperbóreos" –me decía el Pastor Jürgen Spanuth–, entendiendo que de éstos descienden todas estas tribus, y que luego los judíos se han apropiado de su leyenda ("las doce tribus") y de la denominación de "pueblo elegido", que en propiedad pertenece a la tribu de los merovingios y de los visigodos. Los "Godos", los "Hijos de *Goth",* de Dios.

En el siglo XVII, en Heras, de Burgos, por donde pasara también el Cid y los Infantes de la Cerda, ya los de Santiago Concha se han mezclado entre sí, antes de venir al Perú y de entroncar aquí con los de la Cerda. La leyenda antigua hace también llegar a María Salomé hasta Santiago de Compostela en busca de reunir los trozos del cuerpo despedazado de Osiris-Breogán (de la "Raza Fabulosa"), su Esposo y su Hijo. Todos aquellos pueblos, tribus, familias o castas que se saben depositarias de un legado, de una misión, de un "principio divino", son guardadoras instintivas de su sangre, porque *"saben"* que es allí donde el mensaje se guarda y se transmite. ¿Y qué mejor que la endogamia para preservar el legado? Tienen terror de traicionar la misión, un terror casi visceral, instintivo, como es la atracción que experimentan por la misma piel y la misma sangre de familia y de raza, compulsión irresistible, mandato, orden repetida desde la más profunda esencia. Así pasa con los merovingios, con los

Don Pedro José Fernández Recio, el "Jefe de la Tribu" materna.

MOTHER MARY SAINT AUGUSTIN or JESUS FERNANDEZ DE SANTIAGO CONCHA

Visitor of the Congregation of our Lady of Charity of the Good Shepcherd, in Chile, Argentina, Uruguay, Brasil and Paraguay, in which Countries she founded 35 Houses of the Congregation. Died in odour of sanctity, in the Provincial Monastery of Buenos Aires, on the 13th of January 1928, 93 years of age and 65 years of religious life.

Estampa de la Madre María Fernández Concha, con el texto en inglés. Está pendiente su canonización.

germanos y también con la apropiación de los judíos, quienes se lo han autoimpuesto con el "Pacto Renovado". Y si es verdad que los merovingios llevan sangre *"krística"*, introducida en el Languedoc y en Compostela, entonces existe también una compulsión mesiánica, que se reactiva por la energía de una sangre nueva, de la Galicia mística y compostelana, de los Fernández de Muras, que introducen otro tipo de sangre compatible y no disímil. Esto produce, en la primera generación de descendientes, una explosión de individualidades riquísimas, todas marcadas por un idéntico perfil místico-religioso, secretamente mesiánico. Y también en un oculto orgullo, no abiertamente demostrado, por el conocimiento subconsciente de un origen semidivino que los aleja del resto de los seres que los rodean y con los que están obligados a convivir aquí en la Tierra, ya sea en España, en Perú o en Chile. Se apartan por eso en sus montañas, o se refugian en un convento, o en una iglesia y en el amor de Dios, *"su único semejante"*.

Nadie me ha expresado mejor esto tan tremendo, esta posible clave, este drama, que mi tío, el poeta Vicente Huidobro Fernández. Un día me dijo: "¿Sabes, Miguel, por qué nuestros antepasados amaron tanto a Dios? Sólo por el orgullo, que no les permitía inclinarse ante nadie que no fuera El... Y *porque ellos sabían que Dios no existe...*".

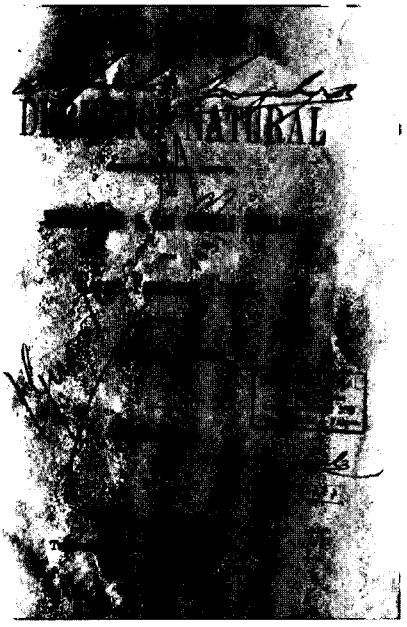
* * *

He aquí la saga del Orgullo y del Amor a Dios.

Trece serán los hijos del matrimonio Fernández Recio y Santiago Concha de la Cerda, cinco mujeres, todas sin descendencia, pues se harán monjas. Son fundadoras de congregaciones, como la del Buen Pastor, constructoras, con su propia fortuna, de conventos y colegios. Una de ellas se encuentra en proceso de beatificación, como Sor María de la Inmaculada Concepción. Fue doña Rosa Fernández Concha. Frente a mí tengo su bello rostro, en una medallita hecha a propósito para el caso, con un trozo del hábito que ella usara. Me la entregó mi tío Joaquín Fernández y Fernández, cuando era Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Juan Antonio Ríos. Pienso que nunca la canonizarán, pues pertenece a otra época, a otra alcurnia, y no sirve para uso de la demagogia eclesiástica de estos días, ni para producir dineros a las iglesias. Ella ya lo dio todo para este efecto.

El cuadro de don Pedro Fernández Concha, pintado por Ciccarelli. Algo me dice, cuando nos miramos a los ojos.

Don Pedro Fernández Concha y su esposa, su prima, Carmen de Santiago Concha.



Portada del libro de mi tío-bisabuelo, D. Rafael Fernández Concha, "Derecho Natural".

Velatorio de mi abuelo, Joaquín Fernández Blanco, padre de mi madre, con el cuadro del Presidente Balmaceda presidiendo la capilla fúnebre.

Sin duda, el más excelso exponente de esa generación familiar es don Rafael Fernández Concha, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de Epifanía. Estudió Derecho como su padre y fue Bachiller en Humanidades y Leyes. Licenciado en Leyes y Ciencias Políticas, Abogado, Profesor de Derecho Canónico en la Universidad y en el Instituto Nacional, donde se educara. Ingresa como miembro de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Es diputado por Rancagua al Congreso Constituyente. Ingresa al Seminario Conciliar para abarcar el sacerdocio en 1859 y recibe la tonsura el mismo año. Junto a numerosas obras y escritos, cabe destacar su "Filosofía del Derecho, o Derecho Natural", obra que hasta hoy se enseña, y su estudio "Del Hombre en el Orden Psicológico, en el Religioso y en el Social". El Presidente Riesco le nombró Consejero del Estado. En verdad, fue un prodigio de penetración y erudición. Su "Teología Mística" fue comentada por académicos alemanes. Se halla enterrado en la cripta de la Catedral Metropolitana. En mi obra "ELELLA, Libro del Amor Mágico", converso con él imaginariamente, en "La Casa de la Familia", la vieja Casona de Las Condes. Y tal vez, don Rafael sea también responsable por alguna tendencia mía de pretender "iluminar la oscuridad del Creador", como diría el profesor Jung.

En mis manos he tenido su birrete, el que guarda como reliquia un primo mío, Andrés García Huidobro.

Fuera de él, es su hermano Pedro Fernández Concha quien más me interesa, por ser mi bisabuelo, abuelo de mi madre, y quien adquiere la propiedad de Las Condes, parte de la heredad de su mujer, su prima, doña Carmen de Santiago Concha y Vázquez de Acuña de la Fuente y Messia, Condesa de Sierra Bella y Marquesa de San Miguel de Hijar. Fue, además, el dueño de San Pascual, hoy Apoquindo, como hemos dicho, de Lo Fontecilla y de la Chacra "El Carmen". Conjuntamente con su hermano don Domingo, el abuelo de Vicente Huidobro, son dueños del Portal de Sierra Bella, hoy Portal Fernández Concha, que ocupa toda una cuadra en la Plaza de Armas de Santiago, nuestra capital, al frente de la Municipalidad y a un costado de la Catedral. Allí puede verse una gran Virgen en su frontis central, esculpida por Domingo García Huidobro, extraordinario escultor, hermano de Vicente, el poeta. Su abuelo, don Domingo, también es el constructor de la iglesia del Cerro Santa Lucía, que lleva su nombre, y de la tumba de Vicuña Mackenna, modelador de ese cerro. ¡Tantas cosas de estos dos

hermanos ilustres! Don Pedro fue de todo, Intendente de Atacama, Gobernador de Caldera, benefactor, fundador de periódicos y de empresas. Don Domingo es el verdadero creador en Chile del Movimiento Social Cristiano, preocupándose de los más pobres. El Club Domingo Fernández Concha fue heredado por la Democracia Cristiana, por esto mismo. Ambos hermanos destinan sus fortunas a obras religiosas y de caridad. Don Pedro también estudió en el Instituto Nacional, como sus hermanos. Se le ofrecieron senaturías que él rechazó, aunque fue dos veces diputado por el Partido Conservador, durante las presidencias de Errázuriz Zañartu y de Santa María. No participó en la Revolución de 1891, pues era amigo personal del Presidente Balmaceda, como su sobrino, mi abuelo, don Joaquín Fernández Blanco, quien fuera encarcelado por los vencedores. Esta simpatía, como se ha visto, también la compartieron mis ancestros paternos. A la muerte de mi abuelo Joaquín, un gran cuadro del Presidente Balmaceda fue colgado en el velatorio, sobre el ataúd.

Don Pedro, en su juventud, deseó partir a California durante la llamada "fiebre del oro". Algo así como ir en busca de la Ciudad de los Césares en la Patagonia, o del Monte Kailás, en la India.

Don Pedro no era extrovertido, sino de carácter retraído y de costumbres sencillas y patriarcales. De temperamento místico y religioso, se retira a sus tierras y a su casona de Las Condes, donde vive preocupado del campo y de organizar romerías a la "Ermita del Rosario", que él mismo ha construido, con sus hijos, en esas cumbres andinas. Es allí donde él entabla su diálogo con Dios; el único diálogo que él ya acepta.

* * *

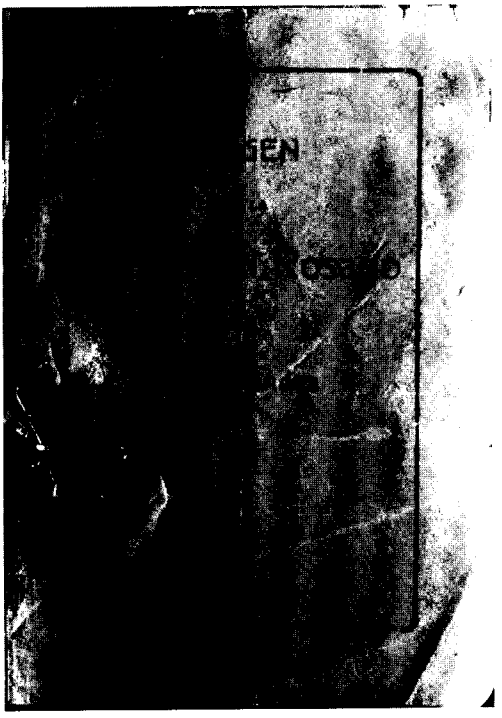
Es el mismo don Pedro Fernández Concha quien se encarga de relatarnos, en una carta que dicta, pensamos que tal vez a su hijo Carlos, por ser el mayor a esa fecha, y dirigida no sabemos bien si a su tío, don José Joaquín de Santiago Concha, o a su hermano, don Joaquín Fernández Concha –quien se encontraba en Madrid– las razones que ha tenido para construir la Ermita del Rosario en las alturas andinas. Su hermano deberá morir en Barcelona a la edad de veintiséis años, en vísperas de realizar sus bodas con doña Ana Sofía Valero y Alcalá Galiano, sobrina de la Emperatriz Eugenia.

Por no coincidir las fechas, concluimos que la carta estará dirigida al hermano de su madre, a quien su hijo también llama tío.

Nada mejor –pensamos– que reproducir a continuación esta vieja carta, del año 1886, para sentir de nuevo la atmósfera única de esos tiempos campesinos, de trabajos, de esfuerzos, apegados a los milagros, a las apariciones, y respetuosos de las tradiciones familiares, señoriales y campesinas, donde la veneración y el amor unían a los humildes peones de las haciendas con sus patrones, en una escala que no se detenía en ellos, sino que ascendía hasta el cielo. El símbolo de esta estructura, o arquitectura teocrática, se expresaba en las capillas barrocas de los fundos y, muy especialmente en este caso, en la Ermita del Rosario de Las Condes, que construyera mi bisabuelo en esas cumbres andinas, a 1.290 metros de altura sobre el nivel del mar.

En esos años todo se envolvía en una atmósfera especial de leyenda y de fe ingenua, pero profunda. Las casas de Las Condes la tenían. Se decía que nadie nunca había recorrido sus pasillos subterráneos en toda su extensión, salvo un cura de Mendoza que venía por ahí los sábados en la noche, decía misa el domingo en la iglesia del fundo y regresaba esa misma tarde. Estos corredores secretos también se extenderían hasta la Plaza de Armas de Santiago. En ellos se encontraron huesos y yo mismo he visto sus pilares amarrados con correas de cuero. En mi libro "ELELLA", encuentro allí encadenado al "Gran Antepasado". Hay algo de arquetípico en estas vetustas mansiones, como en los viejos castillos medievales, que simbolizan el alma de las estirpes y sus herencias genéticas, su Inconsciente Colectivo. Están habitados por "El" o por "Ello". Especialmente en sus subterráneos. Y salen a comunicarse con los suyos, a través de quienes han seguido tratando de expresar su mensaje secreto, de ejecutar su melodía, su Destino, su más recóndita aspiración de Eternidad, de preferencia en las capillas de las heredades. En este caso, en la Ermita de la montaña, donde revisten la forma de la Virgen del Rosario, u otros santos del panteón crístico. En la antigüedad, el Gran Antepasado habló por boca de los Dioses. A mí aún me sigue hablando.

* * *



Folleto sobre la Ermita del Rosario; tiene prendida una medalla con la imagen de la Madre María, mi tía-bisabuela. Me la obsequió mi tío Joaquín Fernández y Fernández.

Foto de la Ermita del Rosario, en el camino a Farellones.

"Sr. Dn. Joaquín de Santiago Concha
Madrid

Mi querido tío:

Mucho tiempo hace que no te escribo i ya que ahora me voy a dar este gusto aprovecharé darte razón de un suceso muy particular que creo te ha de ser interesante.
El lúnes 14 de Setiembre de 1885, con motivo del asueto que se nos dió en el colejio de 'Santo Tomas de Aquino', mi papá convidó a mis hermanos i a mí a que lo acompañásemos a 'Las Condes', a fin de que no estuviéramos distraidos tanto tiempo en la ciudad. Llegamos ese día a las casas de la hacienda, para salir en la mañana siguiente, Martes 15, al lugar llamado el 'Come-Tierra', frente al camino carretero de los minerales, para inspeccionar los trabajos de una acequia nueva, que se sacaba del estero de Molina, faldeando los suaves lomajes del punto denominado el Romeral, donde se habían formado varios potreros.
Para la mejor explotación de este punto, se labraron caminos i se hicieron puentes. El principal, está casi al pié del pequeño cerrito del 'Come-Tierra', en la conjunción de los esteros de San Francisco, Molina i Covarrúbias, principales afluentes del río Mapocho i el cual fué objeto de una historia milagrosa que te voy a referir.
Habiendo llegado el Martes 15, a dicho lugar, mientras descansábamos del viaje, mi papá subió al cerrito con la idea de colocar en él un signo cristiano. La Virgen del Rosario fue la primera que se la vino a la memoria. Ella agradeció tan bella idea desde el cielo, i demostró, como después lo veremos, que ese lugar era el sitio a propósito para que su imágen fuera venerada i para que allí, los que caminan en pos de la fortuna, rindieran un tributo de gratitud i de sincera fé a la Madre de los hombres.
Habiendo llegado mi papá, nos sentamos a almorzar i nos entretuvimos en agradable conversación. Después de terminar i de descansar un poco subimos a caballo para ir a ver la acequia nueva.
Componían la comitiva: mi papá, don Demófilo Correa, el administrador de 'Las Condes', Zacarías Corvalán, el mayordomo de ese punto, Rafael Herrera, su hermano Lúcas, mis hermanos, yo i el cochero de nosotros. Pasamos tranquilo el puente sin que nada nos sucediera. Habiendo llegado a la acequia nueva la recorrimos toda hasta su fin; viendo los trabajos hechos i cerciorándonos de su buena dirección, emprendimos la vuelta.
Cuando íbamos llegando al puente divisamos al lado opuesto, una tropa de mulas que se volvía i al encontrar nosotros el puente destrozado mi papá preguntó a varios trabajadores que estaban en la otra ribera, si aquella tropa al pasar lo quebraría. 'No señor', le

contestaron, 'poco antes que llegara, su merced, se quebró sólo; la tropa se acaba de volver porque lo encontró quebrado.'
Luego ocurrieron a nuestra mente las más naturales reflexiones. ¿Cual de nosotros o varios o todos a la vez, según el orden en que hubiésemos entrado a él, habríamos caido tumbados con nuestras cabalgaduras en medio de los grandes peñascos que existen debajo de ese puente, azotados fuertemente por las aguas del rio? ¿Cómo habría quedado nuestra amorosa mamá o alguno que hubiere sobrevivido a un acontecimiento de esta clase? Eran estas consideraciones como la más horrible pesadilla.
Pocas horas hacía que habíamos pasado, en tropel, por aquel puente, sin que hubiese demostración alguna exterior de estar trizadas sus maderas. El último que lo pasó, al galope del caballo, para incorporarse a nosotros fué nuestro cochero, Máximo Moreno. Nadie pasó después ni de ida ni de vuelta. Hacía más de un año que se había construido, pasando constantemente piños de animales, recuas de mulas con leña i aun carretones.
Mientras tanto teníamos que tomar alguna medida para alcanzar a llegar con luz a las casas de Las Condes. Como el rio venía de crece tuvimos que resolvernos a pasar a gatas por una viga del puente que había quedado sin quebrarse. Ayudados por los buenos campesinos, quitóseles el freno a los caballos i se les echó por un vado.
¿Quien nos libró tan misericordiosamente de tamaño peligro? ¿Sería la casualidad o el destino? ¿Sería la Virgen del Rosario, que agradecida i para corresponder prontamente la idea de mi padre quiso salvarlo a él, a sus hijos i compañeros de una muerte segura? Así lo creimos todos con nuestra cristiana fe.
¡Y especiales coincidencias!
El lugar que había elegido mi papá para colocar a la Virgen, antes de que se quebrase el puente i en el cual se colocó después, dá vista precisamente al sitio del suceso. También los terceros de Sto. Domingo, entre los cuales se encuentra mi papá, celebran todos los años, en ese día, la milagrosa aparición de la Santísima Virgen, en el santuario del convento de Soriano, para obsequiar a sus humildes i pobres religiosos, un lienzo en el que estaba divinamente pintada la imagen del gran fundador del rosario.
Desde entonces, mi papá, se afirmó más en la idea de colocar una estatua de la Virgen, disponiendo la iniciación de los trabajos.
El Domingo 28 de Marzo, de este año de 1886, a los seis meses trece días del suceso referido, tuvo lugar la bendición i colocación de una muy bonita imagen de la 'Virgen del Rosario' en la glorieta recien terminada, puesta en la parte más alta del cerrito, cercano al puente.
Se pensó que la fiesta fuese entre las personas de la familia i algunos amigos; pero, así que llegó al conocimiento de otros, se fué desper-

tando el más expontaneo entusiasmo. Mineros, campesinos, administradores i empleados de los fundos vecinos, se prepararon para asistir a ella.
Previa licencia de la Autoridad Eclesiástica, se anunció el día, siendo comisionado para decir misa en aquel lugar, el R. P. Frai Agustín Lucero, antiguo provincial de la Orden Dominicana i Obispo electo de Ancud.
En el expresado día, partieron de madrugada de las casas de 'Las Condes', cuatro coches. En ellos iban: el Rdo. Padre Lucero, mi papá, el señor don Cárlos Walker Martinez, defensor constante de las ideas conservadoras i diputado por Maipo; don Joaquín Walker Martínez, distinguido diputado por Santiago, el estimado caballero i escritor don Francisco González Errázuriz; mi primo, Joaquín Fernández Blanco, diputado suplente de Maipo i otros más.
Mi tía Rosario, infatigable cooperadora del bien i mi hermano Pastor, nos esperaban allá.
Gentes de distintos puntos i de lugares bien lejanos se dirijían también en coches, cabalgaduras i carretelas, a tomar parte en aquella manifestación de piedad.
Al llegar el distinguido sacerdote, mi papá i los que lo acompañábamos, fuimos recibidos con cohetes, voladores de luces i con vivas de entusiasmo.
En un estremo del corredor de la casita que se habia construido al pié del cerrito, estaba arreglado un magnífico altar.
Principió la ceremonia con la bendición de la preciosa imagen de la 'Virgen del Rosario'.
Antes de la misa, el Rdo. Padre Lucero, dirijió una hermosa plática a la concurrencia, alusiva al objeto, estimulando la devoción a María.
Primera vez que en aquellos lugares apartados i a la altura de 1.290 metros sobre el nivel del mar, se celebraba el santo sacrificio de la misa. Ella fué ayudada por dos religiosos de la Recoleta Domínica, que acompañaron al Rdo. Padre Lucero.
La misa se oyó con todo recogimiento i era solemnizada con una escogida orquesta de siete músicos.
Por primera vez también las dulces armonías de la música resonaron en aquellas alturas; i para consuelo de los buenos, en alabanza del Dios Todopoderoso, que nos permitía por la intersección i bondad de la 'Virgen del Rosario', verlo llegar hacia nosotros por el poder misterioso del sacerdote.
Poco después de concluída la misa tuvo lugar un modesto almuerzo. A los campesinos del fundo i a los que vinieron de otros, se les repartieron ovejas que se tenían preparadas i algunos cabritos.
Luego se separaron en grupos por la falda del cerro i complacía verlos gozosos, asando sus ovejas i cabros ensartados en un palo.

A todos se les sirvió también café, té i chocolate.
El número de asistentes sería como de ochocientas personas.
Luego que terminó aquel tan pastoril almuerzo, se llamó a la gente para continuar la parte religiosa.
Púsose a la querida Virgen en una andita adornada con flores i cintas, designándose a los que debían cargarla i tomar las cintas dándoles esclavina para llevarla en procesión hasta la glorieta que se le tenía preparada.
Se acordó rezar los quince misterios durante el camino que se iba a recorrer, que estaba adornado con banderitas, flores i ramas. Había un signo especial en cada misterio, donde se hacía una pausa. En el primer misterio, se ostentaba un hermoso arco con un letrero que decía: 'Gloria a María'.
Llegamos a la glorieta que estaba adornada con ramos, guirnaldas i coronas i un pedestal de ricas piedras de cobre i plata, que le obsequiaron los mineros.
Mientras se colocó a la preciosa Imagen en dicho pedestal, se cantaron las letanías, entonándose después variados i hermosos cánticos de despedida en honor de la muy amada 'Reina del Cielo i de la Tierra'.
Luego se bendijeron rosarios e imájenes que se repartieron a todos.
Se repartieron también dos composiciones poéticas que don Cárlos Walker Martínez, querido amigo de mi papá, compuso rápidamente para conmemorar esa fecha; ambas te las incluyo.
Desde ese día, que fué como una pascua, se designa ese lugar con el nombre de 'Ermita del Rosario'.
Tal ha sido, querido tío, esa fiesta, que por muchos motivos es bien grata para nosotros.
Te abraza afectuosamente, tu sobrino.

Abril de 1886".

Para darnos un idea de lo que habrá sido la inauguración del túmulo de la virgen y la consagración de la Ermita, en esa cumbre andina, con el sólo acceso de un camino de tierra empinado y bordeando precipicios, por el mismo que hoy, y sólo recientemente pavimentado, se va a los campos de *ski* de Farellones, La Parva y Valle Nevado, pensemos en la "Fiesta de Cuasimodo" de Lo Barnechea, villorrio aledaño que igualmente comprendía parte de la antigua hacienda. Huasos de a caballo, con sus mantas y banderas, coches rústicos, carretas y bueyes. También los carruajes elegantes de las familias aristocráticas y nobles, de los diputados y los políticos de la época, algunos famosos, como don Carlos Walker Martínez, que escribe un poema para la ocasión, o el mismo

Presidente Riesco, que participará en otras Romerías. Lo hace también don Benjamín Vicuña Mackenna y casi toda mi familia, incluyendo a Vicente Huidobro, a sus hermanos y su madre, que figuran en las listas de los "romeros", que aún se preservan. Sólo mi madre no está, pues era demasiado joven para esos años. Pero sí mi abuelo, mi abuela y todos mis tíos.

Hay una descripción del diario "El Chileno", del 20 de marzo de 1902, que da una idea de lo que eso era, una auténtica fiesta popular de un pueblo de montañas; como, de seguro, lo serían los *autos sacramentales* o religiosos y las *kermesses* en los feudos de la Edad Media europea, cuando señores, súbditos y servidores se mezclaban igualados ante el "ELLO" de lo más alto. Esto me fue también posible vivirlo y contemplarlo en los pueblos himaláyicos, en Sikkim, por ejemplo, cuando el Maharaja y sus servidores bailaban y cantaban juntos óperas tibetanas.

Cuenta el diario "El Chileno":

> "Era hermoso ver los huasos a caballo con sus estandartes, las carretas adornadas con banderitas y arcos de arrayanes, coches y carretelas llenas de gente de toda condición, viejos, jovenes i niños, i pobres, i ricos, que ora cantando, ora rezando, iban presurosos a rendir homenaje, de su acendrada fe, a la Virgen de la Ermita".

Y don Carlos Walker Martínez, en su poesía "La Virgen del Rosario de Las Condes" (Recuerdo de la colocación de la Imagen, en 28 de Marzo de 1886):

"Sobre un agreste peñón,
Que a las nubes desafía,
Del Andes en la región
La cristiana devoción
Alzó una ermita a María.

La alzó cumpliendo el deber
De un alma agradecida.
Rinde culto a su poder
Pues ella le salvó la vida,
A punto de perecer.

Irán los años pasando
De los tiempos a través,
I ella allí seguirá estando
Bendiciendo i consolando
A los que besan sus pies.

Sobre su frente sagrada
Rodarán los temporales
Mas no se verá apagada
La dulcísima mirada
De sus ojos celestiales.

.....

La senda aspera i torcida
Que cruza la Cordillera
Es la imagen verdadera
Del Camino de la vida.
¡Allá a veces suspendida
En la región del vacío
Que hiela el eterno frío,
I a veces en el profundo
Abismo seco, infecundo,
E inerte, triste i sombrío!

Arriba la inmensidad
Desvanece con su altura,
Abajo la noche oscura
Mata con su soledad...
I asi de una en otra edad
I en uno i otro camino
Es el hombre un peregrino
Que agitan fuerzas extrañas,
I refleja en las montañas
El rumbo de su destino.

¿Qué hacer? ¿a quién invocar
Como norte i como faro,
Como puerto i como amparo
Sobre la tierra i el mar?

.....

Por eso os llama en los dos
Caminos que andando vais,
Los que por aquí pasais
De humana fortuna en pos.
Ios dice en nombre de Dios
Venid a buscar consuelo
En mis brazos i en mi anhelo...
Yo soy la playa querida
Yo soy la luz de la vida
Yo soy el camino al cielo..."

En 1946 se acaban las misiones. La familia Fernández Lecaros, que aún sigue siendo dueña de la Ermita, aunque no de las casas patronales de Las Condes, entregó el sector a una fundación con el nombre del médico Marcial Rivera, de quien fuera secretario el después Presidente de Chile, don Gabriel González Videla. Eran los tiempos en que aún se pensaba que los climas de altura ayudaban a curar la tuberculosis. En todo caso, la Ermita, además de "La Casona", es el último pedazo de esas tierras que permanece en la familia, ya que el resto ha sido vendido y loteado, como "El Arrayán", cuya calle principal recuerda a mi tío Pastor Fernández. "La Casona" aún está allí, la Ermita aún se yergue solitaria y descuidada, a un lado, fuera del camino principal, agitada por los vientos y las tormentas del invierno y golpeada por los soles cordilleranos. Una vez pensé en adquirirla y no tuve éxito. Mejor así, pues ella irá desapareciendo con el pasado y también con el presente, con el nombre de sus fundadores, que ya nadie recuerda, que ni siquiera conocen, con las sombras de sus sueños e ilusiones, pronto desvanecidos.

Me levanto, dejo ahora mi mesa de trabajo, contemplo el mar, aún iluminado en este invierno por las luces de los cerros de Valparaíso y por algunas estrellas. Es una noche fría de comienzos de agosto del año 1994; cien y ocho años han pasado desde la inauguración de la Ermita y de la poesía de don Carlos Walker Martínez, y noventa y dos de la crónica del diario "El Chileno". Salgo a la galería donde cuelgan los cuadros de la familia. Ahí están mi abuelo, don José Miguel Serrano Urmeneta, su padre, don Diego Serrano y Castro, y mi bisabuelo, don Pedro Fernández Concha. Es una magnífica pintura de cuerpo entero, de Ciccarelli, el creador de la escuela de este estilo, en el Museo de Bellas Artes

de Santiago. Me detengo frente a él, lo contemplo, miro profundamente a sus ojos, tratando de penetrar su secreto, de entender su mensaje. ¡Ahí está don Pedro, en 1861, a los 33 años! Tiene una banda sobre el pecho, viste levita y apoya su mano izquierda enguantada sobre el plano del Portal Fernández Concha; sostiene bajo el brazo derecho el sombrero de copa y, en esa mano, el otro guante. Es alto y esbelto, sus bigotes caídos y una pequeña barbilla sobre el mentón. Es el tipo de atuendo napoleónico de la época. Pero lo que llama más la atención es su tez pálida y fina y la mirada dura y orgullosa de sus ojos, casi fija, con un repentino brillo de ironía, de un humor acerado, perdida en el vacío. Pero no para mí, no para los suyos, para quien él guarda una bondad tierna. Está como diciéndome: "Continúame; sigue, sigue, alcanza allí donde sé que no voy a poder llegar, a la cumbre nevada de nuestro monte Parzival. Allí, *'donde crece el ígneo lirio del Amor Eterno'.* Tu madre te traspasará el mensaje... Pero va cifrado en la sangre, y es difícil de captar. Conlleva un gran peligro, un mal que se transmite y corta como una espada de dos filos. Si lo logras vencer, y sólo en tu juventud, te abrirá una pequeña puerta, hacia una región donde nosotros no alcanzamos: *la salud de un mundo que tú puedes recuperar...* ¡Hazlo...!".

Sin embargo, es don Rafael, el Obispo emérito, el que me llega más de cerca. Lo siento, no sé por qué. Pero al no tener su "presencia y su figura", no puedo entablar un diálogo. ¿Se hará posible algún día? ¿Habrá tiempo? Tal vez el camino sea por una ruta secreta, desconocida, alejada de los ancestros, en los pasos subterráneos de la Casa de la Familia, los que recorría el monje transandino, y que se alejan hacia un más allá, cruzando los confines, abandonándolo todo, aun la más entrañable herencia, tomando a cuestas la cruz que gira, para inmortalizarnos en su fuego...

Veo a don Pedro, ahora en una fotografía, del brazo de su prima, doña Rosa de Santiago Concha y Vázquez de Acuña; la esposa de ese nuevo "matrimonio inkaico", de la "endogamia faraónica". Sus carnes finas, casi transparentes, son muy delicadas. Luego, se me aparece ya muy viejo, en su campo, sentado bajo árboles, rodeado de familiares y de gente, cubierto con una manta, o tal vez una capa. Y siempre su mirada, siempre...

Portada del folleto sobre la Casona de Las Condes.

Interior de la capilla de la Casona de Las Condes. Aquí se recluían mis ancestros a adorar a su Dios.

MI ABUELO Y MI MADRE

Mi abuelo, el padre de mi madre, don Joaquín Fernández Blanco, no fue hijo de primos. Su padre, don José Fernández Concha era hermano de don Pedro. Pero él, don Joaquín, vuelve a las andadas. Siendo seminarista, viaja a Lima y allá conoce a su prima, doña Carmen Rosa Fernández Concha (de Santiago Concha), que se hallaba de visita en Perú, y era hija de don Pedro. ¡Qué misterio el de la atracción de la sangre familiar! Se enamora y deja el Seminario para desposarla.

También se cuenta en la familia que hay una otra razón para que la rama chilena viaje con frecuencia a Lima en busca de su propia sangre. Es una historia acaecida durante la Guerra del Pacífico, en la Batalla de Miraflores y Chorrillos. Se pensaba que iba a ser la última y muchos jóvenes de la clase alta se enrolaron en el Ejército, por la misma razón. Encontrándose el regimiento en esa localidad peruana, donde poseía su casa una hermana de doña Rosa de Santiago Concha y Vázquez de Acuña, se les dio alojamiento a esos jóvenes soldados, los que no encontraron nada mejor que robarle las joyas a los dueños de casa. Desde aquel entonces, se dice que la familia Fernández Concha prefirió relacionarse con la rama aristocrática del Perú, desentendiéndose de la clase alta chilena.

Algo de cierto habrá en esto, pues no recuerdo que mis tíos o tías, hermanos de mi madre, mantuvieran relaciones estrechas con la plutocracia de este país, ni siquiera eran miembros del Club de la Unión, centro de la aristocracia y de la política clasista de esos años. Su estilo de vida familiar era el de la aristocracia limeña del Virreinato, aun en su vida campesina, de tipo monacal o de claustro.

Mi abuelo Joaquín fue un hombre ilustre, desempeñando un papel muy activo en la vida nacional. Diputado, fundador de periódicos, Intendente de Santiago y luego de Valparaíso, donde, con dineros propios, construyó el camino plano que une el Puerto con Viña del Mar. Su labor aquí fue vastísima y de resonancia nacional. Creó, además, la "Escuela de Música y Declamación" de Valparaíso. Fue candidato a la Presidencia, propuesto por un sector del Partido Liberal Democrático que él mismo fundara. Partidario de Balmaceda, como ya hemos dicho, estuvo en prisión al término de la Revolución que lo derrocara. En 1918, un año después de que yo naciera, fue nombrado Ministro Plenipotencia-

Don Pedro Fernández Concha, familiares y amigos en su Hacienda de Las Condes.

Mi abuelo Joaquín con sus hijas Carmen y Berta.

Mi abuelo Joaquín Fernández Blanco con su tío, don Pedro Fernández Concha, en la hacienda de Las Condes. Mi madre Berta se encuentra de pie detrás, a la derecha.

rio de Chile en España, donde permaneció por más de cuatro años, gastando de su propia fortuna –como entonces ocurría– para representar mejor al país. Los Ministros de aquel entonces equivalían a los Embajadores Extraordinarios y Plenipotenciarios de hoy. En verdad, y con la experiencia personal que hoy tengo en estos asuntos, creo poder afirmar que raramente se habrá encontrado a un representante de Chile más brillante que mi abuelo en la Corte de España. Llegó a ser altamente considerado por los políticos, las esferas intelectuales y artísticas y, en especial, por la familia real. Muestra de este afecto único es el pañuelo de la Reina, Victoria Eugenia de Battenberg, esposa de Alfonso XIII, que ella le entregara y que mi abuelo conservó hasta su muerte. No sé cómo llegó a poder de mi hermano Diego, dentro de un marco de vidrio, con las iniciales regias bordadas en la seda, ya descolorida y frágil.

La Legación de Chile, en la calle madrileña de La Carrera de San Francisco, fue la casa donde se acogía a todos los chilenos de un modo paternal y hospitalario. Yo seguí esta tradición, en el ejemplo de mi abuelo, mientras fui Embajador de Chile en la India, en Yugoeslavia y en Austria. De él heredé, además, un hermoso uniforme diplomático y el espadín, forjado en Toledo y que lleva su nombre grabado en la hoja y la fecha de mayo de 1918. Con ellos presenté credenciales en Nueva Delhi, escoltado por los Lanceros de Bengala, y en Austria, en los salones del Palacio de Habsburg, bajo el gran cuadro de cuerpo entero de María Teresa. Y allí, también, saludé a la Reina de Inglaterra, de visita en ese país y a su esposo, el Príncipe Felipe (otro Battenberg), quien, al margen de todo protocolo, exclamó: "¡Qué bello uniforme!". "Sí –le respondí–, lo heredé de mi abuelo". La Reina y él sonrieron. Venían llegando de Chile, gratamente impresionados por el recibimiento. Hay una foto que atestigua esta especial escena, que llamara la atención y fuera comentada en el Gobierno y Cuerpo Diplomático de Viena.

No tengo ni un recuerdo personal de mi abuelo materno, pues partió a España menos de un año de haber yo nacido y murió dos años después de su regreso a Chile, en 1924, cuando nosotros vivíamos en el campo. No le conocí y, en verdad, lo siento. De él y de esos años sólo tengo un retrato de mi madre, que él me dedicara al nacer, con la siguiente leyenda en su bellísima escritura: "A Miguelito Serrano y Fernández –que siempre conserve este re-

Mi abuelo Joaquín Fernández Blanco, Ministro Plenipotenciario ante la Corte de Madrid, con el uniforme que yo heredara.

Mi abuela, Carmen Rosa Fernández Concha, en la Corte de Madrid.

Presentación de credenciales de mi abuelo Joaquín, en la Corte de Alfonso XIII, en Madrid, el 24 de junio de 1918.

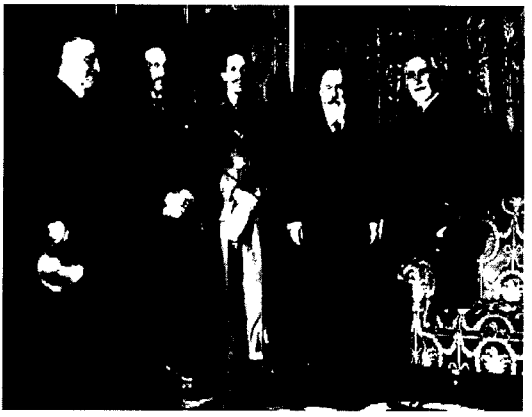
cuerdo de su madre y de su abuelito–. 12 de Setiembre de 1917". Sólo dos días después de mi nacimiento.

* * *

A la muerte de su suegro, don Pedro, mi abuelo compró a sus herederos el fundo "San Pascual" de Las Condes, además de la parte que correspondía a mi abuela. En la actualidad es "El Golf", donde doña Elena Errázuriz Echenique, que también llegara a heredar, por emparentamientos colaterales con los Fernández, parte de esos predios, edificó bellísimas mansiones para ella y sus hijos. Hoy serán demolidas para levantar esos monstruosos edificios de altura, colmenas humanas, con el "lavado" de dineros del narcotráfico y siguiendo un elaborado plan internacional de destrucción de la tradición y la belleza en el planeta tierra.

¡Quién iba a pensar que yo llegaría a visitar esas casas, durante la Segunda Guerra Mundial, invitado por doña Elena y sus hijos, para conversar de esos acontecimientos bélicos trascendentales, pues ellos también eran partidarios de los alemanes! Ni yo sabía dónde en verdad me encontraba, ni ellos que era un descendiente de los antiguos dueños de esas tierras.

Mi abuela heredó la Chacra de El Carmen, donde aún hoy se conservan las calles de Santiago Concha y de Sierra Bella. Recuerdo que eran como catorce cuadras edificadas las que debió administrar, a la muerte de mi abuelo, el mayor de sus hijos, Jorge Fernández y Fernández. Al final de su administración sólo quedaban tres. Todo esto, como hemos explicado, formó una vez parte de la hacienda de "Las Condes"; medio Santiago actual, con su precordillera. Y todo pertenecía a la familia, más el Portal Fernández Concha, en la misma Plaza de Armas de la capital de Chile. ¿Cómo se fue todo eso? ¿Cómo se esfumó? Con el viento solar, de una edad solar, cuando los señores no vivían del dinero, no les interesaba el dinero, sino Dios –aunque "ellos supieran que Dios no existe" (y que, por esto, es más real que todo lo que existe). Y a *El* –a esa Flor Inexistente– le entregaban sus fortunas. Mi abuelo vendió o hipotecó propiedades de su mujer y sus hijos para servir a Chile, sin percibir sueldos en su Embajada en España. Así se estilaba entonces. Era la costumbre de los servidores públicos de esta patria, que incluía a los mismos Presidentes. La profesión de los hijos de familias nobles era la eclesiástica y el Ejército, como en



Mi abuelo Joaquín con el rey Alfonso XIII, el 9 de septiembre de 1921.

"¡Qué bonito uniforme!", me dijo el príncipe Felipe. "Lo heredé de mi abuelo", le respondí.

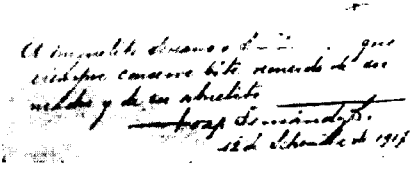


Foto de mi madre, dedicada a mí por mi abuelo Joaquín Fernández, dos días después de mi nacimiento.

España. Cuando mi abuelo quiso que su hijo mayor aprendiese algo de comercio, lo empleó en un Banco que él mismo había fundado, pero con la condición de que no se le pagara un sueldo, pues el dinero se lo daba él. Éste fue mi tío Jorge, quien debería administrar las propiedades de la antigua Chacra de El Carmen. ¿Qué extraño, entonces, que once cuadras desaparecieran?

A la muerte de mi abuela, heredamos una o dos casas en esa población. Casas antiguas, pobres, con un patio central. Las habitaba gente humilde, trabajadores y sus familias. En representación de mi abuela paterna, y por ser el mayor de mis hermanos, debí ir a cobrar más de una vez el arrendamiento. Una bella mujer del pueblo, de ojos enormes, que aún recuerdo, con los brazos desnudos, lavando la ropa en una "batea", debía pagarme... Yo no le cobré. ¿Cómo podía hacerlo? También la mirada de don Pedro me lo habría reprochado.

* * *

Lo que hoy es "El Golf", lo que es "Apoquindo" fueron campos idílicos. Santiago entero fue un paraíso; pero los que vivíamos en él no lo sabíamos. El Paraíso existe desde que se perdió; antes no existía. La montaña pura, nevada, levantándose gigantesca, como un muro frontal, a todas horas visible, de día y hasta de noche, como si tuviera luz propia. Sólo en Innsbruck, en Austria, he visto algo parecido. Los que en Santiago nacimos no podríamos ya acostumbrarnos en ninguna otra región de Chile; allá penaríamos, muertos de nostalgia, como le sucedería a don Pedro de Valdivia. Era éste un punto absolutamente mágico, único. Su contaminación, envenenamiento y muerte, con el oscurecimiento de la montaña sagrada, nos señala el final de la tragedia, el final de Chile. Porque nuestro centralismo, fijo en la capital del país, como en un centro natural e indiscutido, ya no podrá sostenerse por un tiempo más. Sin embargo, Santiago era algo que correspondía al país hispánico de los conquistadores, con sus calles tiradas a cordel y sus "manzanas" cuadradas, con su pujanza poética y guerrera. Valparaíso, por ejemplo, con ser también mágico, refleja otro espíritu, de puerto cosmopolita, inglés o alemán. También parecido un poco a Génova. No hay "cuadras", no hay "manzanas", sus calles únicas se curvan, como en Regent Street, de Londres.

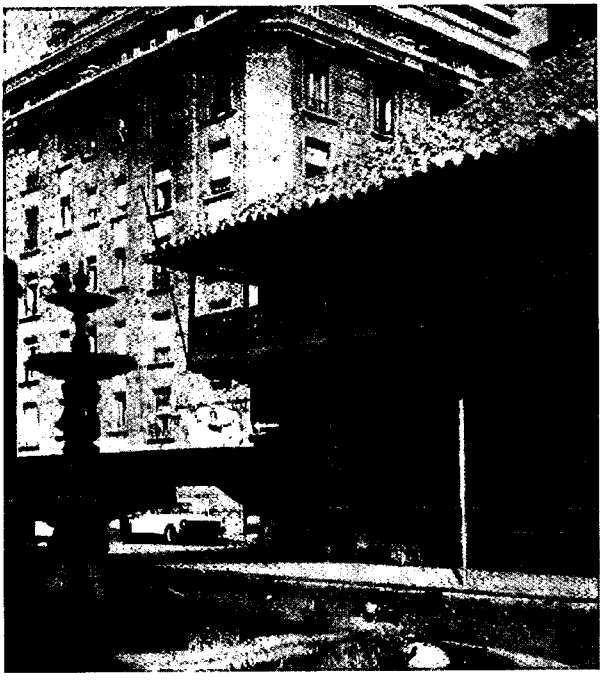
En los amaneceres de mi adolescencia, más de una vez me alejé por esos campos del antiguo Apoquindo y me detuve al borde de unos caminos angostos, polvorientos, parado allí como frente a la imagen de un sueño y repitiendo el verso de nuestro poeta, Omar Cáceres: "Amanecer de caminos sonoros que se cruzan...".

EL CRUCE DE LOS CAMINOS

Tal vez el pensar y la reflexión habrán llevado a mi abuelo a pretender cambiar el destino, la fatalidad de la familia Fernández y Santiago Concha, deseando terminar con la endogamia y los matrimonios entre primos. Tal vez la sangre de los Blanco y de Pedregal, de su madre, lo impulsaran. Lo cierto es que casó a todos sus hijos y sus hijas con familias no emparentadas. Fue un esfuerzo digno de elogio y de aprobación, aunque, a veces, sin mayor fortuna. Varios matrimonios fracasaron y los hombres o las mujeres volvieron a buscar a sus primos. Y el menor de la familia, que había quedado soltero a la muerte de mi abuelo, se casó con la hija de su hermano, su sobrina, Josefa Fernández Sarratea, repitiendo así a su tatarabuelo, don José de Santiago Concha y Jiménez de Lobatón, el realista, a quien se le prohibiera "caminar por las calles de Santiago", después de la Independencia, y que en 1797 había desposado a su sobrina, en la Iglesia de la Catedral de Santiago, doña María Josefa (también de nombre Josefa, ¡qué "casualidad"!) de la Cerda y Santiago Concha.

Como si con uñas y dientes se estuviera tratando de defender, de guardar un secreto tesoro, un mensaje oculto en alguna memoria de la sangre, una alquimia de inmortalidad, más allá aún de ciertas insignificantes vidas individuales, que, sin embargo, han tenido la misión de transmitirlo a sus descendientes "merovingios", y que en esta acción de perros guardianes, fueron fieles hasta lo último, pues no eran libres, sino ordenados, dirigidos.

El matrimonio del tío y su sobrina se efectuó con consentimiento del Papa de Roma, en la antigua casa de mis abuelos, en la calle Esmeralda, de Santiago. Sólo resta hoy de esa casona lo que después fuera la "boite" nocturna, "La Posada del Corregidor", y que en los buenos tiempos de la familia fue el ala de la mansión destinada a las salas de billar y a algunas habitaciones de la servidumbre. Hoy se encuentra allí un centro de exposiciones para pinturas. Aún preserva su viejo estilo y su color rojo colonial.



Parte de la antigua casa de la familia, de mis abuelos Fernández, en la calle Esmeralda, de Santiago, y que luego fuera conocida como la "Posada del Corregidor".

Mi tío Pedro Fernández, conocidocomo "el Caballero de la Noche", con su hija Luz.

También aquí se desposó la más bella de mis primas, la hermana menor de Josefa, Luz Fernández Sarratea. Por haber transgredido la "ley", su vida fue una novela trágica. Desposó a un diplomático ecuatoriano, Vicente Crespo Ordóñez. Su matrimonio fracasó muy pronto, de un modo oscuro. Luz jamás debió casarse con un extraño, ella estaba destinada para su primo, Francisco Ariztía Fernández, quien la amó siempre. Su muerte acaeció también sombríamente en algún país de Europa, creo que en Suiza, después de haber peregrinado de sanatorio en sanatorio, tratando de curar su alma destrozada. Su verdadero mal fue ser tan bella. La recuerdo en sólo dos encuentros de nuestras vidas. Muy jóvenes aún, en una "Fiesta de la Primavera". Los dos solos, por la Alameda de las Delicias, hoy Avenida O'Higgins. Era de noche. Entramos a una casa, que aún existe, al llegar a la Plaza Baquedano. Ella buscaba desesperadamente a alguien, no sé a quién. La última vez que la vi fue en un encuentro casual, por una calle de los barrios altos, casi al llegar a "La Reina", también de noche. Se hallaba de paso por Chile y habitaba como huésped la casa de Fernando Castillo Velasco, hoy Intendente de Santiago, un querido amigo. La acompañé un trecho. No nos dijimos mucho. Sus ojos enormes iluminaban la oscura noche. Supe que habría podido ayudarla y ella también; pero ambos estábamos ya tomados por la velocidad de un Destino que se aceleraba, que nunca nos volvería a juntar. Y nada más, fuera de ese calor y luz mórbida, de ese magnetismo del marfil y de la porcelana de la piel de Galicia y de las sacerdotisas celtas, druidas, de las "meigas", de los Fernández de Muras. Yo portaba sobre mis hombros el drama, la tragedia de la Guerra y el *Dharma* de tener que continuarla hasta el final de mis días aquí en la tierra. Porque también "el Honor de nuestra familia se llama Lealtad"...

Fue en el matrimonio de mi prima Luz, en esa casa roja, llena de fantasmas, donde encontré por primera vez al poeta Vicente Huidobro Fernández. El venía llegando de Francia.

* * *

El Mensaje de las "estirpes merovingias", de las castas "faraónicas" o "inkaicas", no puede prolongarse en un tiempo indefinido, a no ser que se establezca un pacto con un extraño "Ser" extraterreno. Por causa de esa compulsiva endogamia, la vida se

acorta. Y cuando la Ley se transgrede, en busca intuitiva, a veces razonada, deseando abrir una ventana a un aire nuevo y sano, que permita adquirir fuerzas de refresco, el mundo estalla. Esto se paga con la locura, la muerte o la destrucción de los progenitores de las nuevas estirpes, casi siempre fracasadas, ciegas al misterio trascendente de las familias *posesas*. Todo sería un círculo vicioso y sin salida, si acaso dos leyendas y dos mitos, llegados de confines aparentemente opuestos, no se juntaran en un descendiente predestinado, para así "constelar" el Arquetipo "numinoso", del que proceden ambos.

Sin embargo, y aún en este venturoso caso, la catástrofe se cumple y el universo se rompe en pedazos. Porque una ley anterior, "orgánica", casi inviolable, ha sido transgredida; una orden severa no ha sido respetada. Se alteró el "átomo simiente" de los "merovingios", aun cuando el mensaje, del que se era portador, la misión, al final pueda realizarse.

Físicamente, biológicamente, los merovingios desaparecen pronto de la faz de la Tierra. Y así también los faraones y los inkas.

Igual mis progenitores: primero, "mi madre merovingia"; luego, "mi padre visigodo".

El mensaje, el tesoro (el cofre con las monedas de oro alquímico, la capa blanca, la capa roja, la "mirada" de don Pedro, los misteriosos pasillos subterráneos de la vieja Mansión), aunque aparentemente opuestos, en algún centro de esta encarnación, conjugan sus Mitos, porque los merovingios y los visigodos son ambos el verdadero "pueblo elegido", habiendo sido una vez Dioses ellos mismos. Y el Mensaje es: "Vuelve a ser el Dios que fuiste"... *"Saludo al Dios que hay en Ti"... ¡Namasté!*

* * *

De mi madre, recuerdo tan poco. Murió muy joven, a los veinte y tres años de edad. Yo era un niño de siete años, mi hermano menor tenía sólo siete meses. Eramos cuatro; en verdad fuimos cinco, pues un hermano murió al nacer. Le llamaron Pascual y fue enterrado allí, en la hacienda. El recuerdo de mi madre es más bien del entorno que la envolvía, de la atmósfera de esos años; el campo, el jardín, las flores, los montes, la naturaleza y también los pasillos, los corredores y los cuartos de la vieja mansión campesina donde vivíamos y donde nacieron mis hermanos. Me veo en una

fotografía, a lomos de una burra, afirmado por las manos invisibles de mi padre. Esa burra me amamantó. Se decía que la leche de burra reemplazaba bien a la de madre. Porto el gorro frigio, de Mitra.

Fui el mayor. Después, dos mujeres y otro varón. Allí crecimos, en el campo, en la hacienda de Popeta, en las laderas de los grandes montes, en la localidad de Rengo, vecina de San Fernando, en dirección del sur.

Estas casas de Popeta eran tan antiguas como la de Las Condes y con una capilla aún más bella, con su altar tallado en maderas de limón por artesanos del Cuzco, con una preciosa imagen de la Virgen. La rodeaban candelabros con el águila bicéfala de Carlos V, teniendo por cuerpo un corazón. Logré salvar dos de ellas, cincuenta años después, en una visita furtiva a la tierra de mi infancia. Aquí están conmigo ahora y las contemplo, mientras hilvano estas líneas. En la losa del suelo de esa iglesia, aparece empotrada la lápida de una tumba, con un nombre: "Simón de Guzmán y Maturana". Y la fecha de su muerte, un 10 de septiembre de hace más de un siglo. Yo nací el 10 de septiembre de 1917. ¿Quién habrá sido don Simón de Guzmán y Maturana?

Se cuenta que en las casas de esta hacienda se ocultó el guerrillero de la Independencia, Manuel Rodríguez.

Pero este fundo no fue propiedad de mis padres, ni de mis abuelos paternos. Lo ocuparon en arriendo cuando mi padre debió dejar la Escuela Naval y mis abuelos abandonaron Valparaíso para siempre. Lo habrán hecho para que mi padre pudiera casarse y se instalara allí a trabajar; por otra parte, la casa de la calle Santo Domingo, de Santiago, donde yo naciera, no quedaba lejos de la de la de mis abuelos paternos, en la calle Esmeralda. La hacienda Popeta pertenecía a la familia Bravo Suaznabar, que fue muy amiga de la nuestra.

¡Qué difícil habrá sido para mi padre, formado en la disciplina militar prusiana, cambiarse de pronto a los trabajos campesinos, a una tierra difícil, pedregosa, no buena para siembras y cultivos! Su matrimonio se hacía esperar y él, allí en el campo, se impacientaba. Cuando la boda al fin se efectuó, y él pudo llevar a mi madre a las casas de la hacienda, un kilómetro antes los caminos se engalanaban con guirnaldas de flores y grandes lienzos colgaban de los árboles, con leyendas que daban la bienvenida a la "bella patroncita", mientras huasos de a caballo, con sus mantas de

Con mi "mama", la burra.

Arriba: la Virgen del altar de la capilla del fundo de Popeta, primorosamente tallada por artesanos anónimos. Izquierda: el águila bicéfala, con un corazón. Tallada en madera de limón por artesanos cuzqueños. En número de doce se encontraban empotradas, alrededor del altar, como candelabros, para iluminar a la figura de la Virgen de Popeta.

colores y sus mejores aperos, escoltaban el carruaje de los recién casados.

Siempre he querido recuperar, con alguna memoria "no recordada", esa presencia tan lejana, tan feble de mi madre. ¡Tan niña, tan desamparada! Se la había sacado de su mundo de la calle Esmeralda, de las Condes, de su entorno de invernadero, donde solamente podría crecer y abrirse la flor de su sangre. Su padre, su madre, sus hermanos se fueron pronto a España y ella, una jovencita, se transportó a otro contorno, a otro paisaje, con distinta gente. Amaba a su marido y, aunque mimada por sus suegros y la servidumbre, le faltarían las sombras, las penumbras, los brocatos, los espejos cargados con los perfumes de los ancestros y otros hábitos de familia. La piel de los abuelos, de los padres, de los hermanos y los primos. La dinastía "inkaica", en una palabra, la cerrada casta. Desde un primer momento, ella debe haber comprendido oscuramente que iba al sacrificio, y, como la abeja, debía clavar su lanceta y morir, traspasando antes su mensaje, su "jalea real". ¿A quién de nosotros? ¿A Pascual, el que nació muerto? Además, la segunda de sus hijas fue bautizada Blanca. Ella no pudo dejar de entenderlo.

Las casas de la hacienda de Popeta aún se preservan iguales. Tienen la forma de una "L" mayúscula, de adobe, con tejas muy antiguas y, a un extremo, la capilla. Al frente hay un jardín con naranjos y flores rústicas y un gran portón de entrada; atrás, otro jardín, donde me refugiaba cuando niño a ver crecer las flores invisibles, inexistentes, junto a los pájaros y a las aves, gallinas viajeras y gallos. En los corredores de pilastras, si hoy los visito con la imaginación, aún escucho las voces del maestro Arados, que clavaba las tablas mordiéndose la lengua, y, si entro a los cuartos oscuros, veo acercarse al doctor Paredes a tomarnos la temperatura, cuando nos enfermamos de "alfombrilla". O bien, es Lucho, el hermano de la doméstica, que llega hasta los pies de la cama a narrarnos unas historias que nos deleitaban y que le pedíamos que nos las repitiera incansablemente. Eran cuentos de brujos y bandidos, donde aparecían también Dios y el diablo, ayudando o tentando a patrones e inquilinos.

¡Qué difícil será para las nuevas generaciones de Chile y, más aún, para los habitantes actuales del resto del mundo poder entender, o imaginar siquiera, esta vida de los campos de mi patria, de no hace más de setenta años, y hasta de menos! No es que

Mi madre, con su hermana mayor, en la casa de la calla Esmeralda, con los brocatos, los espejos y la atmósfera de familia, en la que ella se criara y que tanto añoró.

Yo a los cuatro años, en mi yegua "La Novia".

la naturaleza ya no esté allí y no siga siendo la misma de antaño. Es el mundo social que la componía el que se ha esfumado, como un espejismo, como un sueño nunca soñado. El sueño de una élite, delicada flor, única en el mundo –me atrevería a decir en todo el Universo–. Aristocracia que nunca más volverá a repetirse, dentro ni fuera de este nuestro Chile. Sólo he leído un libro, escrito por un novelista francés, Françoise Mauriac, "El Misterio de Frontenac", que describe algo semejante, una vida campesina y señorial, en una provincia del sur de Francia. Y es en la provincia francesa y en ninguna otra parte del mundo, salvo en el Nepal, donde yo he encontrado una atmósfera parecida a la del campo chileno y de sus viejas mansiones. Esa nostalgia que también envuelve "El Gran Meaulnes", de Alain Fournier.

* * *

Sí, los grandes cuartos oscuros del invierno, donde se guardaban las manzanas, con su perfume embriagador, con nueces esparcidas por el suelo; las mermeladas y el dulce de membrillo, preparándose en la cocina a leña; el "charqui", o carne seca de caballo, colgando en los corredores; las lámparas de carburo, o de acetileno, con su luz azul. El fuego en los braseros y el ruido de las goteras infaltables en los días de mucha lluvia. El silencio de las noches del verano, con un cielo pródigo en estrellas, transparente. El gran pino del jardín de la entrada, que aún existe y al que me abracé al retornar, sin poder contener las lágrimas, como al más antiguo y fiel amigo de mi infancia. Los cóndores describiendo círculos en las alturas y, sobre todo, siempre allí, las cimas de los Andes, con sus nieves eternas. Esas cumbres que se metieron para siempre en mi alma.

Fue en el jardín de atrás de la casa, donde vi por primera y última vez la flor que no existe. Allí me refugiaba y, aunque no encontré nunca duendes, gnomos y otros personajes pequeños, sé que podría haber visto gigantes, altos como los árboles, siendo los árboles de seguro esos gigantes. Con ellos hablaba, o, mejor, yo era ellos. Aun cuando el "yo" no estaba en mí, sino difuso, perdido en el entorno, formando parte del paisaje, de tal modo que ese niño no necesitaba hablar ni ver, como otros, a esos seres que habitan la naturaleza, porque él era la Naturaleza, inmerso, sufriendo y amando dentro de ella, yendo con las aves y con los reptiles,

viviendo su vida, imaginándose, a veces, en las altas ramas de los árboles y sintiendo la libertad y la aventura de esos pájaros, volando, o creciendo con la hierba y abriéndose con las flores. Por eso, nunca pude entender y sufrí mucho, cuando una gallina me atacó. Fue como si me expulsara del jardín y creo que ya nunca más volví allí. Pudo coincidir esto con la aparición del "yo" y de una vida separada, recortada de la Naturaleza, del Universo. Como si la gallina lo confirmara. Pero aún recuerdo el perfume húmedo de las violetas del invierno, o del mes de septiembre, cuando al amanecer del día 10, la "mama" Delfina, nuestra aya, me llevaba el desayuno a la cama, en una bandeja de plata, con dulces y mermeladas y una torta con el número de mis años en las velitas encendidas. Y todo ornado de esas violetas azules de mi infancia, aún perladas de gotas de rocío. Hoy ya no huelen como antes. Lo sé, porque aquí, en mi casa de Valparaíso, alguien que visitó conmigo esa antigua mansión de Popeta, tomó de allí violetas y las plantó en este puerto de leyendas. Las contemplo ahora dentro de un "violetero", mientras avanzo apenas con estos recuerdos. Pero... ya no huelen como antes...

* * *

¿Por qué don Joaquín Fernández Blanco puso el nombre de Berta a mi madre? Que yo sepa, nadie en la familia lo había llevado. Es un nombre germánico. La madre merovingia de Carlomagno, se llamaba Bertha. La leyenda cuenta, o quiere hacer creer, que aún hoy el "Priorato de Sión", orden secretísima, nacida junto con la Templaria, trabaja en los subterráneos de la historia, conspirando para imponer un Rey del mundo de sangre merovingia. Lo cree Gerard de Sede, en su libro "La Race Fabulouse", y, más aún, unos investigadores ingleses que han recorrido los siglos en busca de comprobaciones extrañas.

Recuerdo que cuando fui a Galicia en busca de las raíces, de magos druidas, de menhires, dólmenes y hórreos, más que celtas, encontré germanos. El director del Museo de Compostela, me lo confirmó. Era un castellano, pero su mujer gallega también se llamaba Berta. Alguien allí se ha encargado de hacer desaparecer todas las huellas históricas de los suevos, los vándalos y también de los merovingios; pero ellas se preservan en la toponimia y

también en algunos nombres de personas. Y en la piel y los ojos de sus "meigas".

Mi madre era rubia, con un pelo muy bello y unos grandes ojos azules. Si los contemplaba, me olvidaba del cielo, pues allí también podía observar el vuelo de los cóndores y las cimas de los Andes. Y en su pelo, reencontraba el perfume de las violetas, de modo que si ella hubiera vivido más, yo no habría penado por regresar al jardín del que se me expulsara, ni me habrían faltado los gigantes, ni los duendes, ni las secretas flores invisibles, las que ya no existen... Ella fue el verdadero jardín que yo perdí.

Juntos salíamos a caminar en los atardeceres por los caminos de tierra, en la vecindad de nuestras casas. Una vez, mi madre encontró a una mujer campesina que lloraba en la puerta de su rancho. Se detuvo a preguntarle por la causa de su pena. La mujer le explicó que su hija, de menos de un mes, estaba muy enferma. Mi madre le pidió que se la llevara a nuestra casa para curarla. Así lo hizo y la niña se mejoró pronto. Esa mujer, en agradecimiento, le puso a su hija el nombre de mi madre. Yo vine a saberlo setenta años después, cuando regresé para encontrarme con una mujer que servía en la casa de la familia Bisquert –que aún vive en Popeta– y que se llamaba Berta. Cuando supo quien era, fue en busca de su madre. Y esa anciana, de casi noventa años, me confirmó esta historia.

Me veo también con mi madre, yendo en un coche tirado por caballos y conducido por un cochero de la hacienda. Ibamos los dos y una empleada joven. Detrás galopaba un policía completamente ebrio, con el uniforme azul de esos años, de los que entonces llamaban "pacos". Había perdido su gorra, apenas se mantenía en la silla y tiraba violentamente de las riendas de su corcel, el que se "encabritaba". Mi madre estaba muy asustada.

Otra vez, mi padre nos invitó a todos los de la casa, entre los que se contaban un tío, hermano menor de mi madre, que no había ido a España, a una competición de box, que organizara junto a las caballerizas, en un ring improvisado. Los espectadores se sentaban en sillas frente al cuadrilátero. Venían huasos e inquilinos de la hacienda con sus hijos a participar en la competencia. Mi padre me puso los guantes y pidió que un niño campesino de mi edad subiera al ring a medirse conmigo. ¿Qué edad tendría? ¿Cinco, seis años? Como siempre, tomé muy en serio el desafío. Recuerdo haber salido como una tromba para arrojar a ese niño al suelo. El lloraba,

más que nada por confusión de haber tenido que enfrentarse a golpes al "patroncito", al hijo del patrón grande. Sin embargo, más confundido que él quedé yo. Y aún lo estoy, por toda esa escena, tan lejana ya, pero tan presente siempre en el recuerdo. ¡Qué injusto haber tenido que combatir con el hijo de un inquilino, que de seguro ni quería defenderse, mucho menos atacarme! En aquellos tiempos a los patrones se les veneraba, no se les combatía. Menos aún éstos golpeaban a los más humildes. El respeto, el amor, eran recíprocos.

Pero no sucedió así con mi padre. El trataba a sus inquilinos como a iguales, y algunos de ellos eran sus mejores amigos. Fue tal vez con uno de éstos con quien se midió entonces, sacando la peor parte en el combate. Mi padre cayó al suelo, y lo que siguió lo tengo aún en la memoria como si lo estuviera presenciando hoy mismo. Veo a mi madre saltar al centro del ring como una fiera y empezar a golpear con sus puños al hombre que había derribado a mi padre, mientras le gritaba: "¡Roto miserable, canalla!, ¿cómo te atreves a golpear a mi marido?".

Mi padre, que se había levantado rápidamente, tuvo que calmarla, riéndose, al mismo tiempo que le daba explicaciones a su contrincante, mortalmente avergonzado y entristecido.

Pero esta historia no terminó aquí, a lo menos para mi padre. No sé si al siguiente día, o algunos días más tarde, salimos a caballo con el pretexto de ver siembras y algunos animales, en dirección a la montaña. Ya a esa edad mi padre me hacía ir a caballo, vestido con aperos de huaso, con un poncho tejido, "chupalla" y botines de montar. ¡Ah, esos bellos campos pedregosos y el perfume de los árboles y de las hierbas, de los boldos, de los quillayes y de los espinos! Al comienzo ponía un lazo al cuello de mi animal, llevando el otro extremo bien sujeto a su silla y guiándome, hasta que un día, en una visita que hiciéramos a "Don Figueroa" –no me acuerdo del nombre–, éste me quitó el lazo, diciéndole a mi padre: "El 'huaina' ya está grande y puede andar solo en su caballo". Mi padre aceptó la sugerencia y, desde entonces, yo le seguía en mi yegua. Tuve dos yeguas: la Violeta y la Novia. Y una tarde, ya de anochecida, en que volvíamos también los tres, mi padre, el huaso y yo, de un viaje al pueblo de Rengo, al pasar la cuesta, junto al río Claro, mientras ellos iban cantando a dúo canciones campesinas, yo me sumergí en la noche y en el paisaje. Abajo el río, entre aromos perfumados, arriba la luna,

moviéndose, según me parecía, siempre adelantándonos, con las sombras de San José, la Virgen y el Niño-Dios sobre la burra (también la burra) en su superficie de oro pálido. No supe cómo mi yegua se puso a galopar, adelantándose cada vez más a los jinetes, perdidos en su canto. De seguro, el animal sentía la proximidad de la "querencia". Dobló una curva de la cuesta. ¿Qué curva sería esa? La he buscado ahora, en mis regresos, sin tener la seguridad de poder reconocerla. Pues allí llegaron también al galope, mi padre y el servidor, asustadísimos, creyendo que me hubiera acontecido un percance. Mi padre me sacó en vilo de mi montura y me puso sobre la suya, para continuar siempre al galope hasta las casas. Una sola vez mi padre me castigó y el recuerdo de esto lo tengo grabado hasta ahora en forma parecida a la secuencia de un film lento, que contemplo en una pantalla, mirando toda la escena, como desde afuera de mí mismo. Y esto porque realmente aún "yo" estaba "afuera". Fue algo semejante al acontecimiento del balcón y del anillo de mi abuelo y la impresión también fue la misma: una mezcla de humillación y de indignación, con una pena enorme porque algo semejante pudiera suceder entre yo (mejor dicho, entre ese él, que entonces era) y ese ser adorado que era mi padre; ya que entonces ambos éramos uno sólo. Veo a mi padre persiguiendo a ese niño con una larga varilla en la mano y el mocito corriendo desesperadamente por el patio delante de la casa. Le veo alcanzándole y golpeándole en las piernas con el "colihue". La escena es tan vivida, tan actual, que hasta puedo describir el traje blanco de ese niño, sus piernas desnudas y el dolor intenso del castigo.

Otras veces salíamos a la caza del zorro; mi padre llevando su escopeta y yo un pequeño revólver de juguete, con "fulminantes". Buscábamos las huellas del zorro en las laderas de los montes y nos deteníamos también a descansar entre grandes árboles y matorrales. Fui el compañero de mi padre y él fue mi primer amigo, tal vez el único de verdad, sin una duda, sin una vacilación. Nos acompañaba, además, nuestra perrita foxterrier, "Cocotte".

Mas, ahora la cabalgata tenía un objetivo muy diferente, desconocido por mí y por nuestro acompañante, el buen "huaso". Sólo mi padre lo sabía, y, muy pronto, también quedaría revelado para nosotros. Y para desconcierto nuestro.

Habíamos llegado a un vado del río. Y allí mi padre desmontó de su caballo y nos pidió que hiciéramos lo mismo, ayudándome a

mí a descender de mi yegua. Ante la sorpresa total del inquilino, comenzó a quitarse su manta y su chaquetilla, ordenándole a él hacer lo mismo. Se arremangó las mangas de su camisa y le dijo: "¡Bueno, ahora vamos a continuar la pelea que mi mujer nos interrumpiera; aquí, sin guantes y sin Berta, vamos a ver quién gana, quién es el mejor...!".

El huaso titubeaba, mirándome a mí, como en busca de un ayuda. Pero esa era una orden dada por el patrón, por el "guardiamarina", y no se podía desobedecer.

Fui así testigo, allí, a la orilla del río Claro –tan claro–, de una pelea a puños entre dos titanes de mi tierra, de este Chile antiguo, de varones, cuando los hombres eran hombres y dos razas viriles y guerreras se combatían y se amaban, los vikingos, los visigodos y los araucanos. Sin darse cuartel, sin hacer cuestión de clase ni de alcurnia, se golpeaban y sangraban, hasta que el huaso le dijo: "Patrón, ya está bueno, piense un poco en la señora Berta y en don Miguelito, aquí mirando...".

Y entonces, ambos se dejaron caer en las aguas del río Claro y se lavaron y enjugaron la sangre de sus heridas. La deuda estaba pagada, la contienda ancestral había sido dirimida.

¿Cómo no amar a mi padre como yo le he amado y como le amaron sus servidores en el campo?

Esa fue la lección de mi sangre, allí mezclada con la savia del paisaje, con las nieves de las cumbres y las aguas de los ríos; lección de lealtad, honor y hombría, de la raza y de la estirpe, que yo recibiera en la acción y con el ejemplo de mis antepasados. De mi madre, defendiendo a su esposo; de mi padre, haciendo justicia a su servidor en una "justa de honor" interrumpida; y de mi abuelo, José Miguel, ya muy anciano, increpando y blandiendo su bastón contra un vendedor ambulante de verduras, que había faltado al respeto a mi abuela.

Tan a fondo, tan adentro se metió en mí esa vida campesina de mi infancia, que una vez pensé escribir una novela que pudiera reproducirla. La llamé "La Felicidad" y recuerdo que con mi amigo, el poeta Jaime Rayo, compañero de Braulio Arenas y de Juan Derpich, la pasamos a máquina. Luego la rompí, o la quemé. ¡Cuánto habría deseado ahora poder leerla, para revivir allí cosas olvidadas!

* * *

Mi padre, la perrita "Cocotte" y yo, en el campo de Popeta.

La estirpe: Mi abuelo, José Miguel Serrano Urmeneta; mi padre, Diego Serrano Manterola y yo.

Mis cabalgatas de esos años infantiles terminaron bruscamente. Una mañana, daba una vuelta al jardín de la entrada, montado en mi yegua Novia (¿o sería la Violeta?). Unos bueyes aparecieron al frente y quise "arrearlos" fuera del jardín. Entonces, una rama de un árbol se enredó en mi manta. La yegua siguió marchando, no tuve fuerzas para sujetarla y caí de la cabalgadura. Por primera vez en mi vida, perdí el conocimiento. La tierra se me dio vueltas, también las copas de los árboles, y no supe más, hasta que desperté en el escritorio de mi padre, quien sonreía satisfecho al verme volver en sí. Me tomó en brazos y me llevó a ver mi yegua, amarrada cerca de las caballerizas, aún sin desensillar. Pero ya no era "mi" yegua. Y nunca más la volví a montar. En verdad, nunca más volví a hacerlo, pues fue como si esa caída presagiara el final de todo ese mundo tan precario, tan feble y delicado, como lo es el Paraíso...

Allí, en esas galerías de Popeta, en sus corredores, yo jugaba con mi hermana Berta. Mi otra hermana era aún muy pequeña y mi hermano no había nacido. Con ella me unía una misteriosa tela, un cordón dorado, que nunca se ha roto, como si tuviera que ver con alguna encarnación antigua, o bien, con ese "secreto", o ese "tesoro" de familia (oculto en el nombre de *Bertha),* y que allí nosotros tratábamos de recuperar y ocultábamos nuevamente en nuestros juegos, nunca interrumpidos, hasta el presente, a través de espacios, tierras, mares y sueños.

También por esos pasillos circulaba silenciosa, como una sombra, la "mama" Delfina, esa aya que llegara hacía mucho a la casa de mis abuelos, a la edad de catorce años, para cuidar a mi padre en Valparaíso, y que ahora nos cuidaba a nosotros. Mujer de los campos de Chile, abnegada hasta el sacrificio. Nadie sabe hoy lo que en verdad fue en Chile la "institución de las mamas". Mis primos también tuvieron la suya, la "mama Luisa". Llegaron a formar parte de las familias, siendo aún más importantes que las madres, pues se habían hecho cargo de los numerosos hijos, que ellas no podían ni sabían cuidar con el mismo esmero, sacrificio y amor desinteresado. No sé si en este libro me será posible volver a referirme a mi mama Delfina –ojalá los Dioses me lo permitan–, pero básteme decir ahora que no hay un día de mi infancia o de mi adolescencia en que ella no esté presente, allí, al fondo de

esa *"raga"* –del amanecer o del atardecer–, como el acompañamiento indispensable de la música honda de la *tampura,* acompasando nuestra melodía familiar.

Hoy se halla enterrada en nuestra tumba. Si la reencarnación existe del modo del que se piensa, sólo desearía volverla a encontrar, aquí o donde sea, para así poder servirla, como se sirve a una reina, devolviéndole en parte lo que ella me dio y que aquí no supe reconocerle. Y si lo que existe es el Eterno Retorno de lo Mismo, ¡ah, entonces, que mi trabajo de hoy, o estas mismas reflexiones aquí expuestas, me permitan *salirme* en el justo momento del reencuentro, en aquella Ronda, para cambiarlo todo, aun a mí mismo, y, estrechándola en mis brazos, subirla al trono que fuera siempre el de ella y, de hinojos, besar sus gastadas manos y decirle que la amo!

Cuando mi madre cantaba aquella vieja y hermosa canción, "Amapola", yo se la dedicaba a la mama Delfina: *"Ama-Pola, lindísima Ama-Pola, ¿cómo puedes, tú, vivir tan sola...?"*. Vivió sola, dándolo todo y recibiendo nada a cambio. Pero a ella le bastaba con lo que dio...

Otra criada que yo amaba era una mujer joven, de tez muy blanca y de cabello claro –así la veo en el recuerdo–. Besaba sus brazos desnudos, que olían a hierbas del monte. Una noche la sacaron envuelta en una manta y muerta. Se había suicidado, ingiriendo el azufre de unas lámparas. Junto con mi caída del caballo, veo esto como el comienzo de la degradación de un mundo, que se sostenía en un aire demasiado fino y transparente, "equilibrando trabajosamente sus paisajes", como diría nuestro poeta Omar Cáceres. "Un azul deshabitado", ante el cual hoy, *"recordando mi antiguo ser, lo que una vez fueran mis sagradas pertenencias, me siento solo como una montaña, repitiendo la palabra 'entonces'..."*. *"Porque el temblor, el ruego con que toda soledad antigua nos sorprende, no es más que la evidencia que de la tristeza humana queda..."*. Sí. Es un *"Azul Deshabitado"*...

* * *

Grandes arboledas, copas espesas de ramas que se cruzan, formando una bóveda verde y una amplia avenida de hojarasca, que lleva a la "Media Luna" del rodeo. Me he quedado solo allí, en esa avenida. Y, de pronto, un niño aparece frente a mí. Se me

acerca, me echa los brazos al cuello y me besa en la mejilla. Solamente dos veces más he vuelto a sentir impresión semejante en esta vida. Una fue junto a las ruinas del castillo de los cátaros, en Montsegur, en un día frío, con la montaña nevada y yo contemplando la cumbre, impedido de alcanzarla por el hielo acumulado en la escarpada pendiente. Me pareció "sentir" que unos brazos se abrían en lo alto y de esa ruina de piedras se me transmitía un amor infinito, de inmaculada pureza, algo de fuera de esta tierra. La otra vez fue junto a una pequeña planta que se moría. Me senté frente a ella y "supe" que se despedía de mí, traspasándome el mismo amor, igual sustancia delicada. Y esto también fue lo que experimenté, por primera vez, cuando un "ángel" me echó los brazos al cuello y me besó.

Pertenece todavía a la biografía de El, no a la de mi "yo".

Sin hacer cuestión de edad ni de tiempo, el yo pareciera, a veces, ponerse de lado, discretamente, para dejarle la pasada a un El, como en aquel viaje en autobús, a una ciudad del sur.

Y en mi infancia, ¿quién fue aquél niño que me besó? ¿Existió de verdad? ¿Fue, acaso, un recién encarnado? ¿Mi hermano Pascual, que volvía a la tierra y vino a visitarme?

* * *

Hay conmoción en las casas de la hacienda. Llega un visitante, casi una extranjera; viene de Europa, de Francia. Es mi tía Clarisa Manterola, hermana de mi abuela Fresia y nieta de Josefa Paramá. Mujer especial, cree en la reencarnación y viaja por el mundo sola, o acompañada de su querida amiga Aidé. Nunca va a misa, no cree en el Dios cristiano, menos en los curas. Transmite la herencia intelectual de sus padres y el misterio del "Capitán". Fue la primera que me hablara de la India, del espiritismo y de vidas anteriores. Es alta, tiene ojos azules y un pelo muy bello, prematuramente blanco. Es amiga de su hermana Fresia; pero ha interrumpido toda relación con su hermana mayor, María Luisa (la que vivió sin salir jamás de Valparaíso), por alguna disputa de familia de la que no se habla. Desde siempre, demostró una especial predilección por mí y me llevaría en sus vacaciones, o retiros, a San Bernardo, o a Quilpué, donde ella iba como si lo hiciera a las "aguas de Vichy". Una vez, en Quilpué, mientras me hallaba tendido junto a ella en su lecho y me había pedido que le

cantara una canción campesina, "El Caballo Bayo", de pronto, experimenté una sensación extrañísima: sentí que su cuerpo crecía y que era un ser poderoso, sin sexo. Asustado, salté de la cama y salí del cuarto.

No amaba las flores, decía que eran para los muertos y dispuso que en su tumba plantaran un manzano. Flores no, porque ella no estaba muerta. Allí permanece el árbol y no ha dado frutos. Era culta, leía novelas, filosofía y poesía. A ella le fui mostrando mis primeros trabajos literarios. Cuando murió, yo estaba a su lado, tomé su mano y me la apretó suavemente. ¡Oh, cuántas cosas que yo pude hablar con mi tía Clarisa, averiguar sobre el "Misterio Paramá", y no lo hice!... Ya es tarde; pero,... ¿lo será?

Un día se la presenté a Vicente Huidobro. Hablaron en francés. Y él me dijo que se parecía a Voltaire.

Cuando llegó a la hacienda, venía en uno de nuestros grandes coches tirados por caballos, con el que la habían ido a buscar a la estación de ferrocarril de Rengo. Sin bajarse, abrió la puerta y gritó: "¡Hola, los castellanos!".

Traía regalos del extranjero. A mí me dio una caja de chocolates, la que rápidamente me fue arrebatada de las manos por mi madre, mi abuela, o quizás por la mama Delfina. La encontré después sobre una mesa y la abrí a hurtadillas, saqué un chocolate y escapé al jardín. Era la primera vez que comía un dulce como éste. Lo encontré amargo y lo escupí. Cuando en la casa descubrieron que había tomado un chocolate de la caja, creyeron que lo había comido; fue un drama; mi abuela, mi madre, mi mama, todas las mujeres lloraban seguras de que me enfermaría, haciendo comentarios sobre las costumbres y los alimentos perversos de los extranjeros, habitantes de las ciudades, que se atiborraban de manjares dañinos.

En el Paraíso sólo se comían manzanas, membrillos, higos, cereales y leche fresca de vaca (o de burra). Nunca chocolates.

LA APARICIÓN DEL YO

En las viejas mansiones coloniales de los campos chilenos, los cuartos eran oscuros y comunicados entre sí, con ventanas que daban al jardín, o a los patios interiores. Tenían, además, salidas independientes a los corredores, las que por seguridad se cerraban en las noches con "trancas" de fierro, al igual que las ventanas, con

grandes postigos de bellas maderas y rejas artísticamente labradas.

En nuestra casa había un pasillo que cruzaba de jardín a jardín, por donde transitaban los empleados. Separaba el último dormitorio, o tal vez la sala de juego, del comedor.

Creo que fue aquí, en este cuarto, antes del pasillo y del comedor, donde se produjo ese suceso fundamental y definitivo en la vida del niño, de ese niño hasta entonces no separado, inmerso en otro Ser, conectado a Algo muy antiguo, sin comienzo ni fin, que podía conversar sin palabras y sin siquiera saberlo, con los pájaros del cielo, las aves de esta tierra, los árboles, las plantas y con las "flores inexistentes", que se abren y se cierran en los jardines de un mundo lejano, que a menudo se sobreponía a este otro.

Más de una vez en mis libros he tratado de explicar ese suceso, que separa mi vida en dos y en más de dos, ya que pareciera que el Ser antiguo no desaparece del todo, pudiendo retornar a veces, sin gran frecuencia, es cierto, o sin que yo lo sepa a menudo, aunque es posible que, con el correr y el aumento de los años, vuelva a apoderarse de mí, pero sin desplazar al "yo" totalmente, o, mejor aún, con el consentimiento de ese yo. Si esto llegara a ocurrir, creo que "El" y "Yo" habremos triunfado igualmente.

Bien, allí, en ese cuarto de la hacienda de Popeta, no podría decir exactamente a qué edad, pero entre los cuatro y los cinco años –me parece–, de pronto –¡sí, de pronto!–, *"me sentí yo"*. Yo, yo mismo. Y mirando desde mi "yo", empecé a ver a los otras personas que se dirigían por el pasillo, de uno a otro lado de la casa. Y, con una claridad angustiosa, me hice la pregunta: "Esos hombres y mujeres, que por ahí pasan, ¿se sienten también "yo", como yo me siento? ¿Es posible que esto pueda acontecer? Y, ¿por qué, en medio de todos ellos, sólo yo me siento yo, yo mismo, este 'yo' en medio de todo el Universo? Porque es un hecho que ellos no son 'yo' y nadie, nadie más se podrá sentir yo, en ninguna parte, tal como yo me siento ahora aquí. Porque soy único, separado y solo... Y esos otros, ¿qué son?".

Algo entonces me ocurrió, en un instante, como si otro personaje entrara, o se apoderase de mí. Mejor aún, como si "Alguien" se fuera. Tal vez un conmutador se activó en el cerebro, en su lado izquierdo, y se apagó el del lado derecho. No lo sé. O bien, el "Angel de la Guarda" de los cristianos dejó de tener la responsabilidad de vigilarme desde afuera. ¿O entró en mí, o se alejó? Desde ese

momento yo era responsable por mí mismo y el "yo" no dejaría ya más de deambular entre esos polos de opuestos, entre el bien y el mal, con una cadena sin fin de preguntas y de dudas. Antes, el niño decía: "El niño tiene hambre, el niño tiene frío". Ahora: "Yo quiero tal cosa, yo tengo frío"...

Aún hoy, si me concentro un poco sobre mí mismo y logro sentir mi yo, sentirme "yo", no puedo, en verdad, llegar a comprender cómo es posible que en todo el Universo, que en esta tierra superpoblada, sólo yo, únicamente yo, me sienta este "yo" mío, que soy, y no me sienta "otro" u "otro" se sienta yo. Del mismo modo no puedo entender que, cuando este yo se acabe, si es que se acaba, cuando se "apague", como la luz de una vela, algo pueda seguir existiendo, otros yo, por ejemplo. De esto jamás podré tener seguridad, pues nadie –es decir, ningún "no–yo"– podrá asegurármelo. Y pienso que alguna vez, en alguna parte, en algún mundo o Universo, alguien de nuevo volverá a sentirse yo, tal como ahora yo me siento. Y ese yo, de nuevo seré yo mismo. Es ésta mi vivencia del Eterno Retorno. Y mi única fe de inmortalidad "automática", ajena a mi voluntad, por así decirlo. Y de este modo entiendo también la reencarnación. Diferente tal vez a mi tía Clarisa... Aunque puede que no...

¡Qué difícil poder explicar esto a quien no lo ha vivido y no lo experimenta en *vivencias!* He preguntado a muchos, hombres y mujeres. Y no entienden. Así, me siento diferente y, para encontrar respuestas es que tal vez me extiendo lo más posible hacia atrás en mis memorias, en busca de las presencias antiguas y ancestrales, de un José y una Pepita Paramá, de don Pedro Fernández Concha, de don Rafael y de ese secreto tesoro de los merovingios y de los visigodos, guardado en una "divina sangre", en el "Sang-real".

Porque, antes de que "adviniera" un "yo", ¿quién era, quién estaba allí? No un yo, por supuesto, aunque sí había una *Persona,* la que debe ser inmortal, eterna, al contrario del yo, que es mortal y perecedero. El profesor C.G. Jung describe este suceso de un modo extraordinario. Cuando sufrió un ataque al corazón y todos pensaban que él se moría, cuenta que se vio yendo en dirección a un Ser que se hallaba sentado en meditación y con las piernas cruzadas en la posición del Buda. Estaba "pensando" su vida –la de Jung. El supo que ese Ser le absorbería, pasando a fundirse en su interior. Y el profesor Jung se resistió y volvió a la vida.

Nunca hablé con él sobre este gran tema. Y de verdad lo siento, pues no he logrado saber si él también tuvo la lúcida y repentina vivencia de un "yo".

Es éste un Drama luminosamente expresado en lo que yo llamo el Kristianismo con *K,* Cristianismo Esotérico, que voluntariamente ha sido oscurecido, hasta llegar a ignorarse completamente. Y creo que mis ancestros, que el Obispo Sabio, don Rafael Fernández Concha, por ejemplo, quizás llegaron a entenderlo. Y si no ellos directamente, a través de mí ahora.

¿Qué es el *Kristos,* en verdad? Es una Categoría, una Dignidad, una Alta Persona, una Entidad Solar, como el Buda. Nehru me decía: "Todos somos Buda, o podemos llegar a serlo". El príncipe Gautama lo fue. Jesús fue el *Kristos.* El Kristianismo toma mucho del Budismo. Es un Arquetipo recurrente; vino antiguo en odres nuevos, con otro lenguaje más apto para la idiosincrasia de Occidente. Jesús habla de "su Padre" y dice: "Yo y mi Padre somos una misma Persona". *Yo y El.* Y si hubiese muerto antes, sin ser "crucificado" en la *Muerte Mística,* es decir, sin alcanzar a cumplir ese último Misterio de una Iniciación, de la *Individuación,* como diría Jung, su "yo" habría sido absorbido por el Padre, desaparecido en El. Pero, al cumplirse hasta el final el Misterio, bebiendo el vino de la Divina Sangre hasta las heces (el Cáliz, el *Gral,* la *Sang-real* el "Espíritu del Vino Secreto" de la Alquimia, la "Sangre de la Familia"), puede decirle al "Buen Ladrón" (a los discípulos que le acompañarán en la Iniciación, o "Crucifixión"): *"Tú y yo estaremos esta noche a la Diestra del Padre".* Es decir, a su lado, separados, *individuados,* sin perder su "yo". Con un Yo inmortalizado, con *conciencia de Sí Mismo (Iesus-Kristos,* al fin; Buda). Pudiendo hasta "iluminar la oscuridad del Creador" –palabras de Jung–. Porque el Creador no tiene un "Yo", no es consciente de Sí Mismo. *Aunque sí es consciente de nosotros.*

"Los Bienaventurados nada sienten por sí mismos", decía Hölderlin. "Los poetas tienen que sentir por ellos". Y el Rig Veda repite más o menos lo mismo.

Ahora bien, nada de esto es teórico, elucubración, producto de concepciones filosóficas, sino experiencia vivida, pura vivencia acontecida en mi primera infancia, que bien pude olvidar y hasta borrarse de la memoria. En efecto, por años pasó desapercibida y guardada como sin valor, dentro del cofre de la "memoria-no-recordada", del "pensamiento-no-pensado", hasta que, de pronto,

emergió allí, "como un ladrón en la noche", envuelta en los perfumes más lejanos, al igual que las doradas manzanas de Avalón.

Y yo cierro y abro ese *Cofre* ahora, muy de tarde en tarde, para volver a experimentar la misma vivencia de esos lejanos años, que no tiene años ni edad y que me consuela y reconforta para poder seguir con la cruz a cuestas, hasta alcanzar un día la cima del monte Parzival de mi estirpe, crucificando y resucitando el "yo".

¿Qué es el "yo", ese "yo" que aparece de pronto, allá, en las habitaciones de una casa antigua? ¿Dónde estaba antes, de dónde vino? ¿De dentro, de fuera? ¿Se produce este fenómeno en un niño sólo cuando su organismo, su cerebro, ha llegado a un determinado punto de su desarrollo? ¿Es una sustancia, una combinación química –o alquímica–? Y, en este caso, ¿por qué no les sucede lo mismo a todos? ¿Tiene que ver con la sangre, con la raza? Sin duda, marca una diferencia y unas distancias determinantes. Novalis decía: "No todos los hombres, por el solo hecho de tener un cuerpo humano, son humanos". Además, pareciera ser que es sólo en esta tierra donde el experimento y la posibilidad de inmortalización "krística" pueden realizarse, porque es sólo aquí donde se da la posibilidad de obtener un yo mortal y de inmortalizarlo en un "Yo Absoluto". Lo que Jung describía como la *Individuación,* que consistiría en alcanzar un punto más cercano, o equidistante entre la Conciencia y lo Inconsciente, el que pasaría a llamar *Selbst.* Lo mismo pensó Nietzsche, aunque sin explicarlo tan claramente, para su *Superhombre.*

Un *punto equidistante,* he aquí la clave y su importancia. Equidistante entre el "Yo" y el "Ser", entre el *Hijo* y el *Padre.* Evitando también que los "trabajos y los días", con la cristalización del yo, hagan olvidar al Ser, al Padre, al Creador *del que todo el Proceso y el Drama advienen.* Y por eso la importancia que concedo a mi experiencia, acaecida no hace mucho en un viaje en autobús al sur, y que me recuerda que yo y el Padre, de algún modo, seguimos siendo uno mismo. Y de que aún debo ser *crucificado,* para poder sentarme a su *Diestra,* unidos y separados para siempre. La verdadera *"Imitación de Kristos",* de Kristos-Wotan.

Haciendo ahora una última reflexión sobre el destino de la Tierra que nos cobija y que se enlaza con la Introducción a estas "Memorias", insisto en señalar el peligro inmenso que nos amenaza, cuando los niños hoy "nacen con los ojos abiertos", quizás con

un "yo" desde el primer momento y sin el *Ser,* sin un *Padre* Todopoderoso. Demoníacos, o meros robots, expuestos a entregar su yo (a menudo ni un yo tienen) para ser devorados por las máquinas, por los computadores, por la "realidad virtual", por la "tele-presencia", careciendo de la protección del *Ser,* que ha sido borrado del recuerdo, asesinado por el *Golem* de la máquina. "¡El *Ser* ha muerto!", gritaría Nietzsche.

Mas, *"El"* aún espera a que *"Yo"* pueda resucitarlo, dentro de *"Mí"* y fuera de *"Mí",* dando *Personalidad* a la *Persona.*

Es esta la misión de años maduros, pues durante la juventud y la adolescencia se ha estado tratando de defender y confirmar el "yo", aun a expensas del *Ser,* porque el yo está siempre en peligro en esta tierra de desaparecer en la muerte biológica.

Mas, si hay un triunfo no importa lo que suceda ya con el "mundo de los otros" (si es que ese mundo existe), con el Universo de los otros yo mortales, pues basta con que *uno* llegue –que *"tú"* llegues– para que el *Drama y la Aventura del Ser,* del Arquetipo, se resuelvan. Porque el Ser es Uno e indivisible y si ha sido encarado con justeza y con conciencia-vivencia, el triunfo de *uno* solo, en cualquier rincón del Universo, tiene validez total (Kristos redime la Humanidad con el "Sacrificio" de su Iniciación).

El camino del yo deberá ser dirigido no a su anulación, o superación, sino hacia su *confirmación* en el *Yo Absoluto,* en el *Hombre-Absoluto,* consiguiéndole así un sitial a *la Diestra del Padre,* del *Ser.*

Muchos años después debería llegar a descubrir que esta fue la Iniciación Tántrica de los SS, en el Hitlerismo Esotérico, que vendría a reemplazar, o mejor dicho, a continuar las verdaderas raíces del Kristianismo, en la Crucifixión de Wotan y en el Misterio de la Resurrección del Hijo, Baldur, en la Constelación de Acuario. La transmutación alquímica del Hombre-Absoluto, del Yo-Absoluto. El Kristianismo de Meister Ekhard y de Jung.

Y fue por ello que me hice "seguidor-creador" de ese Hitlerismo.

EL GALOPE DE LA PARCA

Llegaba en las mañanas al galope de su caballo, levantando polvaredas y llevando un largo ropón negro, que era el vestido que entonces usaban las amazonas. La llamaban la "Pitigua" y venía desde "La Chimba" a vender sus quesos del campo, recién hechos,

frescos y sabrosos. Muy flaca, semejaba a la Parca que da la vida, la que trae los frescos quesos de la vida, *Cloto, Ur,* la *Norna* del Origen, en la mitología germánica. También la Runa *Ur* (ᚢ).

Pero he aquí que ahora la "Pitigua" ha llegado al caer de la tarde de un día gris y la nube de polvo que la envuelve se junta con las sombras del cielo. No se detiene, no trae quesos blancos; pasa al galope de su caballo, con su manto negro, y pareciera que lleva una guadaña en la mano. Es ahora la Parca *Atropos,* la Norna *Skul,* la que corta el Hilo de la Vida. La Runa *IR* (ᛇ), de la Muerte.

Las Parcas, las Hijas de Aqueronte, las Dueñas del Destino, las Hijas de la Noche.

La "Pitigua" vivió muchos años. Es posible que aún esté viva. Las Parcas son inmortales, las *Nornas* sólo se acaban con el mundo.

Ese galope negro, al atardecer, presagió el fin del Universo, el hundimiento de la Atlántida, la desaparición de Avalón, con sus frutas doradas, con animales y plantas que hablaban con los hombres.

Coincidió con la aparición del "Yo".

LA MUERTE DE MI MADRE

Mi abuelo Joaquín volvió de España en 1924. Mi madre quiso ir a verle a Santiago y la acompañamos mi padre y yo. Sería su último viaje a la capital, sin regreso. Iba en busca del lugar exacto para morir, la casa de su familia, donde naciera, con su atmósfera, con los suyos, su madre, su padre, sus hermanos; con los Fernández de Santiago-Concha, en una palabra. Por cierto, ella no lo sabía de un modo consciente, pues ni siquiera se sentía enferma.

Del viaje en tren no recuerdo nada, tampoco de la visita a mis abuelos, de tal modo que no estoy seguro de que les viera. Recuerdo sí, haber ido con mi madre a visitar a la tía María, su hermana mayor, que habitaba una casa en la calle Esmeralda, al lado de la de mis abuelos. He aquí la imagen en el recuerdo: veo a mi madre levantándose la falda y mostrándole a su hermana las medias que se había comprado. Sus muslos muy blancos eran preciosos. Creo que las hermanas reían y cantaban. Después, estoy jugando con unos soldados de madera, con uniformes de colores muy fuertes, en los que predomina el rojo. Deben haber sido lanceros o húsares, con

cascos empenachados. La impresión de luz y de color me producía una fascinación casi hipnótica y de gran felicidad.

Esa noche mi padre me llevó a dormir a un hotel del Portal Fernández Concha, en la Plaza de Armas de la ciudad. Mi madre se quedó en casa de mis abuelos. Repentinamente, se había sentido mal. Me es imposible olvidar esa primera noche en la ciudad. No podía dormirme por el ruido de la calle. Para un niño campesino como yo, con las noches profundas de la montaña, sin un solo ruido, sólo con la claridad de las estrellas, el ulular del viento o el resonar de la lluvia, ahora los pocos coches de caballo, con el roce de los cascos sobre los adoquines, o alguna que otra voz, eran algo inusitado. Ya en esos años, la impresión de un Santiago contaminado, aún apenas, por los ruidos, presagiaba su agonía actual. Sin embargo, ¿quién podría imaginarlo entonces?

Al amanecer, se me viene al recuerdo el olor del café en la taza del desayuno de mi padre y las tostadas con mermelada y mantequilla, servidas junto a la ventana del hotel, en una mesa puesta para los dos, ya vestidos y listos para partir. Mi padre había decidido llevarme de regreso al campo, pues estaba muy preocupado por la enfermedad de mi madre.

A ella no la volví a ver. Ni siquiera después de muerta la he vuelto a ver. Y digo esto, porque mi hermana Blanca sí lo pudo, al abrir su ataúd, cuarenta años más tarde. Allí estaba, intacta, igual a su hija, sólo que más joven. Murió a los 23 años de edad.

Mi padre llevó al médico de su familia, el doctor Arístides Aguirre Sayago, de quien ya he hablado. El me contó que mi madre murió de un tifus. También se habló, como siempre en estos casos, que se le había dado un medicamento equivocado. Lo dijeron los parientes de mi madre. Sin embargo, son sólo símbolos de algo más profundo: la sangre de los Fernández, de los hermanos y los primos, expresando así su rechazo contra lo que viene de afuera, incluyendo al médico de la familia de mi padre.

La única verdad es que la *Norna UR,* la Parca Atropos, la "Pitigua", al galope tendido de su caballo negro, había cortado con su guadaña el hilo de la vida de mi madre, allá en Popeta, para que así se pudiera cumplir el Destino de la Estirpe, habiendo ella depositado la simiente, traspasado el "átomo simiente" de una Gran Fatalidad. Lo indicaban además los números: murió a los 23 años. Dos más tres son 5, el número hiperbóreo, del regreso a los cauces de la Divinidad perdida.

Cuando mi padre regresó al campo, no le vi inmediatamente. Estuvo largo tiempo reunido con mis abuelos en el escritorio de la casa. Creo que fue después del medio día cuando me tomó de la mano y me llevó al jardín; caminó conmigo y se detuvo debajo de los árboles, donde tuviera mi accidente en el caballo. Se paró allí y estuvo un rato contemplando las copas de los árboles. Me acarició el cabello y, levantando un brazo hacia las nubes que se movían lentamente, impulsadas por un viento tibio y suave, me dijo: "Allí arriba, se fue tu mamá. Ahora está en el cielo...".

Debe haber sido ésta la razón –pienso– porque yo, hasta muchos años después, cuando podía subirme a los techos de nuestras casas, me ponía de hinojos y buscaba a mi madre en las formas de las nubes viajeras...

* * *

Cuando abrieron el sarcófago de mi madre, para cambiarla de la tumba de la familia Fernández Concha, en el Cementerio Católico, a la de los Serrano y Manterola, en el Cementerio General, hallaron, como decía, el cuerpo de mi madre intacto, tal como el día mismo de su entierro. Era una joven de cabellos dorados, igual a mi hermana Blanca. ¡Qué no habría dado yo por estar allí presente en ese instante! Ver su rostro, reconocer *"su presencia y su figura"... "Porque el dolor de amor sólo se cura con la presencia y la figura"...*

Mas, cuando esto sucedió, me hallaba en India, junto al Ganges sagrado, siguiendo también allí la sombra de las nubes, que se deslizan; el "camino de las nubes blancas", que el viento de la Fatalidad impulsa, en las redes de *Maya,* la Ilusión. Y junto al Río Invisible, el que no existe, el Río Inexistente, Swarasati, que desciende de la cabeza de Shiva, en la cima del Monte Kailás. La Divinidad, el Señor de la Yoga, que nos llevará un día a pasar más allá de *Maya,* la Ilusión.

CONVERSACIÓN CON UN PERRO

La familia no quiso seguir viviendo en Popeta, tras la muerte de mi madre. Además, los cultivos no iban bien. Esa tierra montañosa nunca ha permitido hacer buenas cosechas. Nos cambiamos de casa y de fundo; pero no muy lejos, a "El Peñón", una

pequeña propiedad con un molino. Quedaba casi al comenzar la cuesta sobre el río y sus tierras no eran mucho mejores.

De aquí tampoco recuerdo casi nada. Tal vez una noche solitaria, en un cuarto grande y sombrío, "rodeado de fantasmas para poder pensar", como diría Omar Cáceres. Para poder *sentir*.

Y algo más, una mañana, sentado en algún rincón, junto al molino, bajo los árboles y sobre hojas recién desprendidas. Hasta allí llegó un gran perro, y se echó junto a mí. Se quedó largo rato y enhebramos una profunda conversación de la que no recuerdo nada. Imagino que me preguntaba por qué él era un perro. La emoción de ese contacto tan profundo no me ha abandonado en esta vida, de modo que el "espíritu de la especie perro", su "espíritu de grupo", como lo llaman los ocultistas, ha tenido una especial preferencia por mí, o por ese El que a veces me visita y que fue –creo– quien entabló el diálogo allá en el campo, pues "El" conoce el

Una profunda conversación con mi perro Thor, en 1993.

lenguaje de los perros. Y es por esto que me amó el perro perdido en la Antártica; me amó mi perrita Dolma, regalo del Dalai Lama, en la India, y yo la amé hasta su muerte, dulce y apasionadamente, y, ahora, nos amamos con mi perra Freija y con mi perro Thor, echados aquí junto a mí mientras escribo estas "Memorias". Thor también me hace idéntica pregunta y conversamos largamente, envueltos en nostalgias y sufrimientos. Miro el fondo de sus ojos y él sabe que yo lo comprendo y que daría mi vida –como él daría la suya por mí– para poder responderle y modificar su destino de Ser Divino prisionero en la forma de un animal en esta tierra. Del Dios *Thor* sacrificado un poco más acá del Paraíso de Avalón.

No sé si aquel perro de mi infancia, el Prototipo, ese Signo, esa Runa, era un perro de verdad, o era también una Flor Inexistente, un Perro Inexistente, pero más real que los perros que aquí deambulan y penan. Y me dio la nota, el diapasón, para establecer el diálogo con todos los perros que sufren en la tierra.

Parte II

“YO”

De vez en cuando intento volver a concentrarme sobre el suceso, tan lejano ya, de la aparición del yo. Y es difícil, pues se me escapa, pareciendo defenderse, como si allí estuviese centrado el secreto de la creación y de la vida humana. Se me escabulle, en el momento cuando pareciera que voy a capturarlo. Y la pregunta es siempre la misma: ¿dónde estaba el "yo" en el instante-antes? ¿Afuera? ¿O siempre estuvo allí, en el cuerpo del niño y sólo se abrió, o se activó, en la autoconciencia de sí mismo? ¿Al mismo tiempo que se cerraba otro centro, en el otro hemisferio del cerebro, conectado a otro tipo de conciencia? Porque, como decía Jung, aún en esos tiempos "antes", o en esos otros estados de conciencia, con anterioridad a la aparición del "yo", o de la autoconciencia del "yo separado", de la individualidad, existe *la "sensación" de una Persona.* Y *se tienen sueños y vivencias personales,* capaces de marcar toda una vida. El niño en el balcón, con el anillo, por ejemplo. Sueños y vivencias que aún pueden suceder en la vida adulta, cuando, por accidente o heridas graves, las funciones de la corteza cerebral han sido inhibidas. ¿Con qué se sueñan esos sueños?, se preguntaba Jung.

Más que la ciencia biológica, química, fisiológica, para poder penetrar en estos dificilísimos territorios, nos deberán servir los conocimientos legendarios, puesto que los hombres antiguos parecieran ya haberlos recorrido, sin los artificios de la mecánica y de la actual tecnología, pero con una experiencia y sabiduría superiores.

Con ser tan exacto y real el fenómeno vivido, son la mística y la filosofía las solas que podrían aportarnos cierta ayuda en la búsqueda de la verdad detrás de la experiencia sufrida.

Aún mucho antes del Kristianismo, el Hinduismo se preocupó de estos asuntos, codificando las vivencias, por así decirlo, en toda una filosofía, o en varias. A esa *Persona,* anterior al "yo" y que allí se queda esperando fuera, como "al borde de una fuente", para tal vez recoger la experiencia que el yo habrá de adquirir –al regreso del Hijo Pródigo–, el Hinduismo la llama *Atman, Brahma.* Ahí retornará el yo. Se pierde o se disuelve, pues es sólo *Maya,* la

Ilusión. No existe ontológicamente. Sólo existe el *Atman.* Es la concepción vedantina, de la *Vedanta* Absoluta. Luego, la *Samkhya* dualista, donde eternamente existe el *Purusha* (la *Persona)* y *Prakriti,* la Materia (el yo). La materia aprisiona al Espíritu, hasta que éste se libera. Pero no hay un solo *Purusha,* hay muchos. Hay Dioses, hay Personas, Mónadas, Monoteísmo vedantino y politeísmo Samkhya, por decirlo de algún modo más apto a la comprensión de Occidente. De la filosofía dualista *Samkhya* deviene el Yoga, como una técnica para liberar al *Purusha* de la prisión de *Prakriti.* También está la *Tantra* como otra herramienta poderosa de liberación. Del Budismo y del Kristianismo ya hemos hablado.

Pero lo más extraordinario es que, con la experiencia de un yo-niño, de un niño que de súbito adviene filósofo, todos esos complicados sistemas y religiones antiquísimos han sido reducidos a la ecuación más simple: la *"Persona-antes"* y la aparición de un "yo". Un Dios-Persona *(Purusha)* y el hombre.

Lo que siga no es asunto que se pueda penetrar con la filosofía racional, la elucubración, ni la ciencia, menos aún con la tecnología. Sólo sirven las *vivencias* que todavía pueda aportarnos la vida. Y para promoverlas, si es que esto fuera posible, no hay más que *el Destino del Elegido.* De un *Rishi* ("el que ve"), quien sigue viviendo y experimentando, atento a esas apariciones que, como pájaros celestes, de tarde en tarde, cruzan veloces el cielo del alma.

Sólo ellas, las vivencias, tal vez puedan aún responder a las grandes interrogantes: ¿Es el yo sólo una pequeña parte de la Persona que se encarna en el cuerpo humano, de un habitante de la tierra, porque Ella no cabe entera? De la Vedanta y también del Cristianismo (con "c"), se podría desprender que el *Atman,* o el *Señor,* pasa a dividirse o a "representarse" en todos, una parte en cada uno, siendo por esto "hermanos", como suelen llamarse ("hermanos en Cristo"). Un Círculo, una Hostia, donde "en cada una de sus partes está Cristo entero". Para el Vedantismo y el Panteísmo hasta los animales y las plantas son "hermanos", partes de Dios. También para Francisco de Asís: "El hermano Asno". (La "hermana Burra").

Para la *Samkhya,* sería diferente. Hay un *Purusha,* prisionero de *Prakriti.* Para la religión de Wotan, la identidad no es con todos los humanos, sino más bien con una *raza,* la aria, y, dentro de ésta, con las estirpes de los *Asen* y de los *Vanen.* Con los guerreros *Wersekos.* Siendo Wotan la "Persona", el "Espíritu de la

Raza", el "Inconsciente Colectivo" que *"habla"* y se expresa en esa sola sangre.

Para llegar a entender mejor esto, podríamos tratar de expresarlo con la *"Religión del Ovnismo"*, imaginando lo que para Jung fue un *Ovni,* un Círculo, Arquetipo de una imagen de la Divinidad (la Hostia). Si por ley de sincronismo, hoy Wotan descendiera a la tierra, se visualizaría como una nave aérea, o un "disco volante", materializándose de este modo, ese Ser Divino, ese *Siddha;* llegado aquí desde otro Universo Paralelo, o de una "extra-situación", no cabría entero. Por constituir un Ser (Uno Solo) más grande que este mundo, debería dividirse en toda una "tripulación", en la que *cada uno sería Wotan,* cada uno de los *Asen.* Seres que únicamente existen en Wotan. Por eso son guerreros y no temen a la muerte; porque nada esencial y sólo la apariencia puede morir en ellos. Resucitan una y mil veces en Wotan. En sí mismos son nadie, no tienen conciencia de sí.

En la Mitología del Wotanismo se nos revela que la tragedia y la pérdida de la inmortalidad se producen cuando la "tripulación" se "mezcla con las hijas de los hombres". Y es allí cuando el *Asen* "se ve desnudo" y adviene la muerte, como un río sobre los inmortales. Y ahora deberá ganar su vida, o perderla, con la espada en la mano. Y con su Sangre.

Y ya no se puede –no se debe– volver atrás, anular el "yo" para *formar de nuevo parte de la tripulación en Wotan.* Sólo resta el caminar en el desierto, confirmando el yo individual; cruzarlo hacia *el otro extremo,* llegar a constituir *Otro Ser.* Inventándolo (La Flor Inexistente), recrear a Wotan. Un *Wotan consciente de sí mismo.* El *Yo Absoluto.*

Es éste el verdadero Fruto de la Tierra. Sólo aquí, en todo el Universo, esto es posible.

Así pareció entenderlo un escritor francés, André Brissaud, que escribiera el libro *"Hitler et l'Ordre Noir".* Afirma que el desconocido logro de la Alquimia, o Yoga, de la Iniciación SS, fue la mutación del *Hombre Absoluto.* Según él, en Nüremberg se cometió el gran error de juzgar con patrones humanos a seres *que ya no eran humanos,* porque habían cruzado un límite y se regían por otras leyes que las de los hombres. Las del *Rishi* hiperbóreo, *del que Ve.*

EL OTRO EXTREMO
SANTIAGO DEL NUEVO EXTREMO

Es en la capital de Chile, en Santiago del Nuevo Extremo, donde se va a realizar ahora la aventura, también *extrema,* de la afirmación, la confirmación del "yo". Es aquí donde se traslada mi familia, al parecer de modo definitivo.

¿Cuál será, en verdad, el nombre secreto, el *nomen misticum,* de Santiago de Chile? Los egipcios, los persas, los mesopotamios, los griegos, los romanos, lo tenían para sus ciudades. Los españoles del siglo XV y XVI, herederos de los romanos y de los germanos, también lo dispondrían. En especial, los conquistadores de este extremo sur del mundo, donde fue tan difícil asentarse, siempre en guerra con un "habitante de la tierra", el mapuche, aguerrido y heroico, al que nunca pudieron vencer, en trescientos años de un guerrear continuo. Y es por eso que a aquí vienen los mejores soldados de las Españas, la "flor de los Guzmanes", como diría Felipe II, los visigodos, en busca de la guerra y del honor, más que de la riqueza, terminadas ya las guerras de Flandes. Ellos se costean de su propio peculio los gastos del traslado, las acémilas, los caballares, los pertrechos y las armas. Traen consigo sus sirvientes y escuderos. No son una carga para su Rey. Les lleva el espíritu de la aventura, del honor y de la gloria, como hemos dicho, y hasta es posible que algo más. Porque esos "adelantados" habrán pertenecido –en una minoría, es cierto–, especialmente los conquistadores del que pasará a llamarse "Reino de Chile", a Ordenes de Caballería, como las de Santiago, Alcántara y Calatrava, siendo en esta última donde se da refugio a los Templarios. Es más, fue creada para esto. Los Templarios son los responsables de la difusión de la leyenda del *Gral,* o del Santo Grial. Y esta leyenda afirma que Parzival viaja a Occidente (a América) en un barco con la cruz templaria, portando el *Gral.*

Se sabe que los templarios ya habían llegado a América, en el siglo XII, siguiendo las huellas de los vikingos, y que inauguran el comercio de la plata americana en Europa, pudiendo así financiar la construcción de catedrales. Los "adelantados", caballeros de Calatrava, secretamente habrían venido en busca del *Gral* y de las Ciudades ocultas donde se lo guardaba. Es posible que Pedro de Valdivia fuera uno de ellos. Pienso en el nombre de *"Parzival"* dado a la cumbre de un monte de la hacienda que fuera de mi familia.

Y en la insistencia de Valdivia por extenderse siempre más al sur y también enviar misiones hacia lo que hoy es la Sierra de Córdoba, de Argentina, y hasta Santiago del Estero (de nuevo, *Santiago),* que primero llamaron Santiago del Nuevo Maestrazgo. El nombre se lo pone Francisco de Villagra, quien también se desplazó hasta las montañas de Córdoba, donde existía la misteriosa Ciudad de *Erk* y la cumbre del *Oritorko.* Más aún, es ahí donde aparecen los "indios blancos" y barbados, con túnicas con swástikas levógiras, los comechingones. Según el investigador y sabio francés, Jacques de Mahieu, son los hiperbóreos; o bien, los troyanos escapados del desastre. Y es por aquí también por donde el capitán César, de la expedición de Mendoza y de Gabor, se extravía, descubriendo una "Ciudad de los Césares", como ha sido bautizada, con el nombre de aquel capitán. Nunca más fue hallada, buscándose incansablemente, hasta los días actuales, más por el extremo sur de nuestra América que por aquellas sierras.

El Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, pertenecía a Ordenes guerreras. El Gran Maestro de la Orden de Calatrava, Alonso de Monroy, se va a Portugal (refugio de los templarios y sede de la Orden de Alcántara) cuando el Rey de España toma la jefatura de la Orden. Alonso de Monroy es compañero de don Pedro de Valdivia. Francisco de Aguirre, antepasado de nuestro querido doctor Arístides Aguirre, construye en la ciudad de La Serena el castillo de Montalván, que pasa a ser su casa. Hay entre todos ellos, de seguro, una hermandad iniciática y guerrera. Originalmente la misma Orden de los Jesuitas es creada por un guerrero, Ignacio de Loyola, quien también buscará el *Gral* alquímico, en San Juan de la Peña. Pero es Francisco de Borja, enamorado hasta la muerte de Isabel de Portugal (era valenciano y de la familia que da origen a los Borgias de Italia; la tumba de César Borgia está en España), quien descubre que en un noventa por ciento la población valenciana está compuesta por judíos. Como Francisco ha entrado a los jesuitas, tras la muerte de Isabel, logra que se conviertan los judíos e infiltren la Orden con el terrible resultado que cambiará para siempre el espíritu de esa congregación y de su creador, que la pensó como guerrera y sacra, premunida del sentido caballeresco que a él lo animaba. Dominada ahora por los "cristianos nuevos", por los "marranos", se convertirá en la maldición de la cristiandad y del Nuevo Mundo precristiano.

Don Pedro de Valdivia es el más interesante de los conquistadores de América. Nadie, hasta ahora, ha penetrado el secreto de su grandeza, que además de proceder de su sangre visigoda de Extremadura, se ha de hallar en la iniciación de una Orden religiosa y guerrera. Con visión de iluminado elige por capital de Chile al "centro" geomántico que llamará Santiago, sin saber nosotros hasta hoy cual sería su *nomen misticum,* pudiendo hasta serlo el mismo de "Santiago", vinculado a tantos milagros, a la Compostela mágica y céltica y al nombre, también mágico, de mi propia familia. La habrá elegido por el cerro *Huelén* (Dolor) de los mapuches, hoy Santa Lucía; por el *Tupahue* (Morada de Dios), hoy San Cristóbal, y por el río Mapocho (Mapuche), que entonces se abría en dos brazos que rodeaban el cerro Huelén, y, sobretodo, por la siempre presente cumbre del Plomo, sagrada para los Inkas, sobre cuya cumbre se encontrara, recién en nuestro siglo, la momia de una niña india, allí dejada para que los Dioses nos tomaran en cuenta. Alguien la retiró de esa cumbre. ¡Y Santiago ha muerto!

¡Ah, la belleza de esas cimas nevadas! Oí decir una vez a un Embajador de España: "Nadie que no las contemple desde aquí podrá imaginarse lo que los Andes son". En Valparaíso, desde los ventanales de mi casa, más allá del mar, puedo ver el Aconcagua, la más alta cumbre de América; pero no es lo mismo que sentir estas montañas cercanas, que se nos vienen encima y que se levantan, como si aún estuvieran creciendo junto a nosotros. Es algo indescriptible, que se mete en el alma para siempre. Sólo los Himalayas pudieron calmar esta sed de cumbres andinas que me ha torturado en todo el mundo. Y hoy es la nostalgia de un Paraíso perdido para siempre y que las nuevas generaciones ya nunca conocerán, al encontrarse invisibles esas alturas, destruida su pureza prístina por la contaminación y la agonía de la atmósfera de cristal que una vez las envolvió.

Lo que esto fuere cuando don Pedro de Valdivia llegó por primera vez, es ya irreproducible, aun en tiempos de mi niñez. Región de bosques vernáculos, de aguas claras, transparentes, con pájaros desconocidos, con cóndores y cimas habitadas por los Dioses. Arriba del Cerro Huelen, el conquistador fue conquistado ("Pedro de Valdivia, Capitán conquistado" es el título de un libro de mi amigo de la juventud, Santiago del Campo). Y ahí mismo empezaría a escribir las cartas-poemas a su Rey, para convencerlo de la conquista y la colonización de la "térra australis".

La leyenda, o mito, de la Ciudad de los Césares se alimenta más que en la historia sacra y mágica del *Gral,* en la nostalgia incurable que toca al alma en la contemplación de las cimas nevadas de los Andes y que nos habla en los atardeceres, en susurros de luz, de la existencia de otra vida, en algún mundo más allá de éste, en una ciudad secreta, oculta, habitada por los hombres rojos del horizonte, por seres inmortales. Y esta nostalgia, esta ansia, este "color del ansia", aprisionó por igual a los conquistadores y a los conquistados. A los españoles y a los aborígenes. A los *ancahuinkas* y a los *huinkas.*

Y LA MUJER

Desconocemos casi por completo la historia verdadera de Inés de Suárez, arquetipo, tal vez, de la *soror misticae,* de la aventura alquímico-guerrera del alma de un guerrero. Ella es la *mujer* de don Pedro de Valdivia, lo protege, lo cuida, lo impulsa, lo acompaña. Será la única que conozca el fondo íntimo de su gran aventura, de su secreto sueño, pues heroína y combatiente también es ella. Mientras está a su lado le va bien, como a Napoleón con Josefina. Obligado por el Virrey la Gasca a abandonar a doña Inés, mientras espera la venida de su esposa oficial desde España, toma momentáneamente a doña Juana Cuevas. Ha entregado, mientras tanto, a Inés de Suárez en matrimonio al que luego será Gobernador de Chile, don Rodrigo de Quiroga de Ribadavia. Se ha cumplido así el abandono de la *soror,* de la mujer con quien se afinaran las células del cuerpo y del alma, y ello por razones de Estado, por conveniencias de circunstancias. Y el secreto sueño del "iniciado", de don Pedro de Valdivia, que sería un "sueño polar, del *Polo australis"* y del *Gral* allí guardado, no podrá ya mantenerse sin el apoyo de su *soror.*

Y al caer don Pedro en la emboscada –que no se habría producido de estar a su lado ella, que la habría presentido–, Valdivia le pregunta a su acompañante, al verse rodeado de mapuches: "Y ahora, ¿qué haremos?". Y el camarada-guerrero le responde: "¿Qué quiere que hagamos, señor, sino que peleemos y muramos...?".

¿Qué habrá sido de Inés de Suárez, de la historia de su alma, hasta el final de sus días en la tierra, de esa mujer valerosa,

heroica, extraordinaria? Alguien debería un día narrarla. Pero ya no hay tiempo, ni corazón bien puesto para estos menesteres.

Sólo en el siglo XVI volverá un ser misterioso, cultísimo, un alquimista y mago a retomar las rutas secretas y ocultas que en la mente y en la geografía esotérica encaminan, con sus *líneas ley,* hacia el Polo Sur, refugio último del *Santgrial,* antes de retornar a las estrellas, a su "Campo de Estrellas", a su Compostela, de donde, en verdad, procede el *Gral,* de donde vino a esta tierra –según Flegestanis–. Este ser fue el trágico navegante don Pedro Sarmiento de Gamboa, fundador de la Ciudad del Rey Felipe, en el Estrecho de Magallanes, que en verdad debería llevar su nombre más que el del marino portugués. También don Pedro Sarmiento quedará a medio camino de su grandiosa aventura, destrozado por el viento de la Fatalidad, como la mayoría de aquellos que en este mundo han ido en busca del misterioso *Objeto,* de la Ciudad de los Césares, de los Oasis del Polo Sur, sin antes buscarlo en la propia alma. Puede que mi antepasado don José Paramá, quien abandonó padres (¿en España?), esposa, hija (en América), para seguir en pos de eso mismo. Tal vez él lo hallara, pero tal vez naufragara en el hondo mar...

¿Y yo?... ¿Y este yo?

EL SONAMBULO

SE VA MI PADRE

Veo en el recuerdo a mi padre, perdido, yendo por las calles del Santiago antiguo, sin mucha dirección. Salir en las mañanas para regresar en las tardes, a la casa que ahora habitábamos, en Santo Domingo, o en la calle de la Compañía, en la parte baja de Santiago, por donde entonces se extendía mayormente la ciudad.

Don Diego había quedado viudo a los treinta, o treinta y dos años, con cuatro hijos pequeños. Los negocios del campo habían ido mal. Mi abuelo perdió su fortuna en la Bolsa. Mi padre, sin una profesión y sin mayores contactos ni amistades en la capital, habiendo interrumpido su carrera y abandonado sus amigos de la Marina, afanosamente, pero sin un mayor entusiasmo, trataría de moverse en un medio extraño, donde los abogados formaban nata junto a los políticos, al igual que hoy. Allá, en el campo, intentó una

incursión en política, para apoyar la candidatura a la Presidencia de la República de don Ladislao Errázuriz Lazcano. Hoy sé por qué lo hizo. Siempre el Amor como fondo, siempre esa mujer de nombre Blanca –Blanca Errázuriz–. Y fue una incursión también fracasada y trágica. Las elecciones de esos años eran violentas, especialmente entre los votantes de los fundos, donde los votos se compraban y los inquilinos seguían a los patrones en sus preferencias. Mi padre fue atacado con palos y por la espalda en un bar de Rengo. Llegó herido a nuestra casa.

Si ahora, en la ciudad, él intentaba recurrir a esas viejas amistades circunstanciales, a esos políticos, diputados o senadores, de seguro no encontraría más que gestos amables y de buena crianza. Por otra parte, no creo que él buscara nada. Las auténticas familias de la aristocracia guerrera y de sangre se habían agotado y empobrecido en los campos de Chile. En la ciudad de Santiago prosperaban los comerciantes y los sefarditas usureros. La plutocracia, en una palabra.

Mas, un buen amigo de mi padre fue don José Maza, político influyente, a quien alcancé a recibir en India. –¡Quién lo diría!–. Pude así atenderlo cuando él era Presidente de las Naciones Unidas y yo me hallaba de Embajador en Nueva Delhi.

En su ausencia de amistades, creo que fui el único verdadero amigo de mi padre. Salíamos a recorrer las calles antiguas, la Avenida Portales, hasta llegar a la Quinta Normal. Me llevaba con él al cinema, a ver películas mudas con tormentas y marinos con capotes oscuros, que trataban de enderezar los barcos y mantenerlos a flote, mientras las olas barrían las cubiertas. Un piano tocaba valses y *foxtrots* para acompañar la exhibición en blanco y negro. También me presentaba alguna que otra novia pasajera. Les preguntaba si querrían ser mi madre; o bien, señalándome una ventana alta de una casa, me explicaba que ya no saldría más con esa mujer, pues la había visto ahí, al trasluz de los visillos, besarse con otro hombre. "No era una mujer fiel", me agregaba,

El no hacía diferencias de edad conmigo. Me tenía por su confidente y hasta me pedía consejos. Y yo se los daba. ¡Cómo agradecía "yo" (o tal vez, "El") esa confianza y ausencia total de distancias. Habría dado la vida por mi "amigo".

En la gran biblioteca de mi abuelo él se encerraba a leer, mientras yo calcaba, con papel carbón y lápiz, las bellas láminas de alguno de sus libros; de una antigua edición inglesa, por

ejemplo, de 1901, "Jule Tide Járns". Y había otra de "La Araucana", de 1888, que aún conservo, con una introducción de Abraham König y una leyenda escrita por mi padre: "Diego Serrano Manterola. Obsequio de mi padre. Noviembre 1909".

Tal vez, teniendo en su memoria esto, me regaló en mi cumpleaños una edición también de "La Araucana", en prosa, del año 1914, en una "colección de obras maestras al alcance de los niños", de la Editorial Araluce, de Barcelona. Con la siguiente dedicatoria: "Un recuerdo de tu mamacita que está en el cielo, al cumplir tus ocho años". "Diego Serrano" y la fecha: "Septiembre de 1925".

Pequeño libro con ilustraciones en colores, que todavía guardo y tengo ahora junto a mí, siguiendo con emoción la caligrafía de la escritura de mi padre. Hoy, un 9 de septiembre de 1994, sesenta y nueve años después y sólo a un día de cumplir setenta y siete, aquí, en la ciudad de Valparaíso, casi solo y recordando ese cumpleaños junto a mi padre. ¿Cómo he podido guardar conmigo todas estas cosas, estos recuerdos de la niñez? Verdadero museo de la lejanía y la nostalgia, curiosos objetos, tan fieles conmigo como yo a ellos, pedazos del alma mía y de la de mi padre. Persistencia de la tinta y de su escritura, que perduran más que las lágrimas. Y el secreto de una firma de antaño, que de seguro fue estudiada, buscada, ensayada, como se hacía entonces, hasta llegar a preferirla y luego estamparla, señalando el carácter, los impulsos de un ser. Y ahí está aún, tras sesenta y nueve años, como la trazó mi padre, que ya no existe, que se fue a un año de haberla escrito, que yo vi y leí también en mis ocho años de edad, como de nuevo lo hago hoy, a los setenta y seis (mañana sábado serán setenta y siete).

También mi abuelo fue el gran amigo de mi padre. Padecía de asma, enfermedad crónica. Mi padre le ponía las inyecciones que le aliviaban en los ataques. Tengo muy presente la noche de su muerte. Los dos solos en su cuarto, mi abuelo y su hijo ayudándole. Y yo afuera, en el pasillo, a punto de dormirme, tendido sobre la alfombra, mientras mi abuela y la mama entraban y salían llevando lavabos, toallas y agua. Mi padre exclamando: "¡Ya no puedo hacer más. Esto se acabó...!". Le había puesto varias inyecciones sin que le produjeran efecto. Mi abuelo se estaba ahogando. (En la tierra).

Me sacaron de ahí, o me dormí. En la mañana siguiente fui de nuevo por el pasillo, ahora solitario. Entré en el cuarto y vi que

sobre el lecho se hallaba un bulto tapado con una sábana muy blanca. Comprendí que era mi abuelo y que se había muerto. Fue éste mi primer contacto directo con la muerte, con un muerto... Y no me dijo nada, no entendí nada.

Fue terrible para mi abuela. Y mucho más lo sería aún la muerte de mi padre, pues tuvo que enfrentarla sola, con la única compañía de la mama.

Nos cambiamos de casa, a otra en las cercanías de Quinta Normal y, luego, a una en la Plaza Brasil, hermosa plaza de esos años. Mi padre viajó al norte, iba a ver si podía hacer algo con la mina "La Bolaco". Mi abuela leía ansiosa las cartas que él le enviaba y nos las enseñaba. Recuerdo la descripción de su navegación: "El mar está calmo como una taza de leche...".

De regreso de su mar, anduvo como un sonámbulo, y así pasamos un día, llevándome de la mano, por frente del Palacio de Gobierno, entre cureñas, ametralladoras y soldados, en un intento de revolución, o toma del poder, no podría hoy decir de quién.

En otra ocasión me llevó al subterráneo de la casa. Abrió allí un gran baúl y comenzó a sacar algunos recuerdos, puñales con empuñaduras de marfil con sus iniciales, cuadros de familia, banderines de la Escuela Naval. Los llevó a su dormitorio y se dio a colgarlos en los muros, mientras yo contemplaba de pie, o le ayudaba a sostener algún objeto. Sentí que me iba a poner a llorar y tuve que hacer un gran esfuerzo para controlarme. Mi alma de niño entendía lo que estaba aconteciendo, lo que iba a suceder.

Mi padre se enfermó. Le descubrieron un cáncer, resultado de un golpe que recibiera jugando fútbol en la Escuela Naval.

Cada vez que he ido al Hospital de "El Salvador", en Santiago, paso por el viejo jardín con árboles añosos, que aún ahí se levantan y vuelvo a ver a mi padre, recién operado y atendido por una joven enfermera, sentado y reponiéndose de la grave operación. Se le extirpó el tumor. Si el cáncer volvía, ya no tendría remedio. Y el cáncer retornó. Buscó tratamientos distintos, recurrió al naturismo sin mayores resultados. Así, él supo que iba a morir.

¿Por qué insisto en narrar ésto? Estoy reabriendo una herida. ¿Acaso es necesario? Una vez en India, al cumplir los cuarenta años, decidí sentarme en mi cuarto, no como lo hacen los hindúes, con las piernas cruzadas y en el suelo, sino al modo occidental, como los faraones egipcios, sobre asientos o sillas, y empecé a recordar, yendo hacia atrás lo más posible, de modo que se

abrieron las compuertas de la "memoria no recordada" y me dejaron inmóvil, por días y noches (repasaba también en los sueños). Y de ello salí renovado, rejuvenecido, inundado, aunque no solamente por las aguas del recuerdo. También por las lágrimas, como hoy. Porque nada me ha hecho sufrir tanto como la partida de mi padre, casi ningún otro suceso arquetípico.

Y esto porque se estaba afirmando el "yo". Y mi "yo" sentía, o trataba de sentir, lo que ese otro "yo" amado de mi padre podría experimentar frente a ese trance de su posible –o segura– desaparición. Solamente cuando hay un yo se puede sentir esto, únicamente entonces hay amistad y camaradería, sentimiento de solidaridad. Y como mi yo era aún muy nuevo, la emoción que experimentaba al imaginar la impresión que el yo de mi padre sufriría al saber de su próxima desaparición, me estremecía de modo hoy imposible de traducir en estos escritos, de interpretar, o siquiera exponer.

Me doy cuenta sí, de que todo aquello lo viví hasta las esencias, con todo el "yo" nuevo y puro, con el cuerpo de un niño y también con un Ser sin tiempo. Con su sabiduría muy antigua y con una dignidad casi nunca más repetidas en esta Ronda del Eterno Retorno.

Mi padre se recostó en su lecho para no levantarse más. Su madre lo cuidaba. El le dijo: "¡Tan joven voy a morir, madre! Cuida de mis hijos. Deseo que Miguel sea marino y Diego ingeniero. Que Miguel entre a la Escuela Naval y siga hasta el final, no como yo. Y Diego a la Escuela de Ingeniería Naval...".

Yo no fui marino, pero sí un navegante que naufragó en la tierra...

* * *

Busqué una librería y compré un libro para mi padre: "Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno". Se lo dediqué, no sé qué le puse con mi letra de niño. Por ahí debe aún estar...

Pasaron los meses. Siempre su madre y la mama Delfina a su lado. Vino nuestro médico, el doctor Arístides Aguirre Sayago. Y mi padre le dijo: "No más medicinas; no luchemos más, estoy muy cansado...". Miró por última vez a su madre, se dio vuelta hacia el muro y expiró...

* * *

En la gran sala de la biblioteca mi abuela se abraza convulsivamente al ataúd, sollozando de un modo desgarrador. Y yo, de pie en un rincón, sin derramar una lágrima, observando la escena.

Luego, el cortejo fúnebre, primero por las calles, siguiendo la carroza mortuoria, tirada por caballos negros; después, en el cementerio, con mis tíos maternos llevándome de la mano. Cuando el ataúd bajó a la tumba, uno de ellos me pasó una flor y yo la dejé caer sobre el catafalco. Ni una lágrima en público, ni una sola.

Unicamente en la noche se liberó ese control sobre mí mismo y lloré desconsoladamente, mordiendo las sábanas de mi lecho para que nadie oyera mis sollozos. No, eso no era para los demás, esa pena inconsolable era sólo para mí y por mi amigo, mi único amigo y camarada, mi padre, que en verdad no se había enterrado en esa tumba, sino en mi alma, en mi corazón. Y que tampoco habrá muerto, porque un día resucitará en mí...

Pasó un tiempo, algún tiempo, y la mama Delfina me dijo:

"—Miguelito, ¿por qué no lloras por la muerte de tu padre como lo hemos hecho todos? Tus tíos se han extrañado de que en el cementerio no derramaras ni una sola lágrima".

"—Lloro en las noches, cuando estoy solo y nadie me puede ver...".

Por muchos años, así fue.

Cuando es "El" quien mira la muerte, cuando se contempla desde el Ser, no hay pena, sino serenidad y hasta alegría. Cuando se contempla desde el "yo", hay angustia, dolor, sentimiento de solidaridad. Hay también rebelión, desesperación. Alternadamente, viví la muerte de mi padre.

LA "YAYITA"

Nunca he sabido por qué llamamos así a la abuela Fresia. Este apodo pudo hacerse famoso por un tiempo cuando mi hermana Blanca heredó sus recetas de cocina, poniéndole el nombre a las empanadas que elaboró según sus dictados.

¡Admirable mujer vasca! Lo dejó todo, se aisló, para dedicarse por entero a cuidar a sus cuatro nietos huérfanos de madre y padre. Solo con la mama Delfina, otra mujer excepcional, que dejó de cobrar su sueldo, porque su patrona no podría pagarle, acompañándola hasta el final en su difícil misión.

Con mi primo Francisco Ariztía, cuando niños.

Con mi primo Francisco Ariztía, ya grandes. Y la misma entrañable amistad.

Veo a mi abuela salir de casa sólo para visitar los bancos, vestida siempre de negro, con la elegancia de las damas de antaño, con sus joyas discretamente escogidas y su orgulloso porte, sin que jamás un gerente pudiese negarle una audiencia ni el dinero solicitado en préstamo, "para poder pagar la educación de sus nietos".

De una voluntad y un carácter de hierro, ella sacó adelante el barco en medio de la tormenta, improvisándose de capitana y de piloto. Ganóse la admiración de la sociedad que abandonara, de modo que si ella no visitaba a las amigas de antes, las amigas venían hasta ella, llegando por turno a nuestra casa. Como ya lo contara: doña Delia Matte, la señora Luisa de Cousiño, Olga Cousiño, Margarita Montt, Mercedes Aginaga, Carmela Matta, hermana de Guillermo y Manuel Antonio, entre tantas otras. Muy asiduos eran Juan José Latorre, hijo del Almirante Latorre y ahijado de nuestra tía María Luisa Manterola, además de mi tío Jorge Ariztía Serrano y su esposa, mi tía Cristina Fernández y Fernández, con sus dos hijos, siendo el mayor, Francisco, mi mejor amigo de esos tiempos, amistad que mantuve hasta su muerte, aun cuando en los años maduros casi no nos viéramos. Pero bastó esa unión establecida allá en la infancia, manteniéndose delicada y respetuosamente, mágicamente, me atrevería a decir, como si hubiese existido algo más entre ambos, quizás eso que los hindúes llaman "reencarnación". Fue un artista frustrado, como de seguro lo habría sido yo, de no mediar mi orfandad. Una madre y un padre autoritarios, más las convenciones de una clase anquilosada, donde la imaginación creadora era mal vista, debiendo ser destruida. Faltándole la capacidad de rebeldía de nuestro tío Vicente Huidobro, le recortaron las alas, dejándole como escape solamente un sentido extraordinario del humor, con el que jamás dañó a nadie. Por ello, pienso, se dedicó a la bebida, muriendo no hace mucho. Cuando niños pasábamos largos períodos en cama, enfermos con resfríos, bronquitis o gripes, y nos comunicábamos enviándonos, a nuestras respectivas casas, dibujos o historietas recortadas de los periódicos, o de revistas como "El Peneca", con Quintín el Aventurero, su novia Doris y el malvado pirata, el "Pata de Palo". Nos las iban a dejar nuestras mamas, Delfina y Luisa. Francisco (Pancho) dibujaba y pintaba muy bien. Yo trataba de emularlo. En nuestras enfermedades de Popeta nos medicinaba el doctor Paredes. El nos curó la "alfombrilla", un tipo de varicela.

La suerte, tal vez el destino bondadoso lo quiso (porque siempre me ha sucedido así en situaciones parecidas), que me hallase en Chile para acompañar a Pancho en sus últimos momentos. Estaba gravemente enfermo cuando llegué junto a su lecho. Nos tomamos las manos, él había abierto sus ojos muy azules y sonrió. Le dije:

"—Pancho, te vas a mejorar, pues ya viene a curarte nuestro querido doctor Paredes...".

"—Murió hace muchos años", me respondió.

"—Ya verás que viene...".

Me avisaron su muerte mientras reposaba en mi departamento de Santiago. Me levanté de inmediato y, al pasar por el jardín, corté una flor. Se la puse sobre el pecho, diciéndole: "Es un regalo de esta tierra, para que no la olvides...". También su hijo mayor vino y, entre sus manos cruzadas en el ataúd, depositó un pincel: "Esto es lo que mi padre fue de verdad, un artista", dijo. "Ahora podrá pintar a gusto, donde se halle...".

El período de la infancia y la adolescencia viene a ser el campo de batalla en una guerra terrible y casi desesperada por "confirmar" el "yo", que ha nacido no hace mucho y contra el que se descargan las penas y las furias de un mundo enemigo, que quisiera verlo aniquilado. Y si he recordado a mi primo, Francisco Ariztía Fernández, es porque él me muestra bien lo que a mí también pudo sucederme, a no mediar la muerte de mis padres, como ya he dicho. Si, pero quedaba mi abuela, la adusta y poderosa abuela. La Gran Viuda. Como la madre de Parzival, contra la que mi "yo" tendría también que luchar, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo uso de todas y las pocas armas a disposición de un niño.

Los Misterios religiosos y de las iniciaciones antiguas parecieran estar haciendo referencia a este momento importante de la "confirmación" del "yo" del adepto, y su lucha por reafirmarlo, con ceremonias rituales que hoy han perdido su auténtico y profundo significado.

¡Qué drama representa este combate librado en contra de los seres queridos y venerados, como mi abuela, por ejemplo, y hasta mi mama, para poder defender la existencia de una precaria individualidad naciente, en agónico peligro de aniquilación! Entre el Amor y *Fobo*. Por amor de sus padres (por delicadeza) mi primo Francisco perdió su vida. No se atrevió a odiarlos. No pudo odiar

suficientemente como para rebelarse. "Abandona padre, madre, hijos, toma tu cruz y sígueme". También lo dice el "yo".

Tras la muerte de mi padre, me convertí en un rebelde. Fue una lucha despiadada, sin cuartel, muy luego derivada a la escuela y a los profesores por igual. Cuando empecé a escribir y a figurar públicamente, muchos deberían notar mi exceso de "yoísmo", que confundirían con "egocentrismo", cuando en verdad significaba la imperiosa necesidad de preservar la precariedad de un "yo", siempre en peligro de extinción, de quebrarse, de deformarse, de no poder florecer. Para unos pocos, para los que tienen que experimentar una prueba tan dura, ella no deberá terminar sino con la vida, porque el "yo" no deja de darnos problemas, pudiendo transformarse en dañino y maligno si el drama no ha sido bien resuelto. Y no habrá manera de superarlo sino es a través de la Iniciación Antigua y la Sabiduría Polar. Cuánto me habrá marcado esta prueba lo descubro en los momentos en que me sumo en meditación, o concentración profunda; allí aparece la imagen de mi abuela, como si fuera el "Espectro del Umbral", que aún me impide el paso hacia un "mundo paralelo", con la necesidad de superar ahora el "yo" –que se ha fortalecido en exceso, peligrosamente, en esta vida terrestre– para alcanzar el "Yo Absoluto".

El "yo" que defendemos tan apasionadamente en los años mozos, como una débil luz, siempre en peligro de apagarse, luego se hace fijo y obstinado, identificándose con la Razón, con el pensamiento racional, para entrometerse en todo, no dándonos ni un respiro, pudiendo intervenir en los procesos orgánicos, interfiriendo en los instintos y los automatismos, y echándonos a perder las más bellas sensaciones, al pretender dirigir nuestros sentidos y controlar las emociones. De este modo nos paga los desvelos y hasta los crímenes cometidos en su defensa, cuando se nos aparecía como una débil llama.

* * *

Ahora bien, ¿"quién" se preocupó por defender el "yo" cuando éste era sólo un embrión? ¿Quién si no fuera el mismo "yo"? ¿O hay "Algún Otro" preocupado de este Drama? ¿"Otra Fuerza", ahí afuera? ¿Quizás "El"?

* * *

Es tan importante el tema que me voy a saltar aquí muchas páginas, para ver modo de explicarlo ahora, que de nuevo lo tengo al frente, sin saber si luego podré disponer de la fuerza, o la lucidez, para tratarlo o "sentirlo" de este mismo modo.

Mi vivencia se ha de parecer un poco a la del Profesor C.G. Jung, quien es el único, que yo conozca, que la ha tratado de exponer en la lengua y en la manera del pensar de Occidente. Muy pocos en este mundo y en la era del *Kaliyuga,* del *Ragnarök,* son dados a experimentar estos asuntos: la aparición del "yo" –para una minoría–; la defensa desesperada del "yo", y, si se tiene éxito, el reforzamiento del "yo", de un modo ahora autónomo, hasta llegar a transformarse, inesperadamente, en el "Golem", o en un titán devorador, que se apodera de la Persona y fortalece el lado izquierdo y racional del cerebro, como su único instrumento dominador. Por ello pasa a ser el "yo" la instancia maligna de las religiones, del Budismo y de la filosofía Vedanta de la India, que nos presentan su aniquilación como única salida, para poder disolverlo en *Brahma,* en el *Ser,* en la substancia del *Atman;* o bien, en Cristo.

Esto se obtiene en esta vida sólo con la pérdida de los santos, o con el *samadhi* vedantino de los yoguis, como Ramakrishna o Ramana-Maharichi. O bien, con la muerte, que de todos modos habrá de disolver el "yo" en la sustancia primordial.

Pero el Profesor Jung encontró otra respuesta. No se trata de aniquilar el "yo", sino, por el contrario, trasladarlo, desde la Consciencia racional, hacia un punto más cercano a la Subconsciencia, o Inconsciencia. Ese *Punto* sería el *"Selbst",* el Sí-Mismo. Así se alcanzaría la totalidad, que él llamó *"Individuación".* La consciencia del yo se mantendría aún en los profundos *samadhis* de Ramakrishna, cuando creía haber perdido totalmente el "yo" o la "consciencia" de "si". Porque Jung se preguntaba: ¿Cómo puede Ramakrishna saber que estuvo en *samadhi* y que "perdió la consciencia", sino hubiese estado aún consciente, aunque fuera con "otra consciencia"? Consciencia del "yo", siempre de un "yo". El *Yo Absoluto.*

Existe en la India también otra escuela que preserva, al parecer, una chispa de la sabiduría hiperbórea aria, polar, de *Aryana-Bahiji* (la tierra primigenia de la "hermandad de los

arios"): Es la metafísica tántrica, la *Tantra.* Y ella no tiende al *Samadhi,* con la pérdida en el Ser Primordial, como el último logro, sino al *Kaivalya* (de *Kundalini,* de *Kaula*), con el cual se obtiene la separación definitiva, de un *Yo Absoluto* e *individuado,* de frente al *Ser,* al *El,* a la *Persona,* transfigurado ahora en *Personalidad,* no fundido en el *Padre, sino "sentado a Su Diestra".*

Y este fue el camino que pretendían también seguir los iniciados de las SS. No la aniquilación del "yo ario", sino su transmutación en el *Yo Absoluto,* lo que Nietzsche, verdadero creador del concepto de *Selbst,* entendió por Superhombre.

En cierto momento de la vida, cuando uno se encuentra "en una selva oscura", se hace imperioso tener que descubrir la clave –siempre personal–, para controlar, encauzar, dominar y ser capaz de transmutar el pequeño "yo", que ha devenido tiránico y dominante –a pesar de haberlo "nosotros" (¿quiénes?) defendido y nutrido–, en un *Yo Absoluto;* es decir, en un *Siddha,* un Superhombre. Tras una desaparición, o "muerte iniciática", momentánea... de Tres, o Nueve Días...

* * *

Opuesto al *Samadhi,* el *Kaivalia* deberá ser un éxtasis lúcido, como una explosión de luz, en la que el yo, en lugar de desaparecer en un Ser, o una Nada absolutos, expande sus límites hasta mucho más allá de la conciencia racional, llegando a "sentir" y "pensar" como un *Dios consciente de Sí Mismo.* Y se sienta en un Trono de Estrellas, *a la Diestra de El Mismo.*

Creo que el camino para alcanzarlo, para transportar el "yo racional" hacia un punto equidistante entre la Conciencia y lo Inconsciente, para Jung habrá sido posible en el carro alado de los sueños y en la confrontación con los arquetipos del Inconsciente Colectivo, llegando así a su último sueño, poco antes de su muerte, con la visión de una Roca Redonda *(¿dolmen* o *crómlech?),* símbolo para él de la Totalidad y del *Selbst,* del imaginado y añorado *Sí-Mismo.*

"—¿Qué es el *Selbst?",* le pregunté un día al profesor Jung.

"—Es un Círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna", me respondió.

La técnica del *Kaivalya,* no la explica la *Tantra,* y es una estrecha puerta que el *sadhaka* –el adepto, el discípulo, el *chela*–

deberá abrir solo, en la más grande soledad, y que tal vez se encuentre en el más profundo misterio de la *Raja-Yoga,* o en el Matrimonio Mágico (llamado *Gandharva,* en sánscrito) con la espantable Serpiente de Fuego, *Kundalini.* Que es ELELLA, y es *V-ENERI-S* (*S-IRENE-V,* al revés).

GAY ESQUINA DE ECHAURREN

Bien, sigamos, tratemos de continuar.

En esa esquina del antiguo Santiago, muy cercana al Parque Cousiño, al Club Hípico (y casi al lado de las Avenidas España y República, con grandes mansiones habitadas por familias adineradas, una de ellas de Olga Cousiño, donde a veces solía vérsela recorriendo sus jardines en pantalones de montar y donde invitaba a esas fiestas que tanto daban que hablar y escandalizaban a la sociedad de aquellos años), habitamos una casa que aún permanece idéntica, tras casi un siglo de haber sido construida. Una casa modesta, de dos pisos, con su puerta principal dando hacia la calle Gay, que entonces no estaba pavimentada, y otra posterior de salida a un "cité", largo corredor con casas enfiladas y con un angosto jardín al medio, con mazos de verdura y algunas flores, más una palmera pequeña. Este "cité" se cerraba de noche con una puerta de rejas negras que se abría hacia la calle Echaurren, por la que yo marchaba en las mañanas en dirección al Colegio de los Padres Franceses, distante varias cuadras, en la Alameda, que entonces se llamaba de "Las Delicias".

A menudo regresaba cansado de esta caminata, debiendo portar a la espalda un pesado bolsón con los libros de estudio. Entonces efectuaba un extraño rito: comenzaba a contar las baldosas de la vereda, a medida que me iba acercando a la casa, y, cuando ya faltaba poco para llegar, me volvía para recomenzar el camino. Era una suerte de penitencia que me imponía, no sé por qué ni para qué, como un rito ofrendado a algo, o a alguien. Una tendencia mística en ese niño, pienso. Otras veces, en la casa, encontraba una subida al techo y allí me ponía de rodillas, con las manos juntas, buscando en las formas de las nubes blancas la imagen de mi madre; porque mi padre me había dicho que estaba en el cielo".

Ya lo he escrito, mi abuela no era religiosa en extremo, como lo fueran mis antepasados maternos. Sólo nos hacía rezar el

rosario vespertino. Sin embargo, mis impulsos, mis sentimientos, bien pudieron encauzarse hacia el catolicismo, con su ceremonial bello y protector, de no mediar mi experiencia negativa en los colegios de curas de mi infancia.

En los Padres Franceses de la época estudiaban los hijos de las familias aristocráticas y ricas: Espínola, Larraín, Edwards, etcétera. Allí conocí a Luis Rosselot Bordeu, quien algún día sería mi cuñado. Con Camilo Larraín suelo aún encontrarme, nos reconocemos y nos acordamos de esos tiempos lejanos. También con Patricio Edwards Mackenna; la última vez, le vi en el Banco de Edwards, de su familia, donde trabajaba. "Patito" Edwards. ¡Qué diferencia hacían los curas entre los niños de padres adinerados y aquellos que no eran ricos! Cuando "Patito" tuvo un accidente en una carrera del colegio, golpeándose en la cabeza, los curas nos ordenaron rezar hasta en nuestras casas por su mejoría. Esto no lo habrían hecho por mí, de seguro, ni por Luis Rosselot, pues nuestras familias no se hallaban en condiciones de dar pingües donaciones a la institución.

Dos curas recuerdo allí. Uno, el padre Dionisios, a quien admirábamos y queríamos por su simpatía de "soldado francés de las trincheras", de la Primera Guerra Mundial, levantando bancos en vilo para llevarlos de un extremo al otro de la sala de clases, contándonos historias bélicas y siendo un camarada con nosotros. Era más bien de estatura pequeña. El otro cura francés del que me acuerdo, era un canalla. Creo que se llamaba Anastasio. Con extrañas represiones, de seguro, que lo impulsaban a cometer actos tan repulsivos como el que paso a narrar:

Apenas llegados al colegio esa mañana, hizo formar al curso en el patio central, y nos ordenó: "Aquellos que no puedan comulgar, porque hayan tomado desayuno en sus casas, den un paso al frente".

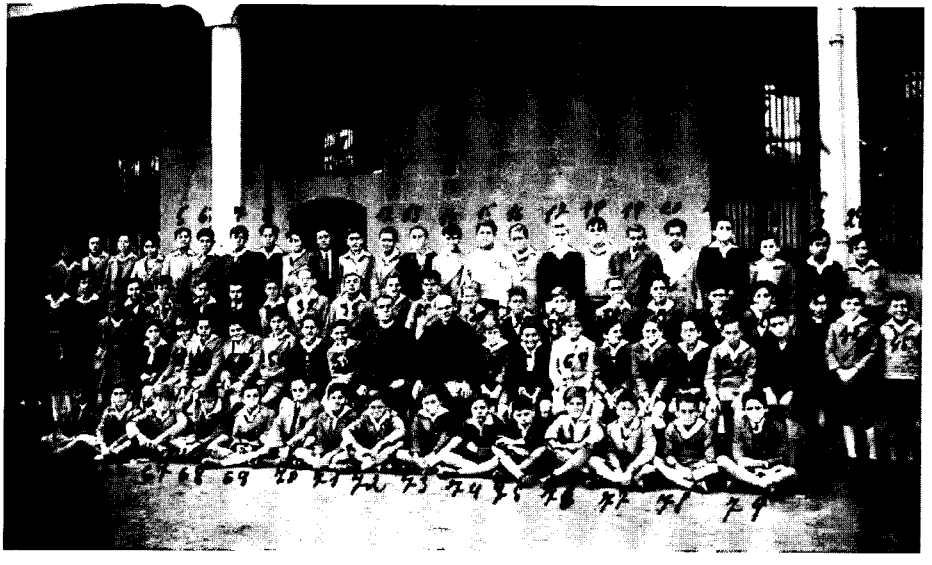
Lo di. Entonces, ese malvado me hizo entrar a la sala de clases, cerró la puerta, y me interrogó:

"—¿Por qué has tomado desayuno?".

"—Porque mi 'Yayita' me dijo que yo estaba empezando a resfriarme y me haría mal estar en ayunas".

Entonces el cura comenzó a golpearme en el rostro, al mismo tiempo que me gritaba con voz ronca: "¡Canuto!".

En los Padres Franceses, 1ª Preparatoria. Estoy arriba, el segundo a la izquierda. Con el querido Padre Dionisios. Año 1926.



Año 1928, 3ª Preparatoria. El muchachito de la tercera fila, empezando por arriba, en el extremo derecho, es Luis Rosselot Bordeux, quien un día llegaría a ser mi cuñado. El cura, al centro, es el malvado Padre Anastasio.

Es éste un término peyorativo para los católicos, que recuerda a los evangélicos, que aún hoy predican en las calles y en los campos de Chile. Una secta cristiana.

Jamás me había sucedido algo así. Con todas mis fuerzas me contuve para no llorar. Tampoco recuerdo habérselo contado a mi abuela, para no preocuparla y por ser ella mujer. Allí, sentí como nunca la muerte de mi padre, quien, de seguro, habría sabido responder a ese cobarde, el mismo cura que nos había ordenado orar por un muchacho con fortuna, al que nunca se habría atrevido a tratar así.

Mi misticismo y mi religiosidad en ciernes se expresaban de curiosa forma. Una vez encontré en la calle a un extraño personaje, que tal vez fuera un mendigo; sus ropas estaban parchadas, tenía un rostro oscuro, de rasgos muy marcados y nariz afilada. Decidí seguirle, tratando de que no me viera. Por largo rato estuve en su persecución, yendo por calles y veredas, hasta llegar al Parque Cousiño, que antiguamente fuera el "Campo de Marte", donde se efectuaban, y aún hoy se llevan a cabo los desfiles militares en las fiestas del Día Nacional. Oculto tras un árbol frondoso estuve largo rato observando las acciones y gestos de ese hombre, que se había quedado allí, quieto, mirando el vacío.

Salvo mi primo Pancho, que nos visitaba de tanto en tanto, y mi hermana de juegos, Berta, no tenía otros amigos en aquellos años. Algunos conocidos de la calle, muchachos del pueblo, a los que admiraba por su agilidad felina, o de monos, como de trapecistas de circo. También con una perra policial de un vecino, de nombre "Lady", muy parecida a mi "Freija" de hoy. Mi tía Clarisa venía los días domingo a llevarme a la "matiné", para ver unas "seriales", que siempre se interrumpían cuando el protagonista se precipitaba en un abismo, o la heroína iba a ser raptada por forajidos. Mi tía me recomendaba no preocuparme demasiado, pues sólo era una fantasía y el próximo domingo todo se resolvería favorablemente.

Venían también las fiestas de la Primavera. Por la calle Gay pasaban las farándulas y el corso, con carros alegóricos, con colombinas y payasos, serpentinas, disfraces y música, en dirección a la elipse del Parque Cousiño. Mi abuela también me disfrazaba. Y ahí estaba yo, parado en la vereda y también mirando el vacío, como aquel vagabundo, sin poder participar ni de esa fiesta ni de esa alegría. Encuentro ahora una fotografía en la

que estoy disfrazado de algo que pretendía ser un hindú, con turbante y unas bombachas... ¡Disfrazado de hindú!

* * *

Uno de esos veranos, mi abuela decidió que fuéramos a Playa Ancha, en Valparaíso, donde vivía su hermana María Luisa, la mayor de la familia, la que se encontraba peleada de por vida con su otra hermana, Clarisa. Como he dicho, nuestra tía abuela, María Luisa, a quien apodábamos "Nina", era una mujer muy especial. Vivió siempre sola, con su piano y sus pinturas, más una empleada que la cuidó hasta su muerte. Fue amiga del pintor Pedro Lira y a su casa venía a menudo Juan José Latorre, su ahijado, a quien mis hermanas y yo le ofrecíamos representaciones improvisadas de teatro, que lo deleitaban tanto como el té servido en tazas de finísima porcelana y con "escones", preparados a la manera inglesa del antiguo Valparaíso.

La casa de la Nina era de las típicas de Playa Ancha, de dos pisos, con un torreón y, abajo, a un costado, un patio con la clásica vegetación desordenada. Allí jugaba, imaginándome ser algún héroe de las películas que veía en Santiago con mi tía Clarisa. También salía a recorrer las calles y las pequeñas plazas, llevando a mi hermano menor de la mano. Tras tantos años, he vuelto y nada ha cambiado, todo está igual, las mismas calles, las mismas casas. A menudo voy a visitar allí a mi amigo, el pianista y compositor Aníbal Correa, joven de grandes ideales. Su casa es muy parecida a la de la Nina y está repleta "de fantasmas, de fantasmas, para poder pensar", como diría el poeta Omar Cáceres. Para poder componer su música extraordinaria, en este caso...

Esos años y esos lugares se unen en el recuerdo a las tonadas de los "organilleros" y sus loros que nos decían la suerte; canciones como "La Cutufa" y "Garibaldi"; pasodobles, como "Valencia", ejecutados por la retreta del Regimiento Maipo, los días domingo por la mañana, mientras bajábamos a la playa de Las Torpederas, a bañarnos en el mar. Allí, por primera vez, conocí mi dificultad para detener las hemorragias, al romperme un dedo en unos alambres de púas que separaban la playa de los niños de la de los adultos. La Nina intentó curarme con "Ungüento Peruano".

Otro visitante de la casa, muy ceremonioso al tratar con su dueña, era el Director del Museo Natural de Playa Ancha, un

hombre bajito, de nacionalidad norteamericana. Nos invitó a conocer sus tesoros. Con mis hermanas y una joven empleada fuimos a verle y nos encontramos dentro de un mundo increíble, rodeados de monos, cacatúas, pájaros tropicales, cóndores y caimanes disecados, además de los más raros insectos que se desplazaban por las mesas y hasta por las solapas del hombrecito que, además, llevaba un clavel rojo en el ojal. Con un gesto de orgullo nos mostró un dedo de su mano derecha, cortado en la mitad. Un mono se lo había mutilado, según nos explicó. A pesar de ello, esa misma mano no dejó de desplazarse por el cuerpo de nuestra empleada, mientras nos daba toda clase de explicaciones sobre la fauna y la flora de su museo.

Y fue este curioso personaje, este simpático Director del extraño Museo de Playa Ancha, quien, casi veinte años después, decidió mi destino polar, haciéndome posible viajar a la Antártica.

Por eso he deseado estampar aquí su recuerdo.

LA CALLE LIRA

Santiago de hace sesenta años se concentraba al poniente, casi entre dos estaciones de ferrocarril, la Central, que aún existe, y la Mapocho, que ya no está. Las calles más importantes eran Ejército, Vergara, Almirante Latorre, Cumming, Brasil, con su bella plaza del mismo nombre, y la hermosa Concha y Toro. Hacia el Oriente, Santiago se acababa en el Canal San Carlos. El cerro de Santa Lucía, en esos tiempos se encontraba circundado de casas, que afirmaban sus espaldas en la roca y sólo tenía subidas por la Alameda y por su costado izquierdo. Se cobraba por el acceso a los visitantes. Este cerro fue el refugio de mis "cimarras" y aventuras de esos años, lleno de rincones increíbles y de una vegetación encantada, que me recordaba la de los jardines de Popeta. Y esto, porque muy pronto nos mudamos a una casa en la calle Lira, frente a este cerro, al otro lado de la Alameda. ¡Lira 31! Tal vez el nombre de esta calle se deba al pintor Pedro Lira, no lo sé, pero ella fue fundamental en la formación de mi personalidad, en la "confirmación del yo". Aquí se jugó la aventura de mi adolescencia, de modo tan intenso que sigo viviendo ahí, aun cuando esté en otros lugares muy lejanos, o en otros países. Regreso en sueños. Es más: cuando esa entrañable casa desapareció en un incendio, casi cuarenta años después, provocado por un

Verdadera reliquia de familia. Mi abuela Fresia Manterola; mi tía Clarisa Manterola; mi tío Jorge Ariztía Serrano, con su esposa, Cristina Fernández, hermana de mi madre; mis hermanas, Berta y Blanca; mi hermano, Diego; mis primos Francisco y Joaquín Ariztía Fernández, y yo.

Disfrazado premonitoriamente de hindú, en una lejana "Fiesta de la Primavera".

vagabundo que, encontrándola vacía, forzó su puerta y se refugió allí, haciendo fuego para calentarse, alguien, un compañero de barrio y de juegos de la juventud, me detuvo en la calle para decirme que tenía un regalo para mí. Le acompañé a su oficina, donde me hizo entrega del número de la puerta de la casa: ¡Lira 31! Desde entonces lo pongo a la entrada de todas mis casas. Cuando, extrañados, me preguntan, les respondo: "Allí vivo"... Y no miento.

El amigo que me hizo aquel regalo, diciéndome: "Lo saqué del muro para ti, cuando vi quemada tu casa de la juventud", se llamaba Mario Rodríguez. No le veía desde aquellos años lejanos. ¿Por qué lo hizo y quién le impulsó?

También yo había cumplido con anterioridad otro rito: Dejé en su portal derruido las primeras pruebas de un libro mío, que se estaba editando en la imprenta "Alfabeta", por cuenta de la Editorial "Nueva Universidad", de la Universidad Católica, dirigida por el ex sacerdote Cristián Santamaría: una trilogía con "El Círculo Hermético", "ELELLA, Libro del Amor Mágico" y "Nietzsche y el Eterno Retorno". Era una ofrenda a esa casa donde comencé a escribir, a leer y a meditar. Donde sufrí a fondo el despertar de la adolescencia, en el espíritu y en el cuerpo.

Y también, después del incendio, retiré de allí el pilar de la escala de madera. Le pedí a un carpintero que se hallaba sacando los escombros, que me lo cortara. ¡Tantas veces que por allí subí y bajé, deslizándome por el pasamano, o saltando por sobre ese pilar! Me lo eché al hombro y lo llevé por las calles hasta donde vivía mi hermana Berta, y se lo pasé: "Es un recuerdo de la calle Lira 31", le dije, "de la casa de nuestra infancia". Ella lo talló primorosamente y aún lo conserva.

La casa de Lira, la arrendábamos. Fue construida por su dueño, un ingeniero, don Santiago Guerra, con la sola colaboración de su hijo. Veo aún a don Santiago salir a pasear por esa calle, en compañía de su gran perro y afirmado en un grueso bastón. Habitaba con su familia la planta baja, con un patio al centro y, nosotros, en el piso de arriba. Disponía yo de la mejor habitación, con un balcón a la calle. Cuando volvía a Chile, tras mis largos períodos de ausencia en el extranjero, siempre, sin decir a nadie, iba a esa calle y pasaba frente a la casa, con la vista fija en el balcón.

Si pudiera desdoblarme, me vería allí asomado, y también a mi abuela con la mama. Mirábamos los rieles por donde, de tarde en tarde, pasaba el tranvía con su ruido de fierros y su campana.

Desde la Avenida Matta seguía hasta el centro de la ciudad, si mal no recuerdo. ¡Qué bellos rieles! ¡Y aún existen, cuando el tranvía dejó de pasar hace ya tantos años! Los más bellos rieles del mundo, que todavía voy a contemplar.

La casa de Lira 31 tuvo su muerte elegida; la de un predestinado: fue consumida por el fuego. Porque el fuego la envolvió siempre, proyectado desde nuestras almas, en los viejos años.

Los objetos y las cosas también tienen su destino señalado, como los seres, su predestinada fatalidad.

* * *

En la esquina de la calle Lira con la Alameda, se construyó el cine "Septiembre", de Amador Pairoa, militante del Partido Comunista, casado con una encantadora dama alemana, de apellido Epple, con tres hijos que fueron nuestros amigos y que nos invitaban a comer unos deliciosos "kuchen" de manzanas, hechos por su madre. Ninguno de estos muchachos fue después comunista, como su padre, lo que muestra que la madre ganó la batalla del hogar, como siempre sucede. Pero don Amador también era una buena persona; nos dejaba entrar al cine sin pagar, lo que hacía nuestra gran felicidad. Respetaba mucho a mi abuela, a quien invitó más de una vez al cine. Recuerdo una de las películas que se llamaba "Me siento Padre", y el actor era Reginald Denis. Mi abuela no se cansaba de comentarla. Fue en su cine donde se cultivó mi imaginación, con películas como "Mr. Jekyll y Mr. Hyde", de Frederic March; "Horizontes Perdidos", de Ronald Colman, y, sobre todo, "Sueño de Amor Eterno", de Gary Cooper y Ann Harding. Esta última película me produjo una impresión tan fuerte, que hasta el día de hoy la recuerdo; fue algo "numinoso", como diría Jung, el encuentro frontal con un Arquetipo, de modo que por años estuve buscando la novela que originó el film: "Peter Ibbetson", de George du Meurier (citada también por Jung). Leyéndola, muchos años después, en mi exilio de Suiza, descubrí que el libro era inferior a la película, que tanto me impresionó en mi adolescencia. Una obra de arte, una creación. Se trataba de un amor comenzado en los juegos de la niñez y no terminado ni con la muerte, realizándose en los sueños, cuando el drama de la vida los separa. Al morir ella deja caer un guante y él, en otra ciudad distante, lo recoge y se lo pasa, levantándolo en el aire, sobre el

lecho en que también está expirando. En la novela, ella se ha casado con otro hombre y le enseña a desprender su cuerpo mental del físico, activando un cierto centro del cerebro, que se halla atrofiado en la mayoría de los hombres y que sólo muy pocos poseen ya, para ir a encontrarse ambos de este modo en una casa que han imaginado, o han creado con ese poder especial de la mente. Y allí se aman en secreto hasta que ella también muere, como en la película.

Esta historia de "Amor Eterno" debí vivirla también muchos años después, y aún se halla inconclusa en mi existencia. Su impacto lejano pudiera ser la prueba de un "Eterno Retorno", o de eso que se ha llamado *"dejà vú"*. Algo parecido se halla en mi obra *"Nos. Libro de la Resurrección"*. Pero me falta escribir su última parte, o poder vivirla hasta su mágica consumación, si aún me estuviera permitido.

Y a propósito de libros, a los pies del Cerro Santa Lucía, por el lado de la Alameda, en una de las casas que lo circundaban, cerca de donde vivía Carmelita Matta, pariente de los próceres y dueña de la biblioteca privada de Guillermo Matta, que con el tiempo pasaría a mi poder, en un piso bajo y con vitrinas a la calle, se ubicaba la "Librería Cultura", del librero Francisco Fuentes. Fue allí donde comencé a formar mi propia biblioteca, ahorrando todo el dinero que podía para comprar libros.

Frente al cine "Septiembre", cruzando la calle Lira, en el mismo costado de la Alameda, se encontraba el "Instituto de Humanidades", o colegio de curas "Luis Campino", continuándose sin interrupción por la gran mole de la Universidad Católica, que ocupaba casi toda la manzana. Lógicamente, ahí fui a dar, repitiéndose casi exactamente la experiencia anterior: un cura muy apreciado, de apellido Guzmán, compañero afectuoso y varonil de los estudiantes, como el antiguo Padre Dionisios. Le veo levantándose la sotana y jugando fútbol en los recreos con sus alumnos. Y un rector medio degenerado, como el cura francés, que pasaba a su oficina a los alumnos bien parecidos, para acariciarlos. Se lo conté a mi abuela y ella lo conversó con el Vicerrector, don Enrique Valenzuela, un sacerdote de verdad, visitante de nuestra casa. Él iba a sacar debajo de la cama a mi hermano Diego, cuando se escondía para no asistir al colegio. Con los años, llegó a ser Rector de la Universidad Católica y un querido amigo mío y de mi Maestro, quien le asistió en su muerte, con su plena aceptación.

En el colegio Luis Campino, fue mi profesor de caligrafía el futuro Presidente de Chile, Eduardo Frei Montalva. Hacía clases en el mismo colegio donde él había estudiado, para costear sus estudios de leyes. Vivía en la calle Marcoleta, a la vuelta de nuestra calle Lira. ¡Quién se iba a imaginar que con el tiempo yo sería su Embajador en la ex-Yugoeslavia y en Austria, y recibiría allí a su hijo, el actual Presidente, recién casado entonces con una nieta de nuestro querido Doctor Bolívar, del que hablaré luego! Nunca le recordé a Frei que él había sido mi profesor de castellano en el colegio Luis Campino. Tampoco le mencioné un encuentro en un tranvía, yendo por la Alameda de las Delicias, ambos de pie y afirmados de las argollas del techo. Venía llegando de su primer viaje a Italia y había escrito en el diario "El Mercurio" un artículo sobre su entrevista con el escritor Giovanni Papini, tan admirado por mí, lector de su autobiografía, *"El Hombre Acabado"*, y comprador de toda su obra en la librería "Cultura". En aquellos años, un viajero por Europa era un héroe para nosotros, más aún si había podido conversar con Papini. Le pregunté a Frei de todo, tratando de conocer lo más posible de su encuentro con el escritor. Yo era un simpatizante de la izquierda, a causa del asesinato de mi amigo Héctor Barreto y un apasionado antifascista. Por ello me extrañó sobremanera la defensa del fascismo italiano y de Mussolini que Frei hizo. Recuerdo exactamente sus palabras: "No nos equivoquemos con el fascismo, porque es diferente de lo que pensamos en Chile; es algo muy interesante".

Debe haber sido por esos años cuando se crea en Chile "La Falange", que precede al Partido Demócrata Cristiano, que lleva a la Presidencia, primero a Eduardo Frei padre, y, luego, a su hijo, Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Junto con Bernardo Leighton, Frei fue fundador de "La Falange", la que tomaría su nombre del Movimiento español, del que fuera creador José Antonio Primo de Rivera. Más de veinte años después, debí recibir en Viena a Bernardo Leighton, Ministro del Interior del Gobierno de Frei. Venía de visitar España y muy impresionado con Franco y con la Falange, al extremo de referirse a ese gobernante en un discurso impregnado de españolismos. La atmósfera del Madrid franquista revivió en él antiguos entusiasmos. Por un brevísimo tiempo, es cierto.

Bernardo Leighton fue un idealista de verdad, como su esposa, absolutamente honesto y sincero, como lo son los fundadores de corrientes y movimientos políticos, por lo general.

También él perteneció al "Bando de Piedad", una de esas organizaciones filiales de los colegios de curas, o que la curia fomenta, con fines de control y catequización de la juventud, invitando a "retiros" de oraciones y haciendo "colectas", que, en este caso, se realizaban con la venta de cuadernos de sellos. El "Bando" se hallaba dirigido por un personaje ambiguo, Jorge Meléndez, quien también llegó con el tiempo a la política, como diputado. De uno de esos "retiros" me envió una carta extraña. Me declaraba: "Tú y mi madre son los dos amores más preciados que tengo en este mundo". Creo que no le había visto más de tres veces, cuando vendía sus sellos a los alumnos, en las salas de clase del colegio. La mayoría de los que fundaron La Falange y luego la Democracia Cristiana, fueron miembros del "Bando de Piedad". Jamás formé parte de ese "Bando".

* * *

¡Cómo se podrá imaginar hoy lo que realmente fue el cerro Santa Lucía para la juventud de aquellos años! Digamos, para mí; porque sólo yo lo viví, lo recorrí, lo descubrí y me oculté en sus rincones. No conozco, ni recuerdo a nadie de mi familia, ni a ningún otro compañero de colegio, ni amigo de esos tiempos que lo hiciera. Era éste un lugar encantado, apto para la imaginación y el sueño de un adolescente. Lugar mágico, aunque simple peñón desnudo, cuando lo viera por primera vez don Pedro de Valdivia y desde su cumbre contemplara el valle, el río y las cimas nevadas que lo circundan. El "Huelén", el cerro "Dolor". Fue don Benjamín Vicuña Mackenna quien lo revistió, con una imaginación desatada, llenándolo de torreones, de muros de castillos, de escalinatas soberbias y de angostas escalas empinadas, que me convirtieran en un arriesgado escalador. Colocó viejas y valiosas estatuas en lugares estratégicos y hasta ocultos, y, mi tío-bisabuelo, don Domingo Fernández Concha, edificó aquí también una capilla que aún lleva su nombre. La estatua del indio Caupolicán porta una diadema de plumas, que él nunca usó, y la de don Pedro de Valdivia se levanta al otro extremo de la entrada norte. Aguas y cascadas caen, o caían, y unos bellos cisnes avanzaban lentos y solemnes en una laguna,

que ya no está. Desde el mirador más alto, yo iba a contemplar los atardeceres sobre las cumbres andinas, escalando por los peñascos más difíciles, sin subir por las escalas de piedra. Y también lo hacía, a veces, en las mañanas, con un libro en la mano, cuando me ausentaba del colegio. Aún hoy sueño con angustia que tengo que dar algún examen que no he estudiado, o entregar una tarea que no he hecho. Pero Salgari lo justificaba todo. Yo había descubierto un lugar secreto; para llegar debía ir por una angosta y difícil escalera, de peldaños irregulares y rotos. Alcanzaba una cumbre tras la cual debía descender por un escarpado sendero, con vegetación espesa, hasta encontrar un refugio entre peñas, cubierto por el follaje de unos grandes árboles. Allí me sentaba en el suelo muelle, pudiendo contemplarlo todo, hacia lo alto de los empinados torreones, y hacia la ciudad, muy abajo, sin que nadie me viese. Abría mi libro y me sumergía en sus páginas, como en las aguas de un hondo mar desconocido. Las horas pasaban y así llegaba el mediodía, debiendo retornar para la comida en la casa de Lira. A veces volvía allí en el atardecer. Hoy sería imposible intentar nada parecido, menos aún para un joven de esa edad. El cerro se halla infestado de criminales y salteadores, más de día que de noche. No sabría tampoco encontrar el camino al lugar secreto de mi adolescencia, si es que aún existe.

* * *

Mi primer amigo se llamó Felipe Martínez, hijo de españoles; una familia buenísima y cariñosa. Felipe tenía un hermano que era un buen pintor y él también lo hacía bastante bien. Su ejemplo, junto con el de mi primo Francisco, me llevaron a intentar el dibujo y el color. Alguna práctica tenía ya con el calco de las ilustraciones de los libros de mi abuelo y de mi padre. Llegué a apasionarme con este arte. En el colegio, a Felipe y a mí nos permitían quedarnos a pintar después de las horas de clase, en reconocimiento de nuestras aptitudes. La imaginación se alimentaba con las películas y con las lecturas de Conan Doyle, en sus novelas y relatos sobre los mares del sur. Deseaba yo trasladar mucho de esto a la pintura, con un gran sentimiento de frustración.

Felipe vivía en la calle Root, muy cerca de la encantadora calle Tocornal, empedrada y colonial en los tiempos de ese viejo Santiago. Todas esas calles tenían casas de adobes y tejas, de un solo piso,

con el cielo claro y cercano, algunas de las cuales aún existen, semiderruidas hoy. Creo haber contado, en más de alguno de mis libros, de ese pasaje, o "cité", yendo por Lira, pasado Marcoleta, casi a mitad de la calle Blas Cañas, y que es como de sueño, pues no estoy seguro si lo descubrí primero en un sueño despierto, en una noche de mi bohemia de otros años. Ni la calle de los alquimistas de Praga tiene esa belleza y ese encanto alucinado. Casitas de colores, un pasadizo de piedras separándolas y, al final, una plazuela con una virgen, un árbol y un banco de piedra. Un hueco, un remanso, una aventura repentina, un paso a otra dimensión, a otro plano. Una *"salida"*. Sólo bastaría dar un salto para *irse*... ¿Cómo?

Todo esto era Santiago. Y ya no lo es. Pero no lo sabíamos. Unicamente lo vivíamos. El Paraíso existe desde que se perdió. Antes no existía...

En la calle Tocornal vivió mi primera novia, o "polola". Se llamó Carmen y fue antes la "polola" de mi amigo Felipe. Yo se la "levanté". Amores puros y platónicos, consistentes sólo en la "mirada". Curiosamente, "pololeo" tiene que ver con mirar. "Mirarse". Y así era entonces, como en Dante y Beatriz. Allí, por el Parque Forestal, frente al Palacio de Bellas Artes, en las tardes, paseaban las chicas en filas de a dos, tomadas del brazo, y nosotros nos parábamos a los lados a verlas pasar. Ellas nos "miraban", eligiéndonos (como en las Cortes de Amor medievales) y de este modo nos autorizaban para entrar al paseo y dar una vuelta junto a ellas. Y fue así como me "miró" Carmen, la que ya antes había "mirado" a Felipe.

¡Qué hermosa fue esta costumbre de mi generación, más bien provinciana, de plaza de provincia colonial, y preservada por la clase media capitalina! La clase alta no permitía a las jóvenes pasear en las calles, ni en parques al aire libre. Tampoco –ya lo he dicho– esta clase era aficionada a la lectura, ni al esfuerzo intelectual.

Carmen era de tez pálida, de ojos oscuros y de mirada dulce. Su pelo tendría color caoba. Ibamos juntos al cine, a la "matiné". Nunca me atreví siquiera a tomar su mano, aunque me lo propusiera reiteradamente. ¿Qué habrá sido de ella?

Mi amigo Felipe me siguió por bastante tiempo; luego nuestros caminos se separaron para siempre. ¿Quién habrá sido "antes", de existir la reencarnación? ¿Algún paje de las Españas,

algún sargento lansquenete? Cuando mi abuela decidió que era mejor ponerme en un internado, la familia de Felipe hizo lo mismo. A partir de allí, tomamos distintas direcciones.

Mas, Felipe estuvo muy cerca de mí en dos momentos fundamentales de la vida; en la enfermedad clave de mis años y en la primera novela que escribiera, cuyos borradores él guardó, haciéndomelos llegar a mi refugio en Suiza, en la casa de Hermann Hesse, casi cuarenta años después. Los había pasado a máquina, mientras yo le dictaba y él tecleaba en la vieja "Remington" de mi padre –una suerte de Rolls-Royce–, la que aún conservo y todavía sería capaz de escribir en ella.

Años difíciles aquellos, de un dolor extraño, sordo, inexplicable, del alma. Sobre todo solitario y sin comunicación posible para un muchacho que vivía rodeado de mujeres muy jóvenes, o muy mayores, a quien no era dado explicar el nacimiento de esa inquietud roedora, que en la sangre iba apoderándose de casi todos los territorios vírgenes, no hollados, para clavar las banderas de la duda y con una energía destructora. Así como una vez el "yo" llegó súbitamente y sin previo aviso, del mismo modo el despertar de la sexualidad adolescente –porque la otra, la del niño, estuvo siempre–, aspirando a un cumplimiento en la realidad de este mundo físico. Abrió una compuerta, rompió una tela fina del alma y produjo un pesar y una angustia casi insostenibles; de modo que allí estaba, asomado al balcón de piedra de la calle Lira, mirando la noche, la enorme luna en el profundo cielo de esos tiempos y casi aullando, como un lobo. Dolor hasta entonces desconocido con que un nuevo ser dual, de sombra y luz, venía a sustituir al luminoso y a ocupar su sitio.

Ahora pienso que este drama no era más que la continuación natural de la aparición del yo y su afirmación, su confirmación en la tierra. Otro paso peligroso y difícil.

Y esa luna enorme, a la que yo dirigía mis lamentos nocturnos... ¿Cómo podía mantenerse arriba, en un cielo tan delgado, tan transparente, sin caer sobre los rieles de esta calle de Santiago del Nuevo Extremo?

* * *

Entonces, mi abuela tomó una decisión inesperada, diría trascendental. De la noche a la mañana anunció que me sacaba del

"Instituto de Humanidades" y me ponía interno en un colegio laico, el "Internado Barros Arana", fundado por el Presidente Balmaceda y dirigido por un Rector y un Vice-Rector masones, don Amador Alcayaga y don Damián Meléndez (le llamaban "el Sapo"). Este último, de una familia de Copiapó, conocida de mi abuela.

El Internado Barros Arana aún existe como colegio estatal y fue famoso, como formador de hombres, junto al Instituto Nacional, creado por Andrés Bello. Al Internado llegaban jóvenes de provincia, de todos los extremos de Chile y hasta de países como Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Jamás la clase alta puso en él a uno de sus hijos, salvo un descendiente de Balmaceda, que fue mi compañero de curso: Andrés Balmaceda. Mis tíos se habrían escandalizado sólo de pensar en llevar aquí a mis primos. ¡Nunca en un Internado! Ellos iban al Colegio Andrés Bello, o al San Ignacio, jamás a colegios del Estado. Tal vez, por esto mismo, los verdaderos valores intelectuales de Chile se han gestado en la clase media de este país. La decisión de mi abuela equivalió a un verdadero terremoto familiar y no sólo familiar, pues también en el mundo del catolicismo pareció adivinarse que un "alma se les escapaba". El cura Guzmán, con la mejor intención, me habló (le estoy viendo, con su rostro serio y compungido, como si fuera ayer, tras tantos años... ¿Qué será de él, dónde estará? ¿Aquí o en el cielo?): "¿Cómo ha podido hacer esto tu abuela? ¡Te va a tirar a los lobos...!".

Y así fue.

En verdad, ¿qué llevó a mi abuela a tomar esta determinación? ¿Quién la inspiró, y de dónde? Jamás sería lo que hoy soy sin el Internado Barros Arana. ¿Sus ancestros, los intelectuales de Copiapó, amigos de su padre, los Matta, los Gallo, los Blest Gana y también el recuerdo del Almirante Gómez Carreño, recomendándole que pusiera a mi padre en la Escuela Naval, "para que se hiciera hombre"? Imagino que aún más duro habrá sido para él ese cambio a una disciplina prusiana, tras caminar por su palacio de Viña del Mar, vestido de principito... Y también pienso en alguna acción lejanísima, de ultratumba, de don José Paramá, o de su hija Pepita, para inspirar a doña Fresia... ¿Y por qué no? ¿Una inspiración de "ÉL", de modo que "yo" pudiera seguir afirmándome en este mundo?

Sin saber nadar, me tiraron al agua. O aprendía, o me ahogaba...

EL INTERNADO BARROS ARANA

En el Internado Barros Arana se educaban por esos años Nicanor Parra, Jorge Millas, Juan Uribe (era Inspector), los tres hermanos Hirmas, los Melelli. Más adelante, Carlos Cardoen. Fue profesor de Filosofía el gran Eugenio González. De Inglés lo era don Antonio Oyarzún ("Ronald Colman", le decían), de la ciudad de Santa Cruz, como Cardoen. Profesor de Historia fue el malvado "Cholo" Bráñez, y de Música, un alemán gordo, alto y bonachón, que debe haber sido judío, pues nos hacía cantar en inglés: *"My name is Salomon Levy and my store is in Salem'street. Oh, Salomon Levy, trala-lala-lalá!"*.

Los primeros tiempos del Internado fueron muy duros, tanto, que mi cabeza se llenó de piojos. Cuando fui a casa un fin de semana, la mama Delfina me lavó con quillay y me dijo: "Tienes 'pensión' (quería decir pena y nostalgia del hogar, 'morriña', como dirían los gallegos), por eso te han salido piojos...".

Cómo olvidar esos años y los compañeros del Internado. Un enorme edificio, con tres y más patios, con canchas de fútbol y de básquetbol, encuadrados por construcciones para salas de clases en el primer piso y dormitorios en el segundo. Uno de esos patios era llamado "la Siberia". Después de la comida de la noche se ponía música por los altoparlantes. Recuerdo "Adiós a Viena", "Río, Río", "Copihues Rojos", "La Pulpera de Santa Lucía", "Amapola", "Abat-Jou". O pasaban alguna gran película. Allí vi "Metrópolis", con Gustav Frölich y Brigitte Helm; "El Jugador de Ajedrez", de Konrad Veit; "Alraune o la Mujer Artificial"; "Los Nibelungos" y "El Difunto Matías Pascal", con Ivan Mojouskine. Obras todas extraordinarias del cine alemán de esos tiempos, para las cuales aún no estábamos preparados, aunque dejaran en mí una impresión imborrable hasta el presente. La Biblioteca del colegio era también excelente y ahí debí leer años después "Renacimiento" del Conde de Keyserling[3], al mismo tiempo que me hacía un conocedor

---

3. Gracias a Ortega y Gasset y su "Revista de Occidente", donde tradujo y divulgó el pensamiento de filósofos e historiadores alemanes, conocimos y leímos con devoción al Conde de Keyserling, su filosofía del "Sentido", su "Viaje de un Filósofo", su "Radiografía de un Continente" y, sobre todo, "Meditaciones Sudamericanas", el más extraordinario libro que se haya escrito sobre nuestra región geográfica y psíquica, del Sur del mundo y también sobre nuestra Patria, Chile. Gracias a la escritora y

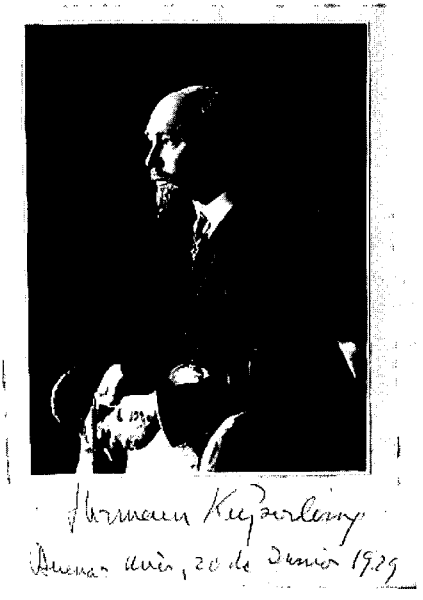
de Dostoiewsky y de toda la literatura rusa prerrevolucionaria: Sevolod Ivanov, Michael Arzibachev, Boris Pilniak, Konstantin Fedin, Tolstoi. Y también Panait Istrati, Knut Hamsun, Romain Rolland, Giovanni Papini, Thomas Mann.

¿En qué otro colegio de Chile –salvo el Instituto Nacional– se podría haber entregado una base cultural de tipo europeo igual a ésta? Creo que en ninguno de América, incluida la del Norte. Y se

---

mecenas argentina Victoria Ocampo, fascinada con Keyserling, éste pudo venir a visitar nuestros países. Su conferencia, dada en Santiago, al final de los años veinte, fue publicada por la "Revista Atenea", de la Universidad de Concepción. Tuvo por escenario la Universidad de Chile y asistió el Presidente, don Carlos Ibáñez, con todos sus Ministros.

En la antigua "Librería Cultura", de don Francisco Fuentes, en el primer piso de una casa de la Alameda, adosada al cerro Santa Lucía, donde yo iba a comprar mis libros al mismo don Francisco, o a su socio, Arturo Rubilar, ambos excelentes personas, pues me daban créditos para pagarles a plazo, existía allí, colgada en el muro, una fotografía del Conde de Keyserling autobiografiada y que yo contemplaba alucinado. Sólo muchos años después, durante mi permanencia en Viena, como Embajador, en mis visitas y estadías en el "Hotel Sacher", en la sala de retratos y recuerdos, pude ver otra fotografía del Conde, también con su firma, aunque no tan impresionante para mí como la de la "Librería Cultura".



Cuando don Francisco Fuentes murió, me encontraba en Chile y me enteré que su sobrino, que lo heredó, liquidaría su librería. Rápido fui a visitarle, a la calle Huérfanos, donde ahora se hallaba el local. Con ansias, con miedo, dirigí mi mirada al muro, en busca de mi querido Conde, por si aún se encontrara allí. ¡Qué alegría! ¡Estaba!

"–¡Es mía!", le dije al sobrino. "Desde mi adolescencia lo es. ¡Tiene que dármela...!". Sonrió, pues me había reconocido. La descolgó y me la pasó. "–Sí, es suya, llévesela...".

Y aquí está ahora conmigo, hasta con el mismo marco de hace sesenta y seis años, cuando Keyserling pusiera su firma, en Buenos Aires, un 20 de junio de 1929.

debía al espíritu de la Masonería chilena, sin duda, a su liberalismo y universalismo, al mismo tiempo que a la capacidad intelectual de los profesores, entre los que se contaban escritores como Mariano Latorre y otros más. Había, sin duda, un gran trasfondo germánico, como se puede descubrir en las películas que se seleccionaban y en los programas de educación y lecturas, con amplia difusión de la filosofía alemana, en la que colaboraba magníficamente Ortega y Gasset desde España, con su editorial y la "Revista de Occidente", y sus traducciones de los filósofos y de historiadores como Spengler, sus comentarios sobre Goethe, de biólogos como Von Hüeskul, o de genios como Nietzsche. Fue así que muchachos de mi generación estuvimos mucho más preparados en la filosofía alemana que los mismos descendientes de alemanes en los colegios luteranos, donde la ignoraban. Y era ésta una peculiaridad del Internado Barros Arana, debida, quizás, a don Eugenio González, escritor, filósofo e intelectual socialista (pero no marxista, por ser filósofo de verdad), ya que en el Instituto Nacional los muchachos de mi generación carecieron de esta tendencia pro-germánica, que ya entonces nos hizo leer libros sobre Hitler, como uno que aún conservo y es primicia bibliográfica. No tuvieron esta formación escritores y poetas como Santiago del Campo, Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Eduardo Molina Ventura, Julio Molina Müller y el mismo Héctor Barreto.

Allí se respiraba un ambiente intelectual y viril, donde el joven de la capital o de provincias debería abrirse camino solo y en competencia y camaradería, ya sea en el conocimiento o en los deportes. Así, me hice jugador de fútbol, de básquetbol, de tenis, de ping-pong y, sobre todo, un buen nadador. La piscina del Internado, temperada en invierno, era famosa, de manera que iban a entrenar campeones nacionales como Rodolfo Montero y Téllez. En una portada de una revista de la época apareció una foto mía en la Piscina Escolar de Santiago, con la malla del nadador rápido de los veinticinco metros. Sobre todo, no podíamos descuidar el box. Era ésta una práctica necesaria para defendernos de los ataques de compañeros del mismo curso y de otros cursos superiores. En especial lo fue para mí, bastante vulnerable en los primeros tiempos, por mi aspecto delicado, de niño rubio, muy blanco y de ojos azules. Contribuyó a mi indefensión la actitud de ese profesor, el "Cholo" Bráñez, un semi-mulato acomplejado, quien, desde el primer día, empezó a tratarme con sorna, llamándome la "niña

bonita", ante la hilaridad de los alumnos. Sin duda era un miserable, pues bien sabía lo que hacía, siendo, además, el padre del doctor Raúl Bráñez, casado con una linda mujer relacionada con la familia de mi abuela, Marta Ballesteros Wicks. Seguramente odiaba a mi clase y a mi raza, cosas de las que yo no era consciente. Fue éste otro "empujón al agua", repentino y al comenzar, del que tuve que salir a flote a "puñete limpio", como entonces se decía, para lograr imponerme, conquistar amigos y camaradas leales y necesarios. Felipe Martínez había quedado en otro curso del mío y poco habría podido hacer por mí, dado su carácter manso y poco dado a los enfrentamientos físicos.

Ahora comprendía la preocupación justificada de mi buen padre Guzmán, del Instituto de Humanidades.

* * *

¡Qué divertidos eran los nombres que se daba a los compañeros de clase! La mayoría de los alumnos eran de provincia y traían sus costumbres propias de las regiones. Otros venían de países vecinos, como el "boliviano Escobar", que peleaba a patadas, combinadas con golpes de puños. Se le acusó de violar las leyes del combate entre caballeros, hasta que los profesores nos explicaron que así se peleaba en Bolivia. Escobar fue uno de mis mejores amigos, junto con otro boliviano, Ponce de León.

Recuerdo algunos nombres: Ortiz, el "Cara de Hombre"; el "Huaso" González, que combatía como "topeando". Murió en "su ley", a caballo, de donde lo "voltearon", rompiéndole el cráneo a espuelazos. Schoen, quien tenía una peculiaridad para pelear: pasaba por entre las piernas del contrincante y le golpeaba desde atrás, en la nuca. Cuando lograba realizar el truco, era imbatible. Hace unos diecisiete años, le encontré en la calle Providencia y entramos a un bar, donde junto a unas copas de buen vino revivimos aquellos tiempos y nos despedimos para siempre, pues se iba al norte del país, a explotar unas minas. ¡El eterno sueño del minero chileno, que hace caso omiso de los años!

Admirábamos en mi curso especialmente a un muchacho de origen noruego, que se bebía la tinta de las lapiceras. La admiración se alimentaba de las lecturas de novelas de Knut Hamsun, donde los personajes ejecutaban actos gratuitos como éste. "Es un héroe como aquellos", nos decíamos, "un noruego", "un nórdico,

como los de Hamsun...". Así lo comentábamos con mi amigo y compañero Hernán González, quien también me introdujo en la literatura pesimista rusa prerrevolucionaria. Sobre todo, "Sanin" y "El Límite", de Michael Arzibachev, más las novelas de Panait Istrati.

Una angustia rondaba las filas de esa "generación perdida" de los años treinta, entre los cursos de los alumnos del Instituto Barros Arana, y no creo que fuera únicamente por la literatura pesimista y otras lecturas en boga en esos tiempos. Así como el nacimiento del yo, el ejercicio del intelecto con sus grandes interrogantes existenciales sumergió los continentes de una edad dorada, con el primer sol de la fe, en mi caso, destruyendo la seguridad de creencias ancestrales. Desesperadamente leí, leí para tratar de encontrar algo que las reemplazara, teniendo que construir por mis propios medios un mundo de la nada y sin otra ayuda que la de camaradas tan inermes, tan náufragos como yo.

Todo esto ya lo he contado en *"Ni por Mar ni por Tierra"* y no creo posible ni bueno volver a repetirlo aquí, incapaz como me hallo hoy de revivirlo con igual frescura e ingenuidad.

Escalábamos construcciones en las noches, cruzando sobre tablones a gran altura, hasta alcanzar terrazas y techos empinados. Allí nos tendíamos a contemplar las estrellas, con alumnos como Montes y el propio González. Montes explicaba los problemas con su madre y Hernán González, con su padre. Eran soliloquios. Yo sólo escuchaba, con la vista perdida en los cielos hondos. Hernán González se suicidó poco después, como uno de los personajes de "El Límite". Montes podría haber hecho lo mismo. No sé qué habrá sido de él. Nunca más le vi. En cambio, a varios otros los he encontrado, tras tanto recorrer el mundo, en cualquier calle de Chile, al retornar, y les he reconocido al instante. A "Rojita", hace sólo un año, y a Gallardo, hace ya mucho tiempo, al subirme a una "micro", le descubrí en el chófer de ese autobús, al ir a pagarle el pasaje. No quiso cobrarme, me hizo un sitio a su lado para que me sentara y me dijo: "¡Mi hueñe!" (término afectuoso mapuche, de su ciudad de Temuco), y condujo su "bus" con una sola mano mientras con la otra apretaba fuertemente la mía. Me pasé muchas cuadras para poder seguir con él, conversando de esos otros hondos tiempos.

* * *

Todo esto, o casi todo, ya ha sido contado; me remito, por ello, a mi obra del año 50, *"Ni por Mar ni por Tierra"*, a su edición primera, no expurgada por mí, si es que aún se encuentran ejemplares en librerías de viejos. La importancia fundamental en mi vida del Internado Barros Arana es innegable. Allí me hice hombre, como se dice, además de pensador y escritor. Nada de ello deberá ser considerado como casual, sin embargo, ni la decisión de mi abuela, ni el encuentro con un estudiante de los cursos superiores, que una noche, en uno de los patios –¿sería en "la Siberia"?– me rebatió mis creencias religiosas, citándome a Darwin y "matándome a Dios". Se llamaba Florencio Galleguillos y, sin saberlo ni él ni yo, su familia era conocida de mi abuela, por provenir de Copiapó. Luego, visitó mi casa. Con los años fue diputado socialista y le recibí en la Embajada en Yugoeslavia. Me regaló un cenicero de plata con el escudo de Chile y el emblema de la Cámara de Diputados, que aún conservo. Desde el fondo de la sangre, los "dioses-genes", los "dioses-células", las "proteínas inteligentes" trabajan el Destino, sin que nada llegue a ser casual.

Mas, Galleguillos estaba bien para destruir, pero no para reconstruir sobre las ruinas de la fe de un adolescente. Nadie, ni siquiera el Padre Guzmán, lo habría podido. Sólo la otra parte de mí mismo, bajo el impulso del otro extremo de la "patria mística". Si del norte, de Copiapó (del "Norte Chico") vino la destrucción, del sur, de Chillán (del "Sur Chico"), llegaría el Viento "Puelche", que dio el impulso a lo más profundo del alma de los ancestros, para lograr reconstruir, con el trabajo de una vida, otro Universo (otro *"lugar-situación")* que aún se halla inconcluso, sin conseguir todavía instalarme en él de un modo definitivo.

EL MISTERIOSO "SHAKRA" DE LAS RODILLAS

¿Qué es el Destino y cómo trabaja? ¿Desde adentro, desde afuera? Genes, neuronas, células son sólo excusas, a lo más el instrumento utilizado para su cumplimiento, siendo elaborado a propósito por alguien fuera del yo, quizás por El, o varios El, de modo que las mismas circunstancias o acontecimientos de una vida sirvan a un fin predestinado, que desconocemos.

El dolor es la herramienta principal, el sufrimiento. "Nuestra Patria es el dolor", me dijo un día mi amigo, el escultor Gorka Oteiza.

Me referiré ahora al hecho aparentemente casual, como tantos otros, de la llegada a nuestro curso del Internado de un muchacho un poco mayor y que debió repetir su año de estudios. Un intelectual nato, negado para los deportes. Era un joven campesino, con varios fundos en el sur, hijo del Intendente de Chillán. Se llamaba Guillermo Tapia Quezada y vivía inmerso en los libros, de preferencia en los de filosofía. No le dimos mayor importancia, al comienzo.

Fue entonces, en ese tiempo, cuando sufrí un accidente, el primero de una serie, pues el tema vendría a ser recurrente a lo largo de los años. Una suerte de *Karma.*

Un pequeño golpe en el pie derecho contra la reja de una puerta me produjo una torsión en la rodilla a la que no puse atención. Seguí haciendo deporte y la vida de siempre, hasta que la rodilla comenzó a hincharse y debí guardar cama con grandes dolores. Vinieron médicos, nuestro pariente, el pediatra Raul Ballesteros, quien trajo a su amigo traumatólogo Croquevielle. Este último fue también mi amigo, como lo son, o lo eran, los médicos chilenos, sin jamás cobrarme nada por sus consultas y tratamientos. Alto, delgado, caminando siempre muy dere-

Con mi amigo de la juventud y primer "maestro", Guillermo Tapia Quezada, cincuenta años después, en su fundo de Chillán.

cho, le encontré poco antes de su muerte reciente, con casi noventa años, por la calle Lastarria, frente a la Plaza del Mulato Gil de Castro.

Nunca supieron lo que yo tenía. Se pensó en una sinovitis, algo en los meniscos, derrame del líquido sinovial. Y como se demoraba mucho en reabsorberse la inflamación, hasta se sospechó una tuberculosis ósea. Nada. Más de un mes de cama, en completa inmovilidad, al extremo que cuando ya mejoró la rodilla, la pierna quedó tiesa y hubo que traer a una joven mujer masajista para lograr recuperar el movimiento. Me acuerdo de mis apuros y vergüenza al tener que descubrirme las piernas y sentir ese masaje, que en verdad era una caricia.

Me recuperé pronto y pude volver a mis gimnasias y deportes sin mayor dificultad. Sin embargo, ya lo he dicho, las rodillas –esos *shakras,* esos centros– han sido las depositarias del *karma,* detonantes del destino, en sincronismo con el astro tierra y con la patria mística, como un día me escribiera C. G. Jung. He vuelto a sufrir el mismo accidente, varias veces, portando ese sambenito, ya sea para bien o para mal. Por ello me fue dado descubrir la verdadera causa de la enfermedad y el *Karma* de mi encarnación actual: la sangre. Un defecto en las plaquetas, en el "factor ocho", como hoy se le llama, algo parecido a la hemofilia, sin llegar a serlo; el mal de "von Willibrand". Y existe una isla, en el Mar del Norte, en Dinamarca, donde todos sus habitantes lo padecen. Los antiguos hiperbóreos, que ya no encuentran el alimento de su Continente desaparecido. Sólo el *oricalco* podría curarles, el mágico metal que neutraliza la gravedad, según Platón, y que hoy se halla al fondo de la Atlántida.

El segundo accidente fue bastante peor que el primero y de él salí con una artrosis en la rodilla derecha, que sólo poco a poco se fue curando; hasta llegar al tercer accidente, sufrido en los Himalaya, en la India. Me traté allí con la medicina *ayurvédica,* pero, al no conocer el diagnóstico verdadero, me medicinaron por derrame sinovial, sin éxito. Con altas y bajas, estuve casi un año inmovilizado y habría desembocado en un desastre a no mediar la intervención de esa mano, o esa influencia misteriosa que, desde afuera o desde adentro, se interpone en el momento último y decide.

No hay nada que angustie o desespere más que la hemorragia –se vea o no se vea, por ser interna–. Se llega a pensar que depende

de uno, de la propia mente. Por ello, creo en la influencia de la hipnosis, que Rasputín, por ejemplo, ejercía sobre el Zarevich hemofílico. En las hemorragias de nariz de mi infancia y adolescencia, me aliviaba a veces la sola presencia de mi buen doctor Arístides Aguirre Sayago, sobre todo cuando llegaba a verme acompañado de su bella esposa alemana, de cabellos dorados, como la Virgen.

En el accidente himaláyico tuve que recurrir al consejo de un médico británico de los tiempos coloniales, quien me recomendó una operación de menisco en una clínica de Inglaterra. Todo estuvo listo, arreglado por la Embajada inglesa y, de pronto, sin saber cómo, ni por qué, un pensamiento extraño cruzó por mi mente: "La mejor medicina del mundo es la austríaca". Y llamé por teléfono a mi amigo el Encargado de Negocios de Austria, en Nueva Delhi. De inmediato éste se comunicó con su país, donde le recomendaron dos médicos, cirujanos traumatólogos de Viena. Le escribí a ambos; mas, cuando llegó el momento de partir, sólo uno estuvo disponible, pues el otro salía de vacaciones. Era el verano de 1961, si mal no recuerdo. Así, el Dr. Chiari estuvo dispuesto a intervenir mi rodilla, en la "Privat Clinic", en Pelikan Gasse, de Viena, donde llegué en un avión de la "American Airlines", un día sábado de aquel año, apoyado sobre bastones, con bastante dificultad. Allí, en el aeropuerto, me esperaba un funcionario de nuestra Embajada en Austria, Mariano Sánchez, quien estuvo a mi lado y me acompañó en todo momento.

Aun cuando sé que me estoy saliendo del relato ordenado de estas Memorias, dando un gran salto en las fechas, estos hechos que debí dejar para el segundo o tercer volumen, tengo que relatarlos ahora por su importancia en la comprensión de lo que seguirá y por ser éste un caso fehaciente de la intervención del Destino, o del *Hado,* haciendo violencia sobre el mismo *Karma,* pienso. No tengo explicación muy clara fuera del relato de los hechos mismos. ¿Por qué y de dónde se me ocurrió aquello de que la medicina austríaca era la mejor del mundo? Debo haberlo escuchado alguna vez en las aulas, o en los patios del Internado Barros Arana. ¿O fue esa canción que entonces resonaba en las noches, por los parlantes de "La Siberia": "Adiós a Viena"? ¿O un cuento como el de Stefan Zweig, "La Callejuela a la Luz de la Luna", allí leído? Lo cierto es que la tremenda importancia que esa repentina e inexplicable decisión tendría para mi vida, sólo ahora

puedo valorarla. Vino de profundidades insondables, anulando el tiempo y uniendo como por un arco interior, del alma, los patios del viejo Internado con la antigua Viena, y la magia de la India, con su *Maya* alucinante.

Como era sábado en Viena, el doctor Chiari no me esperaba. Pero, al enterarse que había llegado, vino a la "Privat Clinic", donde ya tenía una habitación. Me examinó y me dijo: "Es una operación fácil, de menisco. Mañana es domingo, lo operaré el lunes. Descanse mientras tanto, salga en automóvil a conocer Viena".

Recordé mis sangramientos y le conté al médico mis dificultades para coagular. Llamó a una enfermera y me tomaron el tiempo de coagulación. Encontraron que estaba un poco retardado. Me recetó vitamina K y dio las órdenes para la operación del lunes.

Mientras estaba en India, poco antes de mi partida para Austria, tuve un sueño. Me vi recorriendo en automóvil las calles de una ciudad desconocida. Un puente colgante de color verde aparecía al frente. Lo pasamos por abajo. La calle seguía con casas antiguas a ambos lados. A la derecha veía el letrero de una carnicería. El día domingo en Viena, Mariano Sánchez me llevó a recorrer la ciudad. De pronto, vi aparecer al frente un puente verde elevado y recordé el sueño. Le dije: "Aquí, al otro lado, hay una carnicería, a la derecha". Y así era. El me miró extrañado y me preguntó si había estado antes en esta ciudad. No, nunca. Si Mariano Sánchez aún vive, estoy seguro que se acordará del suceso.

Se me olvidaba decir que Sánchez también cojeaba, por causa de una poliomielitis de la infancia. Otro sincronismo más de aquellos días.

Y llegó ese lunes. En el cuarto de la clínica me hallaba acostado en el lecho y Mariano Sánchez sentado cerca. Me volvieron a sacar sangre y me colocaron una inyección de anestesia, la que ya iba haciendo su efecto. Vi que la puerta se abría y entraba el doctor Chiari, acompañado de un hombre más joven, también con delantal blanco. Se aproximaron a mi lecho y el doctor me habló de un modo solemne y con el rostro muy serio: "–No puedo operarle. Hemos hecho el análisis de su sangre en la Clínica Hematológica del doctor Deutsch y usted tiene trombocitopenia...".

En mi semiconsciencia, protesté: "–¡No puede ser! Vengo de tan lejos a operarme y ahora usted me dice que no... y en el último momento...".

"–Dé gracias al cielo", me contestó, "si lo opero, se muere, pues allí en la rodilla no hay cómo suturar, ni podríamos detener la hemorragia... Lo vamos a mejorar con fisioterapia".

Me dormí. No supe más, hasta el día siguiente. Aún no superaba el mal rato. Comencé así un tratamiento con diatermia, luz ultravioleta y ejercicios, con un simpático especialista austríaco, con el que hablábamos de la Guerra, no pudiendo él conformarse de que Hitler no hubiera invadido Inglaterra...

Y aquí viene otra historia extraña, de esos extraños días.

* * *

En India había recibido la carta de un pintor mexicano, gran admirador de Hermann Hesse, al que había escrito a su residencia de Montagnola, en Suiza. En la respuesta, el escritor le daba mi nombre y mi dirección en India. El pintor estaba dispuesto a visitarme en Nueva Delhi, justo a mi partida a Austria. Le respondí dándole mi dirección en la Clínica de Viena. Y allí llegó, poco antes de yo dejarla. Era un joven entusiasta y fanático de la obra de Hesse. Traía consigo unas diapositivas de un cuadro suyo inspirado en "El Juego de Abalorios", donde aparecía el joven Josef Knecht ejecutando en el violín una obra musical, mientras el *Magister Musicae* le acompañaba al piano.

Largas fueron nuestras conversaciones en la ciudad de Viena y, si traigo al recuerdo su presencia y su existencia –aún vive en México–, es por lo que luego sucedió, como un presagio de lo paranormal, o parapsicológico, que ha debido relacionarse a menudo con mi *"Shakra Sinovial"*.

No me resignaba a no encontrar una solución definitiva a mi problema, pensando que, de algún modo, la deficiencia plaquetaria podría obviarse, tal vez por otro médico cirujano especialista. Consultando con el fisioterapeuta, me mencionó a un cirujano famoso por las operaciones que había practicado en la Segunda Guerra Mundial, con los inválidos y heridos graves. Pedí audiencia y fui a verle, acompañado de mi amigo el pintor. La sala de espera del médico se hallaba llena de pacientes y el doctor aún no llegaba. Esperamos hasta que el pintor me dijo: "Mire, esto va para largo.

¿Quiere usted que haga venir inmediatamente al médico?". Y, sin esperar mi respuesta, cerró los ojos y se quedó inmóvil. No habrían pasado tres minutos y la puerta de entrada se abrió y un hombre de estatura media, con una barba corta y en punta, ya casi blanca, entró y cruzó la sala yendo a su oficina. El pintor agregó: "Ahora tiene que recibirlo a usted primero, porque no se puede seguir esperando. Ya ha esperado usted mucho". Y volvió a cerrar los ojos.

En verdad, fui el primero en ser recibido. Dejé al pintor afuera y entré solo a ver al médico. Me tendió en una camilla y me estuvo auscultando la rodilla. "Puedo operarlo perfectamente", me declaró. "Para evitar la hemorragia, rodearé su rodilla con hielo. Todo será fácil y exitoso".

Pregunté al doctor cuando me podía operar, y me respondió que al siguiente día, sin mayor demora. Me preguntó cómo me sentía, pues notaba que mi voz se hallaba un poco ronca. En efecto, había cogido un catarro, tenía tos y la garganta congestionada. Resolvió el médico que era preferible esperar a que se me pasara el resfrío, pues debía anestesiarme y el cloroformo era peligroso en estas condiciones. "Vaya y acuéstese", me dijo. "Cuando esté sano, vuelva".

Así lo hice. Y estuve una semana confinado en mi cuarto del hotel vienés, hasta que me mejoré. Entonces, me volvió a pasar algo inesperado. Como por un mandato, decidí partir de regreso a Delhi y no operarme. Yo mismo debí extrañarme de esta decisión, fuera de toda lógica, aunque absolutamente acertada. Porque sólo los Dioses (EL) saben lo que me habría sucedido si el médico me interviene, con la posibilidad de que mi vida hubiera llegado a ser distinta; la de un inválido, quizás, con todo lo que esto conlleva de impedimentos existenciales en una encarnación terrestre. Un cúmulo de sucesos que la mente racional y el yo no captan o no penetran y que deberán tener un sentido inteligente, de otra inteligencia. En las cadenas del Tiempo, con las que el *Arconte* Saturno nos tiene aprisionados, tal vez allí, más adelante, algún día futuro, nos sea dado descubrir el *sentido* y envolver con él nuestra vida, como con la *Tarn Cape* de Sigfrido y hacernos invisibles, poco antes del final.

¡Gran doctor Chiari! ¡Cuánto le debo! Más que profesional fue un hombre honesto, que tomó la decisión correcta. Aunque pienso que él también estaba dirigido por fuerzas que desconocemos, de la "psicología desconocida" y que siempre actúan cuando *mi rodilla*

se "enciende", ese *shakra* (representado por la Runa *IR)* o *centro de conciencia* (distinta), como lo llamaba Jung. Cuando me nombraron Embajador en Austria fui a ver al doctor Chiari, conversamos y le agradecí su actitud insobornable. También visité al doctor Deutsch y fue él quien ahora me descubriría el mal de von Willibrand, en lugar de la trombocitopenia.

Por esos días, poco después, pasó por Nueva Delhi y visitó la Embajada el doctor y hematólogo chileno Raúl Etcheverry. Venía de un Congreso de Hematología en Pekín. Conversé con él sobre el tema y me pidió que le viera en Chile. Así lo hice en la primera ocasión que se me presentó. El doctor Etcheverry es un genio de su especialidad y fue él quien me reveló que los indígenas de Rapa-Nui pertenecen al grupo sanguíneo ario, confirmando así las tesis del profesor De Mahieu de que los Vikingos del Tiahuanacu emigraron hacia esa lejana isla, tras la destrucción de su civilización. El doctor Etcheverry había visitado la Isla de Pascua, donde había analizado la sangre de sus habitantes.

UN MUTANTE CHILENO

Me veo obligado a desviarme de la secuencia del relato inicial para intentar penetrar este misterio. Recuerdo que una vez le dije a Heiner Hesse, el hijo de Hermann Hesse, que su padre establecía contactos mágicos con las cosas y con los seres. Me respondió: "A mi padre le pasaban cosas mágicas, sin que él las buscara, casi a pesar suyo...". Bueno, a mí también, habiendo sido una de esas cosas mágicas el mismo encuentro con Hermann Hesse. Pero eso ya es otro tema, para más adelante. Ahora no puedo dejar sin terminar lo aquí comenzado, este "atajo" fundamental por el que me he ido.

Hubo un cuarto accidente, el más extraño, pues fue sin siquiera mediar caída o golpe. Al llegar a Santiago de vacaciones, cuando ya había dejado la India y me encontraba de Embajador en Yugoeslavia. Ahora un derrame en la rodilla izquierda. Como si estos *shakras* al activarse ("centros de conciencia" de C. G. Jung, de "conciencia diferente" digo yo), proyectaran una rara luz o señal en el mundo sutil que nos rodea, y crearan "fenómenos-situaciones", que son "escuchados" por agentes-servidores que aparecen en este otro plano, como si hubieran sido convocados a una reunión

necesaria y que posiblemente ya se hallaba fijada desde la remota eternidad –o en el Eterno Retorno–.

Enfermo y sin moverme en mi departamento de Santiago, recibí una llamada de teléfono del Secretario del Instituto de Parapsicología de la Universidad de Chile, invitándome a dar una charla. Me excusé, aduciendo mi mal estado, además de mi poco interés en dar charlas públicas, aun cuando se tratara de un grupo calificado. Me insistieron, explicándome que el Presidente del Instituto era el abogado Jaime Galté, *médium* famoso, quien me pedía aceptara. Me anunciaron visita para el próximo día, para tratar de convencerme.

De Jaime Galté yo había oído hablar y de sus inusuales curaciones en estado de trance, cuando un médico, fallecido hacía más de un siglo, el doctor Alphan, entraba en él y diagnosticaba. El genial periodista Darío Saint-Marie me había contado una vez cómo Galté fue a ver a la mujer de Carlos Dávila, ex-Presidente de Chile, enferma de un cáncer terminal, con dolores atroces. No resistía ni el roce de las sábanas. Galté –o Alphan– en trance, la tomó en brazos sin que ella experimentara ningún dolor y la auscultó, moviéndola de posición en el lecho. También Salvador Allende me reveló otra vez que Galté vio a su padre en el norte de Chile, enfermo grave de diabetes y le recetó un medicamento inobtenible en Chile, porque acababa de aparecer en Alemania. Allende, que era médico, me explicó que lo encargaron de urgencia, pero no alcanzó a llegar a tiempo, y su padre falleció.

Jaime Galté no era médico, sino abogado y profesor universitario. No sabía nada de medicina, de diagnósticos ni de medicamentos. Nunca cobró un céntimo por sus curaciones.

De un modo u otro nosotros nos habíamos eludido. Cuando partí a India, íbamos en el mismo barco, sin saberlo. Alguien me lo dijo después que él desembarcara en El Callao. Pasando los años, fui invitado a participar en un "simposium" internacional en la Universidad de Concepción. Me equivoqué de sala y abrí una puerta para encontrarme frente a un profesor que dictaba una clase a un reducido grupo de alumnos. Era Galté, y tampoco lo supe.

Por fin, ahora nos íbamos a encontrar, aunque en muy especiales circunstancias.

El fenómeno *médium* ha preocupado desde tiempos remotos y se ha estudiado sin alcanzar conclusiones definitivas. Nada se

sabe, en verdad. Famosos médiums, en los años veinte y treinta, fueron en Europa los hermanos Schneider, originarios de Braunau am Inn, pequeña ciudad austriaca, donde también naciera Hitler.[4] Conocí a uno de los Schneider, a quien fui a visitar especialmente a su ciudad. Se hallaba paralizado y en cama. Lo cuidaba una enfermera, que a la vez era su esposa. Poco o nada pude consultarle. Me hizo recordar, sí, las afirmaciones de mi Maestro de que los *médiums* terminaban enfermos de los mismos males que pretendieron curar, pues carecían de verdaderos poderes, siendo sólo un "medio", usado, utilizado por fuerzas ajenas que no controlaban. Ejemplo de lo contrario, decía, fue *Kristos* exorcizando a una endemoniada, para hacer que de ella saliera un tropel de cerdos, sin que éstos entraran en El. Si se tratara de un *médium,* los cerdos se habrían apoderado de su cuerpo, sin que él mismo lo supiera.

La diferencia entre un *médium* y un mago de verdad es necesariamente enorme. En el *médium* el fenómeno se produce de un modo inconsciente, al extremo que bien podría ser el mismo Inconsciente el que actúa, el Inconsciente Colectivo, por ejemplo, de aquellos que rodean al *médium* en una sesión espiritista, como se da a entender, o se sospecha, en una escena de "La Montaña Mágica", de Tomás Mann, cuando el *médium* en trance estaría dando a conocer pensamientos íntimos y no formulados de uno de los asistentes. De otro modo, también podría deducirse una especie de desdoblamiento, semejante a una esquizofrenia controlada, cuando una segunda persona suplanta a la consciente; o es una vida paralela, simultáneamente vivida, apareciendo como no real, porque la consciencia se encuentra, por lo general, a este otro lado y sólo en chispazos le es dado situarse en ese otro mundo, o en esa "otra situación". A un humano, o a un genio, puede acontecerle, como a Nietzsche, que el control "normal" se pierda y se le produzca una pluralidad simultánea, llegando a ser Dionisos, Cristo, César y el mismo Nietzsche, todos a la vez. Porque en algún punto del

---

4. Como dato curioso y digno de consignarse: En 1938, Adolf Hitler, Canciller del Reich Alemán, habría invitado a Jaime Galté a visitar Alemania, interesado en su persona y sus facultades. Esto ha sido revelado por don Manuel Urrutia Salas, prestigioso abogado, compañero de estudios de Galté y destacado especialista en Derecho Procesal. Desgraciadamente, la visita no pudo realizarse por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939.

Universo eso es así. Matemática cuántica, o Eterno Retorno. También le pasó a Hölderlin, con el "señor Scardanelli". Y de allí no volvieron ya más.

El *médium* es una posesión. El aire alrededor nuestro, el Universo, está lleno de seres, de presencias invisibles, que aspiran a servirse de nosotros, al menor descuido o "descontrol" psíquico o biológico, de todos nuestros cuerpos, en especial de los más sutiles. Los poetas también lo saben. Omar Cáceres declaraba: "Estoy rodeado de fantasmas, de fantasmas, para poder pensar...".

Pero hay distintas calidades de *médiums,* como lo vamos a ver. Por cierto, el mago de verdad puede curar, o profetizar, porque tiene el poder para hacerlo. Y si se conecta con los seres de los mundos invisibles inferiores, lo hace como señor que ordena y comanda, pudiendo destruir a los demonios y curar a los posesos. Por eso los Magos no gustan de los *médiums* y sólo se valen de las *Sibilas* y las *Píteas,* para interpretar correctamente sus visiones, o necesitan de las Sacerdotisas, o "Vírgenes del Sol", de las Vestales y de las "Soror Misticae", para las labores litúrgicas y rituales y para absorber la necesaria energía femenina que los completa en su totalidad mágica. En su *Opus,* en su Combate Heroico.

El Profesor Jung también se interesó mucho por el problema mediúmnico, por el fenómeno del ectoplasma y de la telequinesia. También se refirió varias veces a Hitler, en relación con la posesión, explicando el tema en los términos de su "Psicología de las Profundidades", refiriéndolo al Inconsciente Colectivo Ario, como el Ser informe y colectivo que se apoderaba de él en ciertas ocasiones. Y a este respecto, lo comparaba con Mahoma. Sin embargo, es la tradición mítica de la India la que mejor ha podido señalar la diferencia existente en lo que se podría llamar "posesión divina" y la del simple *médium,* de los "derviches" o de los brujos. Para los hindúes existen los *Avatâras,* o encarnaciones de la Divinidad en la tierra, siendo la última conocida, la de Buda. Y siempre es el Dios Vishnu el que se encarna. En el Lamaismo tántrico, es el Dalai Lama. Lo era.

Especial interés reviste este problema para mí, en relación con el título de estas "Memorias" y ese *ÉL,* que por ahí anda.

* * *

Bueno, fue así como los representantes del Instituto de Parapsicología vinieron a verme. Eran tres, Galté entre ellos, como su Presidente. No hubo caso, no pudieron convencerme de que diera la charla en la Universidad. Me defendí aludiendo a mi enfermedad e invité a Galté para que regresara solo el próximo día, a tomar el té conmigo, en mi departamento. El aceptó, y, al fin, nos encontramos los dos, cara a cara, para poder conversar a fondo e intercambiar, más que nuestras ideas, nuestras vivencias.

Galté era mayor que yo. Le rogué que fuera él quien me narrara sus experiencias, pues yo deseaba saber cómo había llegado a la mediumnidad. No puso ninguna objeción y me empezó a contar su vida. En ese atardecer, en una pequeña sala, mientras la luz iba descendiendo por los ventanales, sentados y reclinando yo mi pierna enferma sobre un taburete.

"Vivíamos en el norte de Chile", empezó. *"Mi padre era un agente viajero y pasaba grandes temporadas fuera de casa. En uno de esos viajes, murió de un ataque cardíaco, en la ciudad de Valparaíso.*

"Mi madre debió seguir luchando sola para poder educarnos, a mis hermanos y a mí. Decidió enviarme a Santiago para iniciar la carrera de leyes en la Universidad. Viví en una pensión modesta y lleno de preocupaciones. Me dormía angustiado por nuestra situación. Fue de este modo como una noche tuve un sueño, despertándome violentamente por su realismo. Había tomado el tren a Valparaíso, descendiendo en su estación, cruzaba la Plaza Victoria y me hallaba frente a un edificio con un letrero en el muro: 'Hotel Inglés'. Entraba, encontrándome con un hombre detrás de un mesón. Le pregunté si conocía a mi padre, si éste se había alojado aquí alguna vez. Sin asombrarse, me respondió que sí y que había muerto en este hotel, precisamente. Entonces, le pedí si podría ver el cuarto donde se hospedara por última vez, diciéndole que era su hijo y que andaba en una peregrinación sentimental, en busca de los recuerdos de mi progenitor.

"El hombre tomó un gran libro de registros y empezó a dar vuelta sus páginas. Se detuvo y me señaló el número de un cuarto: 'Aquí se alojó. El cuarto está ahora ocupado, pero vamos a verlo porque la gente ha salido'.

"Caminamos por un pasillo, hasta llegar a la habitación. El hombre abrió la puerta y me dejó solo. Había una cama, un armario grande y una mesa con un lavabo. Me paré en el centro del cuarto y estuve mirándolo con atención y tristeza. Este había sido el último lugar que mi padre ocupó en este mundo. Entonces, sentí algo extraño, como si detrás de mí hubiera alguien. Me di vuelta y me encontré con mi padre, ahí, de pie y mirándome. Me quedé asombrado: '–Padre', le dije, '...tú estás muerto...'.
"–La muerte no existe', me respondió.
"–Te hemos enterrado, con el ataúd...'.
"–En el ataúd no hay nada, sólo piedras...'.
"Hubo un silencio. Luego continuó:
"–Vengo a decirte que tu madre no ha quedado desamparada. He inscrito una mina de oro a su nombre'.
"–Papá, hemos buscado los documentos en todas partes, sin hallarlos...'.
"–No están allí, sino aquí, en Valparaíso. Los dejé en manos del notario, Tomás Díaz González, además de mi reloj, para ti...'.
"Se calló mi padre y yo sentí que se iba. Con tristeza y angustia le supliqué que se quedara. '–Tengo que irme', respondió.
"Desperté en mi cuarto de la pensión de Santiago, con la impresión de no haber estado soñando; tan fuerte era la presencia de mi padre. Traté en vano de volver a dormirme, sin conseguirlo. Algo me ordenaba ir a Valparaíso, aun cuando me repitiera que había sido sólo un sueño. Y fue así como, de amanecida, tomé el tren al puerto. Todo se repitió exactamente en la realidad. Descendí en la Estación, crucé la plaza y vine a hallarme frente al 'Hotel Inglés'. De nuevo el hombre frente al mostrador, la misma conversación y la caminata hasta el cuarto donde se alojara por última vez mi padre. Allí me dejó solo y yo no me atrevía a volverme por temor a que mi padre ahora no estuviera. Al despedirme del hombre de la recepción le pregunté si conocía al notario Tomás Díaz González. Me contestó que tenía su oficina muy cerca, indicándome el camino. Y fue así como me encontré frente al notario que, además, era arquitecto y abogado. Me recibió de inmediato, diciéndome que nos había buscado largamente, sin dar con nuestra dirección en el norte del país. 'Tenía unos documentos muy valiosos que entregarme', y me invitaba a cenar a su casa.
"Esa noche me hizo entrega de la escritura de dominio de la mina. Al despedirme, recordé que no me había dado el reloj de mi padre,

y se lo dije. Con gran sorpresa de que supiera que él lo tenía, fue a buscarlo, excusándose de que se hubiera olvidado.

"Cuando volví a la capital, yo era una persona distinta. Algo extraordinario había pasado en mi vida, algo que la cambiaría para siempre. La familia también sufrió un cambio muy grande y para bien. Las penurias económicas terminaron y yo pude continuar con mis estudios de abogacía, hasta recibirme. Sin embargo, comenzaba para mí el drama de dos vidas paralelas, las que nunca más llegarían a fusionarse en una sola. Pensaba y pensaba en el increíble acontecimiento. Así, un día, decidí tomar nuevamente el tren a Valparaíso. Esa vez los vagones estaban llenos y no encontraba asiento, hasta que un señor muy amable y de cierta edad, me hizo un lugar a su lado. Resultó ser hermano de Arturo Prat, el héroe del Combate Naval de Iquique en la Guerra del Pacífico. Era Jefe de la Aduana del Puerto de Valparaíso. Conversamos de muchas cosas y, sin saber cómo, llegamos a tratar sobre espiritismo. Me contempló un momento y me dijo: 'No sé porqué, se me ocurre que usted tiene condiciones mediúmnicas. ¿Le gustaría probar?'. Sin pensarlo mucho, le respondí que sí. Y quedamos de acuerdo para encontrarnos esa tarde en su oficina del Puerto, después que los funcionarios se hubiesen retirado.

"Llegué a la hora convenida y el señor Prat me esperaba junto con un amigo. Tras una breve conversación intrascendente, nos sentamos los tres alrededor de una mesa. Frente a mí había un papel en blanco y una lapicera con un tintero. El señor Prat me pidió que me concentrara, con los ojos cerrados, tratando de fijar los pensamientos, que respirara hondo, una sola vez, poniendo las manos sobre la mesa, tal como iban a hacer ellos. Y esperara **–sin esperar nada–**...

"Creo que tuve un desvanecimiento, no lo sé; pero cuando me recobré y me encontré allí, sentado, vi que esos dos caballeros sonreían con gran satisfacción, contemplando el papel sobre la mesa que ahora se encontraba cubierto con una escritura distinta a la mía. Y decía: 'Acabo de naufragar en el 'Itata'. Me llamo... Y les ruego ir a la casa de mi amiga que vive en el cerro... de Valparaíso. Allí, dentro de un tarro, sobre un aparador, hay dinero guardado; es para ella, pero no lo sabe. Dénselo...'.

"La sesión había terminado. Con el señor Prat nos fuimos caminando y, justo al pasar frente al diario 'El Mercurio', vimos allí

a gente reunida leyendo las últimas noticias, escritas sobre una pizarra colgada del muro. Decía: 'Naufragio del 'Itata'...'.
"Nos fuimos de inmediato a las oficinas náuticas y pudimos ver la lista de los pasajeros del 'Itata'. En vano buscamos, sin hallar el nombre del personaje. Se nos ocurrió pedir la lista de los tripulantes, y allí estaba. Era un contramaestre...
"Nos dirigimos al cerro, donde encontramos la casa y la mujer, y, en el tarro, el dinero para ella, pudiendo cumplir con la misión póstuma que nos encargara el contramaestre náufrago...
"Desde ese instante, mi vida cambió definitivamente", me declaraba Galté. *"Seguí estudiando, hasta recibirme de abogado, pero ya tenía un pie en el otro mundo. Fue así como un día, estando de visita en casa de una familia amiga, después de la cena, me confidenciaron su preocupación por su hija menor; había adquirido una enfermedad de la piel, que no podían curar, pues los médicos no acertaban con una medicina. El médico de la familia, que conocía a la muchacha desde pequeña, acababa de morir. Ellos creían que él la habría podido sanar y, sabiendo de mi experiencia mediúmnica, me rogaban tratar de comunicarme con el médico para que nos diera una receta. Yo accedí. Y esta fue mi segunda experiencia en el 'más allá'. Sin embargo, no me fue posible comunicarme con el médico. Me revelaron que no estaba autorizado para contactarse; pero que había otro doctor, belga o alemán, muerto a comienzos de siglo en Bolivia, de nombre Alphan, que tenía por misión seguir trabajando en la tierra. Y, ahora, a través de mí... Y fue él quien me dio la receta del medicamento que mejoró a la niña...*
"Desde ese momento, fui el médium *del doctor Alphan y hemos estado trabajando juntos en la tierra por muchos años. Yo le facilito mi cuerpo para que diagnostique, recete y cure... ¡Cuántas aventuras juntos en Chile y también en países vecinos al nuestro, donde he debido viajar!... Jamás puedo cobrar por 'su' trabajo. Si lo hiciera, Alphan no vendría más..."*.

Mientras Galté me había relatado parte de su biografía de *médium*, cada vez más me interesaba por el proceso mismo, o por la técnica que él aplicaba para facilitar, o producir, la entrada en este plano, la posesión por el doctor Alphan. Se lo pregunté.

"Me concentro, pongo la mente en blanco y, entonces, algo sucede: una corriente empieza a bajar desde arriba, del cerebro, y

otra a subir desde la base de la columna vertebral. Se juntan ambas en la zona del plexo solar y, entonces, siento la más desagradable sensación, no sólo de pérdida del conocimiento, sino de muerte... Y no sé más, hasta que me encuentro de nuevo consciente y en el mismo lugar donde todo empezó. Mientras tanto, he diagnosticado y recetado... Es decir, Alphan... La experiencia me produce un gran gasto de energía y, casi siempre, me encuentro agotado..."

Se me ocurrió algo. Y se lo dije:

"–Jaime, me encuentro enfermo. Los médicos dicen esto y lo otro... ¿Por qué no hacemos aquí mismo la experiencia y pedimos la opinión del doctor Alphan?"

Era el año de 1969, en esa tarde de Santiago, y yo veía a Galté un poco cansado, con un tono de melancolía en su voz, o de resignación, como ante el Destino, de pesimismo, o duda.

"–Mire", me dijo, "no ahora... Pero también puedo hacerlo de otro modo. Puedo venir a verle mentalmente, sin necesidad de estar aquí, desde lejos..."

"–Bien", asentí, "hagámoslo de ese modo... ¿Y cuándo será?"

"–De aquí al sábado" (Era un miércoles, o un jueves, ya no recuerdo exactamente). "No le digo el día, para que no haya influencia, ni sugestión".

Conversamos una o dos cosas más, y Galté se despidió.

Me recogí temprano en mi dormitorio apartado, sin decir a mi esposa sobre el acuerdo con Galté.

No sé la hora, tal vez dos, o tres de la mañana de esa misma noche; de pronto, la puerta se abrió y alguien entró en el cuarto. Una sombra. Curiosamente, yo no estaba despierto, tampoco dormía. Eso no fue un sueño. La sombra se acercó a mi lecho, tomó la ropa que me cubría y la tiró hacia los pies. Comenzó a auscultarme, tocándome con un dedo el vientre, a la vez que me preguntaba: "–¿Le duele aquí?". "–No", decía yo. Cambiaba de lugar: "–¿Y aquí?". "–Tampoco". Me tocó más abajo, cercano a la ingle: "–¿Y aquí?". "–Ahí sí", respondí. Y se fue.

Desperté, sentándome sobre mi lecho, sorprendido. Llamé a mi esposa y le dije: "Acaba de venir Galté a visitarme, te lo comunico por si se me olvida mañana y para que seas testigo de este suceso increíble".

Pronto volví a dormirme y, al amanecer, casi lo había olvidado todo. Ese día tenía que ir a un laboratorio, donde me harían

exámenes de sangre. Me hallaba saliendo de casa, cuando mi mujer me avisó que Galté me llamaba por el teléfono. Lo recordé todo de golpe y fui al teléfono, deseoso de hablar con él. Lo primero que me dijo fue: "Anoche le visité, como le prometí. Ahora sé lo que usted tiene. En India contrajo un virus de la familia de la leucemia".

Muy sorprendido, le pregunté:

"–¿Y qué debo hacer? ¿Cuál es el tratamiento?".

"–Hay sólo uno", me respondió, "una autovacuna centrífuga".

"–¿Qué es eso? ¿Y dónde puedo obtenerla?".

"–Existe sólo una persona en Chile: el doctor Jorge Vigouroux... Pero yo no sé si está dispuesto a hacer esto".

Mi sorpresa aumentó aún más. Jorge Vigouroux había sido mi compañero de colegio y de curso en el Internado Barros Arana, el "Ñato" Vigouroux le llamábamos, de modo irónico, pues poseía una nariz a lo Cyrano de Bergerac. Es más, sólo unos pocos días atrás había estado con mi mujer revisando baúles en la bodega de unas monjas, donde dejamos cosas guardadas para no llevar a India, y allí encontré una fotografía del colegio, donde estábamos uno al lado del otro con Jorge Vigouroux. Era tal la coincidencia, el "sincronismo", el fenómeno "acausal", como queramos llamarlo, que no pude menos que decírselo a Galté.

En el libro de teléfonos encontré la dirección de Vigouroux, a quien visité de inmediato. Con qué alegría nos reencontramos, aun cuando al conocer la verdadera causa cambió, poniéndose serio. "Ya no hago ese tratamiento", me explicó. "¡Este Galté!". Vigouroux era un químico de genio, había estudiado en Francia, experimentado en Africa. Ahora decidió, por tratarse de mí, su antiguo compañero de clase, que haría una excepción y me prepararía la vacuna. Ni él, ni Galté, creo, se imaginaron realmente que sería la última, como último sería el experimento mediúmnico que el mismo Galté iba a hacer en su paso por esta tierra.

Era una autovacuna, es decir, con mi propia sangre debía vacunarme. Una vez extraída, se la hacía rotar en una máquina centrífuga y ese preparado se me iría inyectando en dosis prescritas, durante un determinado período de tiempo. Carecía de este tiempo para poder seguir el tratamiento en Chile, debiendo volver a hacerme cargo de mi Embajada en Belgrado. Mas, por lealtad a mi amigo, y sobre todo a Galté, insistí ante los médicos servios, que no creían en el tratamiento –fuera de lugar, obsoleto, según ellos–, para que me lo aplicaran, habiendo llevado yo el suero –"mi

suero"– desde Chile, y preparado por un amigo de la juventud. Con paciencia cumplí el tratamiento, tal como me fuera prescrito, por afecto a los amigos y en un póstumo homenaje a Galté.

Revisando mis papeles, he encontrado la receta que Vigouroux preparara en francés para que los médicos yugoeslavos pudieran aplicarla. Creo que será bueno que la reproduzca a continuación, como una verdadera curiosidad y una reliquia de esos tiempos, cuando un "mutante" y yo nos encontramos en este extraño Chile.

AUTOVACUNA DE INMUNOSENSIBILIZACIÓN
AUTOHEMOSUEROTERAPIA
AUTOVACUNA HIPERCONCENTRADA DE THOMAS

"IMMUNODESENSIBILISATION"

"Ce n'est pas l'autohémotherapie courante. On suppose que la maladie est causée par un virus et qu'il y a une hypersensibilité zonale à cet agent. Le résultat de l'action du virus sur un terrain hypersensible est la maladie. On supose aussi qu'il y'a une virémie.

Le traitement consiste en une désensibilisation avec le propre plasma du malade et une immunisation lente et progressive, type vaccin. Pour guérir le malade, on injecte autant de doses qui soient nécessaires.
Dans l'application de ce plasma, on emploie le système de Thomas. Dans chaque dose, il y a toujours 0.1 ml intradermique pour désensibiliser le malade avec l'antigène qui l'attaque. Parallèlement avec la dose désensibilisante, on applique la dose immunisante, progressivement et montant en quantité chaque fois.
Par example: 0.1 ml + 0.4 ml signifie: dans une même piqûre on injecte 0.1 ml intradermique, on mets plus profondément la seringe et on injecte le reste, c'est à dire, 0.4 ml. Un autre example: 0.1 ml + 1.2 ml: la seringe est remplie avec 1.3 ml: on injecte 0.1 ml intradermique et le reste (1.2 ml) sous-cutané. Il faut suivre le système de Thomas ci-contre.
Une note très importante: il faut contrôler soigneusement le

malade dans les trois reactions: la reaction locale à l'endroit de la piqûre (aux les 24 heures), douleur et couleur rouge, plus de 3 cm de longueur. La réaction générale: fatigue, mal de tête, et la réaction focale: une recrudescence de la maladie. Dans chacun des trois cas, il faut diminuer la dose. Si la dose 5ème. est forte (réaction), il faut passer à la 4ème. et ensuite repasser à la 5ème.

Préparation: Il faut extraire 18 ml de sang que l'on mélange avec 2 ml de citrate de soude au 3.8%. Incubation à 4º C pendant 5 jours. Après, on centrifuge à1.500 r.p.m. en série jusqu'à éliminer les globules blancs, rouges et les plaquettes. Le plasma libéré de ces éléments figurés est mis dans un flacons stérile. Attention à ne pas contaminer le plasma, qui est trés facile. Le flacon type Insuline est trés utile.

Dans ce moment, on peut commencer le traitement en suivant le schéma de l'autovaccin de Thomas. Si le malade n'est pas gueri avec les 14 doses, il faut continuer le traitement avec 0.1 ml + 0.9 ml avec 3 jours d'intervale entre chaque dose. Dans ce cas, l'hémogramme est indispensable tous les 15 jours".

* * *

Nombre: *Sr. Miguel Serrano*
Muestra: *Sangre*
Solicita: Autovacuna hiperconcentrada de Thomas.
Modo de empleo:

1.ª Dosis	*0.1 cc intradérmico*
	Un día libre
2.ª Dosis	*0.2 cc ”*
	Un día libre
3.ª Dosis	*0.1 cc “ + 0.2 cc subdérmico*
	Dos días libres
4.ª Dosis	*0.1 cc “ + 0.3 cc ”*
	Dos días libres
5.ª Dosis	*0.1 cc “ + 0.4 cc subcutáneo*
	Tres días libres
6.ª Dosis	*0.1 cc “ + 0.6 cc ”*
	Tres días libres
7.ª Dosis	*0.1 cc “ + 0.9 cc ”*
	Tres días libres

8.ª Dosis 0.1 cc " + 1.2 cc "
Tres días libres
9.ª Dosis 0.1 cc " + 1.4 cc intramuscular
Tres días libres
10.ª Dosis 0.1 cc " + 1.6 cc "
Cuatro días libres
11.ª Dosis 0.1 cc " + 1.9 cc "
Cuatro días libres
12.ª Dosis 0.1 cc " + 1.9 cc "
Cuatro días libres
13.ª Dosis 0.1 cc " + 1.9 cc "
Cuatro días libres
14.ª Dosis 0.1 cc " + 1.9 cc "

Nota: Agítese antes de extraer el contenido.
Cualquier reacción intensa exige retroceder a la dosis inmediatamente anterior. El control del tratamiento debe ser observado personalmente por el médico tratante.
Si la primera dosis da reacción intensa, mezclar 1 parte de plasma con 2 partes de suero fisiológico estéril y se inyecta 0.1 cc. intradérmico.

* * *

El sistema del doctor francés Thomas consistía en rotar la sangre a gran polaridad hasta que el virus se aislaba y, luego, se sembraba en un caldo de cultivo y se preparaba en dosis graduadas. Luego se aplicaba la vacuna hasta formar los anticuerpos en el paciente.

Este sistema del doctor Thomas fue recetado por Alphan-Galté y sólo lo realizaba en Chile el doctor Jorge Vigouroux, mi antiguo compañero del Internado Barros Arana. La anterior fue la receta y el modo de aplicación graduado de la vacuna, en español. También las recomendaciones y comentarios, en francés. Como se puede ver, el tratamiento era largo y requería de gran paciencia y dedicación. Yo las tuve.

LA MUERTE DE JAIME GALTÉ

De regreso de la primera visita al doctor Vigouroux, quise comunicarme con Galté, para informarle. Su esposa me respondió en el teléfono. Estaba muy alterada. "Jaime no está bien", me dijo. "Creíamos que fuera un simple resfrío, pero ahora lo dudo. Le ruego que piense en él, que ponga su mente...". Fueron sus palabras.

Al próximo día volví a llamar, encontrándola aún más preocupada. Le pregunté por el médico que lo atendía y me dio el nombre del doctor Raúl Etcheverry, el mismo que me había visto y confirmado primero mi trombocitopenia y, luego, el von Willibrand. ¡El gran doctor Etcheverry! De inmediato le llamé para informarme, y cual no sería mi sorpresa cuando me explicó: "Galté se nos va; no tiene remedio, padece una leucemia incurable...".

Mi impresión fue enorme. Por largo rato estuve en mi cuarto meditando, concentrado. "He aquí –me decía– que Galté me ha diagnosticado justamente lo que él tenía, sin saberlo...". Y venía a mi memoria la escena de "La Montaña Mágica", de Mann. ¡El hondo misterio; el más hondo misterio! Salí de casa y fui a visitar a mi Maestro, a quien conté todo lo sucedido.

"Casi siempre es así con los *médiums*", me explicó; "porque son agentes inconscientes de poderes que ellos no controlan. Y cuando curan enfermedades, se las traspasan a sí mismos, careciendo del poder para destruirlas de verdad".

Sí; pero Galté poseía la capacidad de desprenderse voluntariamente, en el "cuerpo astral", e ir a visitar a quien deseara, como había quedado comprobado en mi caso. No era un *médium* totalmente pasivo. Fui a verle a su departamento de la calle San Antonio, en pleno centro de Santiago. Me recibió en un pequeño "living", acompañado de su gentil esposa, sentado en un sillón y cubierto con un chal, pues hacía frío en esa estación. De seguro, él no conocía la gravedad de su mal. Conversamos y le pregunté si el doctor Alphan podría recetarle. Me respondió que no, que esto no era posible con él mismo. Pensé para mí que el doctor Alphan ya lo había hecho, traspolando la situación en mi persona. Y no sé porqué no le recomendé que se hiciera la autovacuna con Vigouroux; tal vez, por esa absurda costumbre de ocultar a los enfermos la gravedad de su mal y comprendiendo que tampoco a Galté se lo habían dicho.

Debía retornar a Belgrado; pero decidí retrasar mi partida, para acompañar a Galté hasta el final. Volví a verle casi todos los días, a veces con mi esposa. Y conversábamos allí, en su salita. El me decía: "Cuando me mejore voy a tratar de cumplir mi viejo sueño de ir a visitar la Pirámide de Giseh, entrar en ella y quedarme allí toda una noche en meditación... ¿Me acompañaría usted?...".

Rápidamente se iba deteriorando. Otro día exclamó: "¡Qué ganas de ir a Suiza y correr por esos verdes prados, en sus colinas y a pies descalzos!"

Pronto ya no pudo levantarse del lecho. Entonces, al salir de su departamento, tuve una idea y, en un impulso, me dirigí a "La Moneda", la Presidencia de Chile. Di mi nombre y mi título a la Guardia de Palacio, que me dejó pasar. Me encontré así en el pequeño despacho de los Edecanes Militares del Presidente. Les pedí hablar con él. Y, a pesar de no haber solicitado una audiencia, el Coronel de turno entró a la sala presidencial. De inmediato la puerta se abrió y el propio Presidente, Eduardo Frei Montalva, apareció:

"–¿Qué se te ofrece, Miguel?", preguntó. "Te ruego disculparme que no te haga entrar, pues estoy tratando importantes asuntos con funcionarios. Mas, dime...".

"–Presidente, se está muriendo Jaime Galté. Hágase presente...".

Le vi muy impresionado:

"–¡Cuánto lo siento!... No te preocupes. Anda tranquilo. Ya veremos lo que puedo hacer. Gracias por avisarme".

Y me estrechó la mano con afecto.

Pensé que el Presidente conocía a Jaime Galté, pues él también era abogado.

Cuando a la mañana siguiente fui a ver a Galté, su esposa me contó, sorprendida, que en la tarde anterior había ido el Edecán de la Presidencia a preguntar por la salud de Jaime, de parte del Mandatario.

Gran gesto de ese Presidente de Chile, que me recibió sin audiencia previa y cumplió con un hombre superior que iba a dejar este mundo, un ciudadano corriente, sin representación alguna, manifestándole su preocupación personal, en medio de sus múltiples trabajos. Así eran antes los Gobernantes de Chile, y qué diferente el padre al hijo, que hoy ocupa la Presidencia del País.

Pero éste es otro asunto para más adelante, y que tal vez ni llegue a tratar en estas "Memorias".

Jaime Galté sufrió mucho. Sus dolores eran atroces. Llamaba a su madre en las noches.

Entré a verlo en su cuarto. Bajo el efecto de sedantes, pudo hablar conmigo. Frente a su lecho tenía la figura en madera de la Virgen. Galté era masón; pero esa imagen era la representación de su propia madre, de la Madre de todos. Me contó lo siguiente:

"Anoche vino a verme un monje encapuchado. Traía una bolsa llena de piedrecitas (¿las piedras del ataúd de su padre?), las que fue sacando una a una y poniéndolas sobre mi pecho en forma de cruz. Las dejó ahí un momento y, luego, las empezó a retirar, también de a una y pausadamente. A medida que las quitaba, con ellas se me iba un dolor. Pero no las retiró todas, creo que dejó dos, o tres...".

Relaté esta escena a mi Maestro. Me dijo: "Cuando retire esas tres últimas, se habrá muerto...".

Bien, el enviado fantasmal las retiró, pues Jaime Galté murió, creo que al nuevo amanecer.

En la sala de estar se había puesto el ataúd. Llegué cuando lo rodeaban los "hermanos" de su Logia. Me miraron sombríamente, como a un extraño. Pero yo no lo era, aun siéndolo. Porque, en tan corto tiempo, fuimos grandes amigos con Galté.

En el diario "El Mercurio" de ese año escribí un artículo con el título "Un Mutante Chileno".

* * *

Antes de retornar, para tomar el hilo cronológico interrumpido de estas Memorias, quiero hacerme aquí unas reflexiones. Algo que me ha intrigado sobremanera, a través de toda mi vida y que nunca he sido capaz de desentrañar, ni descubrir: ¿A qué obedecen, o por qué se producen esas coincidencias inesperadas, totalmente inexplicables, las que, en mi caso, se repiten tan insistentemente, en forma casi alucinante? El término "sincronismo", o bien, "fenómenos acausales", acuñado por el profesor Jung y por Pauli, no pasan de ser meras palabras que nada explican. Por ejemplo, dos veces en mi vida encuentro a Galté, en el mar y en una Universidad, sin saberlo y sin entablar conocimiento alguno. Sólo poco antes de que él deba dejar esta tierra, entramos en relación

y, de tal forma, que aún hoy me siento unido a él. Conmigo realiza su última experiencia, de un modo trascendente, diríamos. Y la receta de su doctor Alphan sólo puede realizarla alguien que fue mi compañero de colegio y que yo había reencontrado sólo unos días antes, en una fotografía, uno al lado del otro, entre los demás alumnos de ese curso.

No hay una explicación para esto. ¿Quién lo dirige? ¿Y por qué? No lo sé. Sólo *El,* quizás, lo sepa... Pero tal vez tampoco lo sepa...

Foto del Internado Barros Arana, en 1931. Sentado en el suelo, el primero a la izquierda, Andrés Balmaceda; en la primera fila, el segundo a la izquierda es mi amigo de la juventud, Felipe Martínez Arnáiz; en la misma fila, el último de la derecha es el "Huaso" González; en la tercera fila, de pie, el primero a la izquierda, mi amigo Mario Gallardo; luego, Ortiz, el "Cara de Hombre"; después, el "Ñato" Vigouroux; a su lado estoy yo. Esta foto es premonitoria, por haber sido precisamente el doctor Vigouroux quien realizara la receta "dictada" por el *médium* Jaime Galté.

ME HAGO ESCRITOR

Retornemos, volvamos a mi primer accidente y a la calle Lira del antiguo Santiago. Inmóvil, en cama, recibí a los compañeros del Internado que venían a visitarme. Un día, entre ellos, llegó Guillermo Tapia, ese muchacho especial que se parecía al actor Ivan Mojouskine, intérprete del film "El Difunto Matías Pascal", de Pirandello. Se sentó junto al lecho y me dijo:

"Mucho te debes aburrir. ¿Por qué no escribes?".

Y me miraba con sus ojos oscuros, profundos, como dándome una orden.

Todo lo que sigue y esta misma escena han sido contados en mi libro autobiográfico "Ni por Mar, ni por Tierra". Sería inútil de mi parte tratar de repetirlo, porque no podría hacerlo mejor que entonces. En "Ni por Mar, ni por Tierra" escribí con sangre la historia de mi generación. No puedo derramarla de nuevo, pues ya no la tengo para lo mismo. Por ello, será bueno que me salte lo ya descrito, dispensándome más dolor, sin repetir lo dicho hace casi cincuenta años.

De una vida exterior, me volqué hacia dentro, comenzando a vivir en mis sueños y poniendo la imaginación en la escritura. Al mismo tiempo me transformé en lector insaciable, teniendo como único guía al amigo nuevo que me diera el impulso misterioso. Fue así como de Conan Doyle y Jack London pasé a Knut Hamsun, a Panait Istrati, a Dostoiewsky, a Oscar Wilde, a Giovanni Papini, y, de ahí, a los filósofos alemanes, a Kant, a Max Scheler, a Schopenhauer, a Spengler, a Keyserling, a Nietzsche, y todo lo que pudiera leer.

Mi espíritu aventurero se revistió de un sentido literario y filosófico, incorporándolo al impulso primigenio de mi estirpe. Y fue así como, por esas "afinidades electivas", busqué en mi curso del Internado, y en otros cursos, a jóvenes camaradas, más o menos semejantes, que también habían sido trabajados, como ya he dicho, por las lecturas de los escritores rusos pesimistas: Michael Arzibachev, Boris Pilniak, Constantin Fedin, Svolod Ivanov. Al igual que Hernán González, también se suicidó el querido amigo Cavada; muy jóvenes ambos. Cavada, por angustia existencial. Formó parte del grupo con el que escapamos un día del Internado, con el fin de ir a trabajar a la mina de cobre "La Disputada", de Las Condes, en esas montañas que pertenecieran a mi familia. Tras

todo un día de esfuerzos infructuosos, en las laderas de los Andes, sin poder conseguir el traslado a las alturas, en el andarivel de la mina, la mayoría decidió el regreso, menos Cavada, que insistió hasta el final.

Esta aventura nos costó la expulsión del Barros Arana. Me llamó a su oficina don Damián Meléndez, el Vice-Rector (el Rector, Alcayaga, no quiso aparecer). Después de comunicarme la expulsión, me reveló que yo había estado becado y que si no lo sabía era porque mi abuela le había pedido expresamente no decírmelo, para no herir mi orgullo. La beca me la habían dado en consideración a que mi abuela era de Copiapó, como él, y también a que yo era nieto de don Joaquín Fernández Blanco. Esto último me pareció entonces extraño, sin poder encontrar conexión alguna entre mi abuelo Joaquín y el Internado Barros Arana. Pero hoy pienso que se debería al "balmacedismo" de mi abuelo y por haber sido el Presidente Balmaceda el fundador de ese centro educacional.

Fuera de esto, en aquel tiempo, yo ni siquiera sabía lo que era una beca y pienso que tampoco me habría importado conocer que me la habían otorgado. Al contrario, hasta es posible que me hubiera preocupado de portarme mejor para merecerla. Pero no estoy seguro...

SANTIAGO DEL CAMPO

Fuera ya del Internado, entré al Colegio Valentín Letelier y, luego, al Lastarria. No sé en cuál de ellos era profesor de castellano y de literatura Mariano Latorre, el escritor "criollista". Ya casi nadie le recuerda hoy, menos a un Luis Durand, a un Eduardo Barrios, ni al poeta Diego Dublé Urrutia, a Pedro Prado, a Augusto D'Halmar, a un Salvador Reyes, o a un Manuel Rojas. Toda una generación de hombres cultos, entregados de lleno al arte y a la lectura: Alfonso Leng, el músico; Eugenio González, el filósofo; Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción y editor de la Revista "Atenea", y tantos otros. Vivieron y se esforzaron para crear y perdurar, a lo menos en la memoria de los chilenos. Nadie los lee ni los conoce ya, aun cuando se encuentren en los textos de estudio y en algunas antologías. Peor acontece con mi generación. Ni siquiera se sabe que existieron nuestros escritores. Los que formaron mi grupo, el "círculo hermético" de los años

treinta, que juntó el Destino por un tiempo breve –¡ay, muy breve!– y que el Drama dispersó.

Mis primeros escritos no se los leí a nadie, ni siquiera al responsable de ellos, a Guillermo Tapia, sólo a Felipe Martínez, y no siempre. Buscaba, sin embargo, a un buen auditor. Y este apareció de un modo sorpresivo, inesperado. Un muchacho menudo, que caminaba muy rápido y se vestía pulcramente. Parecía un torero; sus padres eran españoles, tal vez andaluces. Se había educado en el Colegio de los Agustinos, teniendo como profesor al Padre Escudero, humanista, erudito y de amplia visión. Su compañero de curso fue Eduardo Anguita, el poeta. Luego, pasó al Instituto Nacional, donde compartió los estudios con Héctor Barreto y el poeta Julio Molina Müller. El me los presentó.

Santiago del Campo se llamaba, y creo que le conocí por mis hermanas; o bien, fue en casa de las jóvenes Bolívar, hijas del doctor don Carlos Bolívar, donde íbamos a bailar algunas tardes. Con la hija de Victoria Bolívar, Marta Larraechea, se casó Eduardo Frei Ruiz-Tagle, actual Presidente de Chile. Su padre, Eduardo Frei Montalva, vivía en la calle Marcoleta, casi al frente de la casa del doctor Bolívar. En el estilo de las reuniones o fiestas de aquellos tiempos, se bailaba, se servían bebidas no alcohólicas, a lo más un "ponche" muy aguado, se conversaba y alguna joven tocaba el piano, mientras alguien recitaba. Mi amigo Felipe recitaba "La Carreta", con ampulosos gestos y modulaciones altas y bajas, que imitaban el golpe de las ruedas en los baches del camino polvoriento de un campo del sur (algo así como "La Carreta Polaca" de Mussorgsky). Allí fue donde por primera vez escuché a ese muchacho fino, menudo, recitar con pronunciación casi hispánica, "Ya viene el Cortejo", de Rubén Darío. Se le escuchaba arrobado, aun los que sólo se interesaban por los deportes y nada sabían de literatura o poesía. Se respetaba la inteligencia. También la cultura era un arma en la conquista de las muchachas, un arma tan poderosa como la fuerza física y los puños.

Santiago del Campo, además de recitador, era un gran bailarín. Tenía condiciones histriónicas y, algunas veces, interpretó en el teatro sus propias obras, como "California". Su cultura era más bien clásica, de preferencia la literatura española. Hablaba y leía el francés, le encantaba practicarlo con las muchachas cultas, que conocían esta lengua. En verdad, era un retórico y un actor,

además de un gozador de la vida y de la noche, en la bohemia juvenil del Santiago de hace cincuenta años.

A mí me costaba mucho asistir a este tipo de fiestas y reuniones. Me estaba haciendo cada vez más introvertido y hasta tímido. Habría sido incapaz de recitar un poema en voz alta, menos en público. La literatura la tomé desde un principio como un drama ("escribir con sangre", a lo Nietzsche), todo lo contrario a los juegos verbales de una retórica de sociedad.

Los padres de Santiago del Campo vivían en España. Se había quedado en Chile en casa de su abuela, ya muerta en los tiempos en que nos conocimos. Habría que decir, sin embargo, que esa sociedad a la que me estoy refiriendo, de los amigos de mis hermanas y de esos jóvenes deportistas, con un intelectual entremedio, nada tenía que ver con la aristocracia chilena, que siempre ha sido (como todas las aristocracias del mundo moderno) muy ignorante e inculta. Los escritores chilenos, salvo excepciones muy especiales (Pedro Prado, Vicente Huidobro), han pertenecido a la clase media alta y baja, por lo general, y, a veces, hasta del pueblo.

Santiago del Campo era absolutamente extrovertido, representaba en todo, en la literatura especialmente, lo contrario a mí. Tal vez por esto mismo llegamos a ser tan amigos. Y fue por él que llegué a integrarme a ese círculo trágico de jóvenes escritores de mi generación. De todos ellos, ni uno sólo es recordado de la gente de hoy. Nada ha perdurado. Además, se fueron, y para siempre. Ni al mismo Santiago del Campo se le recuerda. Tan sólo su hijo y yo.

* * *

Salvo por breves períodos, cuando he estado en Chile y residiendo en Santiago, casi siempre he habitado en la vecindad del cerro Santa Lucía, ya sea en la calle del mismo nombre, frente a una piedra recordatoria de don Nicolás Palacios, genial autor de "Raza Chilena", donde hoy vivo –cuando no estoy en Valparaíso– o en Victoria Subercaseaux, en el lado opuesto de este cerro. La calle Lira, como hemos explicado, queda al frente, cruzando la antigua Alameda.

Por allí iba yo, una noche de hace muchos años, torturado por un dolor agudo, sordo, que entonces me atenazaba, como un gemido de la especie, del ángel aprisionado en una cárcel de

estrellas, de la noche estrellada, honda y cálida del verano. Caminaba lento, absorto sólo en mi mundo interno, sin mirar a ningún lado. De pronto, alguien me habló. No le reconocí al comienzo. Venía entrando a una casa –la que aún existe en esa calle Victoria Subercaseaux–. Era Santiago del Campo. Me invitó a pasar. Supe que era la casa de su difunta abuela, que había dejado en herencia a sus sirvientes. Allí vivía Santiago por el momento, rodeado de muebles y cuadros antiguos. Nos sentamos en unos mullidos sofás y él, que sabía que yo estaba escribiendo, me pidió que le leyera algo, si lo llevaba conmigo. En efecto, yo tenía unos manuscritos en el bolsillo. Me puse a leérselos. Me escuchó atentamente, creo que sin mucha convicción. Luego, me preguntó por mi idea sobre la literatura. "Escribir con sangre", le contesté, "sin tomar mayormente en cuenta la gramática, ni las reglas de la sintaxis". Creo que esto ya lo había descubierto en mi lectura. Un purista de la lengua, como él era, fue, sin embargo, generoso y no me hizo crítica alguna. Quizá lo impresionara la pasión y el dolor auténticos con los que yo había escrito. Nada de literatura, pura confesión. Para él, escribir era un juego elegante y controlado; el interior, el alma, no había que exponerlos. Era cosa más bien de estilo. Sin embargo, en su último libro, antes de su muerte, sobre el Conquistador Pedro de Valdivia, "El Capitán Conquistado", pareciera como que también volcó su corazón. Hoy descubro que esa regla que me fijara en mi adolescencia, el "escribir con sangre", no la he abandonado jamás, y sigo manteniéndola hasta el presente.

Santiago se olvidó esa noche del sueño, y hasta altas horas me estuvo leyendo párrafos preferidos de don Ramón del Valle-Inclán, en sus "Sonatas", y también de un escritor italiano, que a mí no me interesaba, en boga en esos años, Pitigrilli, en su libro "Mamíferos de Lujo". En cambio, me gustaba Guido da Verona, con el "Asesinato del Arbol Antiguo" y, sobre todo, Giovanni Papini, con su "Hombre Acabado" *("L'Uomo Finito").* Este sí escribía con sangre del corazón, no siendo, por ello, del total agrado de Santiago. El drama de Papini era del pensamiento y tuvo gran influencia en toda una generación de italianos y también aquí en Chile. Hasta su conversión al cristianismo, que lo ablandó y nos decepcionó a muchos nietzscheanos, considerándola como una traición.

Tras ese encuentro, la amistad con Santiago se consolidó, haciéndose una necesidad literaria el vernos a menudo. El me leía

todo lo suyo, yo muy poco de lo mío. Pasó a ser un visitante asiduo de mi casa. Y lo que es más importante, me introdujo en el círculo de los jóvenes intelectuales de su Instituto Nacional, que había cambiado por el de los Padres Agustinos. Un "círculo laico", por así decir.

Pero Santiago del Campo no era sólo un literato. Su genio era múltiple. Amaba la noche y sus milagros. Me presentó también a sus amigos nocturnos –como el "chico" Vega, que trabajaba en el Club Hípico– y que le financiaban, por simpatía, sus correrías por bares y salones de baile, donde él danzaba con esas mujeres de la noche de otros tiempos, cariñosas y admiradoras de los poetas, de los escritores y de los actores de teatro. Allí conocí a Alejandro Flores, a Pedro Sienna, a Rafael Frontaura, a Lucho Córdoba, a Américo Vargas. Recuerdo a un amigo suyo, compositor de temas musicales, quien, tras una noche de juerga, de "farra", como decíamos nosotros, improvisó una canción al amanecer, en el piano de un cabaret, dedicada a los gitanos. Lo oigo aún cantar, acompañado por Santiago:

"Partir, partir mañana
Será nuestro destino
La alegre caravana
Se irá por el camino...".

Así veo también a mi querido Santiago, alejarse por un largo sendero oscuro, en una noche de Madrid, donde muriera aún joven, de un modo absurdo, por una dosis de morfina contraindicada, prescrita por un médico adicto, para calmar los dolores de una dolencia repentina e inesperada. El era también un "amado de los Dioses" y tenía que irse a esa edad. Ya lo había dado todo y no habría sabido qué hacer en este mundo de hoy, contaminado por la electrónica y el materialismo más atroz. Como Tito Mundt, Delfín Alcaide, Luis Hernández Parker, Alvaro de la Fuente y el mismo Chamudes... (Les ruego perdonarme que nombre a toda esta gente absolutamente desconocida para ustedes, en la sociedad de consumo, en la economía social de mercado; pero que fueron grandes y tenían alma...).

* * *

Mañanas, días en los montes, con un libro y papeles en el saco. Más algunas naranjas. No asistía a los cursos del colegio. Leía, estudiaba por mi cuenta. A veces, me encontraba con algún otro solitario, un hombre del campo. Nos alejábamos sin decir palabra. Vacas, caballos pastando, cabras de las alturas. Con la vista perdida en las cumbres, en los horizontes, entonaba canciones escuchadas a mi padre en la niñez. En las pozas de aguas claras, transparentes, me sumergía desnudo y nadaba. Bebía el agua de las vertientes. Conversaba también con las aves, los insectos y los árboles. Les hablaba del libro que leía y de su autor. Nietzsche, Giovanni Papini, Knut Hamsum, Panait Istrati, Zilahy Lajos fueron así conocidos por alguna roca de los Andes, elegida por mí; por algún pájaro, un arbusto, un árbol, una humilde flor, una hoja. ¿Qué habrá sido del bello lagarto iridiscente, a quien le leí la "Canción de la Noche" de "Así Habló Zaratustra"? En el río de las metamorfosis, ¿dónde irá hoy su energía y los pensamientos-vibraciones que él absorbiera, prestando tanta atención a mis palabras, inmóvil al sol sobre una piedra?

Descubrí una vez un valle cubierto de musgo verde claro y tapizado de flores multicolores, guardado por árboles frondosos. Lo hice mi refugio. Afirmado en un grueso tronco, leía, estudiaba, escribía; a veces, contemplaba, sin pensar en nada. Ahí tuve por primera vez el sueño con una muchacha de pelo negro, de tez clara y ojos muy profundos, a punto de caerse de una escarpada cima y que me imploraba ayuda.

Con el horizonte encendido de rojo, en el atardecer, descendía de regreso, para alcanzar ya de noche la ciudad.

Me sumergía en el sueño, tratando de reencontrar a esa bella joven, y poder salvarla.

HÉCTOR BARRETO

¡Qué difícil se me estaba haciendo el contacto con los demás! De un muchacho sociable y alegre, me había transformado en un personaje huraño, triste, introvertido, sin amigos. Guillermo Tapia había dejado el Internado Barros Arana, para ir a estudiar en su ciudad de Chillán. Perdía así a mi primer maestro en el mundo del pensar. Felipe Martínez seguía siendo mi fiel compañero; pero le veía poco, por razón de sus estudios; además, se inclinaba a la pintura, sin gran interés por la literatura. Así las cosas, no me

quedaba ya más que Santiago del Campo. Y fue él, como he dicho, quien me puso en contacto con esos otros náufragos de mi generación, tan solitarios como yo, soñadores, aventureros, navegantes, que también habían naufragado en la tierra.

En especial, "Jasón".

JASÓN, EL ARGONAUTA

"Lamella era Dodona, y en las arenas de Dodona crecieron las viejas encinas patriarcales. Jasón huyó de su familia, de su padre. Se fue con los argonautas, tripulando la barca Argos y se sumergió en el mar de la inmortalidad, para siempre. Pero su padre siguió tras él y, luego de años de buscarle, un día llegó a unas islas, en medio de un mar azul, donde encontró una nave vacía y encallada. En el palo del mástil, como un emblema de los sueños del hijo, que él no supo comprender, se mecía la piel dorada del Carnero. Era el Vellocino, que Jasón encontró lejos del padre y de las antiguas encinas de Dodona –que era Lamella– prendido al hilo de sus mejores esperanzas... Argonauta en un tiempo sin gloria y sin bondad...".

Copio esto de "Ni por Mar ni por Tierra". Pensaba reproducir aquí entero ese cuento de Héctor Barreto, tan hermoso, "Jasón". Habría sido, en la distancia de los años terrestres, el mejor homenaje –en la prisión de Saturno-Kronos– al artista extraordinario, al amigo entrañable, inolvidable. Pero en ninguna parte lo he hallado, ni en el libro que se editó, con alguno de sus relatos, "La Noche de Juan y otros Cuentos", ni en mis propias obras, en la "Antología del Verdadero Cuento en Chile", donde creí haberlo incluido. Por un tiempo, tuve conmigo los manuscritos de sus historias; pero se los entregué a su hermano, para que él los guardara. Voy a tratar de recuperarlos, si aún fuera posible, para editarlos. "La Noche de Juan y otros Cuentos" cumple con un deseo póstumo de Barreto: que su amigo, el dibujante Fernando Marcos, ilustrara sus relatos; además, los prologa, aportando recuerdos y detalles preciosos de la personalidad de Héctor, junto a quien estuvo en el momento de su muerte trágica.

Incorporado a la leyenda áurea de Jasón, el Argonauta, Héctor Barreto debe ir aún navegando por el mar de las Constelaciones, pues, los argonautas eran más bien astronautas y el Viaje

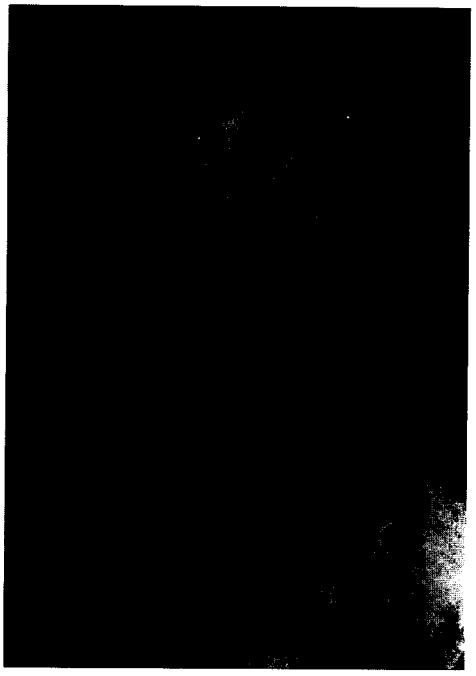
fue siempre un Viaje Estelar; ni Dodona, ni Lamella, ni Cólquidas, ni Aía, a la "izquierda del sol y de la luna", existieron nunca aquí en la tierra, sino en el cielo. Ni el Vellocino de Oro, ni el *Gral...*

* * *

Santiago del Campo, como he dicho, me presentó a Julio Molina, hijo del autor de "La Selva Lírica", autor él mismo de los libros de poemas "La Primavera del Soldado" y "Los Caballeros vuelven al Oasis"; a Iván Romero, a Robinson Gaete, a Irizarri, a Ahumada, a Guillermo Atías (Anuar Atías) y a Héctor Barreto. Más adelante, conocí a Braulio Arenas, a Jaime Rayo y a Juan Derpich; también, a Enrique Gómez-Correa, a Teófilo Cid, a Eduardo Molina, a Juan Tejeda, a Eduardo Anguita, a Volodia Teitelboim. Formaban grupos independientes, autosuficientes, sin contacto entre sí. Yo me junté con los primeros, fieles representantes de la pura bohemia nacional –casi digo nacionalista–, de esos oscuros años, por encontrar allí un vínculo estrecho con mi mundo del Internado Barros Arana. No en vano el Instituto Nacional era el otro brazo del mismo cuerpo de educadores laicos y humanistas del Chile vernáculo, intelectual y varonil.

Escribir "Memorias" significa recordar. Pero no es esto lo que yo pretendo aquí, en el caso de Barreto, en especial, y en otros que deberán seguir en el transcurso de estas páginas. Intento, si fuera posible, revivir lo vivido y *lo que no viví;* es decir, prolongar, extender los hechos reales al plano de lo irreal, de lo inexistente, de lo que nunca fue, pero que pudo haber sido y que, por esto mismo, es más real que todo lo que una vez aconteciera. ¿Cómo lograrlo, por medio de qué exorcismo, por arte de qué magia, o técnica desconocida de la concentración? No lo sé. Las imágenes de las formas de los seres terrestres están allí, en algún recipiente de la luz del Cosmos. De la luz viajera. No desaparecen con la materia pesada de las formas, perduran. Son ellas las que pueden revivir, y yo sólo debo evocarlas, encontrarlas –alcanzarlas en la velocidad de la luz–, revestirlas de la energía imaginaria del amor y de la lealtad. Sólo esto, lo demás lo harán ellos mismos, por su cuenta. *Los de allá.* O los que ya están allá; porque siempre estuvieron allá... y aquí.

* * *



"Este es Héctor Barreto, te lo presento...". Santiago del Campo nos mira con sus ojos pícaros, burlones, como si perfectamente supiera que sólo está facilitando el reencuentro de dos legendarios guerreros de Esparta, muertos en las Termópilas, protegiéndose uno al otro hasta el final... El rostro que tengo al frente es delgado, pálido, de amplia frente y tiene el temporal izquierdo hundido por un golpe de maza del enemigo. Sus ojos oscuros me miran al fondo de mi alma y están como afiebrados. Una sonrisa bella y tierna se va insinuando. Sobre la mesa de ese bar de la calle San Diego (su nombre lo he recordado en "Ni por Mar ni por Tierra"), extiende su mano y estrecha la mía: "¡Salud!", me dice. "Heil!", respondo, con la señal de los antiguos trovadores de la raza de los dóricos.

Los demás no dicen nada, sólo nos contemplan. Julio Molina apoya su brazo doblado en ángulo recto sobre el rústico madero. Luego declarará que "así está Dios en el Universo". Recuerda que también fue uno de los Argonautas, que acompañó a Jasón en el viaje por el Mar de la Leyenda. Todos ellos, los allí presentes, formaron parte de esa tripulación mítica, en busca de Hiperbórea. Santiago debe haber sido Lince, el vigía de los ojos de águila. Y yo fui Orfeo, en busca de Eurídice.

Héctor Barreto comienza a narrar su historia, todas sus historias: "Jasón", la primera; "La Ciudad Enferma"; "El Pasajero del Sueño"; "Rito a Narciso"; "La Forma"; "El Color"; "La Noche de Juan"... y tantas otras que allí improvisara como extrayéndolas de un sótano de la prehistoria del mundo y de la Patria Mística. Todas ellas ya han sido recordadas y transcritas por mí, en textos antiguos, en papiros egipcios y en "tablillas" de Rapa-Nui. No las voy a repetir nuevamente.

Se acabó esa noche y Jasón y yo nos fuimos caminando por la calle San Diego, hacia el fondo del sur, hacia la Avenida Matta. La cruzamos, llegamos a Sierra Bella y a Santiago Concha. Y ya estábamos en los recintos sacros de mi encarnación actual, con mis propios fantasmas, que él aún no conocía. Me tocó el turno de hacer las presentaciones:

"–Este es don Rafael Fernández Concha, el Obispo Sabio; curiosamente, yo pienso que él creía en la reencarnación. Familia de viñateros y alquimistas. Por necesidad, destilaban y destilaban en vasijas de madera de Bosnia, para llegar a producir el 'Espíritu del Vino Secreto', pudiendo hasta conocer el 'Quinto Libro' de Weindenfeld, en busca de la inmortalidad de la carne, de la 'presencia y la figura', pues, don Rafael conoció ese 'dolor de amor que no se cura sino con la presencia y la figura'...".

"–Dime" me preguntó Jasón, "y el Gran Antepasado, aquél que nos une a ambos, más antiguo aún que nuestra Esparta Dórica, el Padre de todos los Eumólpidas, el inventor del Oráculo de Delfos, el que guarda el Vellocino de Oro, ¿dónde está?...".

"–No lejos de aquí", le respondo; "pero en dirección a la montaña, al oriente, en el interior de los corredores subterráneos de la Vieja Mansión... mas..., a El sólo nos puede llevar el poeta loco, mi tío Vicente Huidobro.... Vamos a buscarle...".

Jasón asintió. Y fuimos primero hacia abajo, por la antigua Alameda de las Delicias. Allí le encontramos, contemplando su propia estatua, frente a la casa de su madre. Me saludó con la cordialidad de un miembro de familia. A Barreto le puso la distancia de los desconocidos y le pasó, para que leyera, sus libros "Gill de Rais" y "Cagliostro", los únicos que a Jasón en verdad le interesaban de toda su producción. Vicente fue a despedirse de su madre y volvió para guiarnos en nuestro viaje a la Casona del Gran Antepasado. Mientras avanzábamos, me repitió: "¿Sabes porqué nuestros ancestros fueron tan devotos y declaraban a todos los vientos amar tanto a Dios? Porque eran de un orgullo luciferino, y no pudiendo aceptar inclinarse ante nadie, lo hacían únicamente ante Dios... Por que ellos sabían que Dios no existe...".

Jasón sonreía, en la claridad de esa noche de luna llena.

Al divisar a lo lejos los techos de la ancestral mansión, Vicente me contó otra historia:

"–Uno de nuestros abuelos amaba enfermizamente a su mujer, prima suya, por supuesto. Una vez que ella viajó a Santia-

go, para visitar a sus padre, él quiso poner a prueba cuánto ella le amaba. Los viajes en carruajes a Santiago se extendían por semanas en esos tiempos. Aprovechando el plazo, se hizo construir un ataúd de madera por el carpintero de la hacienda. Y, sobre los techos, puso vigías para que le avisaran el regreso de la señora. De este modo, tuvo tiempo para entrar en el ataúd y recostarse dentro en la posición de los difuntos. Los sirvientes tenían la orden de hacerla pasar directamente a la sala, donde el sarcófago se hallaba rodeado de grandes velones. Al ver allí a su marido en el ataúd, ella se desmayó. Entonces", me decía Vicente, "nuestro abuelo saltó fuera del ataúd, batiendo palmas y exclamando: '¡Me quiere, me quiere!'".

"–¿Y qué habría pasado si en lugar de desmayarse, ella hubiera exclamado: 'Qué alivio, al fin está muerto'?".

"–¡Ah!, entonces él se muere de verdad...".

Así era nuestro Vicente Huidobro, con su humor especial, a veces macabro, inventándole cuentos a la familia, que nacían de alguna tendencia muy oculta, de una raíz autodestructiva en él mismo, puesto que no sólo inventó cosas semejantes, sino también las vivió. En la Segunda Guerra Mundial, donde fue corresponsal "free lancer", autonombrado, hizo que la Agencia "Reuter" transmitiera un mensaje anunciando su muerte en el campo de batalla, para que se enterara en Chile, Ximena, su mujer. Años antes, en París, ya había anunciado su rapto por los Boy Scouts ingleses, como represalia por la publicación de un opúsculo: "Finis Britannia", y, durante la Guerra Civil española, se autoinfirió heridas en el rostro, acusando a los fascistas italianos de agredirle, por un artículo suyo aparecido en el diario "La Opinión", de Santiago, donde atacaba a la aviación del Duce.

Era un niño, que nunca creció, algo innatural, por supuesto. Le vi un día esconder unos dulces que le había regalado su madre, doña María Luisa Fernández, para que no se los fuera a comer su hijo, Vladimir, que acababa de entrar en el cuarto.

Luz y sombra. A más luz, más sombra. "Para que un árbol llegue con su copa al cielo, sus raíces deberán tocar los infiernos", decía Nietzsche.

Pero ahora íbamos en busca de las Raíces Mayores, las de todos nosotros, no sólo de esta familia.

Un día, Eduardo Anguita le dijo a Vicente Huidobro: "Usted no cree en Dios, Vicente... ¿Qué haría si la puerta de su casa se

abriese y apareciese ahí Dios?...". Y Vicente: "¡Pues, que sacaría mi revolver y le dispararía cinco tiros!...".

Seguíamos caminando. Pasamos de largo la Casona de las Condes, sólo Jasón y yo, porque ahí se quedó Vicente, visitando a esos ancianos, a los abuelos y al Obispo sacro. Nosotros seguimos por los recónditos pasillos subterráneos hasta dar con el oculto centro de la cordillera andina.

Comenzó a sentirse un ruido de cadenas, como si un prisionero se estuviera arrastrando allá abajo. Encendimos nuestras antorchas y continuamos.

Y apareció el Gran Prisionero. ¡Indescriptible! Era Kronos-Saturno, su Sombra, en las entrañas de la tierra, allí engrillado con las cadenas del Tiempo. El rostro era de roca oscura, cruzado por vetas minerales, con grandes grietas de oro, de cobre y de plata. Las cavernas de sus ojos se dirigieron hacia nosotros para contemplarnos con un dolor inmenso y pepitas de oro se desprendieron de ellos. Tronó su voz:

"–Allá, arriba, fui SAT-UR-NO, aquí soy SAT-AN-AS. Soy Jahvé-Jehová. ¿Por qué no ha venido con vosotros mi acólito?".

Un frío mortal nos recorría, agitándonos como a las encinas patriarcales de Lamella –que era Dodona. Jasón desenvainó su espada y avanzó, diciendo: "–Yo cortaré tus cadenas, yo te liberaré, para que de nuevo seas Saturno, ¡Oh SAT-AN; SAT-AN-AS!".

"–No", dijo el Gran Antepasado, "aún no ha llegado esa hora, aún tienes nuevamente que morir para repetir la misma historia, casi eternamente...".

En ese instante apareció allí mi tío-bisabuelo, don Rafael, el Obispo Emérito, y me tomó de la mano sacándome apresuradamente de la caverna, arrastrándome con fuerza.

Arriba, sobre la cima andina, sobre la cumbre del monte Parzival, el que no existe, apareció la Estrella de la Mañana, *Lucibel,* dejando caer sobre nosotros su luz honda, humedecida, como pétalos de un otoño de los cielos...

Nuevamente había perdido a Jasón, mi camarada, tragado por la Sombra de los montes.

* * *

Pero lo recuperaré en su relato áureo:

Soy un niño, allá en la vieja China, en la dinastía hiperbórea de los Dropas blancos. Mi padre me ha enviado a estudiar el instrumento musical de una sola cuerda, con un sonido parecido al de la tampura védica, con un maestro que vive más allá del bosque. Todas las tardes voy. Pero esta vez me he desviado un poco en el sendero que recorro y, sin saber cómo, me encuentro frente a un claro y en el jardín de un palacio con techos dorados y de color rojizo, que levantan sus aleros en forma de pagodas, en el estilo original del Paraíso perdido de Hiperbórea. Allí se encuentra jugando una princesita de cabellos trenzados, que me mira sin extrañarse y me invita a acompañarla. Todo el día se nos pasa sin saber cómo. Muy tarde regreso a casa, donde encuentro a mi padre preocupado. Me interroga por la causa del retraso. El profesor de música también ha venido a consultar por mi ausencia. Les cuento lo que me ha sucedido y cómo fui invitado por una princesa a participar de sus juegos en el jardín de su palacio. Mi padre y el profesor se admiran, pues allá no hay ningún palacio, ni rey, ni joven princesa. Yo insisto y les llevo al siguiente día al bosque y al viejo sendero. Mas, ¡ay!, nada existe, sólo una lápida en el suelo, entre las yerbas y las raíces, con una inscripción casi borrada por el tiempo: 'Aquí yace la princesita Shui-Fu, muerta en el Año de la Amapola, en el antiguo País Austral de las Flores'..."

Esta historia nos la contó Héctor Barreto en esa antigua noche, de hace ya más de medio siglo, en el Santiago del Nuevo Extremo, el que desapareció como aquel Palacio encantado.

* * *

Sí, es verdad, no sabíamos cuán bello era Santiago, con casas de un solo piso, con mamparas y patios interiores, lleno de cielo, de noche y de día, sin ruidos casi, como una lejana ciudad de una provincia del mundo, sin ladrones, ni asesinos. Jóvenes como nosotros podíamos caminar hasta altas horas de la noche por las calles solitarias, por los extramuros, sin temor a nada y en busca

de la aventura y en la espera de lo maravilloso. Braulio Arenas contaba cómo un día Barreto le llevó por unos barrios nocturnos en busca de la entrada a la Ciudad de los Césares. Dieron vueltas por plazas y callejuelas perdidas, hasta que Barreto se detuvo ante una línea invisible, diciéndole que era un obstáculo insalvable que no podrían cruzar sin peligro de quedar inmóviles para siempre. "Esa, era la línea encantada que protegía la entrada de la Ciudad. Aún no estaban preparados para poder traspasarla. No estábamos preparados para la inmovilidad...".

Vivíamos en un Santiago ya desaparecido, perdido sin remedio, sin saber cuán hermoso era. Quien vive en el Paraíso no lo sabe. Sólo lo supo el que lo perdió. ¡Sí, el Paraíso existe desde que se perdió! Antes no existía...

* * *

Nunca me he mirado largamente en los espejos. En verdad, no sé cómo soy. No tengo memoria visual, no me fijo ni recuerdo los detalles. Miro algo, otra cosa, una esencia, lo fundamental; eso sí lo capto, pero sin mirar de frente, casi como lo hacen los hindúes, como lo hacía Nehru. Sin contemplar con los ojos físicos, sino con otro órgano, que no olvida nunca, de modo tal que basta "mirar" así una sola vez un rostro, un objeto, una persona, para ya no olvidarla más y poder reconocerla en cualquier parte de este mundo o de otro. Aunque no sepa de qué color tenía los ojos, o su pelo, ni la forma de sus manos. Ni un solo detalle de los que "volverán al polvo". Es por esto mismo que no sé si he envejecido, porque no recuerdo ni mi rostro, ni mi cuerpo de antaño, ni tampoco sé cómo los tengo ahora. Sólo percibo la esencia, que no envejece y que, de algún modo preciso, es personal, inconfundible, insoslayable.

Cuando estoy intentando trasponerme a aquellos lejanos años, descubro que no me cuesta un gran trabajo, porque pareciera como que soy el mismo de entonces, que nada ha cambiado y que tampoco ninguno de mis amigos ha envejecido. No necesito recuperar, resucitar sus cuerpos, porque ellos vienen solos, "reintegrados por sus esencias".

Esto se parece a los sueños que soñamos cuando viejos, pero en los que seguimos siendo tan ágiles como cuando jóvenes. Tal vez los ocultistas no han descubierto todavía que el "cuerpo astral" no envejece, manteniéndose siempre en una "edad absoluta", o con un

tiempo diferente, como el del monte Meru, o del monte Parzival, los que no existen.

Héctor Barreto fue como un griego de los tiempos de Fidias y de Píndaro ("Ni navegando en naves, ni yendo a pie encontrarías el camino maravilloso a los juegos de los hiperbóreos". Pítica, X, 29-30).

Era delgado, todo músculos, ni alto ni bajo, un gran nadador. Julio Molina tenía los ojos azules de su madre alemana (Müller). "Vengo de una raza sin lágrimas", declaraba. Una poliomielitis le había dejado un defecto al caminar. ¿Cómo sería yo? No lo sé. Dicen que muy delgado, de pelo rubio, ojos azules y alto, para esos años, un metro ochenta. Barreto era elegante en el vestir y en todos sus gestos y modales. También lo éramos Santiago del Campo y yo. ¿Cómo lo hacíamos para conseguirlo? Tampoco lo sé. Me había mandado a confeccionar un abrigo, con un género inglés que me regalara Juan José Latorre, el hijo del Almirante. Era hermoso. Barreto tenía otro, también de muy buen paño y lo usaba con un sombrero de alas levantadas, a lo Adolfo Menjou, artista de cine, ejemplo de elegancia en los años treinta. Así nos reuníamos y nos presentábamos en esos tugurios de la bohemia de aquellos tiempos, conscientes de ser únicos, a lo menos en el drama del pensamiento y de nuestras inquietudes existenciales.

Santiago del Campo no tuvo un peso –una perra, dirían los españoles–, a lo menos hasta que trabajó en distintas oficinas, o como periodista. Ahora dormía en un cuarto que le facilitaban en el Instituto Nacional, donde sólo podía entrar hasta las doce de la noche. Si se pasaba de esa hora, tenía que quedarse trasnochando hasta el amanecer. Entonces, su amigo Héctor Barreto le acompañaba, contándole historias improvisadas, para que la noche pasara más rápido. Santiago me las recordó y yo las narré en "Ni por Mar ni por Tierra". Una fue la de la vieja China... ¡Qué maravillosas historias!

Héctor Barreto también era pobre, mientras pudo estudiar sin trabajar, vivió en los sueños. Y sus sueños eran viajes por todos los mundos. "Viajes sin dinero", los llamaba él. ¿De dónde venía? ¿Quién era? Barreto puede ser un apellido portugués. Hace poco, alguien me trajo de regalo el escudo de armas de la familia Barreto. Aquí lo tengo ahora sobre la mascarilla de yeso del héroe. Su padre había muerto y su madre trabajaba en costura para poder educar a sus dos hijos. El nombre de la madre era Ibáñez y, como se sabe,

es éste un apellido irlandés (Evans), castellanizado en tiempos de la Colonia. Está clara la influencia celta en este escritor y narrador, que lo asemejó a un Lord Dunsanay, a un Wilde, a un Tolkien, a un Poe y a esos bardos de las sagas de Irlanda y de Galicia, que a su vez aman la Grecia clásica y la Roma antigua. Héctor Barreto aún no se limpiaba el polvo de una encarnación pasada en el Olimpo de los Dioses griegos, entre esos atletas pindáricos, o en las huestes de Alejandro, si es que él no fue Alejandro, o Pitias, el de Massilia (Marsella), que fuera en busca de Hiperbórea.

La relación conmigo no fue instantánea. Como he dicho, me había hecho un introvertido y prefería escuchar a hablar. Además, hoy me doy cuenta de algo de lo que entonces no fui consciente: aunque también yo era pobre; sin embargo mi casa y mi familia, su entorno, eran aristocráticos y esto se notaba y cohibía a esos muchachos de una clase media alta, o menos que alta. Yo no me fijaba en esto, era demasiado espontáneo y mi casa estaba abierta para mis amigos, fueren quienes fueren, o cómo fueren; pero, sin intentarlo, y sin desearlo, de un modo instintivo ponía distancia entre mi mundo interior y el de ellos. Y esto se habrá notado, porque un día Barreto me lo dijo.

"No te entregas jamás, no sales de ti mismo, no das nada y lo recibes todo. Esto no es bueno para ti, ni para tus amigos, quienes no saben cómo en verdad eres...".

Estábamos en mi cuarto de Lira. Sorprendido, no pude responderle. Barreto quedó inquieto, como si reflexionara, como si se arrepintiera de lo que había dicho. Se paseó por la pieza. Se detuvo y, mirando a su alrededor, exclamó:

"Nos rodean fantasmas con cara de palo"...

Insinuó una sonrisa triste y se despidió con dificultad, sin saber bien cómo hacerlo.

Me quedé pensando en que Barreto tenía razón, pero también concluí en que esa actitud mía no era sólo con los amigos y los extraños, sino aun con mi propia familia, con mis hermanos y primos, con mi abuela y hasta habría sido así con mi madre y con mi padre, si los tuviera vivos. Una imposibilidad de entrega, una distancia y lejanía de un yo que a veces era un El soberano, que no podía acercarse. No era libre para hacerlo. A lo menos en este mundo. Y ahí, tal vez, tuviera explicación la historia de Vicente Huidobro sobre nuestros antepasados: *"Sólo ante un Dios, que no*

existe, se podían inclinar, o entregar"... O como Dante, amar sólo a Beatriz muerta...

* * *

¡Oh, héroe joven! ¡Oh, amado de los Dioses! ¡Quiero reproducir para ti las palabras de otro héroe de mi tiempo, que tú no conociste, pero que también habrías amado tanto como yo le amé! Era bello como el sol y valiente como el león de Africa, noble y leal como tú. Se llamó Leon Degrelle. Y dijo:

> *"Un alma es un jardín inviolable. Hay que abordarla con ternura. Si se os abren sus secretos ocultos hay que avanzar de puntillas y saber que frente a uno se encuentra quizás una conciencia mucho más elevada que la propia. ¡Qué alegría, sin embargo, si se puede traspasar la dicha a los corazones de los demás!... No estamos en este mundo para vivir cien o más años... Sino para perfilar el alma, vigilar sus debilidades y exaltar sus impulsos, ayudándonos los unos a los otros... Jamás las legiones romanas, ni el Imperio de Napoleón, conocieron esa formidable cohorte de los más heroicos soldados como fueron las* Waffen SS. *Las virtudes y visiones proféticas de los jóvenes héroes caídos, algún día, estoy seguro de ello, traerán una nueva vida. Quizás sobre nuestras tumbas, o cenizas. Nosotros, los precursores, no conoceremos, sin duda, la Tierra Prometida, pero otros la alcanzarán. En tanto exista un idealista en este mundo, la salvación será posible..."*.

* * *

Así, como caminando en puntillas, llegó una noche a nuestro círculo un poeta extraño, de perfil agudo y muy pálido, de melena negra. Me parece como que nunca contemplé su rostro de frente, sino sólo de perfil. "Un alma inviolable, delicada", que había que abordarla con recogimiento, casi con espanto, sin tocarla, por ningún motivo, para no contaminarse de su frío, de su mal metafísico.

Barreto le dijo a Irizarri: "Si yo pudiera ponerle mis manos en sus hombros a ese poeta y mirarlo profundamente al fondo de sus ojos, sin hablarle, sin decirle nada, él quedaría en paz...".

Se llamaba Omar Cáceres y es el más grande poeta de un solo libro: "La Defensa del Idolo", prologado por Vicente Huidobro. Consideraba su oficio como sagrado: *"Ni un solo pensamiento, ¡oh poetas!, los poemas existen, nos aguardan..."*. *"Rodeado de fantasmas, de fantasmas, para poder pensar..."*.

En "Ni por Mar ni por Tierra" creo haber dicho todo lo que es posible sobre Omar Cáceres. Las palabras están escritas como a través de mí. Nada más es posible decir sobre él y su misterio. Sobre esa alma, o vehículo de la *Poesía*. Que la *Poesía* eligió al azar, como la Música a Mozart.

No es de extrañar el egoísmo de los escritores chilenos, de los poetas de su generación –salvo Vicente Huidobro–, el olvido consciente de un Neruda, de un Humberto Díaz Casanueva, de un Rosamel del Valle, de un Juvencio Valle y de toda la crítica para con Omar Cáceres, el mejor de todos ellos. Neruda era un egoísta y un egocéntrico que jamás pronunció una palabra de alabanza en público para uno de sus congéneres nacionales, cuidando su sitial, que siempre creyó en peligro. Sólo yo he recordado a Omar Cáceres y, si no fuera por mí, nadie sabría hoy que él existió en Chile, que aquí "alentó y empobreció pasos en la tierra" y que murió una noche, asesinado en las riberas del Mapocho. Sólo la Poesía lo sabe.

En varios de mis libros reproduzco sus versos y lo cito. Especialmente en "Nos. Libro de la Resurrección".

"Azul Deshabitado":

"Y, ahora, recordando mi antiguo ser,
los lugares que yo he habitado,
Y que aún ostentan mis sagrados pensamientos,
comprendo que el sentido, el ruego con que toda
soledad extraña nos sorprende
No es más que la evidencia que de la tristeza humana queda.
O, también, la luz de aquel que rompe su seguridad,
su consecutiv'atmósfera,
Para sentir cómo, al retornar, todo su ser estalla
dentro de un gran número,
Y saber que 'aún' existe, que 'aún' alienta y empobrece
pasos en la tierra,
Pero que está ahí absorto, igual, sin dirección,
solitario como una montaña, diciendo la palabra entonces.

De modo que ningún hombre puede consolar al que así sufre:
Lo que él busca, aquellos por quienes él ahora llora,
Lo que ama, se ha ido también lejos, alcanzándose".

Cuántas veces, yo también me he parado allá, frente a Gay con Echaurren, o lo que fuera Lira 31, donde escucho el "ruego con que esa soledad extraña me sorprende" y que "no es más que la evidencia que de la tristeza humana queda"; o de ese "azul deshabitado" que "aún guarda mis sagrados pensamientos".

Y entonces, ahí estoy, "solo como una montaña, repitiendo la palabra 'Entonces'".

También en la Suiza italiana, en Montagnola, en "Tiroler Gasse 3", en Viena, o en Belgrado, o en "Pritviraj Road", en India.

O frente a una Tumba, la de "NOS", la de la Resurrección. La de Beatriz-Allouine...

* * *

Omar Cáceres decía: *"Dentro de toda columna, hay siempre un ángel de pie"...*

Otra noche llegó, con sus pasos diminutos y se sentó a nuestra mesa. Habló así:

"Me compré un *faisán,* me costó un *florín,* lo *fustigo* todo el día, compañeritos". Pronunciaba con fruición, como saboreando las palabras, con ese humor único, intraducible, del chileno. Humor nocturno, de la noche profunda, de la Medianoche (de Nietzsche) que también era nuestro Mediodía.

"Mi tragedia es la de aquél que fue demasiado lejos en el corazón de los hombres y en su propio corazón... De aquél que creyendo disponer del Universo, tropieza, en cambio, con la omnipresencia lacerada de su yo... Aquéllos que han amado mucho y que han meditado en el porqué de su sufrir al perder para siempre lo que amaron, ésos, tendrían que comprenderme...". "Una modalidad ético-estética debe alcanzar necesariamente aquél que parte en línea extrema de sí mismo... Mi grande emoción, la trágica experiencia de mi espíritu, son auténticas...".

Así escribía de sí mismo.

Y Vicente Huidobro, en el prólogo a "La Defensa del Idolo":

"Estamos en presencia de un hombre cuyas células tienen una paciencia y un recuerdo milenario... La poesía es estado de conciencia cósmica... Su poesía está auscultando el más allá, presenta el caso de una necesidad de vivir otro mundo... La Poesía es defensa del Idolo y creación del Mito. Las fuentes de la Poesía son las mismas fuentes de la Energía universal... Es 'eslabones herméticos hablándose al oído', 'en un sólo éxtasis de aire'...

"Detrás de tus ventanas la Poesía cruza el Universo como un relámpago...".

Y así cruzó Omar Cáceres la noche. Nuestra noche.

Nos contó que una vez había contemplado el movimiento de una estrella, al ir pasando de un extremo al otro de su ventana. Comprendiendo que era la tierra que giraba, se mareó.

La Estrella de la Poesía, "cruzando por su ventana"...

LA MUERTE DE BARRETO

Voy a tratar de evitar, en lo posible, el relato de sucesos de mi vida que no toquen lo arquetípico, o que no sirvan para recordar a seres que "cruzaron la noche" y se perdieron, tal vez si para siempre, hombres y mujeres que, a lo mejor, esperan de mí una señal, o una palabra impregnada de amor que, en una mínima porción, les devuelva lo mucho que ellos me dieron.

Frente a mi casa de la calle Lira vivía una bella mujer, que tenía un pequeño negocio de venta de sombreros. Era de tez pálida, de pelo negro y liso, de ojos profundos y oscuros, nariz perfilada y boca de labios rojos y sensuales. Al lado de su casa estaba la pastelería de "Las Rengifo", famosa por sus exquisitos dulces. A veces, la joven mujer salía de paseo con su hijo de unos doce años de edad, tomado de su brazo. Vivía sola y separada. Venía del norte de Chile. Tanto se parecía a la actriz Dolores del Río, admirada por Gabriele D'Annunzio, que yo la llamaba con el nombre de un personaje de uno de sus films: Belina.

Ella se sentaba en las tardes de verano en una silla a la puerta de su casa y miraba pasar a los transeúntes con sus ojos abismales. Cuántas veces yo también la había mirado a ella desde mi balcón.

Con Felipe Martínez habíamos inventado un silbo especial, algo así como una clarinada, con el que nos llamábamos en los patios del Internado Barros Arana. Aún lo recuerdo y soy capaz de reproducirlo, al igual que recuerdo el grito de guerra del Internado, en las competencias deportivas: "¡Chacala-chacala-cachau-chau-chau, pónele que pónele que pom-pom-pom, chimbumbá-chimbumbá, Internado ganará!".

El silbo de Felipe también lo usaba para que mi mama Delfina me abriera la puerta de calle a cualquier hora de la noche en que llegara, pues no me daban llave de la casa.

Y fue así como una noche, no muy tarde, silbé en la calle Lira para poder entrar en casa. Casi inmediatamente, y sin dar tiempo a que mi puerta se abriera, se abrió la de la casa de enfrente y asomó el rostro de Belina. Luego su figura entera. Yo estaba parado ahí, pues había pasado a la vereda de enfrente para que me vieran mejor de las ventanas del segundo piso de mi casa.

Sin esperar a una respuesta, tomé la iniciativa y le pedí a esa mujer que me dejara entrar. Ella aceptó. Y yo me encontré dentro de su casa, insinuándole cerrara la puerta de calle para no ser visto de la mía.

Lo que siguió está dentro de una nube, no recuerdo casi nada. Sé que ella se resistió a mi presión, a mi avance; empezó a decirme cosas apasionadas, pero como de una mística o una santa. Se dirigía como al cielo y daba las gracias por una suerte de redención en presencia de un ángel, o algo así. Estaba como frente a una aparición y sus frases eran bellísimas. Me hablaba de que debía ser casto, permanecer siempre puro, porque yo era un ángel y toda mi familia lo era; mis hermanas, de belleza divina. Me acariciaba el rostro, me besaba las manos, me abrazaba con sus brazos perfumados y desnudos. Y yo no podía hacer nada, inmóvil, bajo una suerte de encantamiento, envuelto en el torrente de sus palabras, y en ese amor totalmente desconocido, que me había inhibido también en un éxtasis misterioso.

Con una ternura apasionada, infinita, ella me empujó nuevamente hacia la puerta de su casa y de vuelta a la mía.

Volví a silbar y pude entrar, sin saber si la vieja mama se había enterado de todo y era ahora mi cómplice.

En mi lecho medité en lo sucedido, tan extraño, y tuve la seguridad de que nunca más Belina volvería a actuar así, resistiéndose.

* * *

Al siguiente día desperté con dolor de cabeza. Al atardecer este dolor era tan intenso que mi familia tuvo que llamar al médico, un doctor joven de apellido Tapia Fernández, a quien yo debería encontrar muchos años después en la India, como delegado a una Conferencia de la Organización Mundial de la Salud.

En la noche, al dolor de cabeza se sumó una fiebre alta. En esos días en Santiago y el resto de Chile se había desatado una epidemia de tifus exantemático. El doctor me diagnosticó este grave mal. Se hizo necesaria una junta de médicos y se llamó también al doctor Carlos Bolívar. Era éste el abuelo de la actual esposa del Presidente de Chile, como ya hemos contado. Un hombre alto y grueso, de piel morena, reconcentrado y estudioso, al que veíamos de cuando en cuando, siempre en su estudio de la casa de la calle Marcoleta, con un texto en alemán entre sus manos. Era de una gran bondad y no cobraba nunca a sus clientes pobres, que lo veneraban. Era un sabio a la antigua. Casado con una señora tan generosa y humana como él, doña Victoria Lefort. Sólo tuvieron hijas, a las que adoraban y consentían. Ellas eran las amigas de mis hermanas.

Ahora, el doctor Bolívar estaba sentado a la cabecera de mi cama, a un lado, y al otro el doctor Tapia. Discutían sobre mi caso. Enfrentábanse dos escuelas de medicina: la moderna, con sus nuevas técnicas y la tradicional, serena, sabia, que prefería no hacer experimentos. El doctor Tapia aconsejaba darme un baño de tina para bajar la temperatura y que el corazón resistiera la alta fiebre. El doctor Bolívar se oponía a moverme del lecho. Y creo que se decía a sí mismo: "Hágase el destino y que la naturaleza se defienda sola, si es que puede". Me parece que él ni siquiera se hallaba seguro del diagnóstico y de que mi mal fuera un tifus exantemático. Por suerte, fue quien se impuso, quedándose junto a mi lecho esa noche y muchas otras. No hacía nada, sólo me ponía paños fríos en la cabeza. Contemplaba, esperaba, tal vez creía, como los araucanos, que la enfermedad se debe a seres "elementales" que atacan desde afuera –o desde adentro– (hoy les llaman

bacterias, microbios, virus), debiendo entrar en combate con otros seres invisibles –que pueden ser "ángeles buenos"–, que hoy son aprisionados en cápsulas y químicas, pudiendo, por ello –debido a su tortura–, ser armas de doble filo. En todo caso, es una guerra, un combate. Y el gran Doctor sólo lo contemplaba alerta, imperturbable. Su mente concentrada cumpliría el papel del exorcista, o del *Machi.*

Estuve muerto, diez y seis días muerto. Tal vez hoy, con la parafernalia tecnicista y con la inmensa maquinaria en que se ha transformado el negocio de la medicina materialista, habrían decretado mi definitiva muerte cerebral, declarándome apto para donar mis riñones, mi hígado, mis ojos, como si fueran pernos, tuercas, bujías, y cargarlos en la cuenta del cirujano que hace el trasplante, con una buena tajada para el hospital.

Mi gran amigo Felipe vino a ayudar y, junto con mi hermana Berta, Delfina y mi abuela, me cuidaban de día y de noche; me vigilaban, pues yo intentaba dejar el lecho y escaparme. Esto, al comienzo, luego, ya no sé nada. Aun cuando me sumergí en imágenes y mitos. Según me diría después el doctor Bolívar, esto no era posible, pues estaba muerto, o como muerto, con las funciones físicas paralizadas. Sin embargo, yo soñé; mejor dicho "viajé", me "sumergí" en imágenes, en mares, en leyendas. Vi una mujer muriendo dentro de un velero. Me pedía ayuda. Vi un hombre vestido sólo con pieles y portando un violín. Vi un mar azul y otra mujer nadando hacia unas islas, diciendo que iba en busca de su amado. Vi animales felices, que me hablaban de un Continente desaparecido, y de las frutas de antaño. Y todo esto envuelto por una música profunda. ¿Si mi cerebro estaba paralizado, con qué soñaba, con qué "vivía" todo esto, si estaba "muerto"? Preguntas sin respuesta, que ya nos hiciéramos muchos años después con el profesor Carl Gustav Jung.

Un día, no sé cuándo, volví, o *desperté.* Fue como entrar en un cofre. Era mi cuerpo. Sentí los pulmones y que yo los iba a usar, que empezaban a recibir y a expeler aire. Y mis oídos escuchaban algo ensordecedor, como un estallido. Era el ruido que hacían las páginas de un periódico al volverse y que estaba leyendo una enfermera, sentada en una silla junto a mi cama. Es decir, mis sentidos estaban nuevos, sin uso por largo tiempo; se habían tomado un descanso reparador.

Lo que sentí de golpe fue lo mismo que cuando la aparición del "yo", allá, en la hacienda de Popeta. *EL* –Arquetipo, Dios– me había tenido en sus dominios, en su mundo mítico y legendario y, de nuevo, me devolvía a las dolorosas y atormentadas praderas del "yo", para continuar aquí esta historia inconclusa.

* * *

¡Ah, se me olvidaba! Poco antes de mi "regreso" al "yo", me salí del lecho y me fui hacia el balcón de mi cuarto. Ahí crucé la puerta, sin abrirla, y me dejé caer hacia la calle junto a un coche mortuorio tirado por caballos, que en ese momento iba pasando.

¿Acaso era éste mi propio entierro? ¿La visión de algo que no sucedió? ¿O que, a lo mejor sucedió y ni yo ni nadie se ha dado cuenta?

Cuando el profesor Jung estuvo "muerto" y vio que en el espacio oscuro se iba acercando a una figura en meditación, sentada, con las piernas cruzadas en la posición del loto, y que allí sería absorbido, integrado, tragado por ella, porque estaba "pensando su propia vida", se resistió y no murió. Volvió a este "mundo-situación", a este lado de las cosas. Entonces Jung se hizo la más extraña y espantable reflexión, la que hasta hoy me preocupa: "No morí; pero alguien tenía que morir por mí...". "Y así fue", agrega. Y da en seguida el nombre (en sus "Memorias" póstumas) de la persona que lo "reemplazó".

Hoy pienso que a lo mejor Héctor Barreto me reemplazó a mí... *("Es necesario que El muera para que yo viva...".)*

Otra cosa, aquél que salió del lecho, *o se salió de mi cuerpo,* porque era *un otro cuerpo,* y que se lanzó al vacío y allí flotó, no era *El,* era "yo". *Tenía conciencia de Sí-Mismo.*

* * *

Ahora, ¡qué extraña coincidencia, mi enfermedad con el encuentro nocturno con mi vecina, sólo la noche anterior! No puedo dejar de pensar en términos religiosos, entendiéndolo como lo habrían hecho mis parientes maternos, el obispo, los ancestros, los "seres angélicos" que trabajan en nuestras células, que manejan nuestros genes, en una determinada dirección programada y que, de pronto, van a ser contrariados, dejados sin su misión, "sin

trabajo", teniendo que ser reemplazados por "otros servidores", cambiando la dirección del Destino.

Es posible que también tenga que ver con la reencarnación. Una tendencia mística muy fuerte se ha imprimido en mi herencia. Y aunque ella había sido desviada y transformada grandemente en el ambiente del Internado, nada se había opuesto aún con fuerza irresistible, hasta el encuentro del adolescente con la Mujer, con la primera Mujer de verdad, actuante y presente. Mi Maestro me dijo un día, años después, que en mi encarnación anterior yo había sido el santo Luis de Gonzaga, quien murió muy joven. Así como he dicho que Barreto aún no se limpiaba el polvo dorado de una encarnación heroica en los tiempos áureos, tal vez yo tampoco el de la túnica de ese joven santo. Una vez, Vicente Huidobro, molesto por mi timidez en el trato con la mujer, mientras marchábamos a caballo por los campos de su fundo de Llolleo, me enrostró que yo era una "mezcla de cura y tonto". Es decir, Luis de Gonzaga.

Ante la inevitable tormenta pasional que pudo desatarse, por el contacto con una sabia mujer, todas las fuerzas aún presentes, de una castidad anterior a esta vida, indeleblemente impresa en los genes, fue defendida a muerte por sus "servidores" y estuvo a punto de sacarme de este mundo.

La Mujer lo intuyó, lo supo, y, por ello, esa noche actuó como María Magdalena, en la leyenda krística, de un modo arquetípico, de rodillas ante la idealización que ella siempre respeta y anhela, en busca de su propia redención. Así de grande es el Eterno Femenino.

Por eso yo la recordaré siempre: a "Belina".

Un día, muchos años después, fui a ver una obra de teatro, representada por su hijo, como su único actor; una obra de Josseau. Y asistí, con la imagen en la memoria de ese niño que iba tomado del brazo de su madre, por la antigua calle Lira, sin poder evitar que corrieran mis lágrimas.

* * *

En una decisión repentina, abandoné la ciudad de Santiago para ir al sur, a Chillán, donde se radicaba Guillermo Tapia. Mi familia estuvo de acuerdo. Entraría allí al Liceo de la ciudad, siendo mi apoderado el padre de mi amigo, el Intendente de la

región del Ñuble, abogado y latifundista, don Felidor Tapia. Residían, también temporalmente en esa ciudad, mi tío Jorge Ariztía Serrano, primo de mi padre, mi tía Cristina, hermana de mi madre, y mis primos, Joaquín y Francisco, aunque este último estudiaba en Santiago la mayor parte del año. Mi tío trabajó allí como inspector de la Caja Agraria. Una muestra de mi independencia y soledad fue la decisión de vivir aparte, en una pensión, no muy lejana de la Plaza de Armas. Almorzaba y cenaba en casa de mi amigo, en la Intendencia, y, algunas veces, en la de mis tíos; las menos posible, pues no sabía allí de qué conversar. Recuerdo que una vez provoqué el enojo del dueño de casa al referirme a un tema astronómico, que despertaba mis inquietudes. Cortó el asunto de raíz, diciendo que no había que pretender resolver esos misterios, más aún siendo tan joven. Tampoco en casa de mi amigo se trataban temas de alto nivel intelectual. Sólo se hablaba de los problemas regionales, de la agricultura y de los asuntos menudos de la provincia de esos años. Don Felidor era un personaje curioso. Reinaba como un patriarca y, en la mesa del comedor, a veces llamaba a los sirvientes con un fuerte silbido, no exento de sentido de humor campesino. Mi amigo Guillermo era tan solitario como yo, encerrado en su mundo y en sus libros, sin poder conversar ni cambiar ideas e inquietudes con nadie de su familia, ni menos aún con los compañeros del Liceo. Nos encerrábamos en su cuarto a charlar, o bien emprendíamos caminatas por las calles de Chillán, contemplando los cielos claros y analizando a Spengler, o comentando a Keyserling. Otras veces, nos traían caballos y partíamos en dirección de algún fundo de su padre, acompañados por un campesino. Hermosas e inolvidables cabalgatas, bordeando el río Diguillín, o en cacerías de liebres por las montañas y los valles. Todo esto está narrado en *"Ni por Mar ni por Tierra"*, en el capítulo "La Provincia", con las vivencias de mi primer contacto con el "Sur Chico", por así llamarlo. Impresiones imborrables de una tierra hermosa y siniestra que aún guardaba las sombras inquietantes del primer terremoto, que destruyó totalmente Chillán Viejo, con la casa allí del Libertador don Bernardo O'Higgins. Y faltaba muy poco para que el drama volviera a repetirse; sólo un año, y el Chillán Nuevo, el que yo conocí y en el que viví, desapareció también totalmente en otro terremoto. El Intendente, don Felidor, murió en su cama, al derrumbarse un muro de la Intendencia. Mi amigo se salvó milagrosamente, protegido por la mampara de la

entrada de la casa. Yo había dejado Chillán, meses antes; también mis tíos.

Chile es un país precario, resto de alguna catástrofe de la prehistoria, algo así como un balcón sobreviviente y pendiendo sobre el abismo de las aguas. Bello y luminoso, envuelto en aureolas transparentes y en arrebatos místicos, acallados, en sordina, como los de una niña muy hermosa y frágil, enferma de tuberculosis y que habrá de morir irremediablemente.

Luz y sombra, a mayor luz más sombra. Sobre los valles, las hondonadas, las sierras, las inmaculadas cumbres, junto a la luminosidad en movimiento, que nimba los volcanes, se posa un presentimiento, un signo fatídico y dramático. Algo así como una espera, como un anuncio. Y es que todo se volverá a repetir, el terremoto, la catástrofe. Se abrirán los montes, resurgirán los gigantes y el balcón sobreviviente se sumergirá en el mar. Y del fondo de las espantables aguas del Pacífico, emergerá el Continente del Espíritu.

Cuentan los pescadores que regresan antes del amanecer en sus botes y que observan la faja costera, que ellos ven el fuego que proyectan todos los volcanes de Chile. Y aseguran que están en actividad. Una actividad silenciosa, por el momento.

Cuando el gran terremoto de 1964, que destruyó la ciudad y el puerto fluvial de Valdivia, yo me encontraba enfermo en India, como ya he contado. Y fue entonces cuando el profesor Jung me escribió horrorizado por esta tragedia, revelándome la ley misteriosa del "sincronismo", entre la tierra y el hombre que la habita: "Su enfermedad está relacionada con lo que acontece en su tierra...".

El terremoto de Chillán se podía ya presentir en el aire de los tiempos que le precedieron. También hoy el clima insostenible de maldad, de crímenes y de satanismo que envuelve a nuestra Patria y la contamina física y mentalmente, presagia algo tremendo. Y no sólo en Chile.

* * *

Cuando estuve convaleciente de mi enfermedad y se me permitieron visitas de amigos, un día vino a verme Santiago del Campo. No hizo caso para nada de la recomendación de no excitarme con temas serios. Me contó que se había hecho muy

amigo de la señora Isabel Morel, quien se interesaba por el espiritismo y las ciencias ocultas. Se la había presentado a Barreto y, en una sesión mediúmnica se habían remontado a los tiempos de Jesucristo. Y una voz gritó: *"¡Las coartanas, las coartanas!"*. Y Santiago imitaba la voz y este grito, explicando que las *coartanas* serían unos carros romanos. Tuvieron que sacarlo discretamente de mi cuarto. Me subió la fiebre y por varios días mi cerebro, recién "reocupado", quedó repitiendo esas palabras e imaginando esa escena antigua. Hasta el día de hoy no las olvido.

Barreto se había sumergido en estudios de magia y ocultismo, llevado por sus propias experiencias con los "sueños vividos". Basta leer su cuento "El Pasajero del Sueño" para concluir que él tenía visiones y fenómenos de "desprendimientos" parecidos y mucho más avanzados que el mío durante mi enfermedad. Me atrevería a decir que había llegado a experimentarlos a voluntad, según se deduce de su relato. Y esto era grave y debe haberle preocupado grandemente, al carecer de puntales y referencias culturales al respecto, como todos nosotros. Por eso, de seguro, su búsqueda afanosa en libros y documentos. A mí me recomendó leer "La Historia de la Magia" de Eliphas-Leví. Yo, por la influencia de estudios racionalistas, de conversaciones en el Internado y creyendo, con Nietzsche, que "Dios había muerto", no supe comprenderle y le critiqué. Hasta ese momento, sólo le había admirado como a un esteta, sin sospechar que en sus historias y en su arte hubiera algo mucho más serio, para lo cual yo aún carecía de referencias y preparación. Le recomendé filósofos en boga, el psicoanálisis y Freud. Aún no sabía nada de Jung. ¡Cuán equivocado estaba!

Creía, además, haber salido totalmente indemne de mi enfermedad. El doctor Bolívar estaba admirado y no podía convencerse. Me hizo caminar frente a él para ver si no me había quedado algún impedimento, algún desequilibrio en el andar. Sólo mucho después, en plena guerra europea, creo que vine a experimentar las serias consecuencias, de modo que si realmente es como hoy lo veo, esa enfermedad marcó un hito definitivo en toda mi existencia, ya que allí se produjo algún suceso orgánico, la apertura en el cerebro de alguna "puerta" o "ventana", que haría posible la actividad de otra *potencia,* o la "entrada", o "salida", de una doble-esencia, que iba a realizar *su historia* en una "extra-situación", pudiendo ampliar la conciencia –"mi" conciencia– hacia ese otro plano. Todo

lo cual se experimentaría como el fenómeno del *desprendimiento de un cuerpo dentro del cuerpo.*

Arma de dos filos fue esa enfermedad. No me mató, pudiendo hacerlo, ya que ésta pareciera ser la forma en la que mueren los de la familia de mi madre. Así murieron Vicente Huidobro y mi hermano Diego[5] y varios otros parientes, por un "mal" anidado en el cerebro. Y al no morir yo, al haber resistido entonces, se abrió allí una ventana al *Hombre-Astral.* Parafraseando a Nietzsche: "Lo que no me mata, me hace Super-Hombre...". Tal vez en esa familia de los Fernández Concha, los que *"creían que Dios no existe",* se ha estado preparando, en sus vasijas, de madera de Bosnia, la transmutación del Hombre-Dios, por medio de un "virus" (un "ángel-demonio", un *huichalalhue,* como dirían los *Machis* araucanos) que "opera" en su cerebro, lo destruye, o lo fuerza a defenderse, abriéndose un día como una flor azul, para ponerse a disposición de una Mente Superior que pueda "sobrepasarlo", al fin. Y se habrá vencido, se habrá evitado para siempre el *terremoto,* el drama planetario, redimiéndose a Saturno-Kronos, al Gran Antepasado, en su Prisión Demiúrgica.

* * *

Barreto también estaba en este terrible combate. Pero él no tendría a su disposición los "Servidores" en esa "historia genética", ni era dueño de la Mansión del Gran Antepasado; ni el Obispo sabio, ni los alquimistas del "Espíritu del Vino Secreto", podrían guiarle desde dentro de él mismo. Ni yo tampoco aún me hallaba en condiciones de socorrerle, pues estaba recién "ampliándome" en este mundo. Y aún no recibía el *"doubius* beneficio" del "mal de la familia". La Enfermedad del Elegido.

Lo que la razón no capta, en cambio el corazón sí lo sabe de algún modo certero. En la relación con Barreto se estaba cumpliendo un Mito, una Leyenda muy antigua, encarnándose el Arquetipo heroico de la hermandad de dos guerreros-peregrinos (los *Ashvinos*[6]) en busca desesperada de un camino de salida y superación para sus esencias. No éramos más que dos muchachos de veinte años.

---

5. Así también está muriendo, en estos momentos, mi hermana Blanca.
6. Camaradas guerreros de la India védica.

Pero nuestra historia tenía mil años. Para él no había solución, pues ya había ido demasiado lejos y carecía de apoyo en este mundo. En todo sentido. El había dado un salto que lo sobrepasaba hasta en lo familiar y el medio. Tal vez buscó apoyo en mí y, por eso, intentó forzarme a salir a su encuentro, en su ayuda. Pero yo estaba –creía estarlo– tan expuesto y vulnerable como él.

A mi regreso del sur volví a buscar a mis amigos y, en especial, a Barreto. Estaba cambiado, aún en su vida material. Trabajaba ahora en la Editorial Ercilla, corrigiendo pruebas de noche y durmiendo –soñando– de día, siempre en sus "viajes sin plata". Así ayudaba a su madre a sobrellevar sus penurias económicas. Además, y esto fue lo más extraño, había entrado a militar en un partido político, el Socialista. Nadie encontró una explicación para ello. Anuar Atías, el escritor, quien después se hiciera comunista, no podía creerlo y le acusaba de traición a Jasón, al sueño, a la Poesía.

Barreto respondió únicamente que "se había hecho socialista porque le daban pena los niños descalzos bajo la lluvia...".

Nadie de nosotros pensó en seguirle, menos que nadie yo.

Ahora Barreto vino a mi casa y señalándome mis libros en la biblioteca, me dijo: "Préstamelos, voy a leerlos todos, en especial a Freud...".

Eran los tiempos de la guerra civil española. Héctor venía mucho más seguido a verme. Un rictus amargo en su boca, una tristeza profunda en sus ojos; se quedaba por largos períodos en silencio, mirando el aire, como si contemplara esos "fantasmas con cara de palo".

"Estoy cansado", me dijo un día. "Yo, aquí, como me ves, lo he vivido todo, absolutamente todo, en sueños... Nadie me entiende. Menos aún en el Partido. Son gente espesa, nada saben de arte, de literatura. He querido que me ilustre un cuento, publicado en la revista "Rumbos" del Partido, un amigo artista, Fernando Marcos. Se han negado, pues tienen un ilustrador oficial, un pésimo dibujante".

Y me habló de la guerra de España, con admiración por ambos bandos, relatándome los gestos heroicos de ese pueblo que él admiraba y amaba, por la herencia de su sangre y por la epopeya histórica de la Conquista. Nada de dogmatismo doctrinario, nada de consignas sociales del Partido. Sólo admiración por el héroe y el guerrero, estuviese donde estuviese.

Era muy poca la gente con la que él podía ahora conversar. Tal vez yo fuera el único. Escribió un poema por aquella fecha. Este era uno de los versos: "Azúcar de invitaciones con palidez de consejo...". Me lo explicó: "Esa palidez de los terrones de azúcar a la hora del té, cuando los familiares te invitan para darte consejos sobre lo que debes hacer y no hacer; buscar trabajo, para ayudar a los tuyos y no estar ocioso...".

En fin, Héctor entró a trabajar, como hemos dicho, de corrector de pruebas en la "Editorial Ercilla" de esos años, que luego pasaran a dirigir los apristas peruanos exiliados, Manuel Soane y Luis Alberto Sánchez, entre otros. Llegaba a sus labores antes de la hora del té, entre las cinco y las seis de la tarde (a tomar las "once", vieja costumbre chilena). Varias veces fui a verle a su oficina y nos servíamos allí una taza de café con leche y pan con mantequilla.

Habíamos perdido a Santiago del Campo. Poco antes del comienzo de la guerra civil española partió, invitado a Madrid por sus familiares. ¡Qué conmoción nos produjo! Si alguien de los nuestros pudo ir a Europa, esto le investía de una calidad superior

Era casi imposible en esos años reunir los medios para realizar ese viaje. Y los que vivíamos la leyenda de Occidente, empapados de su historia y su cultura, ¡qué no habríamos dado por cumplir el sueño de transportarnos a esas fuentes, aun conservando intocadas nuestras raíces vernáculas de la Atlántida, o la Lemuria sudamericanas!

A Santiago del Campo le despedimos sin saber si le volveríamos a ver (la guerra civil le hizo regresar muy pronto, con su madre y uno de sus hermanos, Héctor, talentoso decorador de escenarios. El hermano mayor murió en el frente. Su madre era aún joven y hermosa. Su padrastro era actor). La despedida se la dimos a Santiago en el restaurante "Da Osvaldo". La organizó Manuel Salvat Monguillot, hijo del librero de su mismo nombre, familia de catalanes, vinculada por tradición al oficio del libro. Manuel aún conserva la fotografía de esa despedida. En ella Barreto y yo aparecemos uno junto al otro, sentados en los peldaños de una escala.

Una escala que muy pronto él dejaría de ascender, o descender, en este mundo.

* * *

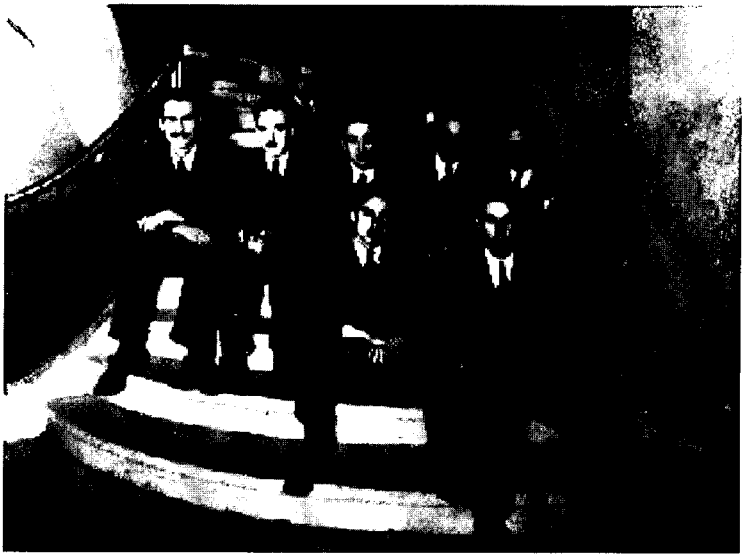
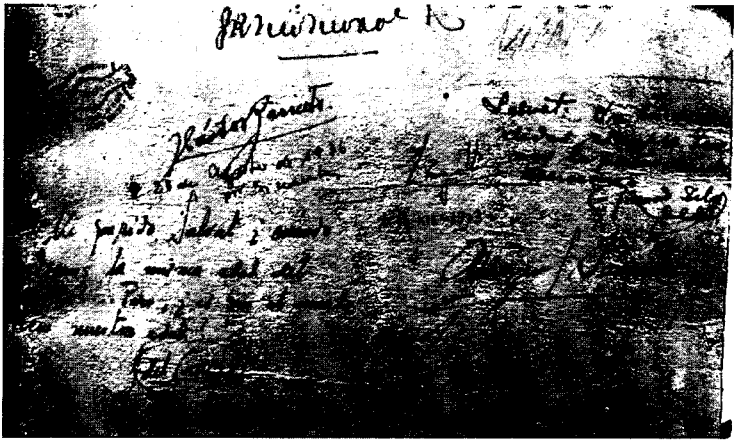


Foto histórica y documental de mi generación, en la despedida a Santiago del Campo, en el Restaurante "Da Osvaldo", a mediados de los años treinta. De abajo a arriba, a la izquierda, el poeta Julio Molina Müller e Iván Romero; en la segunda fila, segundo a la izquierda, Manuel Salvat Monguillot, el "Chico" Vega y Santiago del Campo; en la última fila, Héctor Barreto y yo.



Reverso de la foto anterior. Firmas de los asistentes a la comida de despedida, con algunos pensamientos escritos. Junto a las cruces, Manuel Salvat ha escrito las fechas de las muertes de los que ya se fueron de esa "Galaxia" única: Héctor Barreto, Santiago del Campo y Vega

Por esos días tuve un sueño. Vi una tierra muy antigua, oscura, desértica, agostada. Era España, la Patria del origen de nuestra sangre. Una tierra cansada. *"La terre gaste"*. La del viejo *Gral.*

Ahí estaba Santiago.

Nos llegó una carta suya. Al leerla Barreto y ver su firma, dijo: "Tiene firma de Obispo".

* * *

En un bar de la Alameda, cualquier bar, nos juntamos una noche a beber cerveza y a conversar. Sólo Barreto hablaba. Lentamente, con dificultad, como buscando las palabras, sin poder encontrar la expresión justa. A veces, se golpeaba la frente con la mano, y exclamaba:

"Hermano, ya no sé dónde ir. He agotado el antiguo camino de la leyenda áurea. Ahora me duele la vida y la relación con los seres. Sólo contigo puedo hablar, porque sé que me escuchas, tal vez me comprendes, más allá de lo que tú crees creer... Y me vas a recordar siempre...".

¡Ah, hermano tú lo has dicho...! Siempre, y cada una de tus palabras.

"¡Amigo!..." –me tomó la mano y me miró a los ojos–. "¡Ya no puedo vivir sin Dios, sólo a El tiende mi ser entero. No sé cómo aproximármele, ni cómo nombrarle, ni qué hacer frente a El... ya no sé nada, ya no soy nadie...!".

Y era tal su sufrimiento, que no supe qué responderle, sino sólo apretar su mano. Yo, que creía no creer en nada, sentí que al fondo de mí mismo me hablaban mis ancestros y más de alguno de ellos dejaba rodar sus lágrimas por mi amigo, como diciéndome: "Yo también he pasado por eso...".

Como siempre acontece en nuestra Patria, alguien interrumpe lo esencial. De una mesa cercana nos escucharon, interfiriendo ese diálogo. Lo he narrado en *"Ni por Mar ni por Tierra"*. Un extraño se acercó a decirnos que nos había escuchado hablar de Dios. Dijo que "Dios no existía; que Dios era el sexo de su mujer, con la que acababa de copular". Héctor permaneció en silencio, sin responder.

Y así terminó esa noche. El bar se cerró y debimos partir. Al llegar a la calle Lira, frente a la puerta de mi casa, nos despedimos, parados sobre los rieles de esa calle. Barreto se alejó caminando por entre ellos. De pronto, se detuvo y se volvió. Se llevó su mano al bolsillo y extrajo todo el dinero que le había sobrado de la noche. Comenzó a arrojarlo en mi dirección. Yo registré mis bolsillos e hice otro tanto. Y así estuvimos un buen rato, cumpliendo con ese improvisado rito. Alzó después una mano y me hizo la señal de despedida.

(Heil!)

Le vi alejarse por esos rieles, que aún existen.
Los más bellos rieles del mundo.

¿QUIÉN RÍE AHORA, LOS DE AQUÍ O LOS DE ALLÁ?

Fuera de la explicación un tanto literaria que nos diera, ¿qué llevó en verdad a Héctor Barreto a hacerse socialista? Esto coincidió, más o menos, con la fecha de su entrada a trabajar y con el abandono de sus estudios. Todos sus amigos lo sintieron como una gran contradicción, entre el soñador, el expositor de mitos y leyendas, el héroe clásico, el viajero impenitente de sus "viajes sin plata" y, ahora, el militante de un partido político. Carecemos de referencia para saber quién le llevó allí, qué caminos usó para entrar al Partido Socialista. ¡Jasón, socialista! Tras tantos años y tanta vida, hoy *sé* que aquella fue una de las grandes desilusiones sufridas por los jóvenes de mi generación, una catástrofe, a la que deberían seguir muchas otras. La defección de un líder. Quizás Héctor Barreto disparó sus dardos demasiado alto y se quedó sin una base firme de sustentación familiar... Pero yo también estaba en situación parecida y nada ni nadie ha hecho que tuerza mi destino; ni fuerzas humanas ni sobrehumanas. O bien, los de *"Allá"*, su *ÉL*, lo llevaron a tomar esa decisión para que *él* (aquí) alcanzara un fin apocalíptico, plasmando en nuestra generación el Arquetipo del Héroe; o ese desvío, o desvarío, fue castigado, corregido, de ese modo terrible. Con la sangre. Porque, como él dijo: *"El color de la sangre no se olvida, no es posible olvidarlo, es tan rojo, tan intensamente rojo..."*.

¡Un sueño, una Flor Inexistente, como la que tú hiciste crecer en nuestra generación –¡Oh Héctor, el de la Ilíada!–, hay que

defenderla a pie firme en las Termópilas, hasta el final, sin claudicaciones, cueste lo que cueste.

Tal vez así lo comprendieras, en tus últimos tiempos, y de ahí tu tristeza, tu angustia y tu ansia de Dios. Te habías quedado aún más solo, sin ya nadie a tu alrededor. Nuevos pasos habrían sido nuevas claudicaciones, como el buscar en esos textos racionalistas que yo leía, Freud y algunos otros. Ya las fuerzas parecían agotadas, tus Dioses celulares no trabajarían ya más. Tu *EL,* los de *"Allá"* lo sabían y vinieron en tu ayuda, con un premio enorme y merecido: un final de héroe. Esto te salvó. Y también a mí: *porque yo pude tener un camarada.*

* * *

Era una tarde de 1936. Tiempos difíciles. En la tierra se enfrentaban las corrientes del fascismo y del nazismo con el comunismo y el socialismo marxistas. La guerra civil española era el campo donde se había hecho más real y visible el drama. Pero en todas las capitales del mundo se producían batallas campales entre las fuerzas de choque de ambos bandos, con brigadas juveniles, a veces armadas. Chile no iba a ser una excepción. El sino trágico de este país es ser como un espejo cóncavo, que magnifica y refleja lo que en el mundo –y hasta en el cosmos– acontece. Somos como un conejillo de Indias de los de "Allá". Aquí también el nazismo tenía sus tropas de asalto uniformadas, como en el *Tercer Reich,* y las brigadas socialistas, que las combatían por el dominio de la calle, a su vez portaban uniformes, con un gorro como el que usara Nehru y que él habría copiado del socialismo internacional. Dirigía las brigadas socialistas de choque, en Valparaíso, el "compañero" Salvador Allende, quien ya pertenecería al ala masónica del socialismo, mientras que Raúl Ampuero, quien conoció a Barreto y se hizo su amigo, siempre fue un idealista puro y sin compromisos con organizaciones secretas.

En esa tarde, aquí está entonces de nuevo Barreto, sentado junto a mi lecho, donde estoy aquejado de gripe. (Mientras escribo estas líneas, en septiembre de 1995, también estoy en cama y con gripe, en Valparaíso, cincuenta y siete años después, más de medio siglo). Ha venido a buscarme para ir a algún bar, o café. Antes fue a casa de otros amigos y no los ha hallado. Se le nota abatido, cansado. Me habla con desilusión del socialismo y sólo se entusias-

ma para relatarme algunas gestas españolas, la defensa del Alcázar de Toledo, la misma muerte de Primo de Rivera. Y esto aun cuando es profundamente antifranquista, sintiendo una antipatía de piel por Franco. Algo que a mí me sucede hasta el día de hoy.

Mientras Héctor habla, yo le observo. Se inclina hacia adelante, los brazos sobre las rodillas, como si pendieran. El color de su rostro es ceniciento y aparece prematuramente envejecido, con surcos en la comisura de sus labios. De tanto en tanto, se queda silencioso, con la boca entreabierta. Veo sus dientes y no puedo evitar la impresión de vacío que produce la cara de un muerto.

Se despidió. Se fue.

Al siguiente día, de mañana, mientras ojeaba un libro sobre la cama, estaba pensando de un modo que es corriente en mí, pensando sin pensar: "Si Barreto muriera, yo no pronunciaría un discurso en su entierro...".

Se abrió la puerta del cuarto y entró mi hermana, Berta:

"Miguel, te llama Irizarri al teléfono. Desea informarte que mataron a Héctor Barreto..."

Lancé contra el muro el libro que tenía en la mano.

¿QUIÉN RÍE AHORA?

Tantas veces he contado esto, muchas veces hemos narrado su muerte en revistas y publicaciones de la época. Edité por varios años una revista titulada "Héctor Barreto", en los aniversarios de su muerte. Le convirtieron en un símbolo de la lucha social y de clases, un mártir, un "escritor sacrificado por la burguesía", por "el nazismo asesino". En *"Ni por Mar ni por Tierra"* he relatado su fin. Esa tarde partió solo de mi casa y se fue al "Café Volga", en la avenida Matta, lugar donde se reunía gente de izquierda y amigos suyos. Lo que allí pasó está ya dicho. Entraron nazistas uniformados y armados. Luego, en la calle, empezaron a disparar. Barreto sacó el anillo de su dedo y lo levantó sobre su cabeza. Les gritó: "¡Disparen, traten de pasar las balas por aquí!". Volvía a ser el legendario, Alejandro Magno, Julio César, "que arreglaba los pliegues de su túnica antes de expirar". Y ya herido de muerte, preguntó en voz alta: *"¿Quién ríe ahora, los de aquí, o los de allá?..."*.

Lo patearon en el suelo, hundieron su temporal. Un soldado, que por allí pasaba, un sargento, desenvainó su espada y le

defendió. Héctor murió en el hospital. La bala le perforó el abdomen.

Los nazistas, comandados por un tal Olivares, no supieron nunca a quién habían dado muerte. Para ellos se trataba sólo de un marxista, un enemigo... Y en verdad Barreto no lo era. Pero ellos no mataron a nadie, sólo cumplieron con la voluntad de *"los de Allá"*. Porque Héctor Barreto *"ya estaba muerto en Mí"*, como diría Krishna a Arjuna, en el *"Baghavat-Gita"*. Muerto hace más de tres mil años. De cualquier modo, a cualquier precio, había que sacarlo de *"aquí"*... Y se eligió el camino de la sangre, *"porque el color de la sangre no se olvida, es tan rojo, tan intensamente rojo"*...

* * *

Su hermoso cuerpo, su bello rostro, de la familia de los Eumólpidas, yace ahí en el ataúd. ¿Cómo es posible, nos preguntamos, que haya muerto un inmortal? Sin duda aquí hay un error, en cualquier momento se va a alzar de nuevo; hará el gesto ritual con su mano y nos dirá que todo fue una invención suya para ilusionarnos, de modo que la noche, la larga noche, la más oscura noche, se nos hiciera leve y soportable, a pesar del espanto y del horror.

Estamos de pie junto al féretro, rodeados de una masa humana, y de los jerarcas del Partido. Allí están Marmaduque Grove, Oscar Schnake, el poeta Julio Barrenechea y César Godoy Urrutia, quien luego se cambió al Partido Comunista. Ni siquiera pretendemos portar el ataúd al coche mortuorio. No somos nadie... Irizarri, abrazado a Anuar Atías, inconsolable; Julio Molina, Raúl Arenas, Homero López, el "Tigre" Ahumada, Iván Romero, Fernando Marcos, Robinson Gaete...

Un inmenso cortejo marcha, acompañando el cadáver por la avenida de La Paz. ¿Son diez mil, veinte mil, treinta mil? Gritan consignas. Porque todo esto es útil para las elecciones presidenciales próximas. Voy también ahí, aislado, solitario, en medio de esas filas, que ocupan la calle de vereda a vereda. Vicente Huidobro ha estado hace poco en mi casa. Vino a vernos, a solidarizar con nosotros. Pero él no participa en estas marchas, porque es un aristócrata del marxismo.

Estoy destrozado y a punto de no poder controlar más la emoción. Porque no entiendo nada, no sé nada. Sólo que un símbolo

ha estallado dentro de lo más profundo. El primer enfrentamiento en mi vida con un arquetipo autónomo: el del Héroe, del Joven Héroe, rescatado por los Dioses, por los de *Allá*, para llevarlo a su *Walhalla,* a su verdadero mundo. Por un tiempo, lo prestaron para que habitara entre nosotros, iluminándonos, repartiendo sus flores inexistentes, como jardinero de otros cielos. Y nació en Chile, justo donde debía, en un hogar de clase media, donde este país produce lo mejor, lo más granado de su gente, como don Nicolás Palacios... Pero, en este caso, por un cortísimo tiempo, tan breve... Porque "los amados de los Dioses mueren jóvenes"... Voy a dejar correr mis lágrimas, lo que no hice a la muerte de mi padre... Me da vergüenza ver a mis amigos llorando... Pero es mi camarada el que ha muerto, mi primer camarada, mi único camarada,.. Y se ha ido... Ya no tengo un camarada... En ese instante, alguien coge mi mano y me la aprieta. No miro, no quiero saber quién es. Sólo siento que es una mano firme, de un calor penetrante, suave y que reconforta. Es alguien que me está traspasando un consuelo poderoso, es un "enviado"... Me vuelvo y me encuentro con el rostro bellísimo de una mujer morena, de cabellos lisos y recogidos en un moño sobre la nuca. No es alta ni baja, delgada, flexible. En sus ojos, de un color de roble, de maderas de Arauco, se expresa una ternura profunda, y que pone un bálsamo en mi corazón, en mi vida entera, hasta la infancia. Ella tiende un círculo, un arco, juntando todos los años transcurridos hasta el duro presente. Una dulce sonrisa. Y sus palabras:

"¡Animo, compañero!".

Se llamaba Blanca Luz Brum.

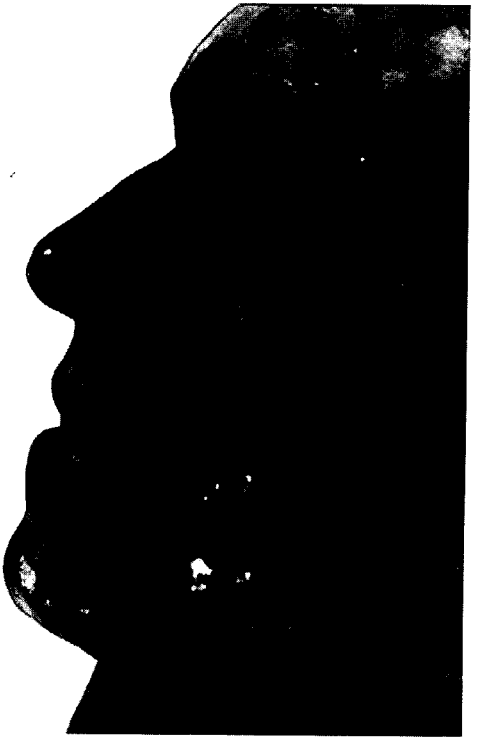
Y fue ella quien hizo posible que el transcurso de la Poesía hacia la dura realidad se realizara sin producir un quiebre en el ser profundo de esos jóvenes de mi generación. Y que éste fuera suave, imperceptible, casi natural. Así el paso de los poetas a la política se llevó a cabo de la mano de una Mujer.

Ella era también Poeta.

* * *

Héctor Barreto tiene ahora una tumba en el Cementerio General, con la mascarilla de su rostro mirando al cielo. La hizo el escultor Banderas. Hay que recuperarla, para que la visiten los

Mascarilla de Héctor Barreto, hecha por el escultor Bandera. La llevo conmigo casi sesenta años. También se halla sobre la tumba de Héctor en el Cementerio General de Santiago.



Héctor Barreto. Su mascarilla, de perfil, con el corte en la sien.

soñadores y los argonautas, que aún buscan el Vellocino de Oro en este mundo.

También tiene una calle con su nombre, cerca de Lira, de Tocornal, de San Isidro, por donde, cuando éramos jóvenes, buscábamos la entrada a la Ciudad de los Césares y "alentábamos pasos en la tierra"...

* * *

Aquí cierro este primer volumen de mis "Memorias", sangrando por todas mis heridas, pues estoy recordando una galaxia que ya desapareció, tragada por un Hoyo Negro del Firmamento. Señalan el fin de un mundo, tal vez del mismo Chile que nosotros conocimos. De la Nación-Estado chilena, País único, como una Espada aún envainada (que no alcanzó a desenvainarse), extendida entre el mar y la cordillera, con una gente culta, unificada en un alma colectiva, en una soledad mágica y con un sentido humano y poético de la existencia, que ya no es más.

La necesaria limitación de estas "Memorias" se halla en que se refieren a un *yo* determinado; a su encarnación y confirmación aquí en la tierra y a su desesperada ansia de diferenciarse y separarse de *Él,* intentando la gran aventura de establecer una relación de igual a igual con *su* Dios, antes de que también deba terminar su Ronda.

¡NAMASTE!
(¡Saludo al Dios que hay en ti!)

LISTADO DE LIBROS DE MIGUEL SERRANO

ANTOLOGIA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE
Castellano: Santiago, (Gutenberg), 1938.
UN DISCURSO DE AMERICA DEL SUR
Castellano: Santiago, Gutenberg, 1939.
LA EPOCA MAS OSCURA (Cuentos)
Castellano: Santiago, 1941.
LA ANTARTICA Y OTROS MITOS
Castellano: Santiago, 1948.
NI POR MAR, NI POR TIERRA... Historia de -la búsqueda en- una generación.
Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1950. Buenos Aires, Kier, 1979.
QUIEN LLAMA EN LOS HIELOS...
Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1957. Barcelona, Ed. Planeta, 1974.
LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA (Prólogo de C. G. Jung)
Castellano: Stgo., Ed. Nascimento, 1960. Bs.As., Kier, 1970 y 1979.
Inglés: Bombay, Asia Publishing House, 1960. London, Routledge & Kegan P., 1972. New York, Harper Colophon Books, 1973.
Alemán: Freiburg, Aurum Verlag, 1980.
LOS MISTERIOS
Castellano: Nueva Delhi, 1960.
Inglés: Nueva Delhi, 1960.
LA SERPIENTE DEL PARAISO
Castellano: Stgo., Ed. Nascimento, 1963. Bs.As., Kier, 1970 y 1978. (expurg.)
Inglés: London, Rider and Co., 1963. N.Y., Harper & Row, 1972. London, R. & Kegan P., 1974. N. Delhi, Vikas Publ. House, 1975.
Japonés: Tokyo, Hirakawa Schuppan Sha, 1984.
EL CÍRCULO HERMÉTICO • Conversaciones, correspondencia y recuerdos de H. Hesse y C. G. Jung
Castellano: Stgo., Zig-Zag, 1965. Bs.As., Ed. Kraft, 1968. Bs.As., Kier, 1973, 78, 82, 90 y más. Stgo., Eds. Nueva Universidad, 1974. Madrid, Grupo Libro 88, 1992.
Inglés: London, R. & Kegan P., 1966 y 71. New York, Shocken B., 1968.
Alemán: Zürich, Rascher Verlag, 1968. Rotterdam, Lemniscaat, 1975.
Portugués: Sâo Paulo, Editora Brasiliense, 1970.
Italiano: Roma, Astrolabio, 1976.
Farsi: Teheran, 1983.
Japonés: Tokyo, Misuzu Shobo, 1985.
Griego: Grecia, Iamulichos Publications, 1989.
Francés: Geneve, Georg éditeur, 1991.
Serbo-croata: Beograd, Plavi Jahac, 1993.
LA FLOR INEXISTENTE
Castellano: London, Routledge and Kegan Paul, 1969.
Inglés: London, R. & Kegan Paul, 1969 y 78. New York, Harper Colophon Books, 1972.
Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1984.
ELELLA. LIBRO DEL AMOR MAGICO
Castellano: Bs.As., Kier, 1973, 1978, 1992. Stgo., Nueva Universidad, 1974.
Inglés: N.Y., Harper and Row, 1972. London, R. & Kegan Paul, 1973.
Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1982.
Farsi: Teheran, 1983.
TRILOGIA DE LA BUSQUEDA EN EL MUNDO EXTERIOR
NI POR MAR NI POR TIERRA • QUIÉN LLAMA EN LOS HIELOS... • LA SERPIENTE DEL PARAÍSO

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.
(NIETZSCHE Y) EL ETERNO RETORNO
Castellano: Santiago, Eds. Nueva Univ., 1974.
EL CORDON DORADO. HITLERISMO ESOTERICO
Castellano: Valparaíso, Edicioneself, 1978. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1992.
Alemán: Wetter, Teut Verlag, 1987.
NIETZSCHE Y LA DANZA DE SIVA
Castellano: Santiago, Edicioneself, 1980.
NOS. LIBRO DE LA RESURRECCION
Castellano: Buenos Aires, Kier, 1980.
Inglés: London, Routledge and Kegan Paul, 1984.
ADOLF HITLER, EL ULTIMO AVATARA
Castellano: Stgo., Ed. La Nueva Edad, 1982. Bogotá, Ed. Solar, 1983 y 1995.
EL CICLO RACIAL CHILENO
Castellano: Santiago, 1982 Y 1985.
NACIONALSOCIALISMO, ÚNICA SOLUCIÓN PARA LOS PUEBLOS DE AMÉRICA DEL SUR.
Castellano: Santiago, 1986. Bogotá, Ed. Solar, 1987.
LA RESURRECCION DEL HEROE
Castellano: Santiago, 1986. Bogotá, Ed. Solar, 1987.
CONTRA LA USURA
Castellano: Santiago, (Alfabeta Impresores), 1987.
EL PLAN ANDINIA • Estrategia sionista para apoderarse de la Patagonia Argentina y Chilena
Castellano: Santiago, Alfabeta Impresores, 1987.
LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SION Y SU APLICACION EN CHILE
Castellano: Santiago, Cedade-León, 1981 y 1988.
INFORME LEUCHTER • Fin de una mentira. Cámaras de gas: holocausto judío
Castellano: Santiago, 1989.
MANU, "POR EL HOMBRE QUE VENDRA"
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1991. Bogotá, Ed. Solar, 1991.
EL NUEVO ORDEN TRANSNACIONAL Y LA PATAGONIA
Castellano: Santiago, 1991.
NO CELEBRAREMOS LA MUERTE DE LOS DIOSES BLANCOS (En el Quinto Centenario de la llegada de Colón)
Castellano: Santiago, 1992.
DEFENDAMOS NUESTRA PATAGONIA
Castellano: Santiago, 1992.
LOS OVNIS DE HITLER CONTRA EL NUEVO ORDEN MUNDIAL
Castellano: Santiago, 1993.
MI LUCHA • (Primera edición completa en castellano)
Castellano: Santiago, 1994.
NUESTRO HONOR SE LLAMA LEALTAD
Castellano: Santiago, 1994.
CONSPIRACION MUNDIALISTA Y TRAICION A CHILE
Castellano: Santiago, 1994 y 1995.
CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA II, LAGUNA DEL DESIERTO Y NAFTA (Separata)
Castellano: Santiago, 1994.
EPISTOLARIO PARA IMPEDIR EL FIN DE CHILE
Castellano: Santiago, 1995.
IMITACION DE LA VERDAD • La Ciberpolítica. Internet, Realidad Virtual, Telepresencia. Respuesta al Ministro José Joaquín Brünner
Castellano: Santiago, 1996.

INDICE

Introducción 7

Parte I "ÉL" 17

Las cosas más importantes suceden
en los momentos menos importantes 19
¿Con qué se recuerda? 19
La Ermita del Rosario 46
Mi abuelo y mi madre 65
El cruce de los caminos 72
La aparición del Yo 90
El galope de la parca 95
La muerte de mi madre 96
Conversación con un perro 98

Parte II "YO" 101

El otro extremo - Santiago del Nuevo Extremo 106
Y la mujer 109
El sonámbulo - Se va mi padre 110
La "Yayita" 115
Gay esquina de Echaurren 122
La calle Lira 127
El Internado Barros Arana 138
El misterioso "Shakra" de las Rodillas 143
Un mutante chileno 150
Autovacuna de Inmunosensibilización 160
La muerte de Jaime Galté 163
Me hago escritor 167
Santiago del Campo 168
Héctor Barreto 173
Jasón, el Argonauta 174
La muerte de Barreto 187
¿Quién ríe ahora, los de Aquí o los de Allá? 201
¿Quién ríe ahora? 203

Listado de libros de Miguel Serrano 209